ALFAGUARA

Arturo Alape

El cadáver insepulto

Narrativa Hispánica

Arturo Alape

El cadáver insepulto

ALFAGUARA

En memoria de doña Edelmira viuda de Orozco, historia que hizo posible estas escrituras

A Álvaro, el hermano mayor

—como se advertía en el murmullo humano, en el olor humano, en el calor humano que se tornaba más y más pesado— la muchedumbre había aumentado de nuevo y manifiestamente seguía aumentando.

HERMANN BROCH,
La muerte de Virgilio

La dignidad es la conciencia de la existencia. En ella radica la fuerza de los hombres indefensos. Si la conciencia de la existencia desaparece, la vida adquiere la forma de la muerte.

GAO XINGIANG

El mar… Parecía conducir directamente al corazón de las inmensas tinieblas.

JOSEPH CONRAD,
El corazón de las tinieblas

y luego un punto final: la bala.

EUCLIDES DA CUNHA, *Los sertones*

Lo que mata es un corazón frío…

STANLEY KUBRICK, *Cara de guerra*

Capítulo 1

1. Multitud silenciosa

Hoy, tarde lluviosa que apacigua el espíritu, después de treinta y cinco años, sosegada por la tranquilidad interior de una vejez sin sobresaltos, revivo situaciones cruciales, difíciles de olvidar que, acumuladas en montones de hojarasca húmeda y descompuesta, intentaron enterrar para siempre el árbol de mi existencia.

Ezequiel, el 9 de abril de 1948 fue el comienzo de mi angustioso trajinar por aquella larga espera, semejante a la quietud de la noche azotada por el tiempo, que ocultaba los pliegues de la niebla en tu ausencia definitiva.

Sobre la cama, lecho de recuerdos, querido Ezequiel, puedes observar documentos enviados y las falaces respuestas recibidas de las altas esferas del Gobierno en relación con tu desaparición; puedes revisar recortes de prensa ya amarillentos puestos al azar; ver fotografías atrapadas en álbumes familiares y leer tantas cartas que te escribí en horas desoladas y nunca tuve como respuesta una línea tuya, por razones de tu forzosa ausencia. En esta tarde lluviosa, con el apremiante regreso de la nostalgia por la lejanía de tu voz, me refugio como tantas veces lo he hecho en la lectura de aquellos papeles para volver a devorar antiguas ansiedades en nuestros cuerpos deseosos de palabras afines: Ezequiel, son papeles tesoros de mi vida. Conservo como recuerdo imperturbable la imagen de tu espalda indefensa alejándose y yo detrás sin alientos para alcanzarte y darte abrigo en la desventura fatal trazada por tus enemigos, imagen clavada con alfiler en la puerta del cuarto matrimonial: soledad de mis pasos en una ciudad apuñalada por el silencio decretado, que fue transformándose en figuras de hombres enmudecidos, temerosos de la censura reinante, aterrorizados comiéndose el miedo anidado en sus vidas como suciedad en las uñas.

Ese día, lo recuerdas, Ezequiel, a la una de la tarde habíamos terminado de almorzar y estábamos en el momento de los postres —cuajada con melado, tu favorito—, conversando muy animados de

cosas cotidianas. Al levantarme de la mesa, casi maquinalmente le dije a la prima que nos visitaba:

—Marujita, espera un momento, voy a prender la radio. —Me gustaba escuchar las noticias; prendí el viejo Telefunken comprado con mucho esfuerzo en el primer año de matrimonio, cuando escuchamos perplejos: «¡Mataron a Gaitán! […] ¡Mataron a Gaitán […]!» voz desgarrada del locutor en tono que avizoraba el abismo; parecía que su voz se hubiese escapado de una terrible cárcel y buscara libertad para hacerse escuchar en ecos que habitan la conciencia. Choque brutal y desconcertante la noticia. Ezequiel corre el asiento y se levanta de la mesa, se limpia la boca con la servilleta de tela bordada por mí con sus iniciales, luego la deja sobre la mesa, demudado no oculta el ofuscamiento: admirador de Gaitán y partidario de sus ideas sociales. Traga con dificultad el golpe de la tristeza y como si se tratara de una orden de cuartel, dijo sereno:

—Mimita, me voy… para la División. —Ezequiel acostumbraba venir a almorzar a la casa cuando no estaba de turno en la División. La radio continuaba dando confusas y acusadoras noticias acerca del asesinato de Gaitán:

> Últimas Noticias con ustedes. Los conservadores y el gobierno de Ospina Pérez acaban de asesinar a Gaitán, quien cayó frente a la puerta de su oficina abaleado por un policía chulavita. ¡Pueblo, a las armas! ¡A la carga!, a la calle, con palos, piedras, escopetas, cuanto haya a la mano. Asaltad las ferreterías y tomaos la dinamita, la pólvora, las herramientas, los machetes…

Desconcertada por su inmediata decisión, contesté:

—Pero ¿cómo te vas a ir? Le están dando piedra a la policía…

Te matan, te rompen el carro…

Vivíamos en la calle 79 No. 35-15, en casa adjudicada por la Caja de la Policía Nacional a oficiales y suboficiales, en un pequeño conjunto habitacional de media manzana, ubicado cerca de la Escuela Militar. El jeep, un Willys usado en la Segunda Guerra Mundial, carpado en la parte trasera, dotación para oficiales, estaba parqueado frente a la casa, pues nosotros no teníamos garaje.

Ezequiel era un oficial disciplinado; la institución de la Policía estaba por encima de cualquier circunstancia, no importaba el peligro

que corriera en su integridad personal. Yo trataba de manejar el tiempo de mi angustia, quería sosegarme y le dije:

—Bueno, si te vas, no te pongas la gorra porque si la población está enfurecida con la policía, te descubren y puede ser peligroso…

En las noticias radiales aseguraban que a Gaitán le había disparado un policía chulavita. Y esta acusación pública ante un hecho tan grave y dramático para el país, viniere de donde viniere, tenía como objetivo, pensaba Ezequiel, colocar a la policía como blanco seguro ante la furia y venganza de los gaitanistas, que en Bogotá se había vuelto la mayoría del liberalismo, lo mismo que en el resto del país. Marujita, la prima solterona, de capa caída, muda ante los acontecimientos, parecía perdida, de viaje en sus pensamientos. Yo, angustiada, pasaba los números del cuadrante y las emisoras desbocadas seguían con sus anuncios fúnebres:

> Aquí la Radio Nacional tomada por el comando revolucionario de la Universidad. En este momento Bogotá es un mar de llamas como la Roma de Nerón. Pero no ha sido incendiada por el emperador sino por el pueblo en legítima venganza por el asesinato de su Jefe…

Ezequiel vestía el uniforme verde oliva de la policía, paño grueso, saco, casaca, cinturón y una gorra con visera, con la cucarda y las insignias de oficial. Él, siempre obediente conmigo, se quitó la gorra, inclusive la casaca, y la colgó en el perchero situado a la entrada de la casa en el primer piso, el uniforme lo llevaba por debajo. Acelerado por la premura de los hechos, se cambió y se puso encima un saco de civil, abrió la puerta de la calle en busca del carro parqueado en la acera de enfrente. Antes de acelerar, Ezequiel sacó la mano izquierda por la ventanilla para despedirse y en la puerta de la casa no me detuve en el gesto de la mano en el aire, fijé mis ojos en su mirada y vi en ella la incertidumbre de un hombre que estaría involucrado por las circunstancias en retos desconocidos para él. Para mí sería la angustiosa espera en la cual el tiempo estaría prisionero de una nefasta oscuridad y yo, sentada y maniatada en la mitad de tanta oscuridad, no tendría respuesta a la incertidumbre que rondaría mi cabeza como un enjambre de avispas furiosas, en aquel fatal día. Volví al comedor y en compañía de mi prima Marujita no nos desprendimos

de las noticias de la radio en toda la tarde. Atolondrada, pasaba y pasaba los números del cuadrante:

> Pueblo liberal, por la venganza de Gaitán. ¡A LA CARGA!
> Pueblo liberal, por el triunfo de la revolución. ¡A LA CARGA!
> Pueblo liberal, por la reconquista del poder. ¡A LA CARGA!

> Aló, colombianos en el exterior. A la una y treinta minutos del día 9 de abril de mil novecientos cuarenta y ocho… A la una y treinta minutos del 9 de abril de 1948, al salir de su oficina situada en la carrera 7.ª entre calles 14 y 15, fue asesinado por un policía conservador el doctor Jorge Eliécer Gaitán, por órdenes del Partido Conservador. Cuatro balazos por la espalda disparó el asesino mandado por el gobierno conservador, que asesinó a la una y treinta minutos al salir de su oficina al doctor Jorge Eliécer Gaitán, situada…

Para llegar a la Quinta División, sede de su mando como capitán de la Policía, Ezequiel tomó el rumbo de la calle 80 en dirección a la carrera 24 para buscar la calle 68. Confuso en sus pensamientos, imaginaba la agitación en el centro de la ciudad ante el asesinato de Gaitán: multitudes descontroladas corriendo y copando las calles, sedientas de odio y clamando venganza en desmadre humano imposible de contener por cualquier fuerza oficial de choque, aunque ésta estuviera armada hasta los dientes. No siempre la muerte y la sangre que se derrama, con el desparpajo y frialdad de quien dispara, sirve de muro de contención, aunque acierte y vea a cientos de cuerpos que se doblan en contorsión agónica.

Mientras conducía el jeep, Ezequiel trataba de contraponer la situación de lo que imaginaba estaría sucediendo en el centro de la ciudad y la imagen que nunca olvidaría de lo que había sido su experiencia personal el 7 de febrero de 1948 en la Manifestación del Silencio convocada por Gaitán, en la Plaza de Bolívar. Sudoroso, llegó a casa en la noche del sábado y en el rostro vi que traía señales evidentes en su conciencia asoleada por el impacto psicológico que le produjo el silencio de la multitud abigarrada en la Plaza de Bolívar. Lo conocía tanto que difícilmente podía esconder cualquier señal de disgusto en sus gestos. Taciturno, no quería soltar palabra, andaba traumatizado hasta los huesos. Le dije cariñosa:

—Quítate los zapatos, ya te traigo las pantuflas para que descanses un poco. Voy a calentarte la cena. —Me contestó con mirada esquiva que huía despavorida de la sombra amiga, sombra que también huía despavorida de su dueño.

Ya descansado de cuerpo y alma, bien comido, aunque de masticar lento para la buena digestión —consejo médico que seguía a diario—, levantó la cara para decirme, entre sorbo y sorbo de la taza de café tinto que tenía en las manos:

—Mimita, a mi coronel Virgilio Barco se le aguaron los cálculos.

Después, más tranquilo de alma, agregaría:

—Mi coronel Virgilio Barco pensaba o mejor calculaba que la manifestación convocada por Gaitán se desbordaría en actos vandálicos en el centro y así Gaitán quedaría ante la opinión pública como el azuzador de los hechos de violencia en la capital del país.

Con cierto sarcasmo y aires de petulancia el viernes 6 de febrero el coronel Barco, jefe de la Policía de Bogotá, había declarado que «el orden público quedará mañana sábado en manos del doctor Gaitán». Argucias del reto público para desviar el debate promovido por los liberales en el Parlamento, ante la necesidad de convertir la Policía en una institución nacional y, así, evitar sus desafueros de violencia en municipios y departamentos. En compañía de Ezequiel leímos la noticia el viernes por la mañana en el periódico *El Siglo*. Como adivinándome los pensamientos, mascullando las palabras, Ezequiel agregaría más tranquilo de espíritu:

—También falló el periódico *El Siglo* que se anticipó en las noticias vaticinando que en la manifestación liberal habría piedra, destrucción y ataques en la vía pública…

Ezequiel, sonriente, guardaba sus secretos para otro día y sacaba a flote las dudas que siempre llevaba a las espaldas:

—Tal vez con la remota esperanza de que sus oficinas fueran apedreadas, para luego justificar la violencia conservadora en defensa del gobierno de Ospina Pérez.

Ezequiel era un oficial de policía que no tragaba entero ni justificaba tampoco el papel nefasto de la Policía Departamental y de los resguardos de aduanas, al provocar la violencia conservadora que

se acrecentaba a diario en Boyacá y Norte de Santander. El país presentía la tensión política hacia el abismo de una guerra civil no declarada.

Mientras, el coronel Barco aseguraba en sus declaraciones públicas que el día sábado no habría un policía en la calle; la orden que recibieron en todas las divisiones fue simple:

«Hay que dejar acuartelados los uniformes y la policía de Bogotá debe salir vestida de civil para infiltrarse en la manifestación y detectar a los autores materiales de los hechos violentos […]». Los presagios del coronel Barco perdieron la cabeza y como trastos viejos acabaron en el cuarto de San Alejo.

2. Manos abiertas como navajas

Con el cigarrillo aprisionado en la comisura de los labios, tecleaba a ocho dedos en mi vieja Remington la crónica del día que, por cierto, tenía a punto de remojo, pues el final y el principio de la historia ya estaban resueltos en la cabeza. Así funcionaba mi método de pesquisa como redactor policíaco: primero las notas escritas a lápiz en una de mis tantas libretas, es decir, notas guías sobre la historia; luego esa información la cotejaba con las líneas mentales sacadas de una meticulosa observación sobre el entorno o teatro de los acontecimientos en el cual había sucedido el hecho; después describía un cuadro psicológico y gestos de los personajes enfrentados en un conflicto de vida o muerte, como también la búsqueda de las razones íntimas del asesino al escoger por planeación o por azar a la víctima para ultimarla de un disparo o una simple puñalada. Exquisito bocado humano para una desarrollada mente criminal. Víctima y criminal, relación y paralelo dramático a descifrar en un cuidadoso seguimiento de tanteos y de hipótesis, en esa búsqueda implacable de la prueba reina que pusiera final a la exhaustiva investigación policíaca.

Así, siguiendo mis propios lineamientos deductivos, había concebido la crónica que tenía en mi mente: el 9 de abril, a la una y diez minutos de la madrugada, Jorge Eliécer Gaitán terminaba, con

verbo convincente y conocida gestualidad teatral de penalista, la emocionante defensa del teniente Jesús Cortés Poveda, al argumentar los elementos básicos en la defensa personal. Gaitán, en su larga disquisición, había expuesto que en la legítima defensa del honor subsisten tres elementos: el agente que arremete, el agredido poseedor de la honra y la sociedad que aprecia si hubo o no deshonra, según la actuación concreta de quien arremetió criminalmente contra el otro. Gaitán pedía para el teniente Jesús Cortés la absolución, alegando que había obrado en legítima defensa del honor del Ejército, al matar en Manizales, el 12 de octubre de 1938, de dos disparos de pistola, al periodista Eudoro Galarza Ossa, quien, como director, redactor y propietario del diario *La Voz de Caldas*, publicó una noticia en la cual denunciaba al teniente Jesús Cortés porque había insultado y abofeteado a un soldado en el patio de formación. El teniente Jesús Cortés fue al periódico para pedir una rectificación pública, pero reconoció que la información era cierta. El periodista Eudoro Galarza Ossa le pidió que redactara una carta para publicarla, y cuando le estiró cordialmente la mano para despedirse, el teniente Jesús Cortés le disparó a quemarropa.

A las dos de la madrugada los jueces del pueblo entregaron su veredicto al juez de la causa y el doctor Pérez Sotomayor, en palabras moduladas y suspenso preconcebido, dio lectura al fallo de conciencia: absolutorio de acuerdo con las tesis planteadas por el penalista Jorge Eliécer Gaitán: el teniente Jesús Cortés disparó sobre el periodista Eudoro Galarza Ossa con la intención de matar, pero lo hizo en legítima defensa del honor militar, es decir, en defensa del uniforme militar, representación simbólica de la institución; entonces la defensa fue proporcional a la agresión; por lo tanto, la absolución del teniente Jesús Cortés fue evidente por la justificación jurídica del hecho.

Incontenible la salva de aplausos del público presente al escuchar el veredicto absolutorio. Las barras enardecidas sacaron a Gaitán en hombros y, de pronto, en un sorpresivo haz de luz, se encontró de frente con la inquietante soledad de la ciudad: la niebla lenta daba pasos, cubría calles y abrazaba fantasmales edificaciones. El entusiasmo de sus huestes quedó a sus espaldas, el futuro presidente

de Colombia se montó en su carro y solitario se dirigió a su residencia, en el barrio Teusaquillo.

A la una y treinta de la tarde quedé petrificado en la silla y mis dedos en el aire, sin fuerza alguna para seguir escribiendo, cuando escuchamos en la redacción del periódico, once horas después de semejante triunfo jurídico de Gaitán, la noticia por la radio: «Mataron a Gaitán, mataron a Gaitán […]». En la redacción las máquinas de escribir cesaron el furioso y demoledor sonsonete. El silencio se hizo filo de navaja. La perplejidad colgaba en las miradas de mis colegas como solitarias imágenes balanceándose a la deriva.

Era el asalto de dos hechos que golpeaban como cincel el equilibrio de las ideas y dejaba al país en vilo: en la madrugada del 9 de abril, el penalista Jorge Eliécer Gaitán celebraba el triunfo jurídico por la absolución del teniente Jesús Cortés quien disparó sobre el periodista Eudoro Galarza Ossa, causándole la muerte; y en la tarde del mismo día escuchaba por Últimas Noticias, la noticia que de inmediato anoté en mi libreta: «Los conservadores y el gobierno de Ospina Pérez acaban de asesinar a Gaitán, quien cayó frente a la puerta de su oficina abaleado por un policía chulavita […]».

La crónica que estaba escribiendo se perdió en los requiebres del olvido. Minutos después de escuchar la noticia del asesinato de Gaitán ya estaba tras el acontecimiento como un fino y adiestrado perro sabueso. Lo hice de una sola carrera, con el cigarrillo en los labios, el sombrero gris de fieltro ladeado hacia la derecha, la eterna corbata a rayas curtida por la lluvia del tiempo y la gabardina que nunca me quitaba cuando andaba en la calle, y en el bolsillo derecho la pequeña libreta de apuntes, en la cual iba anotando palabras como si se tratara de borrosas claves, que luego descifraba con tremenda facilidad en las futuras historias que escribía. Bajé las escaleras del edificio en compañía de Luis Elías Rodríguez, colega en el periódico, corrimos por la Avenida Jiménez hacia el occidente para llegar a la carrera 7.ª, lugar de los hechos. La planta de *El Espectador* estaba ubicada en la Avenida Jiménez a escasas tres cuadras de la carrera 7.ª, Edificio Monserrate, construido como la punta de proa de un viejo barco a la deriva.

Situados sobre la carrera 7.ª, en medio de aquel delirio humano, me dirigí al sitio donde había caído el cuerpo inerte de Gaitán, frente a la entrada del Edificio Agustín Nieto. El cuerpo con vida animal «que como a los toros de lidia les clavan la puntilla y todavía quedan con vida, pero sin sentido de ninguna clase», como diría horas después el médico Yesid Trebert Orozco, había sido levantado y trasladado en un carro hacia la Clínica Central por sus amigos políticos que lo acompañaban en el momento del atentado. Agachado, conmovido por el impacto de la escena, vi a hombres y mujeres, como si se tratara de un conjuro contra la muerte, mojar pañuelos con la sangre de Gaitán regada sobre el piso de cemento, siguiendo la mancha dispersa que se alargaba en la calle como lava hirviendo de pequeño volcán en erupción. Guardaban los pañuelos en el bolsillo del corazón, como amuleto futuro, memoria de una cicatriz difícil de olvidar.

Le dije con voz quebrada a mi colega Luis Elías Rodríguez que se fuera para la Clínica Central a ver en qué había parado la suerte de Gaitán, si el atentado era grave o mortal. Yo me quedé en el lugar de los acontecimientos viendo como siempre veía, entrecerrando los ojos como gesto acostumbrado, preguntándome qué pasaría en el centro de la ciudad después del atentado criminal contra el dirigente máximo del liberalismo.

Comencé a escribir en la memoria un montón de apuntes desordenados, imágenes fugaces en la quietud de viejas grietas en las paredes. Seguí al vaivén de un pequeño tumulto que se dirigía por la carrera 7.ª hacia el sur y vi cuando sacaban con violencia a un hombre muy asustado de la Droguería Granada, indefenso, amarrado a su propio miedo porque no protestaba, parecía resignado con la suerte de la golpiza que le propinaban; con un vestido a rayas, zapatos amarillos viejos, camisa desgarrada en el cuello, corbata azul; más bien bajito, de 1,60 metros, pálido, despeinado; de nariz regular, ojos claros, sin bigote; cuando gritaba dejaba escapar una voz aguda, piadosa:

—Entréguenme a la justicia. —Delgado su cuerpo desgonzado, doblado en dos y enflaquecido por los golpes, el ojo izquierdo color uva, hinchado por el impacto brutal que le había dado un embolador con su caja de madera; la humedad del dolor le penetraba los huesos.

Grité furioso, como si esa multitud hubiera tenido el santo privilegio de reconocerme por mis crónicas policíacas publicadas en *El Espectador*:

—¡No lo maten, carajo! Déjenlo vivo… para esclarecer el asesinato!…

Pero mi voz asustadiza a nadie perturbó en ese instante en que la razón humana estaba desbordada en frenético desvarío. Un minuto después dos hombres, con los ojos desorbitados como cristales colocados sobre las manos, me señalaron:

—Debe ser uno de los mismos… —se abalanzaron sobre mí con odio y yo, con un miedo que nunca había sentido por la proximidad de la muerte, retrocedí para evitar que me lincharan. Los hombres calmaron la persecución contra mí y regresaron con más saña para continuar golpeando con la punta de los zapatos al hombre que yacía indefenso en el piso, su cuerpo contrahecho en la mitad de la carrilera por donde pasaba el tranvía Azul vía Chapinero; su vida transitaba por los caminos de una agonía asediada de un intenso dolor.

Impulsado por la sed periodística que inclemente me perseguía como inquietante exclamación, prudente, a cierta distancia seguí las huellas que señalaban con brutal exactitud el oscuro destino de aquel hombre: tirado sobre la carrera 7.ª, arrastrado por la furiosa multitud camino hacia el sur, el hombre quedó con las costillas al aire para recibir el castigo que le propinaban por todo el cuerpo puños cerrados como piedras, manos abiertas como navajas, uñas como cuchillos afilados, escupitajos hirientes y maldiciones dichas para continuar diciéndolas y recordándolas por siglos y siglos:

> Malnacido, hijueputa, enano sietemesino, hijo de guaricha, godo de naturaleza torcida, pobre infeliz, chulavita asesino de su puta madre, instrumento servil del gobierno de Ospina, rata asquerosa de maloliente alcantarilla, alimentada por los sobrados miserables de los ricos, ¿quién te pagó para matar a nuestro Jefe?, gusano arrastrado, podredumbre humana, cobarde y venenoso reptil, cucaracha hambrienta, mandadero del asesino Laureano Gómez, asesino de nuestra ilusión, piojo rastrero, mierda entre todas las mierdas, pus siempre pus, cerdo rabioso alimentado por la mierda de tu puta madre, alacrán ponzoñoso de picada de muerte, godo redomado y siempre godo, perro con peste de rabia, tu vida no vale un centavo, miedoso cucarrón, culo mal pagado de triste maricón, cacorro pervertido, colchón de pulgas, amargado de por vida, frustrado como hombre,

pobre asesino, asesino a sueldo, asesino mal pagado, ¿quién te pagó para matar a Gaitán?, habla porque sólo te queda poco tiempo para vivir, confiesa por tu boca asquerosa, ¿quién te pagó?, ¿quién te ordenó disparar?, no te quedará diente sano, no te quedará costilla buena, tus piernas serán demolidas, tu corazón dejará de latir, dedo por dedo te cobraremos tus disparos, infame tuberculoso, guaricho arepero, abre tus ojos y confiesa con tu mirada, tu vida, tu poca vida depende de nosotros, desecho humano, tu madre una cualquiera, tu padre otro cualquiera, asesino de origen cualquiera, pulguero de perro con sarna, olor a muerte, cabeza de asesino nato, manos diestras para asesinar, dedos que disparan a cualquier precio, sangre de rata, sangre de la puta que te parió, puta toda tu existencia, culeador de tu santa madre y de tu desvergonzada hermana, nadie te salvará de nuestro odio, piojo de cabeza asquerosa, liendre desaforada, frustrado de por vida, nada te quedará como recuerdo de tu infame vida, tu recuerdo como hombre será la sombra de tu propia muerte, sin flores ni rezos maricones ni lágrimas mentirosas ni congojas de amargura ni golpes de pecho con arrepentimientos tardíos, con hierro matas, con hierro mueres, morirás lentamente como muere una rata pisada por un tranvía, pateada, arrastrada, asoleada, oscurecida, amanecida y vuelta a amanecer, pisoteada por todos los liberales gaitanistas que lloran a su Jefe amado, al hombre de las promesas para cumplir en esta tierra, ilusión de todas las ilusiones, asesino asqueroso no escaparás de tu muerte, tu muerte ya tiene sepultura en tierra del infierno, asesino de poca monta, nunca tendrás el perdón de Dios, tampoco el perdón de los hombres, tu culpa será un maldito escapulario eterno para tu familia y toda tu descendencia, peste de pulgas, colchón viejo de chinches, serpiente asesina, morirás, morirás, morirás, como morirán colgados Laureano, Ospina y el cojo Montalvo, colgados de los faroles de la Plaza de Bolívar, rata asustada comiendo su propia mierda, lamiendo su propia sangre, envenenándose con su propia sangre.

Voces adoloridas, voces hirientes, palabras de llanto, palabras de venganza que no encuentran piel para la puñalada en el cuerpo del hombre que arrastran de espalda, palabras de desconsuelo y desesperanza, la frustración que carcome espíritus y semblantes como peste incontenible de langostas, palabras lanzadas al aire sin el alcance de acertar y dar en el blanco, palabras doblegadas por el sentimiento de la indefensión, palabras perdidas en plena oscuridad cuando el límite de la mirada se queda en la mitad del río y el día lejano apenas despunta.

3. La proeza del acróbata

Ezequiel andaba achantado con la actitud disciplinada de aquella multitud dócil en apariencia: nunca en su vida había sentido tanto silencio amordazado en la mudez de miles de personas, como el silencio abrumador que sintió sobrecogido el sábado 7 de febrero de 1948 en la tarde.

En la Policía se tenían informes fidedignos de los sitios fijados por los organizadores para la partida de la manifestación: en la Plazuela de Las Cruces se reuniría el personal civil venido del sur; en la Plazuela de La Sabana, los civiles que venían del occidente llegarían a San Victorino y luego subirían por la calle 15; por el norte, los manifestantes partirían desde la Plaza de San Diego hacia la Plaza de Bolívar. Por cuestión de ubicación geográfica, a Ezequiel y a sus hombres de la Quinta División de Policía, situada en la carrera 5.ª con calle 28, les tocó ubicarse en la Plaza de San Diego; vestidos de civil debían verificar y continuar su observación de inteligencia por la carrera 7.ª hasta llegar a la Plaza de Bolívar. No debían perder detalles de gestos, palabras y consignas de los cabecillas de la movilización. La Policía de la capital estaba en aviso por lo que pudiera ocurrir y tenía un plan para contrarrestar de inmediato los desmanes de los perturbadores. Por ejemplo, Ezequiel conocía al dedillo la capacidad agitadora del gaitanismo en el barrio La Perseverancia, barrio vecino de la Quinta División: los capitanes de barrio daban las consignas a los capitanes de cuadra y ellos las transmitían en cadena a los jefes de familia y estos organizaban en detalle la manifestación o el acto con la participación de la totalidad de sus familias, incluidos hombres, mujeres y niños. Así, en línea de disciplina familiar, se habían organizado las manifestaciones de las Antorchas y la Marcha del Silencio. Ezequiel llevaba un registro con las debidas anotaciones de su letra menuda sobre los movimientos del gaitanismo en La Perseverancia.

Desde la una de la tarde fueron llegando los manifestantes a la Plaza de San Diego. A las dos de la tarde, la agrupación aumentaba alborozada en su objetivo de cumplir la cita definitiva de sus vidas. A las tres y cuarto de la tarde, en estricto silencio desde las Plazuelas de San Martín y Bavaria, distintas concentraciones liberales comenzaron

a moverse hacia el Parque de San Diego. Ezequiel, con las manos en los bolsillos, nervioso y enruanado, daba vueltas en su sitio de vigilancia, observando y fijando en la memoria detalles de la marcha que iba creciendo en sus ímpetus de fuerza arrolladora; Ezequiel, ansioso, controlaba los nervios por lo que pudiera suceder en el transcurrir de la demostración; su temor radicaba en que algún individuo malcarado de La Perseverancia lo identificara y provocara un hecho peligroso contra él. Los hombres de Ezequiel, en sus sitios dispersos, se comunicaban a través de discretas miradas y gestos de manos cualquier señal extraña en aquella creciente aglomeración.

A las tres y media de la tarde una inmensa muchedumbre se congregaba en la calle 26 con carrera 7.ª para recibir las banderolas negras y formar de inmediato para el gran desfile que partiría en perfecto orden hacia la Plaza de Bolívar. Los liberales, vigilantes con sus antenas al aire, disciplinados en absoluto silencio, desembocaban por diversas calles del oriente y occidente a San Diego, portando cartelones en los cuales se exigían paz, justicia y tranquilidad para los colombianos.

Cada frase hería la vida profesional de policía de Ezequiel, porque cada leyenda denunciaba la actitud violenta de la institución de los policiales. Nadie lanzaba un grito de venganza que pudiera turbar la tranquilidad de la zona fijada para la concentración inicial; los hombres maniatados, de pies a su propia mudez, trotaban en sus sitios con las manos en los bolsillos para espantar el frío; no lanzaban escupitajos de mala educación en la calle; se portaban como corderos amaestrados, con la respiración contenida entre los dientes. Ezequiel parecía congelado en el tiempo por su actitud de extraño gusano que, inoportuno, había invadido la fruta prohibida.

Pero sucedió lo que suele acontecer con el oficio de vigilar sin piedad a otro individuo, de seguirlo, hostigarlo, hacerle imposible la vida, convertirlo en un transeúnte sonámbulo: Ezequiel, de sabueso observador comenzó a ser sabueso vigilado. Tres hombres lo miraban secreteándose en círculo, con desparpajo, a una distancia de tres metros sin ocultar sus malignas intenciones. Sonreían. Uno, de rostro tosco, bigote acicalado como galán mexicano y ojos saltones, no le

quitaba los ojos de los zapatos; el otro, chaparro de estatura, pelo lacio de puercoespín peinado con Glostora hacia atrás, lo miraba detenidamente de las rodillas hasta los hombros; el tercero, mueco y labios chupados, cojo de la pierna izquierda, le clavaba la mirada con odio sobre su rostro. Después cambiarían el sentido de la observación: el primero se detendría en su rostro, el segundo en sus rodillas y el tercero no le quitaría detalle a sus zapatos, porque lo estaban midiendo de cuerpo entero. Sonreían cómplices con la máscara de la prepotencia que vigila.

Ezequiel pensaba que se trataba, por sus indumentarias características, de sujetos del barrio La Perseverancia. La inseguridad personal en que andaba metido era de una simpleza arrogante; su juego de policía disfrazado había sido descubierto. En la Quinta División siempre los veía bajar corriendo del cerro por las calles 28 y 30 con sus ruanas puestas y sus sombreros de fieltro adornados con cintillas de colores. Curiosamente, los tres hombres que lo observaban no llevaban puestos sombreros ni tampoco cargaban ruanas. Pero tenía la seguridad del policía: por sus rostros aindiados, peinados hacia atrás, desdentados, debían ser gentuza de los barrios orientales. Claro está que en la indumentaria de pobres les faltaba el sombrero de fieltro. Burlescos, los tres continuaban secreteándose con cierta risa de maldad en los labios. Él quiso acercarse para confrontarlos como representante de la autoridad, pedirles documentos de identidad, intimarlos para que colocaran las manos en alto y de espaldas y las piernas abiertas sobre un muro y requisarlos, esposarlos e incriminarlos como sospechosos. De inmediato reaccionó por su sentido de conservación, no podía descubrir su identidad de oficial del orden público. Se propuso ignorarlos pero cuidándose la espalda. Se sentía asediado, era evidente que lo observaban como presa fácil; por su apariencia tenían que ser individuos pertenecientes al aparato de inteligencia del gaitanismo en el barrio de La Perseverancia. Además, en estos casos, debían —experiencia policíaca de Ezequiel— estar armados de cuchillos carniceros que portaban escondidos en su pobre indumentaria.

A las cuatro menos diez minutos se inicia el desfile desde la Plaza

de San Diego hacia la Plaza de Bolívar. Ezequiel iba fijando en su reloj de pulsera los pasos lentos de la manifestación. Simulaba y taconeaba fuerte los zapatos para hacerse acompañar por los ruidos de sus botas al caminar. Parecía metido en un invernadero hecho a semejanza de su rostro sombrío, pensativo, dudaba.

Ezequiel, afanado, buscó a los tres hombres cuando la manifestación arrancaba en alarde de inusitado entusiasmo colectivo. Adelante, localizó a los tres sujetos que daban órdenes en voz baja para que el personal civil se organizara en filas y marchara lento para hacer sentir la fuerza de su presencia, en una ciudad que nunca había escuchado el latir de un corazón herido de muerte. La consigna de Gaitán era clara: con profundo silencio se debía convulsionar la ciudad capital en sus sentimientos paralizados, en lo hondo de sus entrañas; también así enviaba el mensaje al país de que si no cambiaba la situación de violencia conservadora el futuro sería funesto. Los tres gaitanistas no se percataban de que él los observaba con la agudeza de su experiencia de sabueso empedernido. El cambio de situación de vigilado a vigilante lo hizo volver a su condición de oficial de la Policía, con la autoridad de quien sabe lo que piensa y cómo va a actuar el sospechoso. El poder ignominioso de tener cerca al sospechoso como a una rata acorralada en sus movimientos. Es una historia que se repite mientras alguien va detrás del otro como sombra gemela, repetitiva en las miradas y en los informes que se escriben en solitario, después de una extenuante jornada de parecerse a quien se sigue al pie de la pisada. Ezequiel pensó que en el transcurrir del acto de protesta los tres sujetos serían fácil presa de su condición de observador policivo. No los dejaría ni un minuto sueltos en su capacidad de observación. Pero los perdió de vista metros adelante, cuando decidió que avanzaría un tramo por la carrera 7.ª para medir el estado de exaltación de aquella multitud que no cesaba en su decisión inalterable de atrapar el silencio en sus bocas y, así, sus ánimos no estallaran en vidrios agudos y cortantes.

Era una inmensa marea humana, formada de ocho en fondo; los participantes, orgullosos y decididos, caminaban con la cabeza descubierta en una ciudad triste y lúgubre de hombres ensombrerados

por la constancia de un frío rompehuesos, y corbatas rojas con cintillas negras sobre las camisas bien planchadas y almidonadas, al compás de marchas fúnebres tocadas por las bandas de Chocontá y de Zipaquirá: golpes dolorosos de tambor, gemidos de instrumentos de viento, lacerantes y agudos sonidos de trompetas, la estridencia enloquecida de los platillos. Música marcial que anunciaba la fatal despedida de la muerte suelta en sus andanzas por doquier, señalando con cruces desiguales las líneas de la vida. En conmovedor silencio desfilaban, por la arteria principal de la ciudad, como si estuvieran reafirmando por primera vez la razón de sus existencias, pasando por el Parque de La Independencia como protesta atascada en las gargantas, por los asesinatos de colombianos y especialmente de liberales, perpetrados por fuerzas de la policía y los resguardos de rentas en Norte de Santander y Boyacá.

Ezequiel caminaba con la frente en alto al unísono de aquella música fúnebre. No perdía el ritmo agobiante, lento, de la aglomeración, mientras observaba las aceras colmadas de gentes que también, con la cabeza descubierta, reflejaban en sus rostros una intensa y patética emoción al agitar banderas negras ante el paso de los manifestantes, solidarios con las demostraciones de protesta que entrañaba la multitud vestida de luto doloroso en sus honduras y vestimentas.

Por azar en las misiones policivas, uno de los hombres de la Quinta División, también vestido de civil, pasó junto a él. El agente de policía se detuvo con la intención de pararse firme y ponerse a discreción para darle parte de sus actividades, pero lo contuvo la mirada severa y disciplinada de Ezequiel. En susurros, Ezequiel le pidió candela para encender un cigarrillo. El policía rastrilló la cerilla, le dio fuego y entre dientes le ordenó:

—No pierda de vista a esos tres sujetos —al señalarlos de reojo. Ellos en ese preciso instante estaban a su derecha y continuaban dando órdenes por doquier.

Ezequiel observaba los balcones de los edificios de la carrera 7.ª que, atestados de gente, aparecían adornados con el pabellón rojo enlutado: rostros rígidos por la emoción contenida; saludaban manos

abiertas como si fueran astas al viento; figuras también vestidas de luto con ropa de paño, descubiertas sus cabezas. El sombrero se había vuelto una prenda invisible, colgada y olvidada en roperos familiares. En la carrera 7.ª, siempre tumultuosa entre las calles 16 y 11, sólo se escuchaba el ajetreo sordo de la respiración de la multitud que andaba como midiendo el transcurrir exploratorio de las inquietantes miradas. Ezequiel anotaba sus impresiones en la memoria. La duda comenzaba a acorralar el ritmo de sus pensamientos.

Cuando la cabeza de la manifestación entró en la Plaza de Bolívar, las últimas y apeñuscadas filas aún no despegaban desde la iglesia de Las Nieves en la calle 20. La carrera 7.ª, en su parte más encajonada —trayecto entre las calles 16 y 11—, daba la sensación de un inmenso y fuerte oleaje donde era imposible deslizar con aceite el cuerpo de una persona para introducirla desde el aire en la aglomeración. La multitud, al llegar a la calle 13 entre el Hotel Regina, el Parque Santander, el Hotel Granada, la iglesia de San Francisco, el edificio del periódico *El Tiempo* y el Edificio Agustín Nieto en el cual estaban situadas las oficinas de Gaitán, iba solidificándose como si estuviera recibiendo en sus espaldas la fuerza brutal del oleaje del mar embravecido en la noche, que con Ezequiel habíamos visto solamente en cine en una película inolvidable, *Cumbres borrascosas*. («Mimita, este año, te lo prometo, en las vacaciones vamos a la Costa a conocer de verdad el mar». Al salir de cine me agarraba de las manos para afianzar la promesa nunca cumplida por sus compromisos de capitán de la Policía). La manifestación abigarrada no caminaba; paciente se impulsaba con el soplo de la respiración; y con las manos y los hombros hacían avanzar las espaldas de quienes iban un paso adelante; movimientos de piernas y pies que se mueven al vaivén de un gigantesco ciempiés que orientaba su dirección, en quince cuadras de aquel caminar atormentado: Ezequiel imaginaba a miles de personas empujando inmensos troncos loma arriba, afianzándose en sus piernas para sostener el peso y éstas también sostenidas por la fuerza en sus huellas ya profundas y sembradas en la tierra. Una especie de Cordillera de la Vida.

La parsimonia de aquella mole humana que apenas se movía pie con

pie era exasperante, porque nadie parecía llevar afán en el corazón, mientras el tiempo corría acelerado. Hubiera podido caer el más brutal de los aguaceros, lluvia torrencial acompañada de truenos silbadores de miedo sobre la ciudad de la niebla perpetua y nadie hubiera retrocedido en su deseo de llegar hasta la Plaza de Bolívar. Por el contrario, esa imperiosa lentitud era señal inequívoca de una pasión convencida de la multitud que quería alcanzar la cima de sus propósitos y coronar las ilusiones de redención social al escuchar el verbo redentor de Gaitán. Se quería atravesar la montaña sin importar los obstáculos impuestos por una naturaleza inhóspita, desde los altos mandos del poder político.

Lo más imponente de la demostración era que la multitud no cabía físicamente sobre la carrera 7.ª. Entonces como río que huye, la inmensa mancha de aceite desbordada invadió sin piedad las aceras al desplazar a los transeúntes, quienes se vieron imposibilitados para continuar el camino cotidiano hacia el norte de la ciudad. En ese vaivén de oleaje humano y desplazamiento en las aceras, Ezequiel sintió que alguien lo empujaba por la espalda sin intención de atropello. En un gesto intuitivo de defensa volteó de improviso el rostro y se encontró de frente con uno de los hombres de La Perseverancia: mueco de labios chupados, cojo de la pierna izquierda, el hombre de frescura inaudita le pidió disculpas, además con el gesto le indicaba de la manera más educada que por favor no obstaculizara la marcha. Ezequiel regresó a sus pasos premeditados, acosado por el calor que le picaba por todo el cuerpo. A Ezequiel, hombre de cuartel, no le importaban los olores acumulados a su alrededor, pues su olfato ya estaba acostumbrado al sudor peculiar de sus hombres en la Quinta División: olor acumulado, pegajoso, penetrante y avasallador que podría derribar una enorme pared, como si se tratara de una simple prueba del honor militar.

La ciudad había sido atrapada por el silencio que estremece los sueños de la existencia, como si la capacidad de oír de la multitud se hubiese refugiado en los cerros orientales: de los cerros telúricos, cubiertos por una densa nube gris, bajaban gruesas capas de niebla que lentas se iban metiendo por puertas y ventanas, vagando por

techos y entejados de los barrios de La Perseverancia, La Concordia, Egipto y La Candelaria, y en su vuelo se elevaron sobre la Plaza de Bolívar como si se tratase de un enorme bloque de acero hasta cubrir el cielo con una gran nube lluviosa, portadora de un tremendo silencio de incontables presagios. La nube silenciosa penetró airada en la Plaza de Bolívar: silbido salvaje, acompañado de vientos rasantes sobre la cabeza de miles de manifestantes.

En las aceras, en los tejados de las casas y las azoteas de edificios no se oía el más leve rumor al paso de la grandiosa manifestación, banderas rojas, símbolo del liberalismo, levantadas a medias y coronadas con crespones de luto: los labios sellados por la emoción de aquel momento memorable, cuando los liberales daban un espectáculo de grandeza que difícilmente podría ser superado en tiempos venideros. Ezequiel estaba anonadado, asustado:

—Mimita, me ahogaba por falta de aire porque nunca había experimentado un silencio desbordado sin límites: desde la calle 26 dos extenuantes horas para llegar calladamente hasta la Plaza de Bolívar, comiéndose a dentelladas la protesta contra la violencia de los conservadores… —Ezequiel se sentía acorralado por la sombra de las tantas dudas que golpeaban su conciencia de hombre de armas.

Cuidando su integridad física, subió lento las escaleras de la Catedral para tener una visión más amplia de cómo la multitud iba compactándose, atrayéndose con el imán del sudor como si fuera un solo hombre para llenar aquel inmenso espacio. Incluso, cientos de personas ya ocupaban los andamios de la Catedral en reparación, lo mismo que muchos se encontraban acaballados sobre cada una de las grandes esferas de cristal que la comisión organizadora de la Novena Conferencia Panamericana construía en cada una de las cuatro esquinas de la Plaza, para engalanar las banderas de los países participantes en el evento internacional, que se avecinaba a principios del mes de abril.

Los policías vestidos de civil, expectantes y nerviosos, mientras la Plaza de Bolívar se iba abarrotando por la carrera 7.ª y carrera 8.ª de miles de brazos levantados y millares de manos que empuñaban banderas rojas y negras de luto, cientos de miradas fijas hacia el

balcón donde funcionaba la Contraloría Municipal, sitio en el cual hablaría Gaitán; miles de bocas abiertas para recibir el aire y respirar el ajetreo de la larga caminata, bocas que tenían la prohibición de cualquier grito o exclamación pasajera y el silencio era la orden de protesta que debían obedecer; cuerpos caminando a paso con el tiempo al devorarse en su exasperante lentitud, apretadas espaldas y estómagos, respiraciones y nucas, narices y orejas, olores multiplicados, pensamientos, sueños, ilusiones, pasiones, en movimiento envolvente de una multitud girando y aglutinándose, unificándose como pan amasado de pieles y humores.

Ezequiel bajó con timidez en las piernas las escaleras de la Catedral Primada al introducirse y girar, retroceder para evitar cualquier choque o golpe con alguno de los manifestantes, haciéndose invisible para respirar deseoso de acercarse al balcón de la Contraloría Municipal. Entonces, su mirada se desvió en un desliz inoportuno hacia el andamiaje más alto de la Catedral, diez metros por encima de las agujas de la torre que estaba reconstruyéndose. La multitud, hipnotizada, también observaba hacia la torre, lo mismo que a su lado, sombra imperceptible, miraba como un niño mira enternecido un enorme pastel de cumpleaños, uno de los hombres del barrio de La Perseverancia. Ezequiel, con desdén premeditado, captó al acróbata como figura volátil que había logrado ágilmente subirse al madero más elevado y desde las alturas ondear la bandera roja y negra, la cual como si se tratara de un acto de magia colocó en la cima de aquel elevado mástil que se bamboleaba peligrosamente con el peso del hombre que ascendía hasta la punta. El hombre parecía dibujado a grandes trazos sobre el telón de la enorme nube gris, cadenciosa en su vuelo. El acróbata regaló a la multitud una radiante sonrisa de victoria alcanzada en ese instante de su vida. Ezequiel sintió profunda contradicción en su ser de policía y quiso aplaudir la proeza de aquel hombre, pero se abstuvo por física seguridad personal. También la multitud evitó aplaudir aquella proeza para no despertar el silencio estremecedor que había echado momentáneamente raíces en la Plaza de Bolívar. El hombre de rostro tosco, bigote acicalado de galán mexicano, no bajaba la mirada de la torre de la Catedral Primada:

estaba simplemente extasiado como si desde su interioridad hubiese emprendido el viaje soñado para nunca más regresar al sitio de partida. El acróbata era uno de sus compañeros: chaparro de estatura, pelo lacio de puercoespín, peinado hacia atrás con Glostora.

4. La crucifixión

En ese desquiciante y lento transcurrir de la muerte, Muerte de la Vida a pedazos, con mirada penetrante de fino perro cazador, capté instantáneas fotográficas en la fugacidad de los hechos: a un hombre de sombrero negro con rostro iracundo, señalando con el índice al asesino de Gaitán que arrastraban como si se tratara de un muñeco de trapo; a un zorrero con su gorra y vestido usual como si estuviera cargando el peso de todos los días, furioso lo tiraba de la pierna izquierda; a otro hombre también de sombrero gris claro, rostro quemado por el sol, mirando al cielo con mirada extraviada, lo tiraba por la pierna derecha; a su izquierda vi a un grupo de hombres con sombreros negros, grises, cafés, brazos en movimiento, vestidos de paño oscuro, exceptuando uno de gafas con los brazos en ángulo, al unísono iban coreando voces de venganza, como astas furiosas demoledoras de vientos:

—El asesino, el asesino…, éste es… el asesino… de Gaitán… — Imágenes fotográficas para mis futuras crónicas. Diatriba de odio pleno con dientes furibundos. Vengar la muerte del Jefe era la noticia que se regaba como pólvora negra recién prendida. Iracundos, al señalar al hombre que arrastraban como perro rabioso, era como la invitación al convite de fuerzas para golpearlo, no dejarle espacio libre en su cuerpo en el cual recibiera golpes como clamor de la venganza; ciegos en sus gritos y ademanes, calientes de sangre, energúmenos desaforados, adoloridos. Detrás, siguiendo la paralela de los rieles del tranvía Azul que viajaba hacia Chapinero, la espalda maltrecha del hombre dejaba como señal una larga estela de polvo húmedo sanguinolento. Crecía el tumulto vengativo con la ansiedad que expresa el hombre cuando se desborda por la inercia de la furia.

Por un instante pensé con la rapidez de un apunte periodístico que

define todo el conjunto de la noticia: este hombre terminará sin un hueso bueno en el cuerpo… Tragué a la fuerza saliva espesa. Con el impulso del fumador empedernido, inconsciente, busqué la cajetilla de Pielroja en el bolsillo derecho del saco, pero de inmediato me abstuve, no quería perder tiempo en la encendida de los fósforos. Lo que estaba viendo me parecía una triste ironía en mi trabajo periodístico, como redactor policíaco al escribir sobre los hechos de sangre sucedidos en la capital. Lo pensaba como almendra que se deslíe en la boca: siempre había seguido la pista del asesino huyendo de la justicia, minucioso y sistemático para recoger información y así descifrar la personalidad enigmática de éste, incluso por fuera de la investigación oficial de la Policía y de los jueces. Y ahora, ante mis ojos como si se hiciera público el secreto de la reserva del sumario, al abrirse una enorme maleta, presenciaba imperturbable la muerte del asesino de Gaitán. Entonces, pensé que debía reconstruir su vida, las razones que lo indujeron a cometer el hecho, desde el instante mismo en que había comenzado a perfilarse el camino tortuoso de lo que sería su terrible agonía. Era un hombre sin escapatoria: su vida ya estaba enjaulada entre las rejas de la muerte.

El asesino de Gaitán, amarrado con corbatas del cuello y de los brazos, había enmudecido en su voz de auxilio para que lo entregaran a la justicia. Lívido, como si el cuerpo de la muerte hubiera devorado su vida, padecía en silencio los extremos del dolor. Con los ojos fijos en el cielo turbio y la proximidad de la lluvia, resistía la golpiza al defenderse con rigidez del cuerpo: rostro convulsionado, hinchándose, deformándose, congelando el calor de la sangre, solidificando los huesos, las manos empuñadas, tragando el llanto como si fuera piedra porosa, escapaba concentrado en su dolor, ubicado en un solo sitio de su cuerpo, dolor que agonizaba sometido a la tortura y la inclemencia y proximidad de su muerte. Era un habitante en el cuerpo de la muerte.

«Nunca, nunca —escribiría en mis notas posteriores—, un hombre había recibido tantos y tantos golpes en su cuerpo […]». Su cabello fue arrancado de raíz, los ojos amortajados por los hematomas, pisoteados los dedos de las manos, las costillas rotas, la columna

dislocada en sus anillos, los brazos y las piernas entumecidos, los testículos demolidos. En el instante en que el hombre inerme cesó de resistir la terrible golpiza al dejar la rigidez como salvación, su cuerpo se relajó y la flacidez de sus músculos fue como el anuncio de que el dolor había desaparecido y se había convertido en un simple manojo de carne fofa ya sin vida, carne amasijo de golpes, carne ablandada a martillo, carne molida en molino para moler maíz. Había muerto de intenso dolor, dolor repartido por todo su cuerpo, choque definitivo de corriente eléctrica, electrocutado por el dolor.

Traté de describir el instante supremo que padeció aquel hombre cuando cruzó definitivamente el umbral entre el puente de la vida y la muerte, en notas que escribí después de sucedidos los acontecimientos. Memoricé el círculo rabioso de aquel instante, dolor-agonía-muerte con la exactitud del viejo reloj suizo Ferrocarril de Antioquia, enchapado en plata, que usaba colgado de la pretina del pantalón y guardado celosamente en el bolsillo de la relojera: mientras los exaltados gaitanistas arrastraban el cadáver por la carrera 7.ª, pasaban por la Casa del Florero, se detuvieron un poco para tomar respiración frente a la Catedral Primada y luego continuaron hasta llegar a la Plaza de Bolívar como si se tratara de un cortejo fúnebre; la multitud creciente, enfurecida, hacía una doble fila, no en tono reverencial para recibirlo y darle paso con sentido pésame sino para continuar golpeándolo con toda la saña posible, en una feroz despedida en la que cada quien trataba de acertar el puño o el puntapié; le lanzaron un ladrillo por repetidas veces sobre la cabeza; con el grito agudo y contundente de «Al Capitolio», sitio de reunión de los delegados a la Novena Conferencia Panamericana, los hombres que arrastraban el cadáver como pelele avanzaron hacia el Capitolio pero luego, al escuchar el sonoro llamado de orden irreductible «No, a Palacio», cambiaron la dirección y describieron una clara curva con el cuerpo a rastras; le quitaron saco y camisa; al seguir la ruta hacia el sur en dirección del Palacio de Nariño y pasar junto al Colegio de San Bartolomé, el pantalón estorbaba al hombre que llevaba el cuerpo asido de una pierna y, en un acto iracundo, resolvió quitárselo hasta descubrir la pálida desnudez de aquel que cuando estaba vivo y se

miraba al espejo pensaba con plena certeza que su rostro se transformaba por un azar histórico en el rostro del general Francisco de Paula Santander.

Las tres cuadras que faltaban para llegar a las rejas de entrada al Palacio fueron demolidas por la presencia de un silencio sepulcral contenido entre dientes: los labios sangraban mientras se seguía golpeando al hombre en cámara lenta, pero la mirada de la pequeña multitud enfurecida se dirigía al Palacio, con el impulso del odio acumulado y la fuerza de la venganza histórica a punto de cumplirse. En la proximidad de las puertas de entrada al Palacio, en un acto de enceguecida fuerza, los hombres cesaron de golpear el cuerpo inerte; entonces lo levantaron por los brazos y pusieron a caminar la desnudez sanguinolenta de espaldas; lento, aturdido por la muerte, caminaba a rastras y en un momento de desbordamiento colectivo lo pusieron a correr reptando como si fuera un imperturbable borracho, sus huellas eran de sangre y de polvo. Entonces, los hombres de la pequeña turba deshicieron los nudos de sus corbatas, se zafaron las correas y entre diez levantaron en vilo la carne maloliente y golpeada de aquel cuerpo y comenzaron a amarrarlo en la puerta de hierro de entrada al Palacio. La crucifixión ya estaba culminando cuando de adentro del Palacio de Nariño se escucharon certeras detonaciones de fusil en el blanco: cayeron tres hombres de la turba gaitanista como pesadas piedras; el cuerpo golpeado del homicida de Gaitán comenzó a deslizarse como si la espalda hubiera estado aceitada, quedó sentado sobre las nalgas, sus manos puestas sobre los testículos, la cabeza recostada sobre el hombro derecho, el rostro desfigurado, absolutamente hinchado, los ojos cerrados como dos pequeñas bolsas llenas de sangre, a punto de reventar.

Como si corriera en dirección contraria a los acontecimientos, el cigarrillo en la boca, la saliva espesa y blanca en los labios, y un paso acelerado de hombre de baja estatura, resolví que todo lo que había visto en el recorrido por la carrera 7.ª debía escribirse, con el pálpito de la noticia histórica. No andaba muy lejos del periódico. El centro de Bogotá era apenas un doble cuadro de callejuelas empedradas, que comenzaba en los barrios populares en el oriente y quedaba

delimitado por los rieles del tranvía que atravesaban la carrera 7.ª. El centro ya estaba completamente convulsionado por la noticia del asesinato de Gaitán, noticia difundida por las emisoras tomadas por jefes de izquierda y gaitanistas, que querían con su verbo incendiario penetrar con un haz de luz y de ciegos impulsos en la conciencia dormida de quienes a esa hora, la hora del almuerzo, dormían la siesta escuchando la radio. Yo corría, subiendo por la calle 11, buscaba cruzar hacia la carrera 4.ª para dirigirme al norte hacia las oficinas del periódico. Me daba la impresión como si la ciudad se hubiese vaciado de una vez por todas los cuatros costados y sus 600.000 habitantes, desde los sitios más equidistantes, se hubieran puesto de acuerdo, impulsados por el resorte de la suprema emoción, para llegar al centro de la ciudad, sin respiración, acezando y comenzando a actuar con la mirada de la locura. Desbordamiento con el corazón en la mano y el precio del arrojo escondido en la piel a punto de salir a flote como viento envolvente, para sacarse el clavo caliente de los demonios enclaustrados en seres oxidados de por vida.

Corría por la carrera 4.ª, quería abrigarme bajo el calor de la gabardina color café con leche y casi me dejo llevar por el impulso de subir por la calle 12 y así encontrarme con el llanto granizo sembrado en aquella multitud que había cubierto la entrada a la vieja casona donde funcionaba la Clínica Central en la calle 12 y esperaba compungida y ansiosa, como deseo posible, que dieran la gran noticia de que Gaitán no había muerto. Reprimí los impulsos porque también andaba perseguido por el pálpito de la escritura y debía llegar pronto a la redacción del periódico. De camino, eludí cientos de rostros ensombrecidos de hombres y mujeres que deambulaban como hipnotizados por la carrera 4.ª, chocando entre sí, ciegos de orientación, con la brutal desesperanza dibujada en el rictus de los labios y en la lejanía de sus miradas. Tumultos furiosos bajaban por las antiguas calles de La Candelaria, atraídos por el desvarío colectivo; la ciudad se disparaba con el desequilibrio de los sentimientos, en una extraña y desconocida dimensión. Redoblé el paso y sentí alivio en mi cabeza cuando subí por la Avenida Jiménez y me encontré de pronto con la entrada a las escaleras del Edificio Monserrate, de tres saltos

llegué a la redacción del periódico y como un maniático del trabajo, de una sola sentada, fumando cigarrillo tras cigarrillo, sin quitarme el sombrero, aceleré el pulso de los cuatro dedos de cada mano y tecleé a la velocidad de diestro mecanógrafo en mi vieja máquina de escribir, hasta terminar el original impecable de mi primera crónica sobre los acontecimientos del 9 de abril en Bogotá, en la cual narraba la muerte del asesino de Gaitán demolido físicamente a golpes.

5. La espera de la Voz

La aparición de Gaitán se hizo interminable. Era como esperar la partida del vuelo de miles de aves en busca de la próxima estación para depositar los huevos de las nuevas crías, bajo otros vientos y un sol acogedor. El silencio de la multitud prisionero en la quietud expectante. De pronto la Plaza de Bolívar se había convertido en una inmensa urna de vidrio, cuartos sin puertas ni ventanas, compartimentos de paredes transparentes copados por una masa de hombres y de mujeres sin posibilidad de movimiento, sus rostros adheridos y sus narices aplastadas a las paredes de cristal; las miradas sin parpadeo, fijas, enfocadas en alza equilibrada hacia el balcón donde debía aparecer el Jefe; sus respiraciones pegadas al sudor de espaldas desconocidas; las manos empuñadas o abiertas en acción de regocijo espiritual; las rodillas metidas en otras entrepiernas ya tensas por la espera lacerante; y el silencio ya agotado en busca de un poco de aire que requiere el pez cuando agoniza por falta de agua.

Apareció la figura aindiada de Gaitán, cetrina, teatral, mirada devoradora de multitudes. El rostro de la masa humana aglomerado en la Plaza de Bolívar se transfiguró como si hubiese llegado la noticia tantas veces añorada en un sueño que nunca encontraría límites geográficos. El silencio de la multitud cambió de parecer, pues dejó de ser acicate por la angustia, expresado sin odio, para convertirse en silencio de ilusión y expectativas. Como trueno solitario se escucharon las primeras palabras de Gaitán:

Señor presidente Mariano Ospina Pérez:

> Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra Excelencia, interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad para la patria.

Entonces, el silencio enmudeció aún más para anidarse definitivamente en pies, cabezas y conciencias de aquella inmensa multitud anhelante. Lo que más impresionaba a Ezequiel de aquel espectáculo humano, insistía en contármelo en la cama matrimonial en medio del insomnio febril que lo acosaba, era la relación entre la multitud y la voz de Gaitán que despertaba tanto entusiasmo en esa masa, hasta imponerle absoluto silencio como disciplina política. Voz de mando que Gaitán manejaba como diestro enlazador de conciencias, pensaba Ezequiel. Demagogo el hombre pero persuasivo: conocedor de las entrañas de esa masa palpitante. Al comienzo, en tono casi inaudible, masticaba las palabras, golpeaba con ellas al auditorio que enmudecido amarraba los dedos con atención para no dejar escapar palabra alguna; Gaitán elevaba el tono como subiendo una larga escalera y en cada tramo descansaba con gestos de las manos que dibujaban consignas y órdenes en el aire; luego, pausado, aumentaba la voz agudizada y el pueblo que escuchaba crecía en su frenesí como si estuviera inflando el globo de su respiración: mugía el silencio como toro de lidia dispuesto a embestir el inmenso trapo rojo amarrado con crespón negro. Gaitán se silenciaba por instantes para luego soltar con el estruendo definitivo de quien sabe lo que dice y termina por imponerlo.

Recordaba Ezequiel: era imposible no dejarse subyugar por el poder y la magia de sus palabras, era vagar por insospechadas lejanías. Habló, y sus palabras volvieron añicos el silencio contenido en la garganta de esa masa humana también dispuesta a explotar en sus ánimos y sueños. Habló Gaitán y tembló de emoción la masa humana en la Plaza de Bolívar cuando dijo en el tono más alto y agudo al señor presidente de la República Mariano Ospina Pérez:

> Os pedimos que cese la persecución de las autoridades; así lo pide esta inmensa muchedumbre. Os pedimos una pequeña y grande cosa: que las luchas políticas se desarrollen por los cauces de la constitucionalidad. No creáis que nuestra

serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía…

Las palabras de Gaitán se repitieron como ecos incesantes en el cerebro de miles de personas que no pudieron celebrar con aplausos aquel mensaje, ya convertido en sangre de su sangre. Gaitán se está jugando la vida, con semejante poder sobre su pueblo, pensaba Ezequiel. Ningún político había sido capaz de manejar el silencio como arma de protesta política, en circunstancias tan dramáticas como las que estaba viviendo el país. Selló su muerte, pensaba Ezequiel, y sintió en lo profundo de su ser la tristeza por su desaparición física que dejaría un desquiciante vacío habitado por hombres hambrientos de poder. Y no dejó de jugar en la imaginación con la idea al anochecer cuando comenzó a dispersarse la multitud con la ilusión de la vida puesta sobre la mano, multitud confiada en los alcances históricos de las palabras escuchadas en boca del Jefe; en demostración de disciplina de un ejército desarmado y sin uniforme que no necesitaba espacios cuartelarios, castigos corporales para colocar de cuclillas a quien escuchó mal la orden y no quiso asumir la obediencia de perro de cuartel.

Ya entrada la noche, la dispersión de la manifestación por los cuatro costados de la Plaza de Bolívar fue como el estallido ahogado de un hermoso juego de luces de bengala, que aparece de pronto en la cercanía de un cielo sereno para la reflexión y descanso, en la madrugada escogida al azar: hombres y mujeres se desgranaron en pequeños grupos con la cabeza erguida y los ojos bien dispuestos para lanzar la mirada sobre la oscuridad demencial que estaba enceguecendo a tantos hombres caminantes con la fuerza de sus armas, por la geografía al borde de la capital del país.

Ezequiel, menos preocupado por tanta emoción acumulada en la tarde del día sábado, dirige sus pasos hacia la carrera 7.ª por el andén de la Casa del Florero. Por precaución, se detiene de manera sorpresiva y voltea la cabeza para cerciorarse de que nadie lo estuviera siguiendo. La sorpresa se convirtió en un acto inmediato de defensa personal, al meter la mano en la pretina del pantalón en busca del arma de dotación oficial. Entonces, recordó que andaba desarmado por orden del coronel Virgilio Barco. A paso lento y acompasado

venían por la mitad de la carrera 7.ª, siguiendo las huellas de acero del tranvía, los tres hombres del barrio La Perseverancia: a la derecha, el sujeto de rostro tosco, bigote acicalado como galán mexicano y ojos saltones; en la mitad el sujeto chaparro de estatura, pelo lacio peinado con Glostora hacia atrás y, a la izquierda, el individuo mueco y de labios chupados y cojo de la pierna izquierda. Ezequiel, en actitud defensiva, con la respiración contenida y los músculos tensos, muy sereno se dispuso a esperarlos para enfrentarlos. Los tres, hermanados en un silencio sospechoso, al unísono acercaron sus pasos hacia la acera donde estaba Ezequiel. A un metro de distancia lo miraron en detalle como si se tratara de un extraño objeto que había despertado en ellos profunda curiosidad. Con mirada tenue le regalaron una sonrisa que significaba un reconocimiento sobre él, enviándole con la sonrisa un cordial mensaje que Ezequiel de inmediato descifró:

—Gracias, capitán Toro, por su compañía esta tarde…

Ezequiel los dejó pasar ya sin agravios en su corazón. Los siguió con la mirada hasta que los tres hombres cruzaron por la calle 13 en busca de los cerros tutelares, imagen perenne de la vida capitalina. Ezequiel quedó con una profunda herida en su espíritu de oficial de la Policía. En la calle 16, cerca del Parque Santander localizó el campero en el sitio donde lo había dejado estacionado en las horas de la mañana. Buscó la carrera 5.ª para dirigirse a su División, y en la calle 28 detiene el vehículo. Entra a la Quinta División, imparte las órdenes correspondientes al personal, regresa a casa, se quita las botas que siempre le producen ampollas, se mete al baño y toma una ducha de agua caliente que saca con totuma de un recipiente, mastica pensativo e intranquilo la comida recién servida y en la cama se abraza a mi cuerpo para desterrar el insomnio que lo persigue con el disfraz blanco del silencio.

Y ese tono verbal amenazante de Gaitán, recordaba Ezequiel, mientras conducía el carro por la carrera 24 para buscar la calle 68, era respuesta a una situación de violencia partidista de conservadores contra liberales que venía imponiéndose en algunos departamentos del país, especialmente en los Santanderes, Caldas, Valle y Nariño. Se estaba montando todo un aparato político para ganar las próximas

elecciones y la Policía Departamental se había convertido en la punta de lanza para la arremetida violenta. La suma de muertos crecía en las estadísticas a finales del año 1947 y seguía aumentando en enero y febrero de 1948.

Ezequiel dejó al azar las imágenes de la Manifestación del Silencio que tanto lo habían impactado, aceleró el carro al subir por la calle 68 hasta llegar a la carrera 13. Por la inercia de la velocidad, precisó en su cerebro la confusión en que debían estar sus hombres por falta de su voz de mando. Él mismo no quería atreverse a hacer pronósticos de lo que sucedería, pero imaginaba la gruesa capa de ceniza que caería sobre la capital después de los incendios, ante un hecho tan funesto como el asesinato de Gaitán. Imposible sofocar semejante conflicto de orden público con un cuerpo tan debilitado como la Policía, por el cuestionamiento público por parte de las directivas liberales en los últimos meses. Además, la celebración de la Novena Conferencia Panamericana había exacerbado los ánimos de la oposición liberal, ante el absurdo error cometido por el gobierno conservador de no haber invitado a Gaitán a sus deliberaciones como delegado oficial de Colombia, siendo como era el representante de la mayoría electoral en el país. La noticia difundida por la radio de que el asesino de Gaitán había sido un policía chulavita colocaba a la institución contra la pared y de espaldas para recibir todo el peso de la venganza de un pueblo frustrado en sus ilusiones.

Cuando giró el carro por la carrera 13 se enfrentó con la profunda soledad de una ciudad que parecía haber encontrado el encierro para su miedo, al quedarse sus habitantes en sus casas y apartamentos para escuchar las noticias de la radio que a esa hora, un cuarto para las dos, sólo sembraban incertidumbre: caos sobre el caos, un río de sangre y los espíritus enardecidos con la fiebre en alza cuando sobrepasaron los límites de la cordura.

—Todos se encierran en la jaula de su propio miedo —pensó Ezequiel—. El miedo es la cueva natural de los hombres para huir de su propio miedo. Quizá la única salida para sobrevivir, definitivamente, en situaciones de esta naturaleza.

Pero de inmediato cambió la imagen de la ciudad. Ésta se había

vuelto como una especie de camaleón en sus diversos estados de ánimo. Cuando tuvo que aminorar por el sector de Chapinero, nadie quería quedarse en casa: la ciudad parecía desocuparse por el huracán de la prisa, como si hubieran escuchado la última de las noticias, todos querían salir a la calle en la más intensa cacería de fantasmas inexistentes, atropellando al que iba adelante, con la impaciencia de quien piensa está mirando hacia al frente y su mirada continúa fija como letrero en el cielo lejano.

—La ciudad se volvió una gran espalda que corre enloquecida —recuerda Ezequiel.

Y era verdad como realidad: un tumulto pequeño engrosaba uno mayor y así la turbamulta, ya convertida en multitud, arrastraba sus pasos, a veces corría, se detenía, respiraba muy hondo para volver a alargar los pasos y alcanzar el centro de la ciudad, lugar de consecuencias catastróficas. Corría la multitud indefensa para poder presenciar los rastros finales de la sangre del Jefe asesinado que, al deslizarse sobre el pavimento, ya había sido recogida en cientos de pañuelos que se guardarían como recuerdo invaluable, eterno.

Crecía la espalda de la ciudad, crecía la multitud que ansiaba llegar al centro. Ezequiel había disminuido la velocidad del jeep, corría a 20 kilómetros por hora. Despacio para evitar cualquier accidente fatal. Hacía sonar la bocina con tanta timidez como si se tratara de una exclamación tardía, pidiendo permiso a quien corría adelante, a quien trataba de subirse al jeep, a quien estorbaba a propósito su marcha. Sabía que por seguridad personal no le convenía exasperarse. Cuando, acosado por tanta lentitud, pudo llegar hasta la calle 34, respiró con cierto descanso porque, pensó, podía subir en busca de una de las calles laterales del Parque Nacional y así llegar lo más pronto posible a la Quinta División de Policía.

6. El cadáver ilustre

Dejé el original sobre la máquina de escribir, con notas a pie de página que explicaban la importancia de mi hallazgo periodístico.

Luego, saldría orientado por un instinto inquisidor al encuentro de los hilos de las casualidades, que por cierto se habían convertido para mí en una especie de imán en la diaria profesión de redactor de la crónica policíaca. Siempre me encontraba de frente a las casualidades, que resultaban abriéndome las puertas de posibles desenlaces inesperados en las historias que estaba escribiendo. Entonces, para el equilibrio emocional, sacaba a relucir de mi interioridad la sonrisa de la buena suerte y le daba una intensa fumada al cigarrillo y, como jugando, intentaba hacer ocho círculos de humo que impulsaba paulatinamente con los labios. Pensé en las casualidades, porque el instinto me guiaba hacia la Clínica Central para saber cómo desentrañar el silencio tejido alrededor de la noticia sobre la muerte de Gaitán. En la redacción del periódico todo era una suma de confusiones: los médicos enclaustrados, en la clínica, en un silencio sospechoso; los dirigentes liberales que a esa hora, tres y media de la tarde, encabezados por Darío Echandía, no querían abrir la boca, parecían, en su mente convulsionada por la delicada situación, atragantados en su digestión por los acostumbrados silencios de los políticos. Cuando corría hacia la Clínica Central, en la mitad de la carrera 4.ª con calle 12, me encontré con Ignacio Cadena, secretario del Juzgado Permanente de la calle 12, quien me dijo al oído como secreto profesional:

—Voy en función del levantamiento del cadáver del homicida…

Pensé para mis adentros: parece que estoy ligado definitivamente con la imagen de la muerte del asesino. Relación que no me hizo feliz, pero sabía por experiencia que debía, por responsabilidad profesional, seguir las pistas de aquel hombre muerto a golpes. Pregunté al secretario del Permanente Doce dónde estaba localizado el cadáver del homicida y él simplemente contestó, con el afán que lo perseguía para terminar la diligencia:

—Ya lo tenemos localizado… y no se perderá a pesar de los disturbios alrededor del Palacio de Nariño —lo dijo con el tono distante que asumen, en cualquier circunstancia en sus respuestas, los funcionarios públicos.

El secretario del Permanente Doce, acompañado por un detective de nombre Isaac, un dactiloscopista y yo, formábamos el grupo para

realizar la diligencia del levantamiento del cadáver que estaba tirado y abandonado sobre la calle 7.ª, cerca del Palacio de Nariño. De camino vimos sobre la 5.ª con calle 10 que ya estaba ardiendo el Palacio de San Carlos, recientemente reconstruido y dotado para la Conferencia Panamericana, que sesionaba por estos días en la capital de la República. Las instalaciones del edificio estaban en poder de la furia del pueblo: por las ventanas botaban archivos y muebles de la Cancillería, como si se tratara de una feria de pueblo con rebaja de precios; sobre la calle 10 comenzaban a emerger serpientes de fuego que, envolventes en sus anillos de candela, amenazaban con incendiar las edificaciones vecinas. Crecía la fiesta de las hogueras en pleno centro histórico de la ciudad, como si se tratara de un perverso juego de niños.

Seguí grabando en mi memoria imágenes definitivas, que siempre conservé con letra menuda escritas en mi libreta de apuntes, como fugacidad representativa de los funestos y dramáticos acontecimientos que desencadenó en Bogotá el asesinato de Gaitán. Eran instantes en que lo previsible dejaba de existir por el encanto de la emoción desaforada y lo imprevisible aparecía como un sueño de ojos bien abiertos al mundo. Vi obsesionado cómo desde un balcón de la Cancillería botaron como al azar un cojín de cuero azul, muy lujoso, y un muchacho de unos quince años lo recogió y se abrazó a él con cierto regocijo como si se tratara de un juguete amado y por impulso decidió que debía llevárselo para su casa. Una mujer del pueblo, posiblemente habitante de los barrios de Egipto y La Concordia, se le atravesó en el camino al muchacho, le arrebató el cojín y gritó con voz altisonante:

—Aquí no vinimos a robar —la mujer, navegante de su furia, le hizo con un cuchillo una cruz al cojín y lo lanzó a la hoguera que crecía y se multiplicaba con archivos, papeles y lujosas cortinas de las ventanas de la Cancillería.

Cuando llegamos al sitio de la diligencia del levantamiento del cadáver, lo encontramos tendido y solitario en aquella soledad que brota del desprecio humano, que marca al hombre con un escupitajo en la frente como señal de ceniza; el cadáver no estaba deshecho por

la despiadada golpiza que había recibido, pero no tenía un hueso bueno; conservaba un jirón de calzoncillos por toda ropa; dos corbatas anudadas al cuello con nudos iguales, quizá un truco para cambiar de apariencia en un momento dado, después de disparar contra el líder, pensé con mi espíritu de insaciable pesquisa; llevaba en la mano izquierda un anillo de metal blanco, con una calavera en medio de una herradura:

—Símbolo de buena suerte, acompañado por la imagen de la muerte —murmuró el secretario del Juzgado Permanente; acentué el comentario con un leve movimiento de la cabeza, mientras pensativo observaba el cadáver, prendía otro cigarrillo; el secretario del Juzgado Permanente, con esfuerzo, le quitó el anillo del dedo ya hinchado por tanto golpe recibido, y con paciencia inaudita lo envolvió cuidadosamente en un pañuelo y lo metió al bolsillo trasero del pantalón. El dactiloscopista, hombre avezado en el oficio, dispuso de tiempo suficiente para tomarle las huellas digitales: parecía estar volteando chorizos desflorados calientes al fuego lento de carbones de madera, pues cogía dedo por dedo y lo embadurnaba con tinta y luego lo apretaba contra el cartón blanco. Al final, muy silencioso, parecía satisfecho por su labor al terminar de examinar huella por huella a través de una lupa, con sus gruesos lentes de cegatón irredento. Al finalizar la diligencia, el secretario dijo como si murmurara una buena noticia, cuando por inercia en la vida de un hombre cae la noche:

—Vamos. —Los cuatro hombres nos miramos con un dejo de cansancio, intercambiamos rumbos. Con el pasar de los días y años, escribiría diversas crónicas sobre el cadáver de las dos corbatas. En mis crónicas hacía preguntas de reportero policíaco.

Después del levantamiento del cadáver comenzó el tiroteo por toda la ciudad: se disparaba desde ventanas, puertas, techos, azoteas contra un blanco quieto o móvil o contra figuras difusas en movimiento creadas por el desvarío colectivo. La muerte andaba suelta en busca de cuerpos ajenos.

Al terminar el último párrafo de la segunda crónica en que narro el levantamiento del cuerpo del asesino de Gaitán y dejar la cuartilla prensada en el rodillo de mi vieja máquina de escribir Remington,

acelerado pienso que debo dirigirme hacia la Clínica Central. Con el cigarrillo recién prendido en los labios, me levanto de la silla y ciego obedezco a mis pulsaciones periodísticas. Soy buscador compulsivo de la noticia policial. Por lo tanto, para tranquilidad de mi conciencia, y así culminar mi visión de los acontecimientos, debo establecer lo sucedido con la víctima.

A la redacción del periódico había llegado la noticia oficial de la muerte de Gaitán, anunciada por el doctor Yezid Trebert Orozco a las cuatro de la tarde desde una tarima colocada frente a la puerta de la Clínica Central, por orden del jefe del liberalismo, Darío Echandía, ante una multitud expectante que de inmediato prorrumpió en un desconsolado llanto colectivo. También anunció el galeno, con la frialdad característica de su profesión, que el cadáver del caudillo había sido sacado por la puerta de atrás de la Clínica Central para velarlo en un sitio acordado por la Dirección Liberal. Evidente ardid de los dirigentes liberales para evitar que la multitud se apoderara del cuerpo y lo paseara como protesta por todos los confines de la ciudad. La calle 12, entrada a la Clínica Central, estaba abarrotada por miles de personas al borde del desespero y la anarquía por falta de una voz que orientara sus actos; muchos agentes de la Policía, con un trapo rojo en la cabeza, andaban mezclados entre la población, haciendo alarde de su gaitanismo, sincero o hipócrita, actitud que al menos les garantizaba la vida. En la Casa Episcopal frente a la Clínica Central crecía el incendio, las llamas estaban a punto de devorar la antigua edificación.

Pero Gaitán había dejado de existir faltando cinco minutos para las dos de la tarde. Los últimos minutos de vida del Jefe sacrificado fueron medidos con absoluta exactitud en el reloj del médico y escritor Alfonso Bonilla Naar: una y cuarenta y cinco (1:45): ruidos cardíacos. Se queja. Intermitencias del pulso, respiración superficial, se aplica una ampolla de Digalemo. Una y cincuenta (1:50): bradicardia intensa (sesenta al minuto), se aplica analéptico, y se ordenan 250 c. c. de plasma. Diez y seis respiraciones (16). Una y cincuenta y cinco (1:55): fuerte dilatación pupilar sin reacción a la luz. Respiración muy superficial. Se aplica adrenalina, intracardíaca y

respiración artificial. Dejó de latir el corazón.

Regreso a las cinco y media de la tarde a la Clínica Central, eludiendo a cientos de manifestantes que vienen y corren enloquecidos por la carrera 5.ª, tambaleantes por el alcohol y con las espaldas crecidas por los bultos de mercancías robadas en los saqueos; llego a la puerta de la Clínica Central con la certeza de que voy a encontrar noticias sobre el cadáver de Gaitán. No tengo problemas para la entrada, pues soy conocido en los medios políticos por mis crónicas policíacas. Mi olfato me conduce a una de las alcobas de la Clínica, en el piso bajo, en la cual se halla el cadáver del líder, tendido sobre una cama metálica: el rostro con una ligera mueca de dolor, no de amargura sino quizá de desamparo, pálido y demacrado; la cabeza envuelta en gasa; idéntico a sí mismo. Gaitán: imponente en sus rasgos aindiados, pareciera dormido como soñando frente a una inmensa multitud y estuviera meditando la continuidad indomable de su verbo encendido. Los súbitos y aviesos disparos que le segaron la vida no lograron deformar ninguno de sus rasgos característicos; por el contrario, quedaron intactos, como tallados en piedra en la plenitud de la vida. Esa imagen tan familiar en la política colombiana, popular en millones de afiches, corresponde exactamente a la del hombre que yace ahí, mudo e impotente. «La muerte, dueña de todos los dominios del hombre, de la vida, respiración y pasos, ha sellado sus labios para siempre», escribo en mis notas. «La orfandad y soledad de sus seguidores serán pan de cada día puesto sobre la mesa, como presencia de la más terrible de las frustraciones […]».

Nunca me había sentido tan sobrecogido y golpeado en mis ánimos, al salir de aquel pequeño cuarto y buscar con ansiedad ciega el patio de la Clínica Central para sobrevivir a mi angustia, prendiendo un cigarrillo y aspirándolo con tanta lentitud como si se tratara de un agobiante viaje de regreso en un tren de carga. Para mi sorpresa, en un rincón del patio me encuentro con mi pariente Antonio Izquierdo Toledo, gaitanista, exgobernador de Cundinamarca, apagado en su tristeza, manojo humano deshecho. Lo abrazo y le susurro palabras de condolencia, el hombre desconoció mi presencia y mis palabras, me alejó de sus brazos y volvió a la quietud hierática, sin soltar sonido

alguno. El hombre, cuando había escuchado la noticia definitiva de la muerte de Gaitán, por el impacto psicológico le dio un ataque de risa nerviosa que lo agitaba levantando los brazos, la risa fue creciendo en carcajadas increíbles como azotando las paredes, se reía a punto de reventar el estómago sostenido por las manos, se reía en medio de semejante calamidad. Entonces, para disimular, se escondió entre su sombra en un rincón del patio y cuando lo encontré la risa se había convertido en un manojo de tristeza.

Cuando me dirigía hacia la puerta de salida a la calle, el azar maravilloso del oficio periodístico apareció al escuchar la voz de Julio Ortiz Márquez, quien me llamaba a gritos:

—Felipe, te necesitamos. Eres un hombre providencial. —Julio Ortiz Márquez había sido el hombre de confianza de Gaitán en las elecciones de 1946, amigo íntimo del Jefe asesinado. Al oído me dijo:

—Ven para que sirvas de testigo y mecanógrafo en la autopsia de Jorge Eliécer.

El cadáver de Gaitán se encontraba extendido sobre la mesa de operaciones a las seis y dos minutos de la tarde, rodeado por los doctores Pedro Eliseo Cruz, Yezid Trebert Orozco, Luis Forero Nougués, Ángel Alberto Romero, Raúl Bernet Córdova, Agustín Arango Sanín, Carlos M. Chaparro, Nicolás Collazos Rodríguez, Teófilo Corredor y Alfonso Bonilla Naar, vestidos de blusas blancas y con sus manos forradas en guantes de cirugía, sus miradas tensas pero tranquilas; un profundo silencio los había atrapado en aquel lúgubre cuarto sin posible escapatoria de la tarea profesional a ejecutar. Y ellos estaban acompañados por Julio Ortiz Márquez, Julio Enrique Santos Forero, Luis Eduardo Castillo y por quien esto escribe, testigos infortunados por las circunstancias, que nos colocaban ante una disyuntiva histórica a cumplir. Se desnuda el cadáver y se descubre el cuerpo de un hombre de musculatura fuerte, con su corazón intacto, sin señales aviesas de ningún infarto. Se aplica con destreza el bisturí sobre el abdomen produciéndose sobre la carne una profunda incisión; se cortan las costillas que forman el arco del tórax; la cuchilla va separando las vísceras que se depositan sobre un charol de electroplata; se examinan minuciosamente las vísceras para buscar las

huellas que delataran el paso de un proyectil y así encontrar las causas de la muerte. Se escucha la voz pausada, fría y calculada del doctor Romero, quien va dictando la relación al doctor José Ignacio Cadena, funcionario del órgano judicial para los efectos de la futura investigación, y yo voy escribiendo con ocho dedos temblorosos en una vieja máquina parecida a la mía en la redacción del periódico; nervioso porque no puedo fumar y aspirar un cigarrillo, concentrado escucho la macabra relación y, poseído por las circunstancias, sigo el ritmo de la escritura para producir un texto impecable sin tachaduras, como acostumbro siempre cuando termino de escribir mis crónicas.

Los ojos expectantes y curiosos de mujeres y niños miran el proceso de la autopsia. Los niños, impávidos, recuestan rostros y brazos sobre el poyo de los postigos y en los vidrios de las ventanas para no perder detalle de las maniobras de los médicos que, diestros, siguen la indagación de las huellas de la muerte con el bisturí sobre el cuerpo del caudillo, como si se tratara de una tarea escolar. Ellos, en su afán curioso, rompen con piedras los vidrios de las ventanas, apresan como mariposa por un instante el silencio sepulcral que habita aquel recinto y cándidamente piden a grandes voces que les den cabellos de Gaitán. Los médicos, con paciencia inaudita, arrancan cabellos del Jefe y como hilos negros los van entregando a los niños, para evitar el desbordamiento de los curiosos en este instante de tanta trascendencia.

Mordiéndome los labios resecos, escribo: «El hígado es depositado sobre una mesa, tiene una herida de dos centímetros en el borde anterior del lóbulo derecho; la herida está a la altura del lecho vesicular y lo ha perforado en toda su extensión, en un canal accesible a un dedo». El proyectil recorrió su designio fatal de atrás hacia adelante y se detuvo en la estructura ósea del pecho, viéndose obligado a replegar su plomo en dirección casi vertical, para luego detenerse entre los intestinos y las últimas vértebras, a seis y medio centímetros de la columna vertebral, en el hemisferio derecho, noveno espacio intercostal de la espalda. El otro proyectil, de los dos que entraron por la espalda, no fue posible localizarlo, aunque se logró establecer su paso a través de un largo trayecto que cogió el tórax

izquierdo, perdiéndose por la columna vertebral.

El reloj marcaba las ocho y media de la noche. Los médicos, después de descansar un poco, comenzaron la preparación del instrumental necesario para realizar la trepanación, especie de ceremonia con sonidos intermitentes de finos golpes de metal. La luz de las espermas se fue consumiendo paso a paso, como si alguien a propósito estuviera soplando las llamas para que huyeran del recinto: los rostros de los médicos sobresalen en la diversidad cromática de tierras y naranjas y los trazos fuertes demarcados por los claroscuros; el perfil de mi rostro ovalado se dibujaba a grandes rasgos con acentuaciones en los ojos oblicuos y el negro del bigote acicalado como actor de cine mexicano, relamiéndome los labios por la falta de un cigarrillo; en su conjunto, médicos, funcionarios de la justicia y testigos, parecíamos figuras quietas, inermes, con la mirada absorta en las honduras del cadáver, abierto, ya sin entrañas, vacío en su costillaje porque los órganos vitales estaban disgregados sobre la mesa de operaciones y guardados en recipientes con alcohol. La luz de las espermas, muriéndose en los pabilos, abandona lentamente el recinto. Se volvió un impositivo salir a la calle para conseguirlas: un hombre dijo: me ofrezco como voluntario, salió a la calle adyacente a la Clínica Central desprovisto de cualquier presagio fatal, pero un machetazo que lo acechaba lo dejó sin vida. Tres hombres salieron y con suerte volvieron con sus vidas y la luz en las manos.

Después de dejar las tinieblas, el doctor Romero desliza de nuevo el bisturí sobre el cuero cabelludo del Jefe, y yo escribo menos tenso, pues siento que estoy metido en lo mío cuando escudriño la esencia del ser humano: practica una cortada regularmente profunda de uno a otro pabellón de ambas orejas, comprime el cuero cabelludo y este se repliega doblado sobre el rostro y el otro se pliega sobre la nuca, el cráneo queda descubierto facilitándose la maniobra de la trepanación. Sobre la mesa hay dos sierras afiladas. Se quería localizar el proyectil que había penetrado por el occipital y había dejado una herida de 17 por 15 milímetros de circunferencia con esquirlas sueltas y un fragmento de proyectil. Se escucha la respiración de los médicos, aparece el sudor aperlado en los rostros: se procede a destapar la caja

superior para no ir a afectar la disposición natural de las circunvoluciones. Una larga hora en que el tiempo no muestra su rostro y la espera agazapada parece flotar en el aire. Levantado el casquete craneano en circunferencia por las regiones frontal, parietal y occipital, se separa el cerebro de la base del cráneo y se deposita en un recipiente con alcohol; se encuentra una perforación en el hemisferio izquierdo de su parte intermedia interna, de una profundidad de cinco centímetros y en su interior se localiza un proyectil de arma de fuego; un proyectil achatado y deforme, que produjo el impacto fatal. Concluida la operación, se dispuso la preparación del cadáver a base de formol y otras sustancias balsámicas; finalmente se venda el cráneo y se envuelve el cuerpo de Gaitán en lienzos, y se amortaja con una sábana blanca de lino impecable. Sobre la mesa se ve un largo cuerpo extendido horizontalmente, se abren las puertas y se encienden algunos cirios que no se sabe de dónde aparecieron. El tiempo en un viejo reloj queda detenido en las diez y media de la noche. El doctor Trebert Orozco guardaría en sus bolsillos, durante varios meses, dos proyectiles que se encontraron en el cadáver, uno de la herida en el cráneo y otro dentro de las vísceras; el tercer proyectil se buscó insistentemente y no fue posible hallarlo. El doctor Luis G. Forero Nougués tuvo en su poder, por varios días, el corazón y el cerebro de Gaitán. A medianoche, en la redacción del periódico, para calmar el impulso de la curiosidad periodística, subimos en compañía de Guillermo Cano, director de *El Espectador*, y Darío Bautista, por las escaleras de cemento al noveno piso, y en la azotea del Edificio Monserrate los tres hacemos un inventario de los incendios: la ciudad era una inmensa hoguera en la noche.

7. Decidir por mano propia

Ezequiel giró por la calle 34, sin acelerar, con las precauciones debidas; afortunadamente había seguido mis consejos de salir a la calle con ropa de civil. Al pasar por la carrera 7.ª, nuevamente vio por

la ventanilla el rostro de esa multitud enloquecida que crecía y se agrandaba en su furia y desolación: ojos desorbitados, miradas penetrantes en su desafío a la muerte; gestos vociferantes, manos en alto, palos como armas en disposición y actitud de ir sólo hacia adelante sin importar que el peligro cayera como peste anunciada sobre su piel cobriza. Una fuerza invisible, tenaz, irradiaba sangre caliente que enrojecía aquellos rostros en que se había aposentado la incertidumbre.

Cruzó la carrera 7.ª sin dejarse atrapar por esa visión de furia humana que se acrecentaba. Ezequiel sintió en lo más profundo de su ser un fuerte escalofrío que lo maniataba al timón y lo dejaba sin fuerzas en las manos para seguir conduciendo. Para despertar de la somnolencia que lo atemorizaba, aceleró y tocó la bocina con la estridencia frenética del cantar agonizante de cientos de chicharras azotadas por el calor infernal de tierra caliente. El Parque Nacional estaba prácticamente desierto en su arboleda, bajo el manto de un silencio sospechoso y provocador. Atmósfera de lo inesperado, como si lo incierto colgara de cada uno de sus árboles y estuviera a punto de desgajarse en frutas podridas. Él fue bordeando el Parque Nacional por las calles adyacentes del barrio La Merced, sobrio en su arquitectura inglesa, casas agazapadas con el temor de sus secretos de riquezas guardadas en cajas fuertes.

Al subir por la calle 34 se enfrentó de pronto con la sencilla construcción del colegio San Bartolomé La Merced, que en ese instante parecía también encerrado en un silencio monacal. Por los ventanales, Ezequiel alcanzó a percibir el paso rápido de figuras móviles, doblándose, parándose y fijando su quietud, escudriñando lo que estaba sucediendo en los alrededores de la carrera 5.ª.

—El viejo temor de los jesuitas por los habitantes del barrio La Perseverancia —pensó Ezequiel.

Temor y terror por la presencia de los unos y de los otros, temor por el vecino, agitación por lo que pudiera acontecer en cualquiera de las orillas en este día fatal para el país. Las miradas sigilosas se adhirieron al vidrio de las ventanas, atemorizadas.

Cuando intentó continuar la marcha por la carrera 5.ª, enfrentó el

oleaje de un brioso río humano que bajaba por las calles del barrio La Perseverancia: hombres ensombrerados y de ruana, manos en alto, banderas con crespones negros de luto, palos y machetes al aire para descabezar al enemigo que encontraran de camino. Entonces, dejó su jeep estacionado en la calle lateral que daba al colegio San Bartolomé La Merced y decidió sumergirse como pez desconocido en la turbulencia de aquellas aguas humanas que no daban respiración en su afán de llegar al centro de la ciudad. Se dejó ir como abrazado por el vaivén de hombres hipnotizados con el deseo de su propia muerte a cambio de la honrosa señal de ser el primero en cumplir la venganza ya escrita en tantas palabras que unían la algarabía desesperada. Algo detuvo el embrujo del nudo de cuerdas que ya lo estaban dejando sin respiración: la esbelta figura oscura de luto, delgadez de una vejez en decadencia; el vestido de percal desteñido por vetas negras y grises de la cabeza a los pies, la cabeza cubierta por un manto de baratija, las manos extendidas en cruz en pose de magia y levitación y un sordo alarido de lamentación salido del estómago:

«Dios mío, mataron a Gaitán […] Mataron a Gaitán […]». La masa enardecida corría esquivándola a propósito para que viviera con intensidad su lamento fúnebre, sin regalarle una mirada de comprensión. Ezequiel hizo esguinces, no quería atropellarla en su afán. Al dejarla pocos metros adelante, volvió la cabeza: su rostro era un entrecruce de telarañas y arrugas, sus manos amarillentas en el aire atravesadas por la artritis; su boca desdentada, piel blancuzca desnudando el furor de su grito que como silbido era astilla de árbol recién caído. Ezequiel continuó el camino anudado por la prisa de tantos hombres en su frenesí de acelerar el paso. Aquella imagen de la anciana navegando en la quietud de sus años lo dejaría marcado como res que recibe en su piel el hierro candente que estampa las iniciales de su dueño.

Cuando a media cuadra divisó a su izquierda la antigua casona de dos pisos como agazapada sobre el cemento de las escaleras que albergaba las instalaciones de la Quinta Estación de Policía, Ezequiel pensó que había llegado al sitio que sería el umbral de una tarde y, quizá, el umbral de muchas noches en que las dudas señalarían las

cartas definitivas que pondría sobre la mesa. La suerte estaba echada; en sus manos no tendría la posibilidad de la carta marcada. Sus presentimientos lo envolvían en un alud de preguntas, en cómo él, perteneciente a una institución oficial que tenía como fin reprimir a la población para mantener el llamado orden público, era imposible no hacerse. Él, un hombre que recibía órdenes superiores. Y recibir órdenes superiores significaba no pensar con cabeza propia. Pensar se volvía cuestión de otros que daban las órdenes. Pertenecía a una institución de policías que galopaban sobre el lomo de quienes debían obedecer. Pero Ezequiel pensó que en este crucial instante para su vida y la vida de sus subordinados no debía involucrarse gratuitamente en aquellos oscuros pensamientos. Debía continuar las líneas de su destino. Entonces, como si fuera un baile de esguinces, se acercó cauteloso al andén izquierdo para atrapar con las manos y las piernas las escaleras que lo llevarían a la puerta de la Quinta División de Policía. Con premeditación lo hizo, y cuando caminaba por el andén se sorprendió al acelerar sus grandes zancadas y en el primer escalón saltó y continuó corriendo como si estuviera perseguido por una jauría de perros cazadores.

Frente a la puerta de su División lo sorprendió que estuvieran apuntándole por la mirilla de seis Mauser checoslovacos, seis de sus hombres apostados en cada pared de entrada, dos rodillas en tierra y cuatro parados firmes con el pulso de su puntería. Las voces se cruzaron como una orden de cese de hostilidades dadas a tiempo:

—No disparen, soy el capitán Ezequiel Toro… —ordenó con firmeza.

—Lo reconocimos a tiempo. Pase, mi capitán Toro… —Voces al borde de producir la muerte por física inutilidad.

Él dijo entonces con la naturalidad de su voz de mando:

—Bajen esos putos fusiles. Aquí nadie va a disparar contra la población… —Los hombres obedecieron con desgano.

Siguió con paso firme por el estrecho zaguán, al fondo tropezó con la figura inerme, firme de tacones, pálido rostro de su ordenanza que trataba de hilvanar el informe del día:

—Permiso, mi capitán, para informarle que el día de hoy, a la una y

cinco, mataron al doctor Gaitán… Y dicen las noticias de la…

Ezequiel, imperturbable, pasó a un lado de aquel hombre que resumía en su angustia de esperma derretida el desconcierto que se vivía adentro de la Quinta División. Ezequiel dudó un poco en escoger las escaleras de la izquierda o derecha que lo llevarían al segundo piso, como si se tratara de un juego de adivinanzas. Se decidió por la escalera de la izquierda en busca del casino de oficiales, llegó al segundo piso y entró al amplio salón y, sobrecogido por el silencio frenético, pensó que era un silencio feroz, indomable: mesas vacías, asientos desocupados; al fondo, prendida de la pared, la bandera colombiana como un ramillete de flores marchitas, la bandera amarrada con un listón amarillento dorado; una especie de teatrino abandonado cuando los actores salen a la calle para buscar a alguien que entienda la razón de sus gestos. Entonces, con un amargo sabor en los labios, buscó el cuarto de oficial superior para cambiarse la ropa de civil por la de un oficial de su grado. No dejó tiempo para mirarse al espejo. Bajó de inmediato para dirigirse hacia la escalera de la derecha y entró como si se tratara de un conjuro al dormitorio de sus hombres: el ambiente preciso de la disciplina castrense, las camas bien tendidas, las toallas colgadas a un lado de las barandas, los zapatos de repuesto bien lustrados, brillantes, todo en absoluto orden. Sus hombres estaban presentes y no era un contrasentido existencial, era simplemente una realidad.

Al bajar precipitadamente y llegar al patio de formación, un grupo de sus hombres que andaban dispersos, al verlo con su semblante de autoridad, corrieron hacia el patio desordenadamente para formar y ponerse a su disposición y en silencio expectante quedaron esperando sus órdenes. Al revisar aquellos rostros aindiados y mestizos; al enfrentar con minuciosidad cada una de sus miradas ya congeladas por la incertidumbre, Ezequiel, desarmado en su capacidad de decisión por circunstancias ajenas a su voluntad, dijo, como si se tratara de un discurso aprendido en sus años de vida escolar:

—Señores agentes, vamos a resguardar la División en sus partes vulnerables ante un posible ataque. Y quedamos a la espera de las órdenes de los mandos superiores… Esperamos las órdenes de mi

coronel Virgilio Barco.

Al escuchar sus palabras, los hombres establecieron con él una profunda distancia; de inmediato mentalmente quedaron paralizados como si estuvieran nadando en aguas turbias. Para él fue como sumergirse en la vaguedad peligrosa del desencanto que hiere a latigazos la piel, dejándola al borde del dolor infinito: comprendió que era un hombre que parecía un rompecabezas de dudas existenciales, que debía armarlo con cuidado a diario en sus pensamientos, cuando le tocaba decidir por mano propia.

8. Seis Juanes

El sábado en la tarde apareció un papel doblado en el bolsillo derecho del saco; la verdad es que lo había olvidado por el agite del día anterior. Era un recibo de consignación de pocos pesos, requisito para obtener el pase de chofer. El azar que surge en la investigación periodística policíaca abre otras luces en la indagación y en las propias deducciones. Uno asume el riesgo de la investigación personal. La fuente oficial no siempre abre puertas para descifrar incógnitas inesperadas. Ese recibo llegó por casualidad el viernes en la tarde a manos de un oficial de la Policía, el mayor San Miguel, quien me encontró de regreso del Palacio de Nariño camino hacia *El Espectador*, y me entregó el documento, diciéndome:

—Felipe, sígale la pista a ese papel… Puede conducir a esclarecer el embrollo del asesinato del doctor Gaitán. —El oficial no dijo nada más y se despidió con cierta vaguedad en su rostro.

Todos los canales de información estaban cerrados, el Gobierno informaba a través de boletines que se emitían por la Radio Nacional. Entonces nos dedicamos a las conjeturas sobre la única pista que teníamos: el asesino posiblemente se llamaba Juan Roa. Lo atestiguaba el recibo que encontró alguien en el bolsillo de su pantalón: la multitud se lo había quitado a pedazos, mientras lo iban golpeando y arrastrando hacia el Palacio de Nariño, y ese alguien en medio de la furia y desvarío de la pequeña multitud revisó los bolsillos, lo

encontró como evidencia de identidad del sujeto ya moribundo y tuvo, en un acto de conciencia, el cuidado de guardarlo; en la tarde lo entregó al oficial de Policía.

El dactiloscopista del Permanente de la calle 12, en la apresurada diligencia del levantamiento del cadáver del asesino frente al Palacio de Nariño, le había tomado las huellas dactilares. La oficina de cedulación era una dependencia municipal, estaba situada en la calle 21 con carrera 9.ª, funcionaba con un empleado de nombre Manuel Valencia. Acucioso secretario que manejaba un tarjetero con fotos y huellas del pulgar derecho y algunas referencias personales: nombre, datos mínimos de filiación. Por casualidad, amigo mío, como tantos que tenía en el Poder Judicial, por razones y necesidades de mi trabajo como cronista policíaco. Yo establecía este tipo de nexos amistosos, encuentros fortuitos en cafés y cantinas en los cuales terminaba pidiendo la información que necesitaba y el funcionario me la daba sin mayor prestación, salvo una docena de cervezas y una noche de larga y tediosa conversación. Me comuniqué por teléfono con el funcionario amigo, le referí mi hallazgo y éste, servicial, de inmediato me contestó:

—Tengo en el tarjetero unos quince o veinte Juanes Roas. —En lance emotivo le pregunté con la frescura de la confianza:

—¿Me prestas las tarjetas? —El hombre aprobó mi petición con risita cómplice y agregó la condición:

—Por una hora las dejo en tus manos… —Envié a Alfonso Guaque, mensajero del periódico, y él le entregó las tarjetas y las trajo. Cuando tuve el tarjetero en mis manos, me puse a hacer una selección minuciosa por edades: yo le calculaba al asesino de Gaitán unos veinticinco años; estatura un metro con sesenta centímetros, quizá un metro con sesenta y dos centímetros, y alguna otra característica física del hombre que había visto en el levantamiento del cadáver. Parecía yo una locomotora fumando; por la espalda iba dejando estelas de humo, como si fuera una mata de frailejón florecido. Regué sobre el escritorio las fichas del tarjetero y en una especie de juego de cartas comencé a encontrar los Juan Roa Sierra, Juan Manuel, Juan José, y así fui eliminando los nombres hasta que quedó reducida a unos cinco

o seis. Juego de pálpitos: hasta allí llegaban mis deducciones, ahora requería los dedos del cadáver del asesino para la comprobación definitiva de sus huellas.

Después de la mortandad del viernes en la noche, ejecutada por el Ejercito cuando tomó a sangre y fuego cuadra a cuadra el centro de la ciudad, por toda la carrera 7.ª desde la calle 7.ª hasta la calle 26, recogieron en camiones el cadáver del asesino en la madrugada del día sábado, junto a cientos de cadáveres, y al Cementerio Central fue a dar con sus huesos molidos y su carne maloliente y lo dejaron tirado junto a enormes filas de despojos en la galería oriental, en un lúgubre corredor larguísimo de cuatrocientos metros que daba sobre los durmientes del ferrocarril: cientos y cientos de cuerpos que sumaban mil o dos mil, amontonados como si fueran los escombros humanos dejados por un terrible y devastador terremoto.

Manuel H., un aficionado fotógrafo taurino de mi misma estatura, bigote amonado y una tierna mirada de pajarillo, con la formidable capacidad de enfocar a través de su cámara todo lo que se movía a su alrededor en las situaciones más dramáticas, había localizado y retratado al asesino de las dos corbatas en el Cementerio Central. También, para su fortuna de fotógrafo, había captado, en la noche del viernes en la Clínica Central, a Gaitán amortajado después de la autopsia: descubierto su rostro dormido, rodeándolo dos médicos hieráticos como silenciosos guardianes, el inspector Cadena muy encorbatado y un gesto suyo de duda y displicencia, y a espaldas de los médicos un hombre desconocido como testigo fortuito. Manuel H. había localizado al guiñapo de las dos corbatas después de enfocar series de cadáveres en las más diversas posiciones.

Le llamó poderosamente la atención la descomposición del cuerpo golpeado, su completa desnudez y las dos corbatas torpemente anudadas al cuello. Entonces, recordó que la noche anterior, después de evitar el toque de queda en casa de amigos que vivían en el barrio La Candelaria, me escuchó decir que yo había sido testigo de excepción en el levantamiento del cadáver del asesino de Gaitán. Intuiciones del oficio, malabares del azar, fraterno colega. Entonces, emocionado, me llamó al periódico para darme la noticia, en el mismo

instante en que yo lo estaba localizando porque sabía que ese día él en la mañana había estado tomando fotografías en el Cementerio Central.

Yo también trataba infructuosamente de comunicarme con el dactiloscopista, que tenía las huellas dactilares del cadáver de las dos corbatas, es decir, la clave para su identificación definitiva. Este vivía en un barrio del sur; nadie sabía de sus señales y sálvese quien pueda. Cuando supe por Manuel H. que el cadáver de las dos corbatas estaba en la galería oriental, en la mitad de un lúgubre y larguísimo corredor de 400 metros que daba sobre los durmientes del ferrocarril, me fui a recorrer el Cementerio Central. Después de muchas pesquisas, guiándome por mi olfato, pañuelo sobre la boca y levantando cuerpos y dejándolos de lado, sin temor a la muerte, encontré al asesino de las dos corbatas con su jirón de calzoncillos entre las piernas, encima de otros tres cadáveres, dos hombres y una mujer. La mayoría de los muertos estaban vestidos, sangrantes, con orificios de disparos de fusil, revólver y heridas a cuchillo. Pero este era identificable porque estaba desnudo y con las dos corbatas. Esa tarde todavía no comenzaba la dolorosa escena, triste fila de dolientes, identificando a sus muertos. Me encaminé curioso hacia el cadáver, prendí un cigarrillo mientras respiraba hondo, luego aspiré profundo el humo y lancé la bocanada al aire. Iba armado de tinta de imprenta que llevaba en una caja de fósforos El Diablo, levanté el brazo del cadáver, le cogí la mano y a pesar de su rigidez, tenso por el asco, le tomé la huella del pulgar derecho. Tenía en mi poder las fichas con huellas de varios Juanes Roas, reducidos ahora a media docena.

La dactiloscopia necesita de un lento proceso de observación. Se trataba de la identificación de una sola huella dactilar. Entrecerrando los ojos como si fuera un relojero, me puse a comparar con el auxilio de una lupa, cuestión de minutos, las huellas del pulgar derecho de los seis Juanes y de pronto, emocionado por un extraño pálpito, di un fuerte alarido en la salida del Cementerio Central:

—Carajo, este es el hombre… —Mi hallazgo coincidió con la aparición en el periódico del dactiloscopista que había asistido al levantamiento del cadáver, llevaba consigo, en un sobre en el bolsillo del saco, la necrodactilia: era el hombre de las dos corbatas. En la

primera edición de *El Espectador* del lunes 12 de abril se publicó el retrato de Juan Roa Sierra tomado de la cédula, el único retrato nítido que existía de él.

Capítulo 2

9. Febrero 11 de 1953

Recuerdo aquel fatídico viaje como si fuera un ritual aprendido de memoria: 12 de febrero de 1953, una de la tarde, mañana gris de plomo lluvioso y un frío paralizante. El humo volátil de la locomotora eran huellas dispersas en el vientre del viento pasajero; respiración agonizante, el silbido hiriente de la sirena; la mirada que despide al maquinista se pierde en la bruma disuelta en la distancia. La compra de un tiquete no es seguro de vida, es apenas el derecho a sentarse por casualidad en cualquier silla en el vagón seleccionado y, luego, esperar impávido el desenlace incierto del viaje. Montarse en un tren puede convertirse por designio del azar en la escogencia de la carta con la cual se puede perder la vida, en la apuesta fatal. Pero tú, querido Ezequiel, no compraste el tiquete del tren, lo compraron por ti dos sabuesos que te vigilaban.

Era yo una extraña viajera. Nunca antes había sentido tan apabullante y ensordecedor el inmenso espacio de la Estación de La Sabana, por el bullicio de la gente que entraba desesperada con maletas, bultos y cajas de cartón, ante la prisa de no perder el viaje, y la algarabía de quienes ansiosos esperaban a familiares y amigos. Una extraña viajera, mi dolor se disgregaba como veneno por todo mí ser. La Estación de La Sabana se tragaba como enorme sombra mi tristeza, inundada por fatales presentimientos porque imaginaba ante mis ojos el tren de tu desaparición, inmóvil, fantasmagórico, a punto de partir, querido Ezequiel. En mis manos tenía un tiquete de tercera clase, rumbo a la población de Sogamoso. Presentía que este no sería un viaje de paseo por los pueblos cercanos a la Sabana, como los que acostumbrábamos en familia cuando estabas por fuera del servicio. Recuerdas, Ezequiel, nuestros viajes a tierra caliente, especialmente a Girardot para bañarnos en las orillas del río Magdalena, y luego pasar el puente y comer con avidez viudo de pescado en Flandes; recuerdas, Ezequiel, los viajes a Zipaquirá para caminar con los niños por los senderos oscuros de rocas en los laberintos de las minas y llegar a la

suntuosa Catedral de Sal, rezar, y a la salida devorar el ajiaco con aguacate, en un restaurante cercano. Eran tiempos del tren viajero cargado de plena felicidad familiar.

Algo me decía muy dentro del corazón que no todo funcionaba a nuestro favor; me sentía afiebrada en los labios, mi cuerpo no encontraba acomodo en el inmenso espacio de la Estación de La Sabana. Caminaba, corría, me detenía, hablaba solitaria extrañada por el peso de mi propia piel y no encontraba la figura de Ezequiel entre la pequeña y expectante multitud, esperándome con un pálpito de esperanza en su mirada. Él debía presentir que yo lo estaría buscando. Apresurada pasé las rejillas de control, mostré el tiquete, me dirigí a la cafetería y nadie que se pareciera a mi hombre, entonces dirigí mis pasos hacia la salida de la Estación Nordeste, rumbo a Sogamoso.

Tu testarudez, Ezequiel, tú pensabas inocente que por el prestigio como exoficial de la Policía te habías vuelto invulnerable. No imaginabas que te llegaría un día la muerte como la última de las desgracias que padece el hombre. Tus oídos fueron sordos a mis consejos, te perdió la demasiada confianza en los otros y el no escuchar la voz de tu conciencia en los extramuros de la soledad. No todos los hombres que brindan un abrazo son de confiar en los susurros zalameros de sus secretos.

Sí, Ezequiel era un ser muy terco, lo que pensaba lo hacía y nada de recibir consejos de ninguna naturaleza. Quizá, porque se hizo solo en la institución de la Policía; cada ascenso recibido había sido fruto de su tenaz y férrea constancia. Claro, debo reconocerlo, que en situaciones definitivas de su vida mi voz siempre fue escuchada por su conciencia. Después de su primera detención en noviembre de 1949 decidió, desilusionado, no volver a involucrarse en cuestiones políticas; ya poco creía en las promesas de la Dirección Nacional del Partido Liberal. Una noche me habló, convencido de su antigua voz de mando:

—Mimita, me siento un hombre libre de compromisos. Todos mis esfuerzos los voy a dedicar a mi familia…

Escuchaba conmovida la sinceridad de sus palabras. Cumplió a cabalidad. Ezequiel era un hombre de absoluta responsabilidad

familiar. Pero recuerdo su testarudez aquella noche al negarse a huir para salvar la vida. Lo recuerdo al tantear con mis dedos en busca de su rostro la fotografía suya uniformado de gala como oficial de la Policía, fotografía que conservo enmarcada en la mesa de noche, inalterable. En mi vejez, equilibrada por tantos recuerdos hermosos en su compañía, he deshecho con mis manos la ceniza del odio acumulado por su terrible muerte. Mi existencia no ha sido un fácil trasegar: el odio envenena la sangre, el odio enturbia la mirada, el odio fecunda la vida con abrazos dolorosos y despiadados.

Esa noche, 10 de febrero de 1953, después de la cena y luego de acostar a los tres hijos que estaban en casa, le dije a Ezequiel en tono persuasivo, acariciándole el cabello:

—No te quedes aquí esta noche, por favor —pero contestaste en tono mandón de excesiva seguridad:

—Yo no duermo en otra cama. —Te insistí en voz que habla con la yema de los dedos; te agarré las manos en petición amorosa:

—Ezequiel, tengo angustia por todo el cuerpo, me sudan las manos, ¿por qué no te vas y te quedas en casa de un amigo…?

A Ezequiel día a día le seguían la pista de sus pasos y yo continuaba atrapada en mi preocupación, y no era cosa de presagios ni de fantasmas imaginados. Una de mujer conoce a fondo el pulso de los sentimientos y sobresaltos de su marido, y más un ser como Ezequiel que nunca me ocultaba nada en su mirada. Alma transparente. Vivíamos en familia una situación tensa y en extremo delicada: la casa parecía rodeada por acuciosos ojos pegados a los vidrios de las ventanas, ojos vigilantes como moscas frenéticas de tanto girar en su labor de implacables sabuesos. Después de su destitución de la Policía, a raíz de lo sucedido la noche del 9 de abril de 1948 en la Quinta División, a Ezequiel le cerraron abruptamente cualquier posibilidad de trabajo en la capital. Incluso a él como a sus compañeros se les negaba la entrada al Club de Oficiales de la Policía con el grotesco pretexto de que habían dejado de pertenecer a la institución, cuando fueron destituidos injustamente. Todos los excomandantes, los suboficiales y los policías rasos terminaron en la vitrina de la mira pública, aislados socialmente como si fueran portadores de la peste de rabia: tildados

de sospechosos de cualquier desliz humano, borraron por decreto oficial sus imágenes en viejas fotografías de la institución; algo nuevo les acomodaban en sus prontuarios para perseguirlos, acusándolos de «nueveabrileños». Los dejaron socialmente como reses colgadas de garfios goteando sangre, escarnio que nunca cesó como señal inequívoca de la existencia de un poder político ignominioso.

A las doce de la noche escuchamos golpes brutales en la puerta de la calle. Precavida, como si esperara en cualquier instante de la noche la razón de aquellos feroces golpes, hice a un lado la cortina de la ventana del cuarto matrimonial y en la calle vi un bus lleno de policías, la casa estaba rodeada por un pelotón de uniformados. Le dije a Ezequiel, convulsionada por los nervios, sin poderme contener en mis emociones:

—Mijo, fíjese, por no hacerme caso —descontrolada me invadió la ira, quería estrangularlo por su negligencia de no buscar refugio para su vida—: Vienen por usted. Métase por el hueco del zarzo y salga al techo de la casa vecina y trate de escapar…

El hombre, tranquilo en apariencia, contestó, tratando de apaciguar mis temores, con gestos de manos que expresaban aplomo y seguridad absoluta de su absurda actitud:

—No, nunca saldré por el techo de mi casa. No soy un asesino. No tengo nada que temer porque no debo nada a nadie.

Lo maniataba el sentido de la legalidad de la justicia, como si estuviera amarrado a un asiento de por vida y sus labios amordazados por una cinta de esparadrapo. No tuvo la decisión de escapar a tiempo. Huir no es cobardía cuando la vida corre peligro. Ironía que pisoteaba el sentimiento humano: la ley buscaba al hombre que también un día había vestido por años el uniforme de la ley. La vida tiene esguinces de estúpida malignidad. Ironía que escupe física maldad. Ezequiel era hombre de cabal bondad en su ser ingenuo, creía que el resto de los hombres eran tan transparentes como él.

Cuando llegaron los hombres estabas en piyama, un poco nervioso pero no sobresaltado; te pusiste encima la bata de satín azul, bajaste desprevenido las escaleras, apoyaste las manos en las barandas y deslizaste por estas las confusas imágenes que rondaban tu cerebro: un

hombre en apariencia equilibrado por los nervios, carcelero de sus temores y miedos. Yo me había puesto mi bata levantadora, iba detrás de ti bajando los escalones como triste alma en pena, vagando en busca de respuestas por la visita inoportuna que había golpeado la puerta con odio empotrado a nombre de la llamada justicia de los hombres. En el primer piso te dirigiste directo hacia la puerta de la calle para abrirles a tus captores. Dos hombres se enfrentaron con tu rostro. No hubo intercambio de voces cordiales, no hubo intercambio de saludos en aquella madrugada. Tu mirada serena ocultaba huellas de incógnitas imprevisibles. En la mirada prepotente de ellos, señales de huellas carceleras. Tú preguntaste en tono formal:

—Caballeros, ¿en qué puedo servirles…? —Ellos no expusieron voces en la madrugada lluviosa sino que de inmediato mostraron sus placas policíacas. Luego hablaron al unísono y en dúo con el ritmo áspero del golpe de palmadas brutales en los oídos:

—¿Usted es el señor Ezequiel Toro Martínez? —Enclaustrado en tu silencio, te vi, querido Ezequiel, paralizado de una pieza de madera labrada por manos criminales. Estabas labrando tu propio ataúd.

—Soy yo… —temerosa aceptación para una futura crucifixión voluntaria.

—Queda detenido, señor Ezequiel Toro Martínez, por orden superior…

Lo dijeron poseídos de una naturalidad pasmosa, como si fuese una orden del cielo. Con el silencio atrapado en tu estatura de hombre, perplejo te entregaste como carne fresca directo para el matadero. Fue, querido Ezequiel, la última vez que dormiste en casa: tu cuerpo solitario vagó por la inmensidad de la lejanía que cierra los ojos a la vida y se pierde por otros ámbitos por donde pulula la soledad.

Hoy continúo escuchando lo que dijeron tus captores esa madrugada, ecos fúnebres, atormentados, abriendo camino por los laberintos de la memoria. Cuando escucho la sentencia de su detención, a la fuerza hago a un lado a Ezequiel y me interpongo entre él y aquellos hombres que querían poner bajo la sombra tu libertad. Yo vociferaba:

—¿Por qué se llevan a mi marido…?

Trataba de equilibrar mi exaltación, sabía que era imposible detener aquel acto ignominioso con la fuerza de mis gritos y quizá con la ingenuidad y peso de los argumentos de mis ruegos. Vivíamos tiempos que laceraban a golpes el cuerpo de un país atormentado por la fragilidad de su miedo, miedo amordazado por el silencio, miedo entre los dientes como comparsa de máscaras que ocultaban el rostro de la agonía puesta en fila para el próximo fusilamiento colectivo. Masacres por doquier en el campo; fantasma gubernamental de agilidad siniestra en cuanto al disparo certero; torturas bajo la luz de los incendios en alza de las llamaradas; cordilleras de color naranja, ceniza y altar de tierra vaporosa; miles de personas con la huida metida en los ojos, geografía de pies caminando, sueños de vidas dejados a la fuerza del azar, olor promiscuo por el abandono humano creciendo como hongos podridos en su raíz. Bogotá, la ciudad de la lluvia eterna, lluvia despiadada y cortante en sus vientos a ras del filo de machetes afilados, era ciudad de puertas cerradas para evitar la entrada sorpresiva de los anuncios fúnebres.

Los dos hombres me dejaron sin voz, al empuñar los dedos y señalar con el índice derecho hacia sus espaldas, indicación de que mirara con mis ojos la realidad del arresto de Ezequiel: un camión descarpado lleno de hombres uniformados, estatuas armadas botando por sus bocas chorros delgados de humo, chimeneas vociferantes. Entonces, los dos hombres hablaron con la calma ronca de quienes son portadores de la ley escrita en papeles que nunca se muestran al aire. Rostros herméticos con dureza de pared gris agrietada; gestos aprendidos por una dócil memoria puesta de rodillas; risas sardónicas en el rictus de sus labios desdibujados por el odio:

—Necesitamos que nos acompañe, tiene que ir a dar una declaración… —Simple, hablaba el uno, simple, hablaba el otro:

—Su marido se va a demorar… —dijeron los dos en voz orquestada por la ligereza del tiempo detenido:

—Es mejor que le arregle sus cositas… —Escuchaba casi paralizada en mis pensamientos el cruce de cuchillos, acertando en la carne de un hombre crucificado. Ezequiel momificado en sus ademanes. De inmediato, sonámbula subí las escaleras, entré al cuarto, abrí las

puertas del armario, en los cajones busqué camisas, pañuelos, medias, ropa interior, incluso una corbata, y organicé una maleta de cuero para tres días. Yo también albergaba la lejana ilusión de tu pronto regreso de aquel viaje a la fuerza, aunque ilusionada sentía que me ahogaba en remolino turbio, desesperanzado.

Grabé para siempre como lápida en la memoria —¿cómo podría olvidar aquellos fatídicos números?— los números de las placas de los agentes de civil que lo detuvieron: el 1014 y el 1017. Hombres números de rigor y planeación hacia el camino de la agonía y la muerte.

Después vendría la búsqueda de tantos años de tu compañía en los recuerdos, recuerdos tantas veces inalcanzables en una memoria frágil como la mía, golpeada por el dolor más intenso que se puede padecer, agudo e inalterable. Aunque lo sé por experiencia en el transcurrir de tu búsqueda como señal de hombre vivo o muerto, el dolor en su intensidad y duración ha preservado mi memoria de los olvidos furtivos. A Ezequiel lo desaparecieron una madrugada tranquila y dulcemente: el 11 de febrero de 1953. Tu imagen quedó borrada en el aire como estrella viajera perdida de rumbo. Te llevaron preso a la Séptima División de Policía, situada en la carrera 7.ª, frente al Palacio de Nariño.

10. Señales voraces de los incendios

En una de las cientos de libretas de apuntes que conservo, numeradas por años, escribí con letra menuda pero legible:

> Hay un detalle para mí intrascendente, pero sumamente significativo. Cuando avanzamos con un colega del periódico el sábado 10 de abril en la mañana, por la Avenida Caracas, de la calle 13 hacia el norte buscando salida del infierno en que nos habíamos metido al tratar de evitar las patrullas del Ejército que estaban aplicando el toque de queda con el rigor de sus fusiles, encontramos en el camino cerros de mierda, cerros de tamaño increíble que eran prueba elocuente de la indigestión del pueblo, después de semejante comilona el viernes en la tarde y la noche. Luego de los asaltos y saqueos al comercio, cientos de hombres y mujeres se pusieron a comer y a beber y ya entrada la madrugada del sábado los cazó

miserablemente la tropa, irresponsables, estúpidos, tambaleantes y perdidos del instinto de conservación, muchos perdieron la vida entre montones de su propia mierda.

Pero antes de la siembra de montones de mierda en las calles de la ciudad, vaciados los estómagos atosigados, el fuego y la destrucción, y antes del fuego y la destrucción, la multitud sacrificada por el dolor y la desesperanza, que no se doblegó ante semejante horror presenciado por el desvarío colectivo.

Era volver a caminar la ciudad por los caminos nefastos de la destrucción y de los incendios; la ciudad de la memoria que afloraba en los más recónditos lugares geográficos precisados en el cerebro cuando escribía mis crónicas policíacas, cuando escribía las crónicas sobre los barrios. Caminaba como si quisiera esconder mis dudas y preguntas entre los huesos del alma. Un tipo duro como yo ante la presencia y escarnio de la muerte, debo confesar que me sentía anonadado y aturdido ante los desmanes del horror. Muy callado escribiendo mis notas en la libreta, me parecía estar viendo el levantamiento del cadáver de la ciudad.

La madrugada del viernes se volvió un imposible humano para mí, tratar de conciliar el sueño después de haber visto lo que vi con mis propios ojos. Estaba en un estado de febrilidad absoluta, como pinchado en la piel por miles de alfileres electrizados. No fumé sino que devoré con ansiedad infinita, mientras daba vueltas en la cama, tres cajetillas de Pielroja. Con la colilla agonizante prendía otro cigarrillo, mientras la ceniza se deshacía entre mis dedos y caía en la sábana. Mis dedos afiebrados y olorosos a nicotina, las uñas amarillentas, mi bigote, un pegote de humo congelado. Las gruesas cobijas de lana virgen atrapaban sin piedad las capas de humo de cigarrillo que cubrían mi existencia. Mi cuerpo amortajado parecía flotando en las nubes porque ni siquiera me había quitado la camisa, la corbata, el vestido de paño, los zapatos. El sombrero lo había dejado colgado y solitario en el perchero: esperaba el sonido agudo de la sirena de los bomberos para salir a la calle con el diablo metido en el cuerpo, a buscar la noticia del más reciente de los homicidios. Alerta mi cerebro, brioso mi corazón, simplemente hipnotizado por el

impacto de los acontecimientos. Cuestión del implacable frío bogotano lo que no me permitía dormir. Un frío lento, brutal, apuñalaba mis pensamientos como tortura china: la multitud arrastraba de los pies el cadáver de un hombre, mientras las llamaradas que devoraban la ciudad, como río brioso, se apartaban para dar paso al cuerpo del hombre absolutamente vuelto una piltrafa en sus huesos por tantos golpes recibidos. El cadáver dejaba inalterables huellas de ceniza como si hubiese pasado de prisa el tranvía rumbo a Chapinero. No sé si lo soñé en los pocos minutos que imagino pude dormir, no sé si fue consecuencia del desvarío de mi insomnio, pero aún sigo, si cierro los ojos, conservando aquella dramática imagen que sigue estática, como si estuviera sentada esperándome en la silla de un abandonado parque.

Iba detrás de la pista del cadáver de Roa Sierra, mientras la golpiza de la multitud molía sus carnes y aplanaba sus huesos. Le seguí la pista al cadáver de Gaitán, en el momento dramático de la autopsia: la fuerza de su verbo se había disuelto en palabras perdidas en los caminos de la ausencia definitiva. Ahora, perseverante y tozudo, equilibrado en mis emociones, seguía la pista en sus detalles a la impronta de la destrucción y a los escombros de los incendios en el centro de la ciudad. Difícil para un periodista tener que escribir sus notas, captar lo que fue el conjunto de hechos desencadenados después del asesinato de Gaitán.

Perseguía las huellas del sino fatal y a la vez fascinante de la destrucción y las señales voraces de los incendios como si se tratara de la pista de un enorme cadáver, el cadáver de la ciudad recién descubierto por ojos asombrados, en una gigantesca fosa común en el Cementerio Central. Trataba de fijar en pequeñas notas en la libreta la información que ahora, más pausado, estaba observando otra vez frente al hecho consumado y sus consecuencias. Minutos antes de tenerse la absoluta certeza de la noticia oficial de la muerte del doctor Gaitán un torrencial aguacero, cruzado por destellos eléctricos, se desencadenó sobre la ciudad. Gris plomizo la ciudad, la ciudad invadida y paralizada por un fiero frío que hacía rechinar los dientes, como masticando habas por física inercia. La fuerte lluvia, sin

embargo, no fue obstáculo para que la manifestación popular, espontánea y enardecida, siguiera su rumbo enloquecido hacia la agonía y muerte. La lluvia terminó por exacerbar, al borde del paroxismo, sentimientos desconocidos en los diversos focos de la multitudinaria protesta.

Noventa minutos habían transcurrido desde la hora del atentado contra la vida del doctor Gaitán, el Jefe del pueblo, cuando los acontecimientos se diseminaban con tal rapidez por las calles de la ciudad y desembocaban en diversos frentes y se necesitaba que uno tuviera ojos en las espaldas para verlo todo de conjunto. Parecía el golpeteo interminable de miles de ecos repetidos por voces adoloridas: las turbas rechazadas del Palacio de Nariño, cuando intentaban crucificar el cadáver del criminal, retrocedieron con miedo enardecido por las detonaciones de la fusilería del Ejército hacia la Plaza de Bolívar, mientras que pequeños grupos, en retirada, ganaron la Plaza de San Agustín. Se disgregaba el cuerpo de la protesta en una especie de transmutación que hacía crecer la ansiedad inalterable de la venganza. La ira popular, desorbitada, inalcanzable por un supuesto desequilibrio emocional, se desplazó hacia el Capitolio y la Cancillería. En la Plaza de Bolívar le pusieron fuego al primer carro del tranvía municipal y forzaron luego la entrada al Capitolio Nacional, sede de las sesiones de la Conferencia Panamericana.

Cuando regresábamos del Palacio de Nariño, cerca de las tres de la tarde, recorrido acucioso del periodista, intuitivo, midiendo el tiempo de la acción y el desarrollo geográfico de los acontecimientos que se multiplicaban como voraz incendio, visualizaba paso a paso el recorrido temporal, pegado al latir de mi reloj de bolsillo Ferrocarril de Antioquia y el acontecimiento lo iba ubicando en una determinada área urbana como si se tratara de dibujar un pequeño mapa, que iría ampliándose con nuevas noticias. Los hechos eran de una rapidez inaudita: saqueo del mobiliario, luego la aparición de las llamas voraces en su crecimiento; la turba enfurecida sacaba de sus cuerpos camisas enrolladas, empapadas de gasolina y les prendían fuego y las bolas de fuego comenzaban a comerse a dentelladas las estructuras de los edificios. Las llamas, con sus figuras largas y delgadas, aparecían

con facilidad que desmadra el espíritu de cualquier observador: furia y fuego, entrelazados por la necesidad infinita de cumplir en la inmediatez del tiempo, la razón de la venganza por la sangre dispersa y la noticia de la muerte del jefe liberal. Imparables en su fuerza, las turbas penetraron al interior del histórico edificio del Capitolio Nacional y de allí sacaron muebles y objetos que en fila funeraria fueron a alimentar la hoguera formada por un tranvía incendiado. A esa hora se encontraban dentro del Capitolio numerosos delegados a la Conferencia Panamericana. Parece que en las horas de la tarde los diplomáticos pudieron salir por la carrera 8.ª y hallaron refugio en el cuartel de la guardia presidencial de San Agustín.

A las tres de la tarde se desató un voraz incendio en la casa ocupada por las oficinas del Ministerio de Gobierno, situadas precisamente frente a la Clínica Central. Todos querían llegar a la sala de operaciones donde aún estaba el cadáver del jefe liberal, pero la policía y algunos amigos personales del doctor Gaitán impidieron la entrada. En ese mismo instante, grandes lenguas de fuego en sus impulsos enceguecidos salían por ventanas y balcones del Ministerio de Gobierno, donde la destrucción fue completa en minutos. Poco después, como si caminara tranquilamente, la conflagración se apoderó a manotadas del edificio donde funcionaba el Ministerio de Justicia, calle 14 entre carreras 4.ª y 5.ª El incendio se prolongó hasta pasada la medianoche y aunque el edificio quedó en pie el humo y la ceniza se volvieron cimiento estacionado en el tiempo. El gris plomizo de la ciudad fue cambiando en sus calles por el resplandor inalterable de la luminosidad del fuego en su vuelo travieso. Frente a la Clínica Central, en la calle 12, se aglomeró una inmensa manifestación, adolorida en sus sentimientos, confusa en el cercano devenir de su futuro. Desde los balcones de la Clínica Central, donde Gaitán acababa de morir, el doctor Darío Echandía dirigió la palabra a la manifestación para pedir cordura y disciplina en ese momento de extrema gravedad. Pero, ¿qué cordura se podía exigir a esa multitud ya estremecida por los huesos de la frustración y la desesperanza? La resignación y el llanto eran un sentimiento de autocompasión, la acción de sus semblantes pedía a gritos la continuidad de una posible

ilusión. Optaron por una posible ilusión: la furia espontánea.

La hierba fresca prende la hierba húmeda. Iniciada la primera chispa en el Palacio de Nariño y en el Capitolio Nacional, el espíritu de destrucción se apoderó del pueblo y las turbas enfurecidas se dirigieron hacia el edificio de *El Siglo*, vocero del conservatismo, esquina de la carrera 13 con calle 15. De la hermosa edificación nada se salvó, así como de los talleres tampoco quedó nada, absolutamente nada, ni siquiera los lingotes de plomo. Implacable el fuego en sus designios de acabarlo todo a su paso: la destrucción del periódico se inició con dinamita y continuó con la inundación de gasolina lanzada en canecas por la población que, al incendiarse, destruyó el edificio en pocos minutos. La ira popular se dirigió simultáneamente contra el edificio ocupado por la Prefectura Nacional de Seguridad, situado frente al templo de La Capuchina y a pocos pasos del edificio de *El Siglo*. En el momento de comenzar la destrucción del edificio de la Prefectura, en el gabinete de identificación y en otras de las dependencias policivas que allí funcionaban se encontraban algunos empleados del gabinete y de otras dependencias y, según parece, no todos alcanzaron las puertas de salida para ponerse a salvo, muchos perecieron asfixiados y quedaron completamente calcinados. La quema de prontuarios que identificaban antecedentes y conductas de los habitantes de la capital se estima como una de las más valiosas pérdidas entre las incalculables que sufrieron la ciudad y el país entero.

Desencadenada la ferocidad de los incendios, la venganza era posible y triunfal en su delirio. A las cinco y media de la tarde el Palacio Arzobispal, situado en la calle 11, entre carreras 4.ª y 5.ª, era devorado por las llamas. Y como si las tremendas llamaradas hubiesen sido alcanzadas por la mano del hombre en algún lugar del cielo, la hoguera incendiaria regresó mansamente a la tierra y de nuevo comenzó su andar devastador: en la misma tarde del viernes se registró asimismo la incineración del Palacio de la Gobernación y del edificio ocupado por el Ministerio de Educación Nacional. Del edificio de la Gobernación solamente quedó en pie la fachada, el resto se desplomó como árbol viejo sin raíz.

Caminaban por la ciudad los terribles pasos del fuego: la orden de la venganza frenética, la venganza que debía cumplirse como sentimiento de sobrevivencia histórica: al edificio García Cadena, donde funcionaba el Ministerio de Educación, la mano de la candela lo acabó de consumir en sus estructuras arquitectónicas. Y no solamente se perdieron los archivos y muebles del Ministerio de Educación, sino que también fueron afectados los establecimientos particulares de los bajos del edificio.

Nada detenía el sino fatal del fuego, impulsado por los vientos, la lluvia lo avivaba. Crecía en la otra esquina de la ciudad, manos aviesas le prendían hoguera a la hoguera y florecía la llamarada: total fue la destrucción del Palacio de Justicia, calle 11 con carrera 6.ª, infinidad de expedientes de valiosísimos juicios civiles y de negocios penales de suma trascendencia quedaron reducidos a cenizas. Las llamas devoraron de un solo bocado la historia jurídica de la ciudad.

En la suma de incendios de mayor volumen pueden contarse, además, los edificios de los Correos y Telégrafos y el Templo del Hospicio, situado junto a la manzana comprendida entre las calles 18 y 19 y las carreras 7.ª y 8.ª. Las llamas afectaron en forma gravísima el Colegio Antonio Nariño, situado en la misma manzana. El Hotel Avenida, ubicado en la carrera 7.ª acera oriental, cerca de la calle 17, también quedó reducido a pedazos. Sesenta personas ocupaban el Hotel Regina, quemado durante la noche del viernes, los huéspedes del lujoso establecimiento no pusieron a salvo sus equipajes, despavoridos se lanzaron a la calle y más tarde hallaron refugio en el Hotel Granada. Suerte semejante corrieron los huéspedes del Hotel Avenida, quienes terminaron refugiados en otros establecimientos.

En la noche del viernes, desde diferentes puntos dominantes del panorama urbano de Bogotá, pudimos contemplar el espectáculo impresionante y doloroso de la absurda destrucción de la ciudad. Río nocturno de candela, río humeante en la noche la ciudad. Brioso, anaranjado río en sus enfurecidos y curvilíneos brazos, corrientes de fuego invadieron las calles del centro histórico: indomables llamaradas se alzaban a lo largo de la carrera 7.ª, de la Plaza de Bolívar hacia el norte; ardían en la calle 11 el Palacio de Justicia, el Palacio Arzobispal

y las vecindades de esos edificios; en llamas alborotadas estaban también la Nunciatura Apostólica y el Ministerio de Gobierno, calle 12, y en la calle 14 incendiado el Ministerio de Justicia, al occidente de la ciudad se alzaron llamaradas en la Ferretería Nogal y a todo lo largo de la calle 12 con la carrera 9.ª hacia abajo ardían los edificios comerciales. El fuego se había generalizado como tromba inalcanzable en su corriente por la Avenida de la República, y en la esquina del Parque Santander ardía hasta el final de sus cimientos el Hotel Regina; en la Avenida Jiménez de Quesada, como si el antiguo río San Francisco hubiese emergido de nuevo a la luz de la noche, las llamaradas eran imponentes por el espectáculo que presentaban los incendios de la Gobernación y del Ministerio de Educación, y abajo, en la misma dirección, se contemplaba la destrucción de los edificios de *El Siglo* y de la Prefectura de Seguridad. Bogotá, río nocturno, prendida en llamas: vuelo impulsado por la furia de la multitud desquiciada en sus sentimientos ocultos en voraces señales de los incendios.

11. En los trenes desaparecen los hombres

En las primeras horas de la mañana hice gestiones para localizar a un abogado que organizara la defensa de Ezequiel, pero fueron diligencias inútiles. Los abogados liberales andaban escondidos, acobardados por el temor imperante en una ciudad como Bogotá, ciudad paralizada por el terror, la indiferencia y el miedo.

Cuando averigüé por la identidad de los detectives que lo detuvieron, primera sorpresa: no eran detectives del nefasto Servicio de Inteligencia Colombiano, SIC, pertenecían a la llamada División de Policía de Bogotá. Escondieron el cuerpo de mando, como disfrazaron sus identidades. El Ejército tenía su servicio de inteligencia. El SIC había montado su servicio de inteligencia. La Policía tenía su servicio de inteligencia. Cada cuerpo policivo tenía el suyo, cuerpo de hombres especializados en desaparecer por todos los medios a la oposición política contra el régimen del señor Laureano Gómez: la tortura era el

comienzo de la dosis, luego el frío y calculado asesinato de la víctima, después vendrían las diversas técnicas para desaparecer el cadáver. Querido Ezequiel, habías sido detenido por tus antiguos compañeros de la Policía. La famosa Popol, la policía política organizada por tu antiguo jefe, el coronel Virgilio Barco.

Supe por boca del comandante de la Policía de Bogotá que el coronel Manuel Agudelo, comandante del Batallón Tarqui, acantonado en Tunja, había pedido a Ezequiel, mediante una orden de captura, por cuestiones de orden público. Ezequiel no tenía ni idea de qué lo acusaban y además estaba incomunicado por fuera y por dentro de sus pensamientos. Él no conocía Sogamoso, pero lo acusaban de viajar a los Llanos y llevarles alimentos a los guerrilleros.

Después de su destitución de la Policía, Ezequiel tuvo que buscar otras fuentes económicas para el sostenimiento de la familia. Con sus ahorros compró un camión de los que usó el Ejército de los Estados Unidos en los años cuarenta, un desecho de la Segunda Guerra Mundial. Camión pesado y blindado hasta la mitad, al cual se le adaptaron parales y una carpa para transportar todo tipo de carga. Ezequiel, de policía pasó a ser comerciante, comerciante de muchas ilusiones y pocos resultados económicos. Su primer negocio, transportar chiqui chiqui, paja para hacer escobas. El socio, el señor Amaya, la sembraba en su finca, cerca de Puerto López; Ezequiel la traía a Bogotá y la comercializaba. El negocio fracasó, el señor Amaya resultó ser hombre ventajoso en los momentos de dividir las ganancias. Ezequiel ensayó después el negocio del transporte de carbón mineral para su venta en Bogotá, usado en hornos industriales y estufas caseras, carbón de las minas de Suesca. El negocio fracasó. Entonces, yo le propuse montar una fábrica de galletas en casa. Instalamos un horno, dos empleadas batían la mantequilla con harina, yo me encargaba de los adobos, canela, dulce y sal, y las pequeñas galletas conocidas como Galletas Mony se horneaban en forma rústica, se empacaban en tarros grandes y Ezequiel las distribuía en el camión y vendía al por mayor a los Almacenes Ley y Tía, que luego eran reempacadas en talegas de papel y vendidas al menudeo. De las Galletas Mony vivimos tranquilos en familia con mediana comodidad,

educando cinco hijos. Después de la desaparición de Ezequiel cambié de negocio, busqué otro más rentable para mantener a nuestros hijos. Pero en el año 1953, querido Ezequiel, te estaban cobrando tus viajes a los Llanos Orientales. Se encarnizaron en tu persona para cobrar las muertes de cientos de soldados a manos de los guerrilleros liberales.

A las diez de la mañana entré a la Séptima División de Policía, bajé por la escalera del fondo y estaba el guardia de vista, custodiándolo. Le dije tengo permiso del comandante para visitarlo, el hombre ni se inmutó, levantó los hombros, pasé de largo y encontré a Ezequiel en la celda, herido en su libertad, acongojado; lo abracé con todas mis fuerzas y le dije:

—Mijito, lo llevan para Sogamoso… —descompuesto, le vi la cara de honda preocupación, muy extrañado por su situación, preguntándose, sólo preguntándose en el desconcierto del círculo de sus pensamientos, círculo de arenas movedizas, sin encontrar luz en puerta lejana.

Él imaginaba que lo llevaban a Sogamoso a dar una simple declaración, que luego saldría libre, volvería a casa a juntar sus manos con las mías y nos abrazaríamos en busca de calor, antes de entregarnos al sueño. Inquieto, continuaba preguntándose con la duda de quien tiene la soga alrededor del cuello y no encuentra una razón posible para escapar del ahorcamiento. Lo dejé en la bruma de sus oscuridades mentales con la promesa de que movería el mundo para lograr su libertad. Salí a la calle en busca de quién pudiera ayudarme para impedir que lo llevaran detenido, pero encontré sólo rostros inciertos, huidizos. Abogados temerosos, amigos comiéndose la miserable hilacha de su miedo. No siempre se encuentra a quien se busca: la gente olvida su rostro gris ante el espejo, abandona sus gestos para disfrazarse con la ropa del desconocido que duerme en la calle y no responde de frente a la ansiedad del saludo amigo. Por física compasión se oculta y se miente a sí mismo, se refugia en una simple mancha en la oscuridad. En la ciudad, el miedo pegajoso en las calles, como si hombres y mujeres debieran andar obligados por el sigilo de su silencio y, así, preservar por lo menos el regreso a casa. Entonces una camina aferrada al equilibrio de la angustia, esa angustia que no

cesa en apagar la respiración.

Al frente de la Séptima División quedaba un Palacé, cafetería y bizcochería, y fui y le rogué a la muchacha que atendía la registradora:

—Mire, ahí en la División de Policía está detenido mi esposo —entonces le di la descripción física—, póngale cuidado a ver si lo sacan porque yo tengo que ir a hacer una vuelta.

Ella, voluntariosa, aceptó mi encargo. Llamé por teléfono a los niños y les dije:

—Alístenme un maletín y me lo sacan a la estación de la calle 66 y esperen el tren.

Cuando volví al Palacé, la muchacha asustada dijo:

—Señora, acaban de sacarlo de la División de Policía.

De inmediato cogí un taxi para la Estación de La Sabana y preciso, ahí estaba mi hombre en la acera de salida del tren hacia Sogamoso, pálido por la incertidumbre, envejeciéndose prematuramente como fuelle gastado por el uso; apesadumbrado como cordero en agonía. En los trenes pueden desaparecer los hombres un día sombrío, cuando desconocen los límites y capas de la niebla en su destino. Un viaje bajo la rigidez implacable de los designios del azar.

Ezequiel había comprado en la cafetería unas cervezas y unos sándwiches, cordial como siempre, les ofreció a sus dos guardianes. Ellos como sujetos herméticos se rehusaron a recibir nada: fueron los mismos hombres que lo detuvieron en casa, la noche anterior. Desconfiados, hasta los tuétanos, de la vil existencia. Daban la impresión de que ocultaban la preocupación de tener que conducir preso a un hombre conocido públicamente como Ezequiel. Pero su detención no se hizo pública en ningún momento, y él, en medio de ellos, parecía un civil cargado de presagios, maniatado, bien custodiado por dos guardianes. Hombres vestidos de gabardinas y sombreros, uno con gafas oscuras, de rostro brotado en pequeños hongos, el otro de bigote bien acicalado y mirada de cuchillo. Silenciosos, temerosos de sus palabras. Sospechaban hasta de sus gestos turbios.

Al verme correr hacia él, Ezequiel intentó recibirme con el abrazo

de siempre pero los dos hombres se interpusieron amenazantes, metiendo las manos en la pretina de sus pantalones y gritando enardecidos:

—Deténgase, mi capitán Toro… —Ezequiel paralizó los impulsos, detuvo el abrazo en el aire y esperó a que llegara muy cerca de él, balbuceando estas palabras:

—No, mijita, sumercé no vaya.

Le dije, impulsada por mis arranques, dejando a un lado con la mirada al par de sujetos:

—Yo voy a viajar contigo. —Los detectives, sorprendidos en sus aires de fuerza matona, dijeron a dúo, bruscos, con sus vozarrones:

—Señora, no está permitido que usted viaje en compañía de su esposo… Él es un detenido…

Yo les contesté suavizando el impulso de la ira, mirándolos con fijeza a los ojos:

—Pues no les estoy pidiendo permiso para viajar. Yo voy a donde sea, como sea. —Subí al vagón detrás de ellos. Quedé sentada en vagón de tercera frente a Ezequiel y sus captores.

El tren arrancó con el pitazo de un silbato estridente y agudo, luego, deteniéndose, sorpresivamente arrancó otra vez. Lento el tren como si tratara de paralizar el corazón cargado de un insoportable insomnio, lento como atosigado por el humo en las calderas, no corría sino que se deslizaba por los rieles a zancadas perezosas. Y yo, angustiada, pidiendo a gritos solitarios para que el viaje precipitara el horizonte de llegada con la luz encendida de la buena noticia de que a Ezequiel lo dejarían libre de toda acusación, y juntos volveríamos a casa y nos abrazaríamos toda la noche con los cinco hijos, riéndonos, contándonos detalles de lo sucedido. Cruce de pensamientos por el difícil camino de una realidad preñada con ferocidad amenazante de perro rabioso.

Al disminuir la velocidad el tren, siento un raro temblor en el estómago que convulsiona mis pensamientos. El maquinista saca la mano derecha por la ventana y jala la campana, anuncio de llegada del tren a la primera estación. En un alud de imágenes que asaltan mi espíritu, pienso en mis cinco hijos, con Ezequiel la razón de toda mi

existencia: Gilberto y Eduardo, becados en Zipaquirá por los jesuitas en el Seminario Menor, inocentes los dos sin noticias de lo que le estaba sucediendo a su padre; los tres restantes, Ezequiel el mayor, Hernando el segundo y María Cristina la menor, deben salir a la Estación de Paso de la calle 66 a entregarme la maleta con ropa para tres días, según mis cálculos. Desde el Palacé pude comunicarme con mi vecina que los está cuidando, mientras yo viajo en compañía de Ezequiel para conocer su destino final.

En la Estación de Paso de la calle 66 se detiene el tren. Sobresaltada abro la ventanilla y veo que los tres hijos, Ezequiel, Hernando y María Cristina, vienen buscándome, al mirar ansiosos detenidamente vagón tras vagón. Cuando nuestras miradas se encuentran, sus voces dan un alarido que exclama la raíz profunda de la sangre. Los tres corren hacia mi ventanilla, Ezequiel, el mayor trae la maleta de mano. Impulsada por un secreto resorte, regreso a mi silla de tercera clase y de pronto, tomando las manos de Ezequiel, frente a su mirada sorprendida, le grito con todos mis alientos:

—Ezequiel, tus hijos vienen a despedirte. —Ezequiel, anonadado por la noticia, no responde, sigue maniatado a la mudez de su indefensión. Sus captores, energúmenos, como si se tratara de un crucial asalto del enemigo, preguntan a una sola voz:

—¿Qué sucede, señora? —explayo mis ojos frente a sus ojos escondidos detrás de la fúnebre oscuridad de sus gafas, para explicar lo sucedido:

—Tres de sus hijos quieren despedirse de su padre, el capitán Ezequiel Toro.

Ellos se negaron rotundamente a que Ezequiel se asomara por la ventanilla. El hijo mayor ya me había entregado la maleta de mano. Los tres comenzaron a saltar para agigantar sus figuras y golpear en la ventanilla que se negaba a abrirse, quizá con el presentimiento de que verían por última vez la figura de su padre. Claro que ellos también anhelaban el pronto regreso de Ezequiel a casa y quizá su ausencia no se perdería en la larga y penosa oscuridad de sus pensamientos. Parece ser que los dos captores de Ezequiel, sin entender yo el cambio de actitud, doblegaron de buena fe sus sentimientos y le dijeron a

Ezequiel con agria y mandona voz:

—Capitán Toro, puede despedirse de sus hijos.

Cuando Ezequiel se asomó por la ventanilla para despedirse de ellos el tren comenzó de nuevo el rumbo frenético de su andar. Los carbones encendidos que salían expulsados por la caldera de la locomotora parecían jugar al escondite en el aire, mientras su brillantez desaparecía por la magia de los vientos ululantes. Las manos de los tres hijos aferradas a las manos de Ezequiel. Ellos intentaban correr al ritmo de la velocidad del tren. Sus manos se desprendieron de las manos de Ezequiel, como la flor que pierde sus pétalos bajo el fragor de una tormenta en tiempos de verano. Las manos de mi hombre quedaron congeladas en el aire, sin posibilidad de dejar huella definitiva. Las figuras de los hijos fueron disminuyendo en la distancia; las manos se volvían pequeñas veletas al despedirse. Ezequiel volvió a sentarse en la silla de tercera clase y asumió, como si fuera una nueva costumbre, el ceño sombrío de hombre prisionero.

Ezequiel escondía la mirada cuando mi mirada lo buscaba para decirle que mi compañía seguiría siendo sombra definitiva, en este viaje que no daba señales en las líneas del destino. Un silencio brutal se había apoderado del ambiente dentro del vagón en que viajábamos. Solitaria en mi asiento, evitaba dirigir la palabra a Ezequiel, casi por temor a un posible exabrupto de sus captores. Ellos, camuflados en su silencio, parecían satisfechos de su postura prepotente de hombres carceleros.

La voz timbrada del controlador, con cachucha estilo policía en la cabeza, se hizo escuchar pidiendo: «tiquetes, tiquetes, tiquetes». La mayoría de los pasajeros salió de la somnolencia como si hubieran recibido una extraña orden de libertar los movimientos de sus cuerpos. Yo estaba entumecida por la quietud voluntaria que me había impuesto al acecho de cualquier gesto sospechoso de los captores de Ezequiel. El controlador examinaba con rapidez cada tiquete y los iba perforando como riguroso control. Ya habíamos pasado las estaciones de Usaquén, La Caro y el Puente del Común y nos aproximábamos a Tocancipá. Yo daba la impresión de que estuviera rezando el rosario, porque entre mis dedos apretaba con fuerza el nombre de las

estaciones que pasábamos, tratando de retener la sonoridad de cada nombre y preservarlo así como sonido estable en la memoria. No quería dejar pasar detalle alguno de ese viaje que estaba lacerando mi corazón con un llanto fugitivo, esquivo en mi ser, ahogándome como criatura infeliz perdida en tierras del mundo. Al paso de la Estación de Sesquilé termina la sabana con su fragilidad vaporosa de intensos verdes y comienza el ascenso hacia Chocontá, niebla moviéndose al vaivén de vientos traicioneros. La locomotora toma impulso para no perder el lance endemoniado que traía en las entrañas de las calderas.

Ezequiel cambia de semblante y su estado de ánimo al regalarme de pronto una sonrisa de optimismo, apenas sonrisa en la comisura de los labios con un dejo de profunda amargura. Yo le devuelvo la mía con la esperanza que yace en la flor atrofiada por el crudo invierno. Él trata de mantener incólume la sonrisa que enciende su rostro: parecías por dentro un árbol cansado a punto de reventar tristezas, deshojándote ante la luz que huye despavorida. Yo estaba sentada en la silla del frente, con las manos sobre las piernas cruzadas por la tensión que crecía con la distancia devorada por el tren, ulular al viento, trozos de carbones encendidos volando a la deriva. Pensaba, me sumergía en mis pensamientos, corría enloquecida tras la luz de extraños pasadizos en la imaginación. Ezequiel, enfrascado en la palidez de sus divagaciones funestas, ambigüedad de aguas turbias que le impedían agarrarse como salvación de un tronco que flotaba. Con gestos de autoridad, los dos hombres impedían que me hablaras, que dijeras unas pocas palabras, querían castigarme con tu mudez, porque les impuse mi deseo de acompañarte en este viaje, que presentía como anuncio de lluvia atormentada, el último viaje que haríamos juntos. Deseaban, querido Ezequiel, que me abandonaras dejándome en un profundo vacío que ahuyentara el sonido de tus palabras, como caricias diarias en mi piel. Querían desde ya, instantes de cuchillos envenenados en sus puntas, que comenzara a padecer tu ausencia de hombre y de sombra compañera, querían en este momento que sufriera la larga agonía de tu búsqueda como cuerpo enraizado y crecido en hongos y malezas.

Cuando los dos hombres apaciguaban la tosquedad de sus gestos y

lo precario de sus palabras y le ofrecían a Ezequiel un cigarrillo, él aceptaba con el desgano de prisionero incomunicado. Fumador de dos cajetillas diarias de Pielroja, dejaba el cigarrillo sin una aspirada, a la espera de que se quemara entre los dedos con la paciencia que engulle a bocados la figura hosca del tiempo, luego, como gusano enroscado, la ceniza caía al suelo. Después tiraba la colilla y la pisoteaba con rabia y escozor del hombre que viaja sin el vuelo de su libertad. Entonces, levantaba la cabeza y de nuevo me miraba con su mirada de pájaro enjaulado, diciéndome, no te preocupes, todo saldrá bien, y ahora sí vamos a organizar el viaje a Venezuela o al Ecuador. Ezequiel había sido subcomandante de la Policía en Nariño, desde entonces se hizo amigo del expresidente ecuatoriano Velasco Ibarra, en uno de sus tantos exilios en tierra colombiana. En mi interior, poblado de tantas promesas suyas, sabía que todo era una mentira piadosa para suavizar mis sentimientos desventurados, por la suerte que corría su vida en el lento transcurrir de este viaje que, sólo él y yo en nuestra conversación de miradas, adivinábamos con terror cuál podría ser el final.

Ezequiel no era mentiroso ni tampoco hombre promesero por naturaleza. Cumplía a cabalidad la palabra empeñada. Pero después de su destitución de la Policía, se sentía comprometido con la causa de los liberales perseguidos por el gobierno de Laureano Gómez. Nunca había querido salir del país, era de convicciones idealistas, y aunque no fuera un hombre de partido, era liberal en todo sentido y, por lo tanto, pensaba que debía seguir viviendo en Bogotá. Yo veía que a través de sus cariñosas miradas recurría a la triquiñuela de ofrecerme posibles ilusiones de un pronto viaje. Pero tanto él como yo sabíamos que esta detención se había convertido en algo más grave que las anteriores: lo acusaban de llevarle alimentos a los guerrilleros de los Llanos Orientales. Razón de su detención. Dije entre mí: qué rabia y qué ira me da que no fuera cierto… Si hubiéramos tenido modo, les hubiéramos ayudado. Pero nosotros no teníamos medios económicos para eso pues estábamos educando a cinco hijos. De eso estoy segura. Claro que él sentía mucha simpatía por esa gente perseguida; cómo no la iba a sentir si ante todo Ezequiel era un hombre sensible. Él

seguramente les habría ayudado, y yo también. Mi hermano en muchas ocasiones recogía medicinas, cerca de la finca había un comando de no sé quién, y las despachaba… Pero Ezequiel nunca lo hizo. Simplemente a él le pasaron lamentablemente la cuenta de cobro por lo que no hizo en la Quinta División, en la sombría noche del 9 de abril, cuando debió actuar distinto y pasar por encima del cumplimiento de órdenes superiores.

12. Fugaces figuras de los francotiradores

¿Dónde consiguieron armas los liberales exaltados? En esta ciudad, de tan dilatadas tradiciones civilistas, casi nadie disponía ni del más elemental instrumental bélico. Era por naturaleza una población desarmada. La multitud, espontánea en sus sentimientos, de semblante descompuesto, ojos desquiciados por el dolor, interioridad explosiva que sacaba a flote odios ancestrales, rabiosa inocencia de quien no vislumbra la inmediatez de la agonía y la muerte, multitud que parecía escuchar el llamado de la voz de Gaitán, la voz que tanto había escuchado, la voz que habló por sus sentimientos y por su hambre que no era liberal, conservadora, comunista, era hambre de pueblo. En arranque de fuerza descontrolada por la rabia, la multitud forzó las puertas de las ferreterías situadas en el centro, rompió vitrinas, entró a los establecimientos y se apoderó de hachas, machetes, peinillas, destornilladores y varillas de hierro. Esa multitud asaltó almacenes de armas deportivas, asaltó bombas de gasolina y, sin pensarlo tres veces, empapó sus ropas de gasolina. Esa masa se disgregó en pequeños grupos, es la que asalta el Capitolio Nacional. Luego se dirige por segunda vez al Palacio de Nariño. Y esa multitud se mete al Parlamento y desmantela sus oficinas, quema documentos. Enseguida quiere sorprender de nuevo a la guardia presidencial; sube por la carrera 6.ª y baja por la calle 8.ª para realizar la segunda intentona de llegar a Palacio. Por todas las bocacalles cercanas se reproduce la misma escena: esa multitud, sin ninguna experiencia en ese tipo de combate, obsesiva en sus objetivos, llevando en alto

machetes y algún fusil arrebatado a nervioso policía o un fusil entregado voluntariamente por este, se lanza temerariamente sobre el Palacio de Nariño. Sin temor en su rostro, decide el avance. Pero la tropa responde sin contemplaciones, sus armas son certeras. Los muertos se amontonan en abrazo final por las calles adyacentes al Palacio de Nariño. En la bocacalle de la 8.ª con carrera 7.ª, el cadáver de Roa Sierra, desnudo, con dos corbatas al cuello, la pierna izquierda en ángulo y los brazos abiertos, como si fuera una trinchera sanguinolenta, sirve de mampuesto para un soldado de la guardia presidencial que no cesa de disparar su arma.

Después, el saqueo se generalizó por todo el comercio de la capital. Los guardianes de las cárceles escaparon con el miedo entre las piernas y los presos vieron las puertas abiertas y cientos escaparon en busca de libertad. Se incorporaron al saqueo masivo y dirigieron con su experiencia el desmantelamiento de los almacenes de lujo. A muchos pobladores de la capital se les salió el ladrón que tenían atrancado por dentro: la justa protesta por la cual dieron la vida centenares de gaitanistas se convertía por la ambición de pocos en un furibundo vendaval del robo.

Rotas las primeras puertas, los maleantes que se habían mezclado a la sincera manifestación de dolor y protesta por el asesinato del doctor Gaitán se dedicaron al saqueo. Valiosas mercancías quedaron al alcance de la mano y muchas personas, especialmente mujeres, aprovecharon el desorden. La ratería invadió a Bogotá, y puede decirse que no quedó almacén que no fuera saqueado y literalmente desocupado. Las grandes rejas de los almacenes de lujo de la Avenida Jiménez de Quesada, de la carrera 7.ª, de los bajos del edificio de la Colombiana de Seguros, de la Avenida de la República, de la calle 12, fueron arrancadas como si fueran telarañas, y los asaltantes se apoderaron de todas las valiosas mercancías.

Por las calles, hacia el sur, hacia el norte, hacia el oriente y hacia el occidente, durante toda la tarde del viernes y durante las primeras horas de la mañana del sábado fue permanente el desfile de gentes, hombres y mujeres, llevando al hombro grandes fardos de mercancías de todo género. Vimos por la Avenida Jiménez de Quesada cómo

cuatro hombres, con gran dificultad, transportaban una pesada caja fuerte; quizá en uno de los barrios orientales se le pondría dinamita para abrirla.

Del comercio de la carrera 7.ª no quedó nada y no hubo edificio que no sufriera averías. Pero donde es más desolador el espectáculo no es en la carrera 7.ª, sino en la calle 12, de la Calle Real hacia San Victorino. Arrancadas y retorcidas aparecen las rejas protectoras de vitrinas que aún quedan en pie. Las vitrinas de la Joyería Bauer, uno de los más lujosos y ricos establecimientos del comercio bogotano, están destrozadas, ahumadas y vacías, como vacío y quemado está todo el interior del almacén.

¿Qué había aquí? es la pregunta que se hacen los atónitos transeúntes al pasar por el lote, porque no quedó más que el terreno, vecino a la Joyería Bauer. Del Edificio Cárdenas, una de las más soberbias construcciones del Bogotá moderno, solamente sobreviven en pie la fachada y los paredones interiores.

En las horas de la mañana del sábado, con un colega intentamos realizar un recorrido por el centro de la ciudad, ocupado por el Ejército. Pretendimos pasar por la carrera 7.ª, donde aún había filas de cadáveres tendidos, pero los oficiales lo impidieron. En la carrera 10.ª, esquina de la calle 12, entre los escombros y el lodo, nos vimos envueltos en un combate, y en medio del desorden pudimos apreciar cómo muchos ciudadanos liberales hacían desesperados esfuerzos para impedir el saqueo de los almacenes que aún quedaban en la calle 12. Por la calle 13 hacia el sur transportaban en camiones despojos de hombres del pueblo, ensangrentados y enlodados. En la madrugada del sábado, los mismos camiones hicieron el macabro recorrido por las calles del centro: el Ejército ya controlaba los focos de los disturbios, en línea directa por la carrera 7.ª hasta el frente del Ministerio de Guerra y las calles adyacentes; entonces, la matazón comenzó el viernes a tempranas horas de la noche; se hizo una labor metódica y sistemática por parte de los soldados; grupos de borrachos, tambaleantes, con objetos robados al hombro, eran dados de baja; cualquier sombra furtiva que corría en busca de refugio era eliminada; una mujer y un hombre abrazados, tildados de sospechosos, eran

asesinados; tres o cuatro hombres, que intentaban disparar una carabina punto 22 contra la tropa, eran perseguidos, acorralados y heridos de muerte; seguidores que vociferaban a pleno pulmón el nombre de Gaitán, como homenaje póstumo al líder asesinado, eran eliminados; lo que se moviera y corriera en la noche de inmediato era dado de baja. Como quejido lastimero de espíritu maligno surgiendo de la noche se escuchaba el sordo y trepidante sonido del motor que se detenía, descendían cuatro silenciosos soldados y entre dos levantaban el cadáver y lo lanzaban en la parte trasera del camión. El camión prendía motores y en fúnebre recorrido por las calles del centro los cadáveres quedaban apeñuscados, en una especie de fosa común ambulante, para lanzarlos nuevamente al patio del anfiteatro de la ciudad y, sin que hubiese ninguna identificación de los cuerpos, otra vez eran apeñuscados en los camiones para depositarlos en los amplios corredores del Cementerio Central, hasta ser rociados con cal y enterrados en las fosas comunes.

En la mañana del sábado, mujeres agazapadas en los portones trataban de acercarse a los muertos en las calles que no habían sido recogidos por los camiones, miraban sus rostros, miraban sus manos, trataban de identificarlos. Aquellas mujeres andaban tras la suerte corrida por sus parientes y la de sus compañeros desaparecidos en la víspera de los motines.

Las descargas de fusilería de los puestos de guardia del centro se dirigían hacia los focos de rebeldes que ocupaban zonas vecinas al templo de San Juan de Dios. Las balas silbaban y las gentes pugnaban por protegerse. Huyendo del tiroteo, llegaban oleadas de muchedumbres a la puerta del Pasaje Mercedes, sobre la calle 12, y trataban de buscar refugio, pero una fila de liberales armados de machetes y revólveres impedía la entrada al pasaje, para salvarlo del saqueo y de la destrucción.

De una parte, venía avanzando la tropa en rígida línea, rastreaba entre los escombros con la mirada diestra y la boquilla de sus fusiles y disparaba sin preguntar, matando lo que respirara. De otra parte, borrachos armados de revólveres, energúmenos y envalentonados, les gritaban a ellos: no corran, cobardes… Y en la laguna de sus gritos

vociferantes esperaban impasibles la muerte, estoicos, sin disparar un tiro de sus armas. Con el colega nos refugiamos en la Clínica Peña, con pretexto periodístico.

La visión del sector de La Capuchina y de la Avenida de la República no podía ser menos impresionante. El desolado espectáculo de los escombros, de las gentes desamparadas que trataban de poner a salvo parte de sus bienes, de los tranvías reducidos al estado de chicharrones, de la ruina, del horror que reinaba, aparecía enmarcado por la más triste mañana lluviosa.

De la chamusquina que emanaba de los cuerpos calcinados en los incendios, mezclada con ceniza dispersa en los andenes, agua empozada, orines, vómito y además montones de mierda, se percibía un olor penetrante, afilado, denso, como una enorme estela aplanadora que hacía sangrar la nariz: olor definitivamente estacionado sobre la ciudad. El cielo gris era cruzado a cuchilladas por el vuelo de gallinazos, sobrevolando techos y calles en indagación acuciosa de mortecina amontonada.

Luego vendría la acción de francotiradores: figuras fugaces de sombreros negros, ojos furtivos corriendo en las madrugadas por techos y azoteas de casas y edificios, disparando en el día y la noche por sorpresa contra objetivos militares, huyendo para esconderse en zarzos, descansar y respirar como fieras agazapadas y precisar con calma otra vez el objetivo y disparar, después respirar para huir y no darse tregua en su propósito inquebrantable de no cesar en sus deseos de vengar la muerte de su Jefe. En mis notas había escrito: «Los francotiradores crearon en la ciudad entre el 10 y 14 de abril un permanente estado de alarma, al cual uno se acostumbraba tras escuchar los sonidos intermitentes de los disparos de carabinas calibre punto 22».

Pero nunca podré olvidar la imagen del último de aquellos francotiradores: yacía boca abajo, la cabeza físicamente reventada contra el adoquín de la calle. El inspector Ignacio Cadena, como experto en levantamiento de cadáveres, le dio vuelta al cuerpo; el hombre estaba con vestido gris de paño, corbata roja, y del bolsillo izquierdo del pecho el inspector sacó un papel doblado como si fuera

una carta y lo leyó en voz alta con un dejo de amargura en los labios: «Mi nombre, Julio Posada. Soy maromero de profesión y gaitanista de corazón». Ignacio Cadena, con asombrosa paciencia profesional, continuó su labor. Yo comencé mi indagación periodística entre el círculo de los curiosos que presenciaban la dramática escena. Una mujer de edad madura dijo: ese hombre disparaba como loco desde la torre de la iglesia de Santa Bárbara y los señores militares le respondieron desde aquí abajo. Otra mujer afirmó: parece que le dieron al hombre en el corazón, pues dejó de disparar. Un hombre asombrado de la propia tristeza que le causaba el asombro por lo sucedido dijo: ese hombre parecía un pájaro. Cesó de disparar y se refugió en el silencio. Luego asomó el cuerpo entero por la torre de la iglesia y se lanzó al vacío como si fuera un enorme pájaro, abrió los brazos y parecía que volaba…

13. La Junta Revolucionaria

El hombre de la izquierda se coloca un par de gafas oscuras y me mira con actitud provocadora como indagando por mis pensamientos; quiere, imagino, que yo baje la fijeza de mi mirada hacia él y la vuelva dócil a sus órdenes. Sus ojos: dos huecos oscuros tragados por una naturaleza maligna, que no ocultan la desfachatez de hombre corpulento. El otro parece dormir con sueño liviano porque cuando siente movimientos de mis piernas para buscar acomodo al cansancio de inmediato se pone erguido y nervioso me enfoca como si perturbara su condición de miserable vigilante de seres humanos.

Ezequiel estaba cabizbajo, pensativo, enredado mentalmente en una telaraña de dudas que lo desconciertan y conducen a enfrentar la misma pregunta que venía haciéndose a latigazos sobre las espaldas después de los acontecimientos del 9 de abril, en los cuales se convirtió en figura protagónica sin haberlo pretendido en ningún momento. Cuestión del azar en el corazón, en situaciones que escogen a determinadas personas y le cambian el rumbo a sus decisiones en la vida. Ezequiel levanta el rostro y en sus ojos café oscuro descubro la

confesión tantas veces escuchada por mí, en las noches que juntos tratamos de dilucidar la razón y justeza de su forma de actuar en la tarde y noche del 9 abril:

—Yo no podía ordenar que mi tropa saliera armada a la calle a disparar contra la población, en un enfrentamiento sangriento, absurdo. Tampoco que mis hombres salieran armados de bolillos para que fueran linchados por la población enardecida, en su sed de venganza por el asesinato de su Jefe.

Como repasando las líneas cruciales de su actuación aquel día, me dice con la mirada que la Quinta División de Policía era la única que tenía un mando, las otras divisiones quedaron acéfalas y la dirección central de la Policía nunca dio una orden porque también desapareció en las tinieblas del miedo y el temor, frente a los dramáticos hechos que perturbaron a la capital.

Ezequiel insistía, como golpeando con frenesí un tambor:

—Yo tenía que asumir una posición de mando, hice lo que tenía que hacer. Pero ahora siento que debí actuar de otra manera y el arrepentimiento me llega a los pies, como olor a podredumbre que invade mi cuerpo y mis pensamientos. —Ezequiel era oficial prestigioso en la institución por su historia, prestigio ganado especialmente cuando estuvo como comandante en guarniciones disgregadas por la geografía del país.

Un cuadro patético de debilidad humana. En las divisiones el personal de Policía, descontrolado ante la avalancha humana que corría por las calles del centro con sed de ciega venganza, no sabía qué hacer, si reprimir o asumir el papel de inofensivos mirones ante los desmanes de la población; en las calles muchos entregaron por voluntad propia las armas a la población enfurecida y se sumaron a la protesta; además, la noticia del asesinato de Gaitán produjo enfrentamientos no sólo verbales sino armados entre personal nuevo y antiguo de la Policía o sea entre el personal liberal y el conservador, como sucedió en la Tercera División. En esa misma División el pueblo enfurecido penetró, tres de la tarde, a las instalaciones y los agentes, temerosos de sus vidas y sin saber qué hacer, abrieron las ventanas hacia la calle 12 y lanzaron las armas en un festín de horror como si

se tratara de una inocente piñata; otros, para preservar la vida, se pusieron escarapelas rojas en la gorra para que no los confundieran con policías chulavitas y comenzaron a gritar vivas a Gaitán; y otros, sigilosos, cuidando sus pasos, prefirieron marchar hacia sus casas o bien a sus cuarteles. El teniente Castro, con veinticinco unidades bajo su mando, alcanzó a llegar a la carrera 7.ª con Avenida Jiménez poco tiempo después de ocurrido el asesinato de Gaitán y se encontró con el coronel Virgilio Barco, director de la Policía, puso a su disposición el personal con el fin de que diera alguna orden; el coronel Barco le manifestó al teniente Castro que permaneciera en el sitio, que luego regresaría a dar órdenes oportunas. El coronel Virgilio Barco nunca regresó. El jefe de la Policía andaba merodeando el centro de la ciudad, fisgoneando por casualidad de manera sospechosa y cuando se desborda la población en su santa y justa ira ante la noticia del asesinato de su Jefe, no actúa como debió actuar, no ordena, simplemente desaparece de la escena en la tarde y noche del 9 de abril. Se lo tragó la noche con su turbia conciencia de un solo bocado. La Policía de Bogotá había quedado de pronto sin voz de mando.

El teniente Luis Eduardo Aldana, que estaba a esa hora en la Novena División, ante las noticias de la radio y el desconcierto del personal, él y los oficiales se pusieron de inmediato en comunicación con el comandante de guarnición, llamaron a la Subdirección de la Policía, llamaron al director de la Policía Virgilio Barco, y como respuesta recibieron el baldado de un silencio sepulcral: enmudecieron las órdenes. La única respuesta que escucharon en la misma División por parte de un superior fue simple y categórica: Si hay necesidad de disparar contra la población se debe disparar; si la chusma intenta asaltar las instalaciones de la División se debe disparar. El oficial de mando enunció otro argumento: Tengo mujer e hijos que defender. Entonces, decidido, marchó hacia su casa. El teniente Luis Eduardo Aldana, a las tres y media de la tarde, tomó la decisión de abandonar la Novena División y marchar hacia la Quinta División con ciento cincuenta hombres. En la carrera 5.ª, para su sorpresa, fueron recibidos con descargas de fusil desde la terraza del Colegio San Bartolomé La Merced, no localizaron a los francotiradores porque

desaparecieron por encanto del cielo, escondidos en los recintos sagrados de los jesuitas: seguramente eran civiles disfrazados de jesuitas o jesuitas disfrazados de civiles. Misterio divino a tiros. En la Quinta División había heridos y muertos en los corredores. En los patios de la División, el teniente Aldana puso el personal a disposición de Ezequiel Toro. En la tarde del 9 de abril parecía que la Quinta División se había convertido en una especie de febril colmena al recibir al personal uniformado disperso de otras divisiones. El capitán Alcides Reyes sale de la Escuela de la Policía con un grupo de ochenta hombres armados, en busca, según las noticias de la radio, de un sitio de mando para impedir los desmanes de la población: marchan a pie hasta la Décima División y sólo encuentran grupos de civiles y policías desconcertados en el patio de formación. Nadie orientaba, era un entrecruce verbal de inoperancia humana. El capitán Alcides Reyes llega hasta la Duodécima División y en los pasillos y en el patio de formación sólo encuentra el silencio de la indecisión al acecho de una orden que nunca llega. Mientras, en la calle, la población bordea las orillas de la locura colectiva, impulsada por el frenesí del alcohol: ojos de la muerte acechan las espaldas de los hombres. Ante esa situación, el capitán Alcides Reyes decide enrumbar su olfato policivo hacia la Quinta División con sus ochenta hombres armados; en la Quinta División había no menos de quinientos hombres, entre civiles y policías; con ellos se instaló en el patio de formación y esos hombres detuvieron momentáneamente la ansiedad y sus temores. Alcides se reúne con Ezequiel en su oficina del segundo piso, Ezequiel le ofrece un cigarrillo, se observan como indagando sus pensamientos; Alcides, pausado, le pregunta a Ezequiel, oficial de mayor graduación entre los oficiales presentes:

—¿Me cuentas qué piensas hacer?

—La situación es bastante anárquica. Estamos viendo qué hacer, qué servicios podemos prestar para que esto no se disuelva y termine en una inútil y absurda matazón. —Ezequiel contesta sereno.

La coyuntura era en extremo difícil y complicada, pues a cada instante la tensión aumentaba en aquellos hombres acuartelados, a oscuras de lo que sucedía en una ciudad que ya estaba ardiendo por

los incendios, los saqueos, la borrachera colectiva y los discursos incendiarios en las emisoras. Ezequiel debía asumir solitario la decisión que afectaría necesariamente el futuro de todos sus hombres. El tiempo terco parecía detenerse en su prisa para confundirse en húmeda atmósfera de hacinamiento, insufrible espera de alguien que trae o comunica por teléfono la orden de lo que debe hacerse, situación en que la vida se sale del pellejo y busca otros aires para los pulmones. A las siete de la noche, civiles y policías, como autómatas con las manos a las espaldas, daban vueltas en el patio de formación, sentados, pensativos, desganados en pasillos y escalones de las escaleras, paralizados en la atosigante quietud de la vieja instalación de la Quinta División, ansiosa la mayoría por salir y sumarse a la sublevación del pueblo.

Ezequiel lo detectó en su mirada que desvía hacia la ventanilla del vagón para esconder la laguna de su tristeza, recuerda que dijo pausado con su voz de mando, ante el afán de salir a la calle del personal civil y de Policía:

—Esperemos órdenes que deben llegar de la Dirección de Policía.

El coronel Virgilio Barco, oscuro personaje que había comenzado a politizar la Policía en Bogotá trayendo personal conservador de Boyacá, continuaba escondido, divagando en sospechosos y aviesos pensamientos, quizá también a la espera de que la ciudad fuera definitivamente mordida por la inclemencia de los incendios. Quería ver la ciudad en cenizas. La respuesta de Ezequiel dejó aturdidos y descontrolados a aquellos hombres que sintieron de golpe que alguien les metía a la fuerza baldes vacíos en la cabeza, para dejarlos a tientas y no continuar atormentados a la espera de la orden superior. A Ezequiel le dolió su respuesta, pero pensó que no podía expresar algo distinto ante esa crucial situación. Ezequiel, confiado, esperaba órdenes de la Dirección de la Policía, órdenes que nunca llegaron, pues los mandos superiores, encabezados por el coronel Virgilio Barco, hicieron caso omiso de sus responsabilidades, ante semejante situación de anarquía que vivían la capital y el resto del país. La inútil espera era una tortuosa telaraña tejida alrededor del cuello de un hombre maniatado, frente a una pared que comienza a derrumbarse por la

inercia del tiempo.

Siento en mi piel la zozobra que vive Ezequiel en estos instantes, cuando el tren demuele en su rumbo demoníaco las incógnitas de un destino inesperado para los dos. Recuerdo que estaba sentada en compañía de mi prima Marujita en el sillón de nuestra sala, escuchando noticias por la radio, cuando escuché alarmada uno de tantos boletines que los revolucionarios que habían tomado la emisora Últimas Noticias, leían con voz fogosa, llamando a la población a sumarse a la revuelta:

> La Junta Revolucionaria anuncia que en la Quinta División de Policía vamos a distribuir armas; en primer lugar, a todo el que se capture con atados en la cabeza, asaltando o robando, llevarlo a la Quinta División, cerca del panóptico, para inmediatamente juzgarlo en Consejo Revolucionario…

Hablaba Adán Arriaga Andrade, exministro de Trabajo, recientemente elegido gobernador del departamento del Chocó. Sobrecogida, temblaba mi corazón por la agitación al pensar en la situación que enfrentaba Ezequiel en esas circunstancias. Una terrible ratonera, pensé, la Quinta División. Y nosotros incomunicados de Ezequiel y Ezequiel de nosotros. Pero yo tenía confianza en la entereza de Ezequiel y confiaba en su capacidad de mando para salir airoso de aquella turbulenta experiencia.

Adán Arriaga Andrade se había reunido en el segundo piso de Últimas Noticias con Gerardo Molina, rector de la Universidad Nacional, Diego Montaña Cuéllar, asesor jurídico de los obreros petroleros, Carlos Restrepo Piedrahíta, gaitanista, a fin de frenar el saqueo en que se había convertido la protesta del pueblo por el asesinato de Gaitán. Hablaron de tumbar el Gobierno, hablaron de hacer una revolución, hablaron de detener la anarquía y borrachera del pueblo. En actitud valerosa, el exministro de Trabajo lanzó la proclama de la tal Junta Revolucionaria y decretó leyes para juzgar a los asaltantes que encontraran en la calle con las manos en la masa. Antes, lógica decisión, buscaron orientación de la Dirección Nacional Liberal que, a esa hora, seis de la tarde, sus miembros andaban perdidos de camino hacia el Palacio de Nariño, en medio de la vocinglería dolorosa de la multitud que vivaba la venganza por la

muerte de su Jefe. La anarquía se había apoderado de la ciudad, las llamas eran como gigantescas serpientes que devoraban los edificios del Gobierno.

A las ocho de la noche, los integrantes de la Junta Revolucionaria llegaron a la Quinta División: Adán Arriaga Andrade, Gerardo Molina y Montaña Cuéllar, quienes seguramente querían aprovecharse de la situación para sus planes revolucionarios. Los tres de inmediato, en un acto de prepotencia, se hicieron reconocer por Ezequiel, comandante de la Quinta División, como miembros de la Junta Revolucionaria que encabezaba la revuelta del pueblo, con el objetivo de la toma del palacio de gobierno. Los tres dijeron, como instancia definitiva, que debían comunicarse con los jefes liberales, con la idea de deponer al presidente Ospina Pérez. Ezequiel los escuchó en presencia de otros oficiales de la Policía, también interesados en ponerle orden a la situación de caos que vivía la ciudad. Charlaron con Ezequiel sobre la primera versión que circuló cuando mataron a Gaitán: en la radio se dijo que lo había matado un policía chulavita; la reacción de la multitud fue contra la policía y masacraron a unos cuantos agentes. Los uniformados comenzaron a echar vivas a Gaitán, al Partido Liberal. Inclusive lo hicieron los chulavitas venidos de Boyacá, por un instinto de defensa ante la muchedumbre exaltada. Eso explica la concentración de personal uniformado en la Quinta División. Allá llegaban no sólo para atacar al Gobierno sino también para defender sus vidas.

Adán Arriaga Andrade pidió escritorio y teléfono y Ezequiel lo acomodó en el segundo piso. Entonces el exministro de Trabajo montó oficina de comandancia revolucionaria y se colgó del teléfono, como si fuera una enredadera salvadora, y comenzó a llamar incansablemente al periódico *El Tiempo* y al palacio de gobierno, preguntando por los jefes liberales; se volvió un obsesivo telefonista, desesperado y angustiado, a la espera de órdenes superiores para actuar. En un alarde de jefe de la revolución, Adán Arriaga Andrade le pidió a Ezequiel un pequeño pelotón de policías para que tomaran por asalto la Central de Teléfonos, pero cuando llegaron no encontraron por cierto ninguna resistencia, pues la Central de Teléfonos estaba en

manos de sindicalistas gaitanistas. Así, en nombre de la revolución, desde la Quinta División se estableció una línea directa telefónica con Palacio y cualquier llamada de Adán Arriaga Andrade era respondida por algún miembro de la Dirección Nacional Liberal, con consejos de prudencia, que no fueran a tomar decisiones peligrosas, que todo está marchando, que esperaran órdenes, que la valiosa vida de los dirigentes del partido corría peligro. En Palacio se fue creando la idea de que en la Quinta División se había establecido un peligroso fortín militar que contaba con fuerzas suficientes para rodearlo, combatirlo y llegar a controlarlo y podría tumbar el Gobierno; que, además, se tenía la determinación y fortaleza humana para hacerlo, pues en la dirección del movimiento había eminentes y conocidas personalidades de la oposición. Una verdad a medias, que crecía en la imaginación de los integrantes de dicha junta. A las diez de la noche, los miembros de la llamada Junta Revolucionaria discutieron con Ezequiel un plan de asalto al palacio de gobierno: dibujaron sobre el papel los posibles movimientos de la tropa, señalaron las calles para la avanzada, nombraron los mandos, acordaron la hora para el asalto final, pero la discusión del plan se detuvo ante la pregunta que se convertía en una disyuntiva definitiva: ¿qué sucederá con las vidas tan valiosas para el país de los dirigentes liberales que estaban en Palacio discutiendo con el presidente de la República una solución política, en un asalto militar de esta naturaleza? Pregunta que, como imán, desarmó la discusión y la puso fuera de toda posibilidad. La segunda cuestión, quizá la más importante para esos hombres que siempre fueron piadosos cuando rezaban su propia indecisión: de la Dirección Nacional Liberal debía salir la orden del asalto militar a Palacio. Y otras preguntas menores: ¿estarán presos los jefes liberales?, ¿tendrán acorralado al presidente Ospina?, ¿estarán imponiendo sus condiciones al jefe del Estado?, ¿los recibiría el señor presidente? Cordón umbilical de la sujeción del inferior al superior de quienes esa noche no pudieron definir el infierno de sus conciencias. Impulsado por una fuerza mágica, que lo ataba y lo amarraba al teléfono, Adán Arriaga Andrade no soltó esa noche el aparato, ansioso, sudando la gota de la espera, interminable espera de tan anhelada orden de

actuar.

Desde ese momento Ezequiel aparece encabezando una revuelta que en verdad no era una revuelta, tampoco una intentona revolucionaria. Todo había sucedido por casualidad de las circunstancias, y en la mitad estaba él como bombero incapaz para apagar el incendio. A esa hora de la noche la Quinta División se encontraba repleta, con cerca de 1.000 hombres entre policías y civiles, armados y desarmados, confundidos en la inútil espera de la orden que debía sonar por teléfono. La espera, la maldita espera de las órdenes superiores. Un feroz desconcierto en el personal, no había cómo alimentarlos, no había suficientes platos, se repartía la comida en hojas de plátano. Se atascaron los sanitarios por el exceso del personal acuartelado: la angustia de la espera se vuelve una especie de fuerte vermífugo para el estómago, lo desagua, lo desocupa, se ahoga cuando explota en su incapacidad de decidir.

Luego, en horas de remembranzas, recordaba Ezequiel, sucedieron episodios ridículos que demostraban el supuesto control militar que desde la Quinta División se ejercía sobre la ciudad. Ezequiel recibe una urgente llamada, contesta:

—El capitán Ezequiel Toro al teléfono.

La otra voz responde:

—Una llamada de Palacio para el doctor Adán Arriaga Andrade.

Ezequiel lo sacude pues el exministro andaba adormilado, quizá por el arduo cansancio de la inútil espera.

—Es para ti.

Arriaga Andrade pasó al teléfono con la ansiedad del preso al que le dan la libertad. Al otro extremo escucha la voz del ministro de Guerra, Fabio Lozano y Lozano. Arriaga Andrade dijo:

—Qué tal, ministro.

El ministro de Guerra fue al grano:

—Tengo noticias de la señora de un importante diplomático, sumamente preocupada porque dejó a su hijo pequeño en la cuna, en la Residencia El Nogal, con un tetero eléctrico en la boca. La dama está desesperada, quiere regresar en busca de su hijo. ¿Qué hacemos? —el ministro de Guerra hablando con el jefe de la revolución:

—Señor ministro, si usted me trae en una patrulla a la señora del diplomático hasta la Avenida Jiménez, yo se la llevo hasta la Residencia El Nogal. —A la hora llegó la señora del diplomático en un jeep y la recibió la policía y la condujo a su destino: el niño dormía plácidamente con el tetero en la boca.

Días después de aquellos sucesos Ezequiel, más sosegado y tranquilo por lo que había sucedido en la Quinta División, viviendo ya la vida de cualquier civil, recordaba con muestras de inmensa gratitud que a la División llegaron, entre los muchos civiles, tres hombres del barrio La Perseverancia. De pronto, el ordenanza que lo interrumpe de una de tantas reuniones con los jefes de la revuelta le dijo en tono dócil:

—Capitán Toro, en la entrada a la División tres civiles lo preguntan con premura, pues traen un mensaje para usted.

Pensativo, Ezequiel bajó las escaleras, incluso tomando algunas medidas de seguridad. Cerca de la puerta de entrada hizo que trajeran a los tres hombres; de inmediato reconoció a quienes lo vigilaron en el transcurrir de la Manifestación del Silencio. Ellos, con sombreros y ruanas, se presentaron de manera inusual: se quitaron al mismo tiempo el sombrero, hicieron una venia reverencial al agachar hacia delante el cuerpo y dejar en el suelo dos cajas de cartón y un pesado envoltorio que traían en una ruana gris. Uno, de rostro tosco, bigote acicalado como galán mexicano y ojos saltones, dijo, tímido:

—Mi nombre es Julio Posada, de profesión maromero en los circos que llegan a Bogotá, pero también maestro de la madera, pues soy carpintero.

Otro, chaparro de estatura, pelo lacio de puercoespín peinado con Glostora hacia atrás, dijo menos tímido:

—Mi nombre, capitán Toro, es Arnulfo Perafán, ferroviario de profesión.

El tercero, mueco y de labios chupados, cojo de la pierna izquierda, dijo de manera apresurada:

—Me conocen como Gustavo Barrera y trabajo en el arte de la zapatería.

Ezequiel, sonriente, cordial, ya menos extrañado ante aquella visita, preguntó:

—¿Qué desean los señores? ¿En qué puedo servirles?

—Pues, capitán Toro, le traemos una propuesta para defender la Quinta División de un posible ataque del Ejército. —Lo dijo Arnulfo Perafán de una, como si sacara un enorme bocado de la boca.

La amenaza del Ejército era cierta, porque en los boletines que daba el Gobierno por la Radio Nacional se señalaba a la Quinta División como el último foco de rebeldes subversivos. Después de las seis de la tarde, el Ejército asumió el control militar del centro de la ciudad.

—Bien, señores, ¿en qué consiste el plan? —Ezequiel estaba ansioso por conocer los detalles de la propuesta.

En la tarde y a comienzos de la noche, cientos de civiles llegaron a la Quinta División a pedir armas, a ofrecerse como voluntarios para su defensa; muchos de ellos estaban disgregados en los interiores de la División, en labores de vigilancia. Pero estos tres hombres, con la humildad de sus palabras y de sus gestos, le produjeron una rara e intensa confianza.

—No es propiamente un plan, capitán Toro. Lo que queremos es ofrecerle nuestro servicio de hombres gaitanistas, para la defensa de la Quinta División. Además de nuestra experiencia, le ofrecemos lo que traemos.

Los tres se agacharon, Julio Posada desenvolvió la ruana y apareció un fusil checo; Arnulfo Perafán y Gustavo Barrera abrieron las cajas de cartón y descubrieron cientos de tacos de dinamita.

Ante la sorpresa de Ezequiel y de sus hombres, Julio Posada, el maromero, dijo en tono socarrón:

—El fusil me cayó del cielo esta tarde cuando intentamos con un grupo de copartidarios tomarnos la Tercera División de Policía. Los agentes temerosos lanzaron las armas por las ventanas.

—Es la División que está cerca de la Clínica Central, donde acaba de morir el Jefe. —Ezequiel y sus hombres se miraron desconcertados. Un silencio cómplice se había apoderado de los presentes.

—Capitán Toro, cuando escuchamos la noticia del asesinato del Jefe, los miembros del sindicato de ferroviarios lo primero que pensamos fue armarnos para vengar su muerte: asaltamos los depósitos de dinamita del ferrocarril. Estas dos cajas quedaron para la

defensa de la Quinta División, porque somos conscientes de que ustedes no salieron a la calle a masacrar al pueblo —dijo Arnulfo, el ferroviario.

Después de que Ezequiel dio la aprobación de recibir los ofrecimientos de aquellos hombres del barrio La Perseverancia, Gustavo Barrera agregó, en tono de mucha trascendencia:

—Con el compadre Arnulfo estamos dispuestos a fabricar bombas para defender la guarnición. Trajimos los implementos necesarios.

Los dos, serenos y diestros, escogieron un lugar solitario en el segundo piso de la División y comenzaron a fabricar bombas que se almacenaron debajo de los catres de los policías, en el segundo piso, en los cuartos que daban hacia la calle. Julio Posada, el maromero, se terció el fusil al hombro y le pidió autorización a Ezequiel para salir en comisión de patrullaje alrededor de la Quinta División, especialmente en los cerros orientales, sitio posible de un ataque sorpresivo del enemigo.

14. Fétido olor

Cuando la hormiga que guía la demencial horda de legionarias se desvía por casualidad del rumbo en el incansable viaje por la selva, la travesía comienza a volverse circular y la distancia entre una y otra se va acortando en un inquietante sonsonete sordo y acelerado. El fétido olor de los orines que va esparciendo por doquier la legionaria guía sirve de enlace en la demencial marcha que ningún obstáculo detiene en sus incontrolados ímpetus. En el afán por no desprenderse del agitado movimiento, descansan las terribles mandíbulas enseñadas a destrozar lo que encuentren en el camino: enormes troncos, una gigantesca piedra, en un santiamén desnudan de hojarasca cientos de árboles y dejan en físico esqueleto al jaguar recién muerto. Las ciegas legionarias continúan el rumbo perdido que sólo existe en una oscura morada y cambia en las noches, tiempo justo y preciso para la puesta de sus huevos y el nacimiento de sus crías que, ciegas de nacimiento, pueden percibir el mundo a oscuras como una gran mole de carne

maloliente o un enorme trozo de árbol caído.

Aumenta el ritmo enloquecido de la legionaria guía y el círculo se cierra, como si fuese trazado por un lápiz de punta gruesa en el aire. A ras de tierra, entre curvas de enredaderas y raíces que emergen, se siente el extraño temblor de un corazón herido y agónico en las entrañas de aquella absoluta oscuridad que corre enloquecida. El tropel legionario se agita tembloroso ante la voz del cruel presagio, pero no se detiene en la carrera incontrolada. El fétido olor de los orines se disgrega fatal y envolvente, como nudo de soga que sutil ahoga el cuello.

La guía triplica el paso al achicar el oscuro círculo de la travesía y miles de legionarias chocan entre ellas; se rompe el equilibrio en la distancia preconcebida y las que quedan lisiadas y heridas en tierra sirven de puente para que pasen las otras, y la carrera se convierte en un enjambre de delgadas y asustadas antenas que se enfrentan con fiereza, pisoteándose en el mundo subterráneo de hojarasca podrida por la humedad de la selva.

El anuncio de la debacle de aquel círculo misterioso se define de manera dramática cuando la hormiga guía es alcanzada por la horda, el tropel sin piedad la aplasta y continúa el agitado movimiento en la desesperanza de no poder alcanzar las tinieblas del sitio anhelado de llegada. Al perder la marcha el faro de la guía, desaparecen las reglas impuestas por la naturaleza y surge el festín de la muerte como disparo certero de arma corta. En aquel fatal círculo, la oscuridad de los ojos deja de correr, ciega se estrella ante los cuerpos tambaleantes, por instinto se destrozan a dentelladas en una despiadada carnicería y despierta la ansiedad del hambre milenaria en millares de legionarias que se devoran entre sí, como si se tratase de la última batalla escrita sobre la tierra. El final del círculo es un enorme y curvo cadáver, entrelazado por finas antenas, delgadas patas y feroces mandíbulas, y el fétido olor a orines se prolonga en el olor a carne en descomposición, olor que se dispersa al escucharse en la selva el silbido de los cuatro vientos.

El 10, 11 y 12 de abril de 1948, en el Cementerio Central de Bogotá, fuimos testigos presenciales de la imagen infernal de cientos de

cadáveres abrazados a su propia fetidez y descomposición, en dramática espera de la enorme fosa común que tantos sepultureros voluntarios cavaban con afán, en medio de un frío absorbente de pensamientos dolorosos que se interrogaban a sí mismos. Incontables, apenas registros noticiosos, numerados, catalogados como NN, con historias que no se indagaron en sus vidas y que nunca se escribieron ni se publicaron para que las leyeran sus dolientes en los días de triste duelo de recordación. Esos cientos de cuerpos simplemente quedaron encuadrados como filas de cadáveres para la fotografía que se publicaría en los periódicos de la capital.

Después del asesinato de Gaitán, en la extensa geografía del país apareció, gracias a los hombres —horda de feroces legionarias— y a la férrea imposición de sus ideas partidistas, un cadáver que fue creciendo hasta parecerse en su amarillenta piel a una descomunal montaña, rodeada por enflaquecidos ríos que corren ahogándose por falta de respiración. Un cadáver hecho de malezas y musgos, cincelado por la inclemente lluvia que mide su andar en penosos días.

La violencia partidista de conservadores contra liberales que adquirió ribetes delirantes a finales del año 1947 y comienzos de 1948 y se afianzó, como telaraña hambrienta, en los dos primeros años del gobierno de Laureano Gómez, hizo posible que sobre el territorio colombiano emergiese la figura de aquel cadáver insepulto, sin que nadie pudiera realizar el levantamiento legal y luego se practicara la autopsia reglamentaria. Un enorme cadáver pudriéndose, descomponiéndose, convertido por la saña del tiempo en línea fronteriza de huesos dispersos: festín de oleadas de gallinazos hambrientos y millares de legionarias de batientes mandíbulas. Por razones de poder y políticas sectarias, se transfiguró la serenidad en el semblante del país y este cambió de pensamiento y pulso y forma de caminar, la muerte se despojó de su antiguo vestido que anunciaba la muerte natural.

Apareció otro cadáver abaleado en las calles de Bogotá, torturado, acuchillado y desfigurado. No se trataba de crímenes pasionales, ni de asaltos callejeros, ni mucho menos ajustes de cuentas por razones económicas. Era un tipo de asesinato con otros móviles, técnicas más

sofisticadas y brutales en su consumación. Ese cadáver, de pronto, por inercia del oficio, había cambiado el carácter periodístico de la crónica policíaca, su razón de ser. Así de simple. La indagación sobre el origen del asesinato culminaba en el muerto mismo: se podía verificar el levantamiento legal y seguir la pista de los orificios causados por el arma homicida, confrontar datos sobre la identidad de la víctima, pero debo confesar que por experiencia propia, en el funeral, si acaso se efectuaba, se acababa la sed de fiebre periodística. Era el triste adiós al folletín por entregas de los años cuarenta, en crónicas que levantaban la piel de emoción al lector, durante meses de ávidas lecturas por la acuciosa indagación periodística. Se perdía en el limbo del olvido la complicidad entre cronista y lector, complicidad que se afianzaba día a día en el seguimiento de una escritura que, confabulada con técnicas del suspenso, creaba verdaderas y auténticas historias humanas. Los lectores se apropiaban de estas como algo necesario y esencial para sus vidas, pues la crónica policíaca descifraba partes oscuras de sus existencias en el tedioso andar de la vida diaria.

Esas dudas profesionales las sentí con rabia por la impotencia al presenciar el levantamiento del cadáver de Saúl Fajardo, exguerrillero liberal. Cuando lo vi, era un difunto y nada más que un cuerpo inerte con un inmediato destino de sombras. La línea trazada con tiza blanca alrededor de la figura de su cadáver era signo fronterizo de prohibición, señal que debía por obligación autocensurar tantas preguntas que rondaban por mi cabeza. Mis angustias investigativas debía enterrarlas en cualquier esquina de la memoria, evadir de manera despiadada la tentación del oficio de escribir lo que tenía que escribir. Negarme a mí mismo el latir de cronista, como ahuyentando la oscura mirada de mi sombra. Luego, en la noche, después de fumar como un condenado a cadena perpetua dos cajetillas de Pielroja, envuelto en la bruma del cigarrillo, conmocionado por lo que había visto, escribí en la redacción del periódico, lo siguiente:

> El 2 de diciembre de 1952, aproximadamente a las seis de la tarde, el cabo Jaime Rivas, sin dudarlo un instante, tomó respiración y levantó el fusil belga calibre punto 30 para apuntarle a la figura de Saúl Fajardo, que se alejaba con

pasos lentos. Luego, a una distancia de 18 metros, este comenzó a caminar rápidamente y el cabo Rivas supuso que soltaría la carrera para fugarse.

El cabo Rivas, jovencito de 18 años, apostado frente a la Cárcel Modelo, acertó el primer tiro, luego disparó con frialdad el segundo y nuevamente acertó en el cuerpo tambaleante del exguerrillero. Para asegurarse de su puntería, el cabo Rivas disparó otras dos veces. Y cuando se le agotó la carga del fusil, de inmediato sacó su revólver y apuntó al cuerpo inerme de Saúl Fajardo ya en tierra y, para darle cumplimiento a la Ley de Fuga, le hizo dos disparos más a quemarropa. El cabo Rivas declaró ante los periodistas:

—Tuve que dispararle, pues quería fugarse. Era mi prisionero. Yo cumplo órdenes…

Agregué algo más al escrito:

El 2 de diciembre de 1952, a las seis de la tarde, mi amigo el fotógrafo Sady González le tomaría la última fotografía a Saúl Fajardo, frente a la Cárcel Modelo. Imagen dramática como son las imágenes de la muerte: estirado en el suelo, vestido de negro, de corbata, una gabardina gris, la mano izquierda semiempuñada, el sombrero negro como si alguien lo hubiera colocado al lado de la cabeza, y sus ojos cubiertos por gafas oscuras. Lo acompañaban un corrillo de cinco guardianes de la Cárcel Modelo, dos de ellos con sus fusiles agarrados por la boquilla y las correas, las culatas en tierra. Ninguno de los guardianes miraba el cadáver de Saúl Fajardo, sus miradas estaban fijas en el foco de la cámara. Un hombre vestido de blanco, debía ser un enfermero, se alistaba para el levantamiento del cadáver…

En mi profesión, debo confesar que sin proponérmelo me fui convirtiendo en un coleccionista de objetos que pertenecieron a la víctima y al asesino, en la indagación de muchos asesinatos que seguí como cronista policíaco. No era una cuestión enfermiza, ni mucho menos que tuviera problemas de tipo psicológico. No padecía ningún síntoma en lo personal de la naturaleza anotada. Siempre he sido un hombre equilibrado en mis emociones, nada de desvaríos nocturnos, tampoco un hombre posesivo de pesadillas recurrentes. La colección fue creciendo por razones que el azar propiciaba posibilidades de recibir subrepticiamente, y con el sigilo prometido de reserva de mi parte, algún objeto en relación directa o indirecta con la investigación que venía adelantando. Especie de amuleto que guardaba de inmediato en los cajones de la biblioteca, con notas manuscritas que describían datos exactos de su procedencia. En el transcurrir de los

años cuarenta logré con la paciencia inmarcesible de mono perezoso montar una red de amigos y de informantes en inspecciones de policía, en oficinas de jueces y de secretarios de jueces, abogados defensores y abogados acusadores; en fin, todo aquel que oliese o tuviese el olfato y suficiente voz para llamarme al periódico y acudir al sitio, libreta en mano a cualquier hora del día o de la noche y contarme en voz baja el último quejido de la víctima o el último desliz en la huida del asesino, como datos relacionados con la familia y los afectos pasionales y amorosos del uno y del otro; también informaciones de amigos y enemigos en la dualidad dramática que teatraliza, en últimas, el hecho del asesinato. Yo era un escucha empedernido de rumores, de hipótesis, conjeturas, habladurías, de indicios que pudieran conducir a buscar luces de entendimiento en las honduras y pliegues de la naturaleza humana, condición inequívoca de contradicciones insalvables en los estrados judiciales. Datos invaluables que revisaba y confrontaba y volvía a colocar bajo la lente de mi lupa, y reunidos en notas, me permitían en mis perpetuos insomnios trazar retratos de la víctima y del asesino, en los fúnebres entornos en que se había realizado el crimen. Siempre andaba hambriento de información. Era y sigo siendo un investigador empedernido.

Digo, con la frescura de quien perplejo mira el corazón de la noche en el angustioso devenir del tiempo, que me volví por razón de mi profesión un coleccionista de objetos relacionados con los asesinatos que levantaron un velo de asombro y de hipocresía en una ciudad como Bogotá, que apenas podía balbucear su crecimiento de aldea a una pequeña ciudad. En mi colección poseo: cabellos de la mujer incinerada en el asesinato conocido como el Baúl Escarlata; la corbata preferida del asesino de Teresita, la descuartizada; una fotografía del matrimonio apócrifo del doctor Matallana; una bufanda de la mujer asesinada en el apartamento 302; la billetera de Roa Sierra, recogida por un agente de policía mientras lo apaleaba la multitud hasta darle muerte; un pañuelo empapado de la sangre de Gaitán, regalo de Edilma, copera del café Gato Negro; además poseo, numeradas por fechas, cincuenta cartas de puño y letra escritas como despedida final

por suicidados en el Salto de Tequendama, en los últimos diez años. Pero también me volví un obsesivo coleccionista de mis crónicas que nunca pudieron publicarse por la inercia impositiva de la censura: por ejemplo, la escrita sobre el asesinato de Saúl Fajardo. En mi biblioteca abrí un espacio, las fui amontonando como capítulos de una novela policíaca, junto a los boletines de prensa en los cuales el Gobierno daba la versión oficial de los acontecimientos. Lógico, conservo el primer boletín original con sello oficial que refiere la muerte del exguerrillero liberal Saúl Fajardo por accidente en la aplicación de la Ley de Fuga.

15. Final del viaje

Al levantarse abruptamente de la silla, el hombre de las gafas oscuras hizo que abandonara las cavilaciones en que andaba metida. Me puse alerta de sus movimientos para evitarme cualquier desagradable sorpresa: se desperezó un poco al levantar los brazos y bostezó abriendo la bocaza de dientes podridos, y con desparpajo dijo al otro hombre:

—Voy a mear. Vigila al capitán Toro mientras vuelvo…

El otro hombre como un resorte se levantó y en un santiamén sacó de la pretina un par de esposas; tosco le dijo a Ezequiel que alargara las manos y muy diestro, en segundos, se las puso. Ezequiel, lívido como papel periódico, tragando saliva, bajó la mirada para no herirme con su rabia y su impotencia por la humillación a que estaba siendo sometido en su dignidad. El tren aceleraba la velocidad.

Me evado mentalmente para evitar presenciar tanta ignominia. Regreso los pasos de la memoria a la Quinta División, para buscar la presencia de Ezequiel libre de ataduras carcelarias. A las once de la noche Ezequiel, previendo cualquier ataque por parte del Ejército, ordenó:

—Hay que custodiar los alrededores del cuartel.

Ezequiel dispuso de varias patrullas para la vigilancia hacia los cerros de La Perseverancia. En una de las patrullas en que iba Julio

Posada, el maromero, con el fusil terciado al hombro, dirigida por el cabo Vásquez, pidió que le permitieran ir a un joven de chamarra de cuero que se hacía reconocer como estudiante cubano, quien le había pedido una entrevista a Ezequiel, en la cual le proponía que sacara la tropa a la calle y le asignara una misión de ataque, en la toma de objetivos del Gobierno. Le razona a Ezequiel, le discute. Dice que la tropa acantonada en la División es fuerte, que atacando podría realizar acciones decisivas y que acantonada estaría perdida. Ezequiel lo escuchó con toda amabilidad y atención, pero no entró en ningún tipo de explicaciones sobre su actitud y decisión de tener a sus hombres acuartelados. La patrulla del maromero y del joven cubano realizó un cuidadoso patrullaje por las callejuelas del barrio La Perseverancia, rastreó antiguas fábricas de ladrillos, llegó hasta los cerros, se percató de que no había presencia del enemigo, bajó por la calle 30 y lo sorprendió el llanto de un niño que, abrazado al cuerpo inerte de un hombre, gritaba: «Mataron a mi papá […] ¡Mataron a mi papá […]!». Los integrantes de la patrulla ayudaron al niño a entrar el cadáver a un rancho pobre y destartalado; el niño continuó con sus alaridos, mientras se abrazaba al cuerpo de su padre. Ellos bajaron hasta la carrera 5.ª y cuando se dirigían de regreso por la carrera 5.ª, escucharon a sus espaldas un tiroteo que parecía provenir del Colegio San Bartolomé La Merced. Se guarecieron en las puertas de las casas y avanzaron parapetados hacia el sitio desde donde se originaba el tiroteo. Dispararon descargas sobre las ventanas del colegio de los jesuitas. El silencio se hizo sepulcral, nadie respondió a los disparos. Por las ventanas del colegio aparecían y desaparecían veloces figuras que corrían agachadas, respiraban y abruptamente levantaban la cabeza y como gatos se sumergían en la oscuridad de la noche. Agazapados esperaron otros disparos salidos de aquellas misteriosas ventanas, pero el silencio fue definitivo. Los hombres atrincherados cortaron la respiración: pacientes esperaban avistar al enemigo. La patrulla, por orden del cabo Vásquez, resuelve volver a las instalaciones de la Quinta División. El regreso, tres cuadras hasta la División, por la mitad de la carrera 5.ª, con las precauciones necesarias, se volvió patético por las imágenes que presenciaron en un

espectáculo dramático: la triste comparsa que se detenía frente a la Quinta División, encabezada por un hombre gordo vestido de obispo, con mitra en la cabeza y un copón en las manos, dando bendiciones y repartiendo hostias a diestra y siniestra a las almas pecadoras que encontraba en el camino, detenía la ceremonia, y el hombre delgado, de nariz aguileña que lo acompañaba y oficiaba de sacristán, le entregaba un botellón de vino y este bebía a borbotones como si quisiera llenar de vino la totalidad de su cuerpo, y, tambaleándose, escogía a quién debía dar la hostia que llevaba en la mano; lo seguían diez mujeres del pueblo, pintarrajeadas, bajitas de estatura pero ahora muy altas por los zapatos de tacones, vestidas con ropa de lujo y cubiertas con abrigos de visón, quienes caminaban coquetas, danzaban coquetas, como si estuvieran entrando a una plaza de toros; y cientos de hombres cargando como hormigas objetos robados, agitados por la borrachera, gritando vivas a la revolución, a Gaitán y abajos al gobierno asesino, en una fila interminable en que la desesperanza se había ahogado en el llanto colectivo: cargaban neveras en las espaldas, muebles, cortinas, lámparas de baccarat; iban vestidos con cinco prendas sobre el cuerpo, y detrás un personaje de esmoquin que diestramente manejaba una carreta a caballo, la detenía al jalar con fuerza al famélico animal y se sentaba frente al piano que transportaba y en actitud solemne pedía a gritos silencio y comenzaba a teclear como si sus dedos toscos volaran y con la fuerza del alma sus manos empuñadas se estrellaban en las teclas y la noche quedaba horrorizada ante el estruendo musical que invadía los alrededores del barrio La Perseverancia; cerrando la triste comparsa, un grupo de gaitanistas con ruanas y sombreros, blandiendo al aire afilados machetes, cortaban cabezas de enemigos imaginarios, mientras otro grupo, con las manos en alto, llevaba el cuerpo de un hombre muerto y una mujer daba alaridos de duelo y despedida final al hombre amado. La patrulla, al mando del cabo Vásquez, dejó pasar la triste comparsa y Julio Posada, el maromero, dijo, como lanzando volutas de humo al aire:

—Mi pueblo se está divirtiendo, como decía el difunto Gaitán. Los hombres subieron apresurados las escaleras de entrada a la División;

en el patio el cabo Vásquez los hizo formar y con voz ronca le dio un parte detallado del patrullaje al capitán Ezequiel Toro. Al caer la noche, el Ejército había tomado las principales arterias del centro de la ciudad y en maniobra calculada había comenzado la cacería de quienes vagaban desvariando enloquecidos por el alcohol a esas horas de la noche: sus cuerpos se doblaban como muñecos de trapo al recibir el tiro en la frente. La pertinaz lluvia avivaba las llamas de los incendios que, lentas, se levantaban y daban al cielo un resplandor de color amarillento, anaranjado.

A las once de la noche eran frecuentes las amenazas en las arengas del Gobierno a través de la Radio Nacional, recuperada en las horas de la tarde por el Ejército porque estaba en poder de estudiantes y liberales izquierdistas. Por doquiera de los espacios de la Quinta División se escuchaba la amenaza radial: «Se ruega al personal que está acantonado en la Quinta División entregar las armas o dentro de breves minutos será bombardeado ese cuartel […]». Para evitar el pánico se entregaron las armas, fusiles Mauser checoslovacos, guardados en los depósitos. Los civiles se uniformaron con ropa de la Policía: cada quien se dirigió a su puesto de vigilancia, y de nuevo apareció el espectro de la espera por la inminente aparición del enemigo que, como la ansiada llamada telefónica, nunca se comunicaría desde Palacio con órdenes superiores.

Noche de rumores, de indecisiones y tantas dudas, de interminables llamadas a Palacio por cada uno de los integrantes de la Junta Revolucionaria, se convirtió para Ezequiel en una larga noche de insomnio en que sólo podía atrapar con las manos el vuelo de un pájaro solitario, perdido de rumbo. La espera de noticias de lo que podría estar sucediendo en el palacio de gobierno con la visita de los jefes liberales se había vuelto como una gigantesca figura agazapada, adormilada por el tedio y la desidia: la duda se estaba comiendo las uñas ya alargadas por la larga espera. Por las emisoras clandestinas se escuchaban arengas que apoyaban a los policías insubordinados en la Quinta División: se hablaba de su heroísmo y decisión inalterable de marchar hacia la toma de Palacio. Era cierto, recordaba Ezequiel, se quería marchar hacia Palacio con cerca de setecientos hombres

armados; pero en Palacio se encontraba la Dirección Liberal; entonces el argumento de la llamada Junta Revolucionaria: no se puede poner en peligro vidas tan valiosas para la patria en una acción aventurera. Noche de permanentes contactos telefónicos con Palacio, los dirigentes liberales contestaban que cuidado, que no hagan nada, que esperen noticias, que esperen órdenes precisas. La Quinta División se había convertido en una ratonera diabólica, en un simple juego de adivinanzas: ¿qué le había sucedido a la Dirección Liberal?, ¿estarán presos o tendrán acorralado a Ospina?… La ambigüedad de la información en el limbo de la incertidumbre, a punto de explotar los ánimos. Ezequiel daba órdenes de tipo militar, organizaba la gente, hacía la selección del personal porque no todos eran de confiar. Personal acantonado pero no se sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones, incluso pensaba Ezequiel que en cualquier momento podrían volver las armas contra la comandancia y los políticos refugiados en la Quinta División.

«Ya viene el ataque». Ese grito se repetía cada quince minutos y todo el mundo parapetado en los sitios de defensa, tensos, dispuestos, acobardados, desorientados. Dos o tres veces pasaron los tanques, hubo disparos contra éstos y los tanques dispararon con ametralladoras contra el edificio de la Quinta División. La ciudad ardía en llamas, el cielo resplandecía color rojizo, amarillento. Se hablaba, se conjeturaba por todos los rincones de la edificación que había que esperar, ahora sí con extremada paciencia, los resultados de la reunión en el palacio de gobierno: crecía la expectativa en los cuerpos sudorosos por el cansancio, apretujados alrededor del aparato de teléfono que continuaba en poder del exministro de Trabajo Adán Arriaga Andrade; a través de los gruesos vidrios de sus anteojos aparecía por momentos con aire de triunfalismo, reflejado en sus diminutos ojos. Junto a él, el poeta Jorge Zalamea, Ezequiel y el resto de oficiales de la Policía, inmóviles como figuras dispuestas a dar el salto de un momento a otro sobre la presa que huye. Diego Montaña Cuéllar y Gerardo Molina, en la mitad de la noche, se habían despedido con solemne tranquilidad cotidiana. De pronto sonó el timbre del teléfono, agudo, parsimonioso y Adán Arriaga Andrade se

lanzó en su cacería, lo retuvo por un momento, lo colocó junto a los oídos y escuchó en silencio sepulcral para romper en añicos los vidrios de la ventana. Sí, sí, sí, monologaba con un sí continuado. Al colgar el aparato telefónico, dijo:

—El doctor Echandía me informó que llegaron a un acuerdo con el gobierno de Ospina. Que él sería nombrado ministro de Gobierno como solución a la crisis política y que, siendo ministro de Gobierno declararía de inmediato el estado de sitio. El doctor Echandía me preguntó:

—¿Y usted qué va a hacer? —Él era la ley y Adán Arriaga Andrade la subversión. Adán Arriaga Andrade le preguntó a Echandía:

—¿Y usted? —Echandía simplemente respondió:

—Lo que tenga que hacer para recuperar la legalidad de la democracia…

En el rostro de Arriaga se reflejaba la honda preocupación por su seguridad personal. Como si estuviera hablando en voz alta dijo:

—¿Dónde vamos a escondernos nosotros que hemos estado en plan revolucionario, convicto y confeso, declarado y radiodifundido… ¿Qué suerte voy a correr…?

—Entonces, yo soy su prisionero… —repetía el exministro de Trabajo—, prisionero de la legalidad de Echandía. Ospina está otra vez bien apuntalado en el poder. Lo habíamos tenido hasta cierto punto acorralado —monologaba Arriaga. Se puso lo que se llama vulgarmente el traje de la estampida; de inmediato lo reflejó en sus diminutos ojos a través de los vidrios gruesos de las gafas, quería huir de sus sueños de jefe de la insurrección, de sus compañeros cómplices en aquella fugaz aventura. Para Adán Arriaga Andrade y el poeta Jorge Zalamea, desde el momento mismo en que entró el liberalismo al Gobierno se convertían en rehenes de la Policía, de los oficiales. Se pensó que les seguirían consejo de guerra a los civiles y a los policías. Adán Arriaga Andrade se vio como un rehén en manos de Ezequiel: un exministro de Trabajo, prenda de garantía para los oficiales insubordinados contra el orden establecido. Los tanques con refuerzos llegados de Tunja comenzaron a pasar con los cañones apuntando a la Quinta División, los agentes atrincherados; las bombas, preparadas por

los hombres del barrio de La Perseverancia, debajo de las camas de los policías.

A las siete de la mañana del 10 de abril la ciudad se vio inundada por un fuerte aguacero. Sigiloso, sin despedirse de Ezequiel y del resto de los oficiales, Adán Arriaga Andrade buscó salida por el garaje de la Quinta División, encontró a un policía de guardia y le dijo profundamente alterado:

—Déjeme salir.

El policía le abrió la puerta. Adán Arriaga Andrade salió en carrera vertiginosa, sus zapatos se metieron al agua y al barro, pero al hombre nada lo detenía, ya estaba corriendo por la carrera 5.ª, bajando por callejuelas buscó la carrera 7.ª. Luego le fue entrando la calma a su cuerpo como gota de rocío; calmado en su nerviosismo caminó hasta su casa en Chapinero, entró a su apartamento, se echó a la cama y durmió hasta el día siguiente: soñó que era hombre libre.

El poeta Jorge Zalamea fue más diplomático. Le dijo a Ezequiel:

—Capitán, fuimos derrotados sin disparar un tiro. Además, no puedo soportar la falta de sueño. —Cordialmente se despidió de Ezequiel y sus hombres. Los civiles se quitaron la ropa de policía y al cambiarse volvieron a ser civiles. Los tres hombres del barrio La Perseverancia se cuadraron frente a Ezequiel, y dijeron al mismo tiempo en una sola voz:

—Lo que ordene, capitán Toro. —Ezequiel ordenó que se fueran de la División. Julio Posada, el maromero, pidió permiso para llevarse consigo el fusil que le había caído del cielo. Ezequiel le ordenó que lo llevara y el maromero, parsimonioso, lo envolvió en la ruana, y los tres salieron de la Quinta División con pasos de hombres victoriosos. La policía acantonada, insubordinada, comandada por Ezequiel, no podía huir, debía esperar órdenes del mando superior y entregarse en el momento oportuno. La ciudad se inundó por el torrencial aguacero, acompañado de fuerte granizada que hizo temblar árboles y techos.

El hombre de las gafas oscuras regresó con el rostro satisfecho y, antes de sentarse, le preguntó a su compañero:

—¿Quieres ir a mear? Yo cuido al prisionero.

—No tengo ganas —contestó.

Tranquilo de conciencia le quitó las esposas a Ezequiel y se acomodó en el puesto de la ventanilla para continuar durmiendo. El tren devoraba la distancia que parecía ya cercana a nuestro destino. Miré el reloj a las cinco y media; le pregunté al controlador, cuando pasaba pidiendo los tiquetes, el tiempo que demoraríamos en la próxima estación de llegada. Dijo, salivando los dedos al controlar los tiquetes, que el tren demoraría por lo menos treinta minutos en Albarracín-Ventaquemada. Me dirigí al hombre que estaba sentado en la izquierda, al lado de la ventanilla, diciéndole:

—Voy a bajar… Puedo comprar algo de comida para los cuatro. —El hombre huraño demoró su tiempo para la respuesta, pues comenzó a introducir el dedo debajo de las gafas como si se estuviera dando un masaje en la nariz.

—Señora, no se moleste… En dos horas estamos llegando a Sogamoso…

—Pero son las cinco de la tarde y ninguno de nosotros ha almorzado, ¿cierto, Ezequiel? —Ezequiel levantó los hombros con desdén, parecía no darle importancia al asunto.

—Mimita, usted verá… —el otro hombre entró al ruedo en una actitud de mando:

—Señora, baje. Traiga algo de comida. Pero tenga cuidado porque la puede dejar el tren…

Eso quisieran los malnacidos…, pensé para mis adentros.

—Regreso pronto… con comida —dije en voz alta. Bajé rápido del tren y me dirigí a las ventas de comida y como si los tres hombres fueran mis invitados pensé en un menú variado: presas de gallina sudada, cordero asado, pedazos de morcilla con el pescuezo de gallina y arepas de maíz. Además, compré tres cervezas y una gaseosa para mí. Regresé pronto al vagón y cuando dispuse la comida, teniendo como mesa el asiento en que iba sentada, y los invité a comer, los tres hombres quedaron sorprendidos por mi diligencia. Con ironía, dije embargada por una honda tristeza:

—Hay para todos. Bien puedan… —Ezequiel me miró con mirada de cordero degollado y cogió una presa de gallina sudada, plato que le gustaba que yo preparara en casa cuando él estaba de franquicia. Los

dos hombres siguieron su ejemplo y sentí, mientras los veía comer, Ezequiel con cierta fineza y los dos hombres hoscos en sus maneras, que la comida crea cierta armonía, por un instante, entre carceleros y presos. Ellos también tenían hambre y devoraron la gallina y el cordero; Ezequiel masticaba con la lentitud de un hombre que piensa que masticar lento es un acto de libertad. Los dos hombres pusieron a galopar su buen semblante al levantar la cerveza y hacer un brindis imaginario con Ezequiel. Ezequiel respondió a la invitación, yo estuve a punto de ahogarme con la gaseosa, pues tomé un sorbo de seguido. Mi asiento quedó como mesa de restaurante popular, con los restos de comida. Los hombres me agradecieron. Ezequiel, como siempre, fue zalamero conmigo:

—Te quedó riquísima la comida.

Los tres rieron por un simple compromiso formal. Yo recogí los restos, los envolví en las hojas de plátano, me levanté y fui al final del vagón para buscar el sitio de la basura. El tren había vuelto a impulsar la velocidad.

Por la ventanilla vislumbré el paisaje en Puente Boyacá, sitio histórico que habíamos visitado con Ezequiel y los hijos. El tren fue deteniendo paulatinamente la velocidad, como si alguien lo enlazara. Paró en seco. Era la llegada al Paradero, casa vivienda del jefe de la estación; luz mortecina en ese pueblo grande, lluvia menuda, penetrante hasta helar los huesos. Luego, la llegada a Tunja, triste ciudad que reúne todas las tristezas del hombre. Pasajeros con maletas y bultos bajaron de los vagones y cabizbajos como amarrando los brazos emprendieron el regreso por las calles empinadas que buscaban el cielo. Gente que por lo menos estaba llegando a donde debía llegar por voluntad propia, pensé nerviosa. El tren, fugaz de nuevo, le coge el ritmo a la velocidad y dos kilómetros más adelante se detiene con lentitud en la estación que sirve de bodega y se aprovisiona de carbón y el agua cae de un tanque elevado por medio de una enorme manguera.

El tren había pasado raudo por Mortiño, se detuvo en Paipa y la gritería de los vendedores de almojábanas y masato despertaba el letargo de un cansancio que se había articulado como artritis en el

cuerpo. Estuve tentada a invitar a Ezequiel y sus captores a comer algo, pero los vi sumidos en profundo sueño.

En Duitama, voces estridentes ofreciendo peras y ciruelas mientras la noche se cubría con el velo estable del humo de la locomotora. El sonsonete de la voz golpeada y aguda del controlador pidiendo «tiquetes, tiquetes, Sogamoso, Sogamoso»: cercanía del destino incierto de Ezequiel, que me puso a cavilar como si de pronto con Ezequiel y sus carceleros hubiéramos penetrado en un largo túnel invadido por niebla espesa, difícil de caminar: tantear la niebla como fugaces paredes carcelarias. Miré a Ezequiel y su mirada también estaba poblada por la misma niebla que había invadido mis pensamientos. Los dos hombres se desperezaban al abrir los brazos y bostezar por sus bocazas como cuevas infecundas, luego colocar los puños de las manos en especie de duelo y de fuerza para despertar el furor de sus músculos.

Triste estación de Sogamoso, pequeña estación terminal; silenciosos los pasajeros como si el viaje de regreso hubiese atravesado un interminable invernadero. Cuando bajamos del tren, Ezequiel estaba en medio de los dos hombres, lo primero que hice fue preguntar por un hotel cercano. Alguien de sombrero contestó con un hálito de desconfianza:

—El Hotel Europa está muy cerca, a tres cuadras de la estación. —Me dio las señales. Con el presentimiento de recibir una respuesta negativa, les dije a los hombres de manera serena pero, quizá, en tono convincente:

—Señores, les pido que dejen a mi esposo pasar la noche conmigo en el Hotel Europa.

Sorprendidos, se hicieron a un lado, prendieron cigarrillos, secretearon susurros, miraban a Ezequiel, me miraban a mí de pies a cabeza. Tiempo inquietante como si la respuesta viniera de un tren atascado por el crudo invierno. Ezequiel me dijo al oído:

—Mimita, no insista en su petición. Ellos están cumpliendo con su deber y seguramente deben entregarme a las autoridades que me solicitan. —Estuve a punto de ahorcarlo:

—No es decisión tuya —dije—. Es decisión de ellos.

Los dos hombres volvieron hacia nosotros. El menos hosco habló:

—Mi señora, nuestro deber es entregar al capitán Toro a las autoridades competentes, esta misma noche. Pero vamos a hacer una excepción, que por cierto nos puede costar el puesto. Puede quedarse con su esposo esta noche en el hotel, mi señora. Nosotros estaremos vigilando. —Quería abrazarlo pero contuve mis sentimientos de agradecimiento.

Caminamos tres cuadras, Ezequiel y yo con las maletas de mano. Y en la esquina de la última cuadra vimos el Hotel Europa, de dos pisos, con ventanales de madera hacia la calle, paredes de bahareque pintadas con zócalo blanco, edificación de antigua construcción. En la puerta, un dependiente encorvado de mirada adusta recibió las maletas, y los tres nos dirigimos hacia el mostrador, hablamos con un hombre extranjero que debía ser el dueño, también amable pero temeroso por su mirada inquisidora. Ezequiel pidió una habitación doble. El hombre sacó del casillero la llave de la habitación 214, la entregó a Ezequiel y le dijo en tono parsimonioso:

—Es la mejor habitación que tenemos y por fortuna la tengo desocupada. Pueden subir por las escaleras.

El menos hosco de los captores de Ezequiel, sin dar explicaciones, pidió una habitación de dos camas, al lado de la nuestra. El dueño del hotel pareció comprender la petición, sin inmutarse; sacó del llavero la llave de la habitación 215. En silencio, los tres subimos lentamente las escaleras, luego por un largo pasadizo buscamos los números de las habitaciones; al caminar crujía la madera del piso. El hombre encorvado dejó las maletas frente a la nuestra. Ezequiel abrió la puerta de la habitación: en la mitad, la cama doble, tendida con una cobija de flores, y a cada lado una mesita de noche, a la izquierda un espejo de cuerpo entero. Cuando entramos, los dos captores pidieron permiso para seguir con nosotros. Observaron detenidamente la habitación y el menos hosco de los captores le dijo de frente a Ezequiel:

—Capitán Toro, a las siete de la mañana debemos ya estar desayunados y listos para partir. Que pasen buenas noches.

Se despidieron. Solitarios, sin la presencia de aquella atosigante

compañía carcelera, nos pusimos las piyamas, silenciosos nos metimos debajo de las cobijas y nos abrazamos con tanta fuerza en abrazo infinito de árbol de raíz profunda. Esa noche, la última de nuestras noches, querido Ezequiel, yo quería pasarla hablando de seguido contigo. No pensaba en las inclemencias del tiempo cuando despiadado corre sin escuchar las piadosas peticiones que tenemos enjauladas como presagios en las palabras. Tú, abrazado a mi cuerpo para darme fuerzas y confianza en que esta detención sería por pocos días, me dijiste al oído:

—Mimita, debemos dormir. Yo confío que mañana resolveremos este pequeño percance en nuestras vidas… —Imperturbable, inamovible confianza que yacía en tu ser, como pozo de agua detenida. Sin conocer a fondo las razones jurídicas de tu detención, no era posible abrir un par de huecos en la tierra y buscar respuestas que nos dieran una grieta de luz para salir del círculo carcelero que atenazaba nuestra existencia. Cerraste los ojos pero no dormías, cerré los ojos y vagué despierta por senderos desconocidos, difíciles de precisar en la memoria. Presentía, no era un vago temor, que en las calles de Sogamoso, pueblo agazapado bajo la vigilancia militar del estado de sitio, la noche agonizaba, apaleada por manos brutales de cientos de hombres.

16. Diario de una agonía

Hablo, con ferviente pasión, de mi colección de objetos relacionados con mis investigaciones policíacas, pues sucedió que ocho días después de haber escrito la crónica sobre el levantamiento del cadáver de Saúl Fajardo, muerto por aplicación de la Ley de Fuga, llegó un sobre a mi escritorio en el periódico, remitido con letra manuscrita al periodista Felipe González Toledo, que contenía un cuaderno de línea corriente marca Ideal. Llegó sin nombre y sin dirección del remitente. Lo enviaba alguien que pertenecía a la fiel y secreta cofradía de mis informantes. La curiosidad avasalló mi sorpresa, abrí el cuaderno y en letra mayúscula manuscrita con tinta, leí en la primera hoja el título:

Diario de un pobre diablo, firmado por Saúl Fajardo. Deduje de inmediato que el occiso, quizá al sentirse acosado y en peligro su vida, decidió escribir el *Diario* como constancia final de su situación. Un escrito que abarcaba los últimos días de su estadía como asilado político en la embajada de Chile en Bogotá. Mientras leía sus líneas, escritas con clara y definida caligrafía, tomé notas y posteriormente escribí una crónica que lógicamente nunca se publicaría: el escrito asumió el rol de inédito en la historia de mis papeles y buscó lugar en mi archivo personal. Ahora lo encuentro y releo sin la apremiante premisa del compromiso de publicación para el día siguiente:

Martes, 1.º de abril de 1952. Saúl Fajardo escribe en su *Diario* que su suerte de «asilado provisional» en la embajada de Chile lo ha llevado a soportar una «crisis nerviosa» nunca antes sufrida… Piensa en su libertad. Recuerda las precauciones de los grupos de guerrilleros que lo cuidaban en la región «y el sentirme ahora aquí prisionero de mis enemigos, que en otras circunstancias no hubieran podido hallarme, es como para enloquecer».

A Saúl Fajardo lo hizo guerrillero la terrible muerte de su padre. Eran los días del odio y de la violencia partidista. En la noche, pasos asesinos rodearon la casa paterna. Y lejos, en un subterráneo donde aparecen fulgurantes las esmeraldas gota de aceite, allí, amarrado a su padre, le fue leída la sentencia: se le aplicaría el tormento de la tortura y ocho días después sería ahorcado, a las ocho en punto de la mañana. Cuando llegó el día, después de sumergirlo por varios minutos en un pozo de tomadero de agua del ganado, sus asesinos escogieron un roble gigantesco en el Cerro de la Tristeza. El hombre que le daría muerte ató a su cuello el nudo corredizo y entre varios lo levantaron en vilo y lo dejaron balanceándose en el aire hasta el equilibrio de una quietud imperturbable. Cuando descolgaron el cuerpo, le rociaron gasolina y lo incineraron. Así fue la muerte de su padre.

Saúl Fajardo, por su ascendencia en los diversos sectores del pueblo, se convirtió en jefe de las guerrillas liberales en el noroeste de Cundinamarca. Antes había presenciado la destrucción total de su farmacia en Yacopí, su pueblo natal. Cuando se alzó en armas, tenía

aproximadamente treinta y dos años. Las guerrillas del noroeste de Cundinamarca fueron duramente reprimidas por las fuerzas oficiales. Saúl Fajardo, acorralado, buscó asilo en la embajada de Chile, a mediados de marzo de 1952. El diplomático y poeta chileno Julio Barrenechea, quien tenía por entonces la representación de su país en Bogotá, le concedió asilo provisional en razón de los acuerdos internacionales vigentes.

Acosado por una inclemente ansiedad, escribe en su *Diario*:

> Las noticias transmitidas y los planes para salir de la embajada, bien por el sistema de una fuga tan peligrosa como suicida o bien apelando al expedito sistema de entregarme a mis enemigos, no sólo relajan la personalidad sino que se sienten deseos de poner término a la vida…

Anota en el manuscrito que el sábado anterior se produjo en la noche una junta de notables políticos conservadores, convocada por Abel Naranjo Villegas, para tratar el conflicto diplomático internacional a que estaba abocado el embajador chileno, en relación con su indeseable «huésped, un asesino vulgar». Acude a la cita, entre otros, Álvaro Gómez Hurtado, director de *El Siglo*, hijo del presidente Laureano Gómez. El legendario guerrillero liberal, asediado y preocupado por su angustiosa situación, escribe en el *Diario* sobre aquella reunión: «Se estudió la manera de ponerle término a mi asilo entregándome en manos de los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores bajo el compromiso de responder por mi vida, o sea por la seguridad personal […]». Cuenta que, mientras la reunión transcurría, «los detectives en número de 100, acompañados por agentes equipados y uniformados, casi se metían dentro de la residencia. Por sobre los tejados, azoteas y paredes divisorias, andaban como gatos para impedir que me escapase o buscar la manera de "afrijolarme" un par de balazos».

Escribe, apresurado por una afilada premonición que deja sin límites su resistencia física: «Ya dije que no me da miedo morir. Lo que produce sentimientos irreconciliables es pensar morir torturado a manos de mis enemigos y el hecho de pensar que después de estar libre en los campos de mi región, venir a entregarme acá, confiado en la buena fe y en la tranquilidad de conciencia de quien no ha hecho

cosa distinta de luchar con ideas que no comulgan con las que profesa el partido de gobierno…».

En la noche lee un cable internacional que lo reanima un poco. Dice el canciller chileno: «Sin menoscabo para Chile sobre el derecho de asilo, la Cancillería está tramitando el asunto para buscar una solución extraoficial».

Miércoles 2 de abril de 1952. Saúl Fajardo describe con detalles el despliegue de vigilancia y los abusos cometidos por los agentes policiales con el personal de la embajada. Piensa, confiado, que esta actitud represiva de los guardianes del régimen le es favorable, puesto que el embajador y poeta chileno Julio Barrenechea ha comprobado la persecución política que existe contra él.

Viernes 4 de abril de 1952. Hace un recuento de su vida. Piensa en sus familiares y amigos. Escribe con caligrafía temblorosa:

«Las causas y fenómenos políticos me arrastraron a la desgracia pero tengo la conciencia limpia de pecado. Luché por las ideas pero jamás las puse al servicio de la mezquindad […]». Revive su vida de combatiente guerrillero: «No alcancé a imaginar que la suerte me fuera adversa. En mis manos nunca empuñé el arma para cometer un crimen y, sin embargo, mi humanitaria conducta para con el adversario ha sido mal pagada […]». Iluso, se cree «otro engañado de la democracia pero un convencido de lo que sus doctrinas significan».

Agobiado por las circunstancias de zozobra y miedo que vive en la embajada chilena, escribe: «¡Oh destino cruel que así nos pagas! Seguramente la estrella que iluminó mi ruta desde el momento en que la naturaleza me botó al mundo, se apagó para desviarme por el sendero escabroso de la impiedad […]».

Apresurado por el tiempo de las definiciones, vuelve a la escritura: «Son las nueve y media de la mañana. ¿Ya vendrán por mí?». Imagina el tropel y la algarabía de los que irán a buscarlo. «Son las diez de la mañana. No han venido […]». Está convencido de que irán por él. «Mis carnes convulsas tiritan de la emoción. Mi pensamiento vaga como el viento para recoger en medio del torbellino el recuerdo de aquellos días de juventud y tragedia. Ya vienen […]».

Siente que su suerte y su vida están definidas cuando recibe la

noticia tan esperada: «El asilo me ha sido negado. Un gobierno al que todos ingenuamente considerábamos democrático ha cedido a la ambición y ha pervertido su idoneidad. Me negó la protección y prefirió la renuncia de su embajador […]». Ya no tiene escapatoria:

«Son las doce y media. A las cuatro se verificará mi entrega y luego mi traslado a la penitenciaría de La Picota […]».

Escribe en su *Diario* el que sería su último mensaje: «Mi muerte o mi prisión contribuirá al engrandecimiento del partido (Liberal) y a que la paz sea un hecho real y que dentro de ella se forjen ideales más sublimes para el bien de mis gentes […]».

Daba la impresión de un condenado a muerte, y en realidad la sombra del asesinato bailaba su ronda siniestra en esas líneas de esperanza y desaliento, recobrada la ilusión aparecía de nuevo la imborrable imagen del desengaño.

Le mostré a Ulises, colega, gran periodista, mi crónica y el *Diario* de Saúl Fajardo, y él escribió lo siguiente:

> Ese documento humano tiene el más vivo interés y seguramente los historiadores de esta época acudirán en busca de luces para la difícil tarea de establecer el panorama de la época con objetividad, con realismo, sin dejarse llevar por benevolencias culpables ni por odios que todo lo empañan y lo deforman…

El día 14 de abril de 1952, en las horas de la tarde, Saúl Fajardo fue entregado a las autoridades colombianas. Durante la etapa de instrucción, Fajardo estuvo preso en la cárcel de La Picota, luego fue enviado a la penitenciaría de Tunja y de ese establecimiento carcelario regresó a La Picota, cuando se iniciaron las sesiones del tribunal castrense que lo juzgó en los cuarteles de Usaquén.

Una hora antes de que el fotógrafo Sady González le tomara la última fotografía, Saúl Fajardo salió en compañía de seis presos del cuartel de Usaquén, acompañados de dos suboficiales. El vehículo se detuvo frente a la guardia de la cárcel Modelo. Y según testimonio del cabo Rivas, Saúl Fajardo se alejó de la camioneta con pasos lentos y luego comenzó a correr. ¿En verdad escapaba? A una distancia de 18 metros, dijo el cabo Rivas, se vio en la obligación de disparar porque Fajardo no se detuvo ante las voces de alto. Un tiro de fusil belga,

modelo 30, otro tiro y dos más, le descerrajó el cabo Rivas. Después del levantamiento del cadáver de Saúl Fajardo, sobre el pavimento quedó la silueta dibujada en tiza blanca de su cuerpo inerte con las manos en cruz, las gafas oscuras fijas sobre los ojos bien abiertos al mundo.

El 19 de febrero de 1953, antes de mediodía, yo tecleaba en mi vieja Remington, concentrado de cuerpo entero en la crónica que debía entregar antes del cierre de la edición de la tarde del periódico. Cuando estoy en trance de escritura, sólo escucho el celestial sonido del tecleo y ese ritmo sonoro se vuelve un impulso que estimula mi ansiedad por plasmar con palabras en la tira de papel la historia que tengo ya resuelta en la cabeza, su estructura y ritmo de lenguaje. En medio del bullicio de la sala de redacción, me aíslo en una especie de invernadero como si se tratara de cultivar la flor definitiva del silencio. Estaba realmente hipnotizado frente a mi Remington, en el momento preciso de encontrar un símil adecuado para describir la angustia y el dolor por la que atravesaba mi personaje, cuando escucho una voz que tenue susurraba a mis espaldas:

—¿Usted es el señor periodista Felipe González Toledo? —De inmediato me doy vuelta y quedo de frente a una mujer de profunda mirada, de porte sólido y plena seguridad en sus ademanes: llevaba puesto un grueso abrigo de color gris, en la cabeza una pañoleta recogía su cabello; tez blanca, ojos claros, de mirada sobria pero imponente que lo colocaba a uno bajo el fervor de su voz inquietante.

—Soy yo, el suscrito… —contesté en un tono como si quisiera tender un puente de palabras.

Traje un asiento, le pedí que se sentara.

—Estoy a sus órdenes. —Prendí un cigarrillo, antes le había ofrecido.

—Gracias, no fumo.

Ella tomó asiento.

—Muchas gracias, señor González Toledo, por recibirme.

Respiración un poco entrecortada.

—Mi nombre, Tránsito Ruiz de Toro.

Hizo silencio como a la espera de que alguien la escuchara. Me dio

la impresión de cierta dificultad de soltar en palabras lo que tenía que decirme. Un silencio de tensos segundos. Fue una simple impresión pasajera, pues de inmediato se manifestó con toda fluidez:

—El señor Cano, director del periódico, me dijo que debía hablar con usted, señor González Toledo.

—Será un placer para mí, señora de Toro. —Sentí pálpitos de que su presencia dejaría en mí huellas profundas de una emotiva y dramática historia de largo caminar. En el oficio pocas veces me equivocaba en percepciones de esta naturaleza.

Habló con inmensa pasión amorosa de su esposo el capitán Ezequiel Toro, quien en 1929 había ingresado a la Policía Nacional como simple alférez, y durante diecinueve años sirvió a la institución, destacándose como uno de los más brillantes oficiales. El 9 de abril de 1948, el capitán Ezequiel Toro prestaba servicios como comandante en la Quinta División y a raíz de los conocidos acontecimientos en la capital, al disolverse la Policía Nacional por decreto del Gobierno, pasó, como los oficiales, suboficiales y policías rasos, a retiro.

Los vecinos, habitantes del sector noroccidental de Bogotá, por su prestigio llamaron al oficial a formar parte de un Comité Liberal de Zona, y esta fue la única actividad política después de su retiro de la Policía. A las cuatro de la mañana del 11 de febrero de 1953 tocaron violentamente a la puerta de su residencia. Dos sujetos se identificaron como representantes de la autoridad, procedieron a rondar la casa de la familia Toro. Media hora después, los dos sujetos se llevaron preso al capitán Toro. Estos resultaron pertenecer al cuerpo secreto de la División de Policía de Bogotá.

Fue entonces cuando doña Tránsito Ruiz de Toro inició la difícil y valerosa investigación de seguir tras los pasos de su esposo. El coronel, comandante de la División de Policía de Bogotá, le informó a la angustiada dama que el capitán Toro había sido pedido de Sogamoso por el Comando de la Brigada que tenía por sede el departamento de Boyacá. El capitán Toro, detenido, debía partir el 12 de febrero con rumbo a Sogamoso, donde las autoridades militares lo requerían. Ella viajó con el capitán hasta Sogamoso, ansiosa de saber la suerte de su marido, acompañarlo, defenderlo y asegurarse de que nada grave le

fuera a ocurrir. Benévolos, hasta cierto punto, fueron los agentes de la División de Bogotá encargados de conducir al cautivo a Sogamoso, pues no sólo permitieron que los acompañara doña Tránsito, sino que también accedieron en Sogamoso a aplazar la presentación del detenido hasta el día siguiente en las horas de la mañana. El capitán Toro pudo pernoctar en compañía de su esposa en el Hotel Europa.

Doña Tránsito hizo ingentes esfuerzos por conseguir un abogado en Sogamoso, pero obtuvo una rotunda negativa por parte de algunos atemorizados profesionales. La pequeña población, por cuestiones de orden público, se encontraba bajo el control militar del estado de sitio. El lunes 16 de febrero, en vista de que sus gestiones no ofrecían resultados positivos, regresó a Bogotá en el tren de la madrugada con el propósito de buscar un abogado y de quejarse de la situación de su esposo ante el procurador general de la nación. Ella adelantó con rapidez en Bogotá toda suerte de diligencias tendientes a obtener la libertad de su marido, y al mediodía del martes viajó en tren a Sogamoso, acompañada de un abogado. Apresurada al llegar, angustiada, se entrevistó con un alto oficial de la Brigada que le informó que al señor Toro «como que lo habían puesto en libertad».

Algo, sin embargo, presintió la señora Toro y sin alegrarse mucho de la noticia que acababa de recibir decidió adelantar nuevas averiguaciones. Le parecía absurdo que su esposo, de haber salido efectivamente en libertad, no se hubiera acercado al Hotel Europa para buscar noticias de ella. Regresó al cuartel de policía donde el capitán Ezequiel Toro había estado preso cuando ella viajó a Bogotá y un centinela desprevenido le informó: «Esta madrugada, mi capitán y dos soldados lo sacaron del cuartel […]». Más tarde, el propio comandante de la Brigada le informaba a la señora Toro que su esposo había quedado en libertad en la mañana del martes, pero los hechos demostraban cosa muy distinta. Un extraño albur se cernía sobre la vida del capitán Toro.

Cuando finalizaba su relato, ella fijó la mirada en las volutas envolventes de humo del cigarrillo que alzaban vuelo. Entonces dijo con vehemencia infinita:

—Señor periodista, a Ezequiel lo desaparecieron tranquila y

dulcemente…

Yo había sido incapaz, en el transcurrir de su conversación, de interrumpirla por un minuto. Era imposible hacerlo. Cuando dijo:

—Esta es la historia que quería contarle, señor González Toledo — sólo atiné a contestarle:

—Mi señora, veremos qué podemos hacer. Yo he tomado las notas necesarias. Le prometo que escribiré algo. —Ella sonrió con un dejo de duda que me dejó aturdido. Por inercia bajé la mirada.

Al despedirse, con una cordialidad que exigía respuesta a su petición de ser escuchada, doña Tránsito me pidió que la acompañara o le indicara la sección del periódico donde pudiera colocar un aviso clasificado.

—Quisiera que lo leyera —dijo. Caminando por la redacción del periódico leí:

> El señor capitán de la Policía Nacional Ezequiel Toro Martínez ha desaparecido de su residencia, desde el 11 de febrero del presente año. Quien tenga indicios o noticias de su paradero, favor comunicarse con la señora Tránsito Ruiz de Toro. Dirección: calle 84 No. 35-15. Bogotá.

Preguntó por el costo del aviso, luego ordenó que se publicara el resto de los días de febrero y marzo de este año, en la página tercera. La acompañé hasta las gradas y nos despedimos con una cordialidad cómplice.

Consulté con el jefe de redacción la extensión y contenido de mi escrito. La pequeña nota se publicó en el periódico el 20 de febrero de 1953, en la página tercera, junto al aviso pagado por la señora Tránsito Ruiz de Toro:

> En forma misteriosa desapareció el señor Ezequiel Toro Martínez.
>
> La familia de don Ezequiel Toro Martínez, quien fuera antiguamente capitán de la Policía Nacional, se halla consternada ante la misteriosa desaparición de dicho ciudadano, y ha pedido a las autoridades que se abra una investigación. Los hechos tuvieron un desarrollo hasta cierto punto normal en un principio, pero posteriormente se perdieron los rastros del caballero.
>
> El señor Toro Martínez fue privado de su libertad el 11 de los corrientes, en las horas de la madrugada, dentro de su casa de habitación. Se cumplía así una orden oficial llegada de Sogamoso. Don Ezequiel fue llevado a Sogamoso en calidad de

preso, y lo acompañó su señora esposa, quien estuvo allí por varios días, pero tuvo que regresar a Bogotá.

Posteriormente la esposa del señor Toro Martínez volvió a Sogamoso y allí le informaron personalmente, gente responsable, que don Ezequiel había sido dejado en libertad, determinado día.

La señora pudo conseguir otras informaciones según las cuales su marido había salido muy de madrugada, en compañía de gentes sospechosas.

Desde entonces nada más se ha vuelto a saber sobre el paradero de don Ezequiel Toro Martínez, y la familia se halla presa de la mayor angustia.

En la noche, pensativo, de pronto, con libreta en mano, un largo cuestionario y el cigarrillo en los labios, me vi frente al inmenso cadáver que yacía en las playas de dos enflaquecidos ríos por el verano, encajonados entre gigantescas rocas. Como si hubieran escuchado los cuatro silbidos del viento, por todos los costados venían en dirección al inmenso cadáver insepulto cientos de miles de hormigas legionarias, atraídas por el olor a carne mortecina, con las mandíbulas dispuestas a destrozar a dentelladas cualquier mole de carne que encontraran de camino. Mentalmente, cerré mi libreta de apuntes.

17. Niebla que desaparece

Un áspero y fulminante silencio, hiriente en las profundidades de mi ser, se había apoderado de nosotros, mientras intentábamos desayunar. No era posible comer, pues el deseo de hacerlo se hacía maquinal, insípido, la amargura se volvió sabor definitivo en la boca, turbia la saliva en el paladar. Pero desayunábamos por la fuerza de las circunstancias. Los dos vivíamos un feroz silencio convertido en trampa de las palabras. Los dos habíamos silenciado las palabras, pues hablar era como descubrir gestos de debilidad y de impotencia física. ¿Qué otra cosa podíamos hacer en nuestra situación? Tú, querido Ezequiel, depresivo, con la expresión sombría en tu rostro; yo me imaginaba de una palidez de papel amarillento, temblorosa. Parecíamos un par de maltrechos soldados en derrota por el destino de certeras balas perdidas.

En cambio tus carceleros, en la mesa al lado de la nuestra, masticaban con voracidad la arepa con queso, absorbían como marranos el caldo de papas y el chocolate, y a la vez fumaban y hablaban del regreso a Bogotá con la desfachatez de quienes tienen en sus manos la libertad prisionera de un hombre. El menos hosco de los dos, de pronto, al levantarse de improviso del asiento, dijo como si estuviera exclamando algo aprendido de memoria desde la niñez:

—Capitán Toro, es la hora de partir… —eso dijo. Miró su reloj, yo miré el mío, regalo de Ezequiel en uno de mis cumpleaños: seis y cuarenta y cinco de la mañana.

En la recepción ya estaba como guardia de soldadesca el dueño del hotel. El hombre menos hosco pagó la cuenta suya y de su compañero. Yo le dije al dueño que seguiría en la misma pieza, había dejado mi maleta y volvería apenas me desocupara de la diligencia que tendría que hacer con mi esposo. El hombre accedía con la cabeza: intuía la situación. El carcelero menos hosco le preguntó por la dirección de la División de Policía. El dueño del hotel salió con nosotros hasta la puerta de la calle y dijo con cierta languidez que la División estaba a

una distancia de cinco cuadras, debíamos caminar tres, voltear a la izquierda y subir dos más para encontrar a la vista la División de Policía, pues esta hacía esquinero y era una casona de dos pisos:

—Este es un pueblo pequeño. Nadie se pierde en sus direcciones… —acentuó el hombre.

Los cuatro cogimos rumbo por la mitad de la calle. Ezequiel y yo éramos como dos sombras de los carceleros. El menos hosco le ofreció un cigarrillo a Ezequiel, él lo aceptó con el deseo infinito de poder apresar sus sentimientos acorralados. Caminamos derecho tres cuadras, a la tercera giramos hacia la izquierda y dos más adelante, encontramos la División de Policía. En la puerta, el carcelero menos hosco dijo sin fijar sus ojos en dirección a los míos:

—Señora, hasta aquí usted puede acompañarnos. —Con Ezequiel nos dimos un fuerte abrazo, nuestros cuerpos se confundieron en el árbol de la vida. Sólo pude susurrar a sus oídos:

—Haré todo lo que pueda para que regreses a la libertad. —Ezequiel entró primero a la División de Policía, después siguieron sus carceleros. En la entrada dieron sus nombres, y el policía de guardia hizo las anotaciones del día en el libro de registros. Por última vez vi la triste y mansa mirada de Ezequiel.

Regresé al hotel y contraté con el dueño tres comidas diarias para Ezequiel, además de colchón, frazadas y lavado de ropa. Le pregunté si podía recomendarme a un abogado de confianza. El hombre titubeó por un momento y respondió en tono sepulcral:

—Señora, padezco en carne propia su pena. Pero en este pueblo los hombres de confianza huyeron hacia Bogotá. Pero hay un abogado conservador que por lo menos la puede escuchar.

Lo encontré en la dirección descrita por el dueño del hotel, en la plaza del pueblo, cerca de la iglesia. Un hombre rechoncho, colorado, de bondad muy expresiva:

—Sogamoso es la entrada a los Llanos Orientales… Es una zona de orden público bajo el estado de sitio. Usted, mi señora, comprende mi situación profesional. La detención de su esposo se puede complicar…

En la noche, regresé en tren a Bogotá, hablé con el doctor Uribe, un abogado conservador quien, al escucharme atento, al final conmovido

y preocupado dijo casi susurrando lo mismo que había dicho el abogado de Sogamoso:

—Señora de Toro, la situación que vive el país es muy compleja y peligrosa. Pero le ayudaré con mis gestiones profesionales…

Me aconsejó que regresara a Sogamoso y reuniera toda la información posible. Mientras, él adelantaría algunos contactos en Bogotá. Al mediodía del martes 17 de febrero estaba de nuevo en Sogamoso y pregunté por el capitán Toro en la oficina de la División de Policía en la que lo había dejado privado de libertad. Un hombre, de espaldas, especie de ordenanza, con voz aguda de túnel, contestó a distancia:

—Señora, hable con el capitán Ahumada.

Sorprendido por mi visita, el capitán Ahumada no enfrentó su mirada con la mía, y al esquivarla clavó los ojos en un manojo de papeles que tenía en las manos. Concentrado, disimulando, parecía que no hubiera percibido mi presencia y humedeciendo con saliva los dedos de la mano derecha pasó hojas y hojas hasta el final. Luego, imperturbable y distraído, agarró otro manojo de papeles y quería continuar manteniendo su distraída mudez ante mi pregunta por la suerte de Ezequiel. La fiebre se me estaba subiendo a la cabeza, pero sabía que debía contenerme ante semejante arruga de ser humano:

—Capitán, le estoy preguntando por mi esposo, el capitán Ezequiel Toro… —El hombre soltó los papeles sobre el escritorio y también las palabras con la mirada fija en los documentos:

—Señora, no sé dónde se encuentra su esposo. Le dieron libertad esta misma mañana.

El hombre cortó cualquier posibilidad de ahondar en nuevas preguntas, pues de inmediato con voz seca, como si fuera una orden, dijo:

—Señora, buenas tardes.

Ezequiel, la noticia de tu supuesta libertad volvió extraño mi corazón, no saltó de alegría como era de esperarse. Por el contrario, la duda apabulló mis pensamientos, paralizados en aguas quietas. No era posible, me dije. Me parecía absurdo que Ezequiel, de haber salido en libertad, no se hubiera acercado al Hotel Europa a inquirir noticias

mías y a devolver por cortesía y agradecimiento al dueño del hotel el colchón y las frazadas que nos había facilitado. Ezequiel, la noticia de tu libertad no era para sollozar de física felicidad. Tenía la espina de la duda clavada en el corazón. Decidida volví al sitio de tu detención: la División de Policía. Con la corazonada ardiendo en mi cerebro, no pregunté por los mandos superiores. Simplemente me acerqué, como cualquier parroquiana, de improviso al centinela que estaba en la puerta, entretenido con el fusil en las entrepiernas, viajando desprevenido en busca de posibles sueños. Le pregunté de golpe por el capitán Ezequiel Toro y el centinela, desganado, me informó:

—Esta madrugada, mi capitán y dos soldados lo sacaron en compañía de otros cuatro detenidos. No sé el rumbo que cogieron.

Desconcertada, me sentí caminando por un desolado desierto, a tientas, sin ninguna guía para orientar mis pasos. Entonces, otro pálpito me señaló que debía dirigirme hacia la Brigada del Ejército, llegar esa tarde a tocar la puerta más alta de la institución en aquella, para mí, inhóspita población de Sogamoso. El centinela se comunicó con el mando superior y le ordenaron que me dejara pasar y él mismo me indicó la oficina del comandante. El oficial tuvo la gentileza de abrirme la puerta de su oficina, me hizo pasar y me ofreció una silla para sentarme. Se sentó en la silla de su escritorio, frente a mí, decidido a responder mis preguntas, diciéndome en tono casi inaudible:

—Señora Toro, ¿en qué puedo servirle?

De inmediato comenzó a escribir maquinalmente en una libreta de apuntes, con una pluma de tinta. Yo le hice un pequeño recuento de la detención de Ezequiel en Bogotá, su traída a Sogamoso y su reclusión en la División de Policía. Él arrastraba las líneas de su caligrafía en las hojas de la libreta, al tomar detenidamente apuntes. Yo entonces le pregunté con la más grande de mis inocencias:

—Mayor, quisiera saber cuál es la real situación de mi esposo, el capitán Ezequiel Toro.

Le expliqué sobre la ambigüedad de las informaciones recibidas en los distintos estamentos en que había averiguado por su suerte. Observé su rostro de manzana colorada, con bigote acicalado bien

pulido, porque posó su rostro redondo sobre la mano derecha:

—Señora Toro, mis informaciones me dicen que a su esposo le dieron libertad esta mañana, en el día de hoy martes.

—Pero no aparece en Sogamoso por ninguna parte, señor comandante.

—Señora Toro, cuando a un hombre le dan la libertad, pues lo primero que hace es salir a celebrar en la calle. Puede estar en Sogamoso como pudo haber viajado a Bogotá. Eso no lo sé. Usted es quien conoce mejor las costumbres de su esposo. —Entrecerró sus ojillos de tortuga. En gesto sospechoso de amabilidad me extendió la mano derecha para despedirse. Sus ojillos titilaban en la oscuridad.

Ezequiel, te cerraron el espacio para caminar con tu vida, como si un par de manazas te golpearan y te dejaran sin respiración. Tus palabras cortadas en el aire, mis palabras ejecutadas en el patíbulo frente a tus ojos. Lo único veraz, y que yo creía como cierto, era que sabía te habían sacado prisionero en la madrugada de hoy martes, en compañía de otros cuatro hombres desconocidos. Furiosa contra mí misma, yo quería golpearme la cabeza contra las paredes del pueblo. Me sentía culpable por no haberme quedado como estaca al pie de la puerta de la División de Policía durante estos fatales tres días. Pero, ¿cómo podía adivinar lo que se escondía, de nefasto y brutal, detrás de la detención de Ezequiel? ¿Cómo imaginar la forma de actuar de hombres con mentalidades tan perversas, capaces de desaparecer, en un acto de poder o de magia, a un hombre en el aire? Ahora debía averiguar tu destino, querido Ezequiel, en tu supuesta libertad. Mis fuerzas debían multiplicarse. No podía ahogarme entre malditos sollozos de resignación.

Sogamoso, pueblo sinuoso y largo pasadizo con puertas a lado y lado, y en cada puerta una solitaria silla para sentarse y esperar el estruendo de golpes desesperados dados en la puerta. Al abrirse cada una de las puertas, entrar y no encontrar a nadie ni escuchar voz humana alguna, sino ver de pronto una solitaria silla: ilusionada sentarse y luego decidir pararse y golpear frenética y la puerta abrirse y no escuchar ninguna voz humana, sino hallarse frente a una silla solitaria, como si fuese diseñada especialmente para el cuerpo de

quien ha tocado incansablemente la puerta.

Se desvanece, se borró físicamente de mis ojos. Niebla que desaparece y huye a la fuerza, ¡qué cosa tan horrible! Ezequiel ya eras cuerpo vacío, perdido en el fondo de un precipicio en la noche. Yo no sabía qué pensar, cómo actuar, sonámbula de esquina en esquina; ningún hombro amigo para posar mi pesadumbre. Llegué a Tunja el día miércoles, con un frío que tritura los huesos del alma. Sólo frío y humedad en los huesos. En la estación del tren tomé un viejo taxi y, angustiada, le dije al conductor que me llevara al panóptico. El hombre, de sombrero y enruanado, me contestó con silencio hostigante. Aceleró por las calles empinadas de la ciudad. Yo tampoco quería soltarle conversación alguna, sólo quería abrazarme a mi cuerpo para que no se deshiciera en polvo por el desfallecimiento y cansancio que me tenían agotada. Pensé, Ezequiel, en la laguna de mis esperanzas, que de pronto te habían traído detenido a Tunja y en sus desolados calabozos por lo menos encontraría noticias de tu existencia. Turbios pero alentadores pensamientos, la carne que se corroe por los gusanos de una vana esperanza. El director del panóptico me hizo esperar una larga y tediosa hora. Su precioso tiempo quizá lo pesaba como oro en balanza, cada día de su importante función humanitaria. En su desvencijada oficina sentí al entrar el olor característico de las cárceles: olor a almizcle sudoroso de hombres hacinados entre humedad de las paredes y los orines que dejan estelas amarillentas en el piso, mientras crece el musgo. Los carceleros, en primera instancia, resultan amables y bondadosos, pues en su noble función de encarcelar a los otros hombres tienen el poder de por lo menos escuchar por cinco minutos a una mujer desesperada, como era mi caso. Resultó ser un director de cárcel muy delgado, casi a punto de partirse en astillas por la mitad de su cuerpo. Mientras yo le hablaba, él golpeaba la madera del escritorio con un lápiz, como si fuese un experto telegrafista. Yo hablaba y él, como si estuviera conmovido, asentía con movimientos de cabeza mientras escuchaba cada uno de mis argumentos. Al final, con la ansiedad que manejaba diestramente, dijo en tono solemne de abogado de provincia:

—Grave su denuncia, mi querida señora.

No dijo más, no volvió a abrir la boca. Con el ceño de preocupación se levantó, hizo a un lado el asiento, giró la delgadez de su cuerpo y se dirigió a una vieja estantería donde guardaba cientos de archivos ya polvorientos por el tiempo. Sustrajo una larga caja de madera, la colocó sobre el escritorio, volvió a sentarse; acucioso y embebido, los delgados dedos buscaron rápidamente en el archivo de fichas que, por orden alfabético, debían pertenecer a la lista de los detenidos en el panóptico. Susurrando jugaba como jugando al solitario, deletreando apellidos, hasta que se detuvo en la T y, como si fuese una exclamación triunfal, dijo engolosinado al chuparse repetidamente los labios:

—Mi señora, su esposo, el capitán Ezequiel Toro no se encuentra detenido en esta cárcel que pertenece a mi modesta jurisdicción…

En Bogotá volví a averiguar en el Tribunal Militar pero pedí en Información hablar con el jefe de la Oficina Jurídica. Me hice anunciar como la esposa del capitán de la Policía Ezequiel Toro, detenido en su casa y recientemente desaparecido en jurisdicción de la Brigada del Ejército, en el departamento de Boyacá. Esperé otra tediosa hora como jugando un juego imaginario de cartas para no sentirme doblegada por el rostro de la desesperanza. Había cambiado mis hábitos diarios en casa para cumplir las obligaciones de madre con mis cinco hijos y tener el tiempo necesario para la búsqueda de Ezequiel. A ellos, en reunión familiar, les dije y cometí el error de jurar en vano que su padre volvería en una semana. Aún abrigaba en mi estúpida soledad la tenue esperanza de la fruta madura, gritaba: Ezequiel volverá a casa. La voz de la mujer que atendía la información al público me sacó de mi letargo:

—Señora Toro, el doctor Ramírez Maldonado la espera en su oficina. Suba por las escaleras, tercer piso.

Resultó que el doctor Ramírez Maldonado era un teniente del Ejército quien, sonriente como si estuviera cumpliendo años, me dijo que estaba a mis órdenes para servirme en lo que pudiera. Ocupé mi asiento de visitante y orondo comenzó a escucharme sentado en su silla giratoria. Educado, cortés, de buenas maneras, me pidió que le relatara en detalle lo sucedido con mi esposo, el capitán de Policía

Ezequiel Toro. El doctor Ramírez Maldonado, con su vestido de militar, comenzó a friccionarse las manos como si padeciera de frío heredado desde la niñez. Yo volví a relatar lo sucedido, en todos sus detalles, y las respuestas obtenidas en las divisiones de Policía, brigadas militares y oficinas en que había reconstruido su cautiverio o desaparición. Cuando terminé, oficioso preguntó sin dejar de friccionar las manos:

—¿Cuál es su pregunta, señora Toro?

Quedé desconcertada con su pregunta, pero me repuse pronto:

—Doctor Ramírez Maldonado, quiero saber dónde y bajo qué jurisdicción está detenido mi esposo. —Mi respuesta lo hizo enrojecer. Ladino, se salió con la suya:

—Mi señora, su esposo, el capitán Toro, no puede estar detenido, pues usted misma me informa que el comandante de la Brigada le dijo que le habían dado libertad, en las horas de la mañana el día martes de la semana pasada. Y yo, como militar, creo firmemente en la palabra del mayor, comandante de la Brigada. —Ya estaba alerta de sus artimañas verbales.

—Doctor Ramírez Maldonado, pero también le expliqué que tengo informaciones fidedignas de que a mi esposo lo sacaron prisionero en compañía de cuatro hombres, el mismo día martes… —Dejó de friccionarse las manos, deteniéndolas en el aire en gesto de interrogatorio policial:

—¿Puede usted, mi señora, comprobar ante un estrado judicial lo que está aseverando? Por su bien, es mejor no aventurarse en falsas y falaces acusaciones gratuitas. —No me dejé amedrentar por sus esguinces jurídicos.

—Entonces, si dejaron en libertad a mi esposo hace ocho días, ¿por qué aún no ha llegado a casa? —Irónico, sonrió y continuó frotándose las manos, como si sintiera un profundo placer al hacerlo.

—Esa respuesta la tiene su esposo, el capitán Ezequiel Toro. Quizá, mi querida señora, el capitán le esté preparando una grata sorpresa y esta noche o el día de mañana, feliz, regrese a su hogar… —Quería estrangularlo por burlarse de mi profundo dolor. Las leyes no pueden pervertir la sensibilidad de un hombre y volverlo una inmunda bestia.

Ezequiel, si era necesario, estaba dispuesta a ir a buscarte en la cueva de Dios. Sólo quería saber si tu vida aún vivía en tu cuerpo, aunque tu respiración ya estuviera respirando en el más inhumano de los calabozos. Con mis impulsos enloquecidos fui a hablar después con el procurador general de la nación, el doctor Andrade. Me recibió en su despacho, con risitas por aquí con risitas amables por allá y mi señora, desea un café con azúcar, una cucharada pequeña o sin azúcar. El cretinismo ignominioso de las falsas formalidades. El dolor ajeno no se aplaca con palmadas de chocolate sobre los hombros. Dejé enfriar un poco el café entre mis manos y volví con mis pasos en la memoria a reconstruir el itinerario seguido por Ezequiel desde su detención hasta las noticias poco confiables y ambiguas sobre su libertad y, claro, hice gran hincapié en la información casual que me había suministrado el guardián de la División de Policía de Sogamoso, sin dar el nombre ni señales del informante, por cuestiones de su seguridad personal. Terminé aseverándole mi pleno convencimiento de que Ezequiel continuaba detenido bajo órdenes del Ejército. De lo último no tenía argumentos sólidos pero mi intuición femenina, que nunca me fallaba en la vida, me reafirmaba que Ezequiel debía estar en estos instantes dándole vueltas al oscuro y pequeño calabozo, en el cual había terminado su vuelo de hombre libre. Cortado en su atención, el doctor Andrade dejó de tomarse el café. Quizá, imaginaba que también Ezequiel había entablado una relación amistosa con los cuatro desconocidos que lo acompañaban en su cautiverio. Era un hombre bonachón, creador de nuevas amistades, en cualquier circunstancia. Paciente, comencé a beber sorbo a sorbo el café servido en un fino pocillo. Cuando terminé mi relato, me dio la impresión de que la amabilidad inicial del doctor Andrade se había transfigurado en irritante preocupación. Cuando escuché su voz adelgazándose hasta llegar casi a un tono secreto, porque acercó manos y rostro a mis oídos, supuse cuál sería su respuesta:

—Señora de Toro, lamento decirle que mi despacho no puede ofrecerle ayuda en su caso relatado. La Procuraduría General de la Nación no tiene el fuero jurídico para intervenir en lo relacionado con la justicia castrense. Si su caso, señora Toro, estuviese en manos de la

justicia ordinaria… —Me volví una fiera enfurecida, perdí el equilibrio emocional, no me contuve y entonces le dije:

—¿Usted qué hace ahí sentado?, a usted lo tienen aquí de pantalla, ¡renuncie!

Ezequiel, ya me sentía envenenada por todo el cuerpo ante la desidia de las autoridades competentes. Mi sangre hervía de rabia y desolación. En la calle mis piernas estuvieron a punto de doblarse por la humillación y la indefensión. Pero una luz se prendió en mí como llama apacible de esperma. Me reafirmé en lo que tantas veces me había repetido como el bólido cortante de un eco que huye y regresa: Ezequiel, mi amor, te buscaré en los rincones más oscuros y turbios en donde se esconde mi Dios Nuestro Señor. La promesa estaba hecha, la cumpliría a pesar de las espinas en los rosales, la zalamería hipócrita y la sordidez maloliente de las palabras y frases salidas de los estrados oficiales.

Ezequiel se volvió para mí un vacío físico, imposible ya de escuchar sus pasos en la madrugada, cuando subía lentamente la escalera para no despertarme, al llegar a casa después de su turno correspondiente en la Quinta División. Yo le dejaba la puerta del cuarto entreabierta. Él, cuidadoso, entraba descalzo. Lo sentía desnudarse para buscar debajo de la almohada su piyama y ponérsela, después me abrazaba y hacía que pronto dormía. Luego, yo escuchaba su respiración, aunque sabía de memoria la mirada de sus ojos abiertos en la oscuridad, cuando estaba pensativo muy quieto. Aún más, cuando le dio por involucrarse en los golpes militares apoyados por el doctor Lleras Restrepo. Él anhelaba, hombre idealista, vivir en un país donde no se matara al otro por ideas políticas, como sucedió durante el gobierno de Ospina Pérez y estaba sucediendo en el gobierno de Laureano Gómez; quería un país de igualdades sociales. Cierto que era un policía, que tenía mentalidad de policía pero no era un policía cegato ante la situación del país, no era un policía de mente matona. Por su ausencia, me sentía sumergida dentro de un caracol a la espera del sonido sordo y áspero de las olas que chocan en la superficie de un mar que huye. Su ausencia, nudo de pesadilla en la garganta, nudo que atemoriza mi sueño, nudo que le pone trampas mortales a mi vida

diaria. Los hijos se daban cuenta de mi temor, lo leían en mis ojos. Me sobreponía a la congoja que caía sobre mi cuerpo como copos de nieve en un crudo invierno. Abrazada a la crueldad de un infame frío acuñado sobre las costillas, que me impedía ver un hilo luminoso de esperanza en el cerebro. A mis hijos les hablaba como si tuviera a Ezequiel a mi lado; les hablaba con doble voz, con la mía, con la voz fuerte de él; a ratos imitaba sus gestos caseros, caminaba taconeando como él sobre el piso de madera. Trabajaba incansable, cumplía con los encargos de bordados y los de ponqués, especialmente para matrimonios y primeras comuniones. El trabajo en la fábrica de galletas, su elaboración y distribución y la presencia de los hijos me servían de escape de aquella prisión que parecía una enorme telaraña, habitada por cientos de bichos devorando a mordiscos la conciencia de una mujer apesadumbrada, en la ausencia de su hombre que decretaron manos criminales. Tantas veces quise salir corriendo por las calles de la ciudad, enloquecida, para gritar por su ausencia, como demente callejera, y la mirada fija en las estrellas que navegan perdidas en un cielo difuso, opaco. Yo sabía que no debía caer en el triste basurero de la resignación para que una nube de moscas hambrientas sintieran lástima de mi ser destrozado. Debía contenerme en mis vanos impulsos, no debía malgastar mis fuerzas al lanzarlas en el río inútil de mi desesperanza. Con la ayuda de los gritos lastimeros nunca encontraría el momento decisivo de su vida o de su agonía o de su muerte. Pensaba en su vida como pensaba en su muerte, colgándole como una estaca sobre el cuello. El reloj loco de mi existencia giraba segundo a segundo en un torbellino de dudas que laceraban mi capacidad de pensar. Por eso me aferraba al silencio de la espera que lanza las manos al aire para sentir de pronto que el ser querido en la distancia se anuda a ellas como tabla de salvación. Nadie podía hacer lo que yo debía hacer y era buscar indicios y señales de sus huellas definitivas. Andar despierta para localizar sus trazos al caminar, detectar el olor de su cuerpo esparcido en el aire enrarecido por el olor pestilente de sus captores, no dejarme sorprender un día por la falsa brillantez de su mirada, titilante y angustiada en la boca del lobo y en la oscuridad de cuatro paredes, sucias y heridas por cicatrices

dejadas por hombres prisioneros que las padecieron. Mi corazón aprisionado por el dolor de su ausencia, mis manos ciegas de su cuerpo, mi cuerpo solitario de sus caricias en la cama doble, cuando yo me perdía y me aferraba a la corpulencia de su cuerpo para buscar, finalmente, el placer del amor y luego el sueño que vendría a mis ojos como soplo de las olas del mar. Su almohada era mi muda compañía.

18. Confesión de oficio

Ahora, sentado frente a mi Remington, con el cigarrillo en los labios y el café negro servido en pocillo, no sé si estoy tecleando la máquina o simplemente divago en mis pensamientos y tomo notas mentalmente para reconstruir las líneas del azar que señalaron mi camino hacia el periodismo policíaco. Debo reconocer que ando en patética crisis de profesión, pues mis crónicas siguen sin poder allanar los límites impuestos por el inmenso cadáver que continúa inamovible y atravesado en la geografía del país. Y esta angustiosa situación personal hace que me encoja y me doble como dócil cuerpo para introducirme en los sentimientos históricos de quien he sido y, claro, sigo siendo:

Cuando tenía dieciocho años fui a dar a Barranquilla, por circunstancias que no vienen al caso, y en aquella ciudad me fue muy mal, económicamente mal. Andaba con las manos en los bolsillos, mientras la palidez reconcentrada en mi rostro por la hambruna atosigante se estacionaba en mis huesos. El rebusque lo tuve que afrontar en diversos oficios. Un día, por palpitación sanguínea, en el Paseo del Prado me encontré con un cachaco, amigo conocido de mi padre, quien me reconoció no sé por qué, quizá por algún rasgo afín en la retentiva de su imaginación, después se haría gran amigo mío de conversación diaria. Era el novelista José Antonio Osorio Lizarazo, jefe de redacción de *La Prensa,* de quien posteriormente me volvería un insaciable lector de sus crónicas y novelas, para poder bucear a plenitud, como periodista policíaco, en las líneas profundas de la Bogotá de los años treinta y cuarenta. Él me llevó al periódico, no

digamos que me llevó, fui impulsado por mi varada en Barranquilla. Poco a poco me puso a escribir noticias sobre diferentes cuestiones, escritos que pagaban 1,50 a 2,00… pesos para solventar la tiranía de mi desocupación. Pero en esencia, el ejercicio de escribir esas pequeñas noticias descubrió en mí, poco a poco, lo que sería la dura piel del oficio definitivo en mi vida. Una tarde, después de sobrevivir al pegajoso y húmedo calor barranquillero, sentados en un viejo cafetín, después de cuatro cervezas y una cajetilla de Pielroja, Osorio Lizarazo, con una seriedad que puso a pensar mi conciencia, me aconsejó con extremada mirada paterna:

—Felipe, esta vaina del trabajo se está poniendo muy jodida aquí, vete para Bogotá… —En tres días, él me consiguió el pasaje de regreso.

Fue así como en Barranquilla hice mis primeras experiencias en la actividad periodística, me gustó el imán del ajetreo diario de encontrar en la noticia la almendra de una verdad relativa, me atrajo porque yo tenía periodistas y escritores en mi ancestro familiar. Ese ejercicio me permitió comenzar a dejar en el olvido la frustración de no haber podido realizar estudios de derecho, por la muerte de mi padre y la posterior quiebra económica familiar.

En Bogotá, ya integrado a actividades muy diferentes para conseguir el sustento diario, pues la situación económica familiar se había venido a menos, volví a trajinar en los periódicos y me arrimé a uno en proceso de quiebra, el *Diario Nacional*; luego salí por la puerta grande al culminar la quiebra económica en todo sentido. Después trabajaría en uno de los primeros noticieros radiales, fundados en Bogotá, escribiendo notas de toda índole. En 1939, recién estallada la Segunda Guerra Mundial, un español, republicano exiliado en Bogotá, Miguel Capuz, fue nombrado jefe de redacción de *La Razón*, el periódico del poeta Juan Lozano. Una noche, entrada la madrugada, en mano a mano de cervezas, hablamos de cuestiones periodísticas, él se interesó en algunos conceptos míos relacionados con el ajetreo noticioso y me propuso trabajar en el periódico. Mi suerte laboral, a pesar de los sinuosos embates del azar, fue surgiendo con la bendición de la venturanza: aclaro, en toda mi mugre vida, jamás he buscado

trabajo, siempre me han llamado para hacerme ofrecimientos laborales. Quizá sea esta una actitud soberbia de reconocerse uno mismo, pero lo cierto es que la vida se vuelve amasijo de experiencias que, en últimas, hacen de uno un espécimen de características únicas que deben defenderse a pie juntillas en la pequeñez de un mundo de competencias desleales. El ejercicio del periodismo agrieta los buenos sentimientos. No quiero magnificarme como acorazado imperturbable en mar embravecido. Día a día abro rendijas a ciertos aires que fecundizan mis pulmones: escuchar por ejemplo voces de los bajos fondos en los cuales se avizoran historias de mis personajes y regresar en la noche a casa para hablar largo con mi mujer, entre el latir de risas y juegos verbales. Husmeaba el latir de la complejidad humana, soy un fanático redactor de crónicas. Pero bien, en *La Razón* escribí como un loco informaciones de todo orden, hasta precarias noticias sociales.

El designio furtivo del ojo del azar continuaba localizándome como gato aventurero en zarzo ajeno. Por un amigo mío, Humberto de Castro, entré a trabajar a *El Liberal;* de inmediato me confiaron las noticias de policía. Me sentí en patio propio como si estuviera en tierra caliente, en Melgar, en la finca de los abuelos. Me confieso para reiterar cómo fui labrando, día a día, lo que sería un conjunto de normas éticas que me acompañarían en el duro oficio de teclear sobre el complejo mundo de historias humanas. Para aquella época yo tenía un criterio, no una vocación sino el deseo de ser escritor, jugar un poco con la imaginación y desarrollar un estilo, y eso pensé podría conseguirlo en el género de la información policíaca. Hablo de la imaginación como si se tratara de un juego de gozosos niños que juegan a soplar pompas de jabón y a cada una le señalan, con el índice, destino y viento definitivo. Luego correr hasta el cansancio tras la pompa fugitiva. Imaginación quiere decir conformación agradable de la noticia, no para falsear los hechos. Cuando la imaginación se desbordaba debía conjugarle un gran sentido de responsabilidad. Imaginación no quiere decir fantasía, a la noticia debía aplicarle una técnica distinta, darle cauces de posibles enfoques en lecturas diversas. La noticia no se desfiguraba, la esencia de la noticia se mantenía como

eco originario, raíz de la historia que investigaba y narraba. Aprendía el oficio.

Me llamaron para *El Espectador*. Mi estatura de hombre se fue alargando porque llegué a un periódico fundamental en la vida del país. Quedé matriculado, digamos, en este género periodístico: la vida y los sueños se volvieron una larga crónica policíaca, como si mi cuerpo fuera un mapa de profundas cicatrices causadas por certeras puñaladas.

A manotadas espanto el humo del cigarrillo, como si quisiera huir de antiguos fantasmas, para entrar en la razón de la escogencia de aquel sendero intrincado de lo policíaco: noticias de policía porque cuentan los pecados de las personas: el que mata, el que roba, el que estafa, el que trata de defraudar a alguien, el que engaña, el que coloca su vida al borde del abismo al matar a otro, cuando dispara con la conciencia del asesino o con el desvarío de la inconsciencia.

La llamada crónica roja, pienso y lo digo en alta voz, es una denominación que me parece un tanto cruda, dijera yo, deliberadamente despectiva. La crónica roja es la crónica amarilla, que falsea la noticia, dándole apariencias espectaculares al destacar ante todo la sevicia del asesinato. El sensacionalismo desvirtúa la noticia. La tarea del periodista es entregarle la interpretación de los hechos al lector. No basta contarle que Fulano apareció muerto en tal sitio y que figura como sospechoso un tipo de tal índole. Hay que buscar la forma de coordinar la historia, mostrar por qué el sujeto aparece como sospechoso, nunca prejuzgar ni tampoco sindicar públicamente sin tener los necesarios elementos de juicio. Son honduras profesionales.

Confieso el gusto por este género de información; podía jugármela en un estilo distinto, hacer novelesca la historia: descifraba desde el comienzo los hilos psicológicos del drama humano en sus inquietantes interioridades y contradicciones; buceaba en la lógica del asesino para saber qué lo había inducido a cometer el crimen; percibía las características personales y sociales de la víctima; intuía y armaba el contexto como escenario del acontecimiento criminal, trazando una definida y particular geografía humana para cada caso que seguía; la

trama adquiría la tensión de una atmósfera cargada de emociones y soltaba las anclas de un suspenso manejado y lógico, escrito con rigurosidad.

Y así, armado de una minuciosa pasión policíaca, de lo particular del hecho al círculo de concatenaciones e influencias sociales, humanas —pistas no escudriñadas por la Policía, rumores no tenidos en cuenta por el juez—, escribía mis historias, crónicas que no se parecían en nada a cierto aberrante amarillismo salpicado de sangre de comienzo a fin, de perversa necrofilia y actitudes profesionales esquizofrénicas frente a la muerte ajena. La muerte ha sido un eficiente canal para vender la noticia: la muerte voceando con voz persuasiva el periódico del día. Por lo tanto, no era periodista genuflexo ni portavoz de la fuente oficial. Soy, he sido un periodista abierto a todas las informaciones y puntos de vista: recibía y construía por mí mismo la información para luego confrontarla y soltarla al público en una rigurosa escritura.

Yo escribía historias para ser leídas durante cuatro o seis meses, y cada día mi público lector devoraba ansioso nuevas pistas sobre el asesinato que había convulsionado a la Bogotá de los años cuarenta. Transcurrir en que los rumores eran ya voz pública en la boca de los vecinos. Hacer del lector otro sabueso, pero pesquisante indagador. Dejar al lector en ascuas para que al día siguiente, sin que hubiera podido dormir, comprase el periódico y quedara hipnotizado de nuevo por la lectura. Conducir al lector a una reflexión seria, sin llegar al sensacionalismo ni al amarillismo. Mis lectores y yo nos necesitábamos mutuamente, los ojos del uno miraban cómplices los ojos del otro, finalmente mis historias terminaban por leerse en alta voz, casi en audiencias públicas.

Me siento en un cuadrilátero imaginario: me gustó aquel género porque tenía que meterme con los pecados de la gente: no siempre el hombre tiene la transparencia del aire. Eso de inmiscuirse en la conciencia de la gente, fijar impulsos humanos, describir acciones violentas, impone una responsabilidad para no acusar falsamente a nadie, ni condenar injustamente a una persona. Nunca he tenido conciencia de policía ni mucho menos he sido un soplón. Nunca he

sentido la tentación de usar la toga del juez. Tampoco he asumido el verbo demoledor del abogado acusador, ni mucho menos la palabra persuasiva del abogado defensor. Cada quien saca los dientes por su oficio. Normas que deben ser cánones muy especiales para el periodista. El periodista no debe jugar con la honra de la gente, mucho menos con la vida ajena. El género policíaco, si no se maneja con profesionalismo, puede ser un estímulo para despertar los peores instintos criminales. No era cuestión de que siete fueron los muertos y que después la madre del asesino se metió a pianola y que en línea de sangre la siguió en su ejemplo la hermana menor del asesino, quien resultó en embarazo prematuro del hermano mayor de la víctima.

Polemizo conmigo en voz baja. Me permito clarificar un punto sobre la optimista aspiración de mis viejos años: ser un escritor. La única oportunidad que tuve fue la de escribir en los periódicos. La noticia diaria deshizo mis alientos de una escritura de mayor recorrido en sus líneas humanas: conjunto humano de contradicciones y confluencias de voces y caracteres, en un determinado ámbito social; acercamientos de miradas, contraposición de tantas actitudes y gestualidades que subyugan el rostro del hombre; señales que salen inevitablemente a flote en las líneas de la mano; costumbres y ropajes grises que hacen de una ciudad como Bogotá el caminar taciturno que produce el frío envolvente, violentado por vientos y lluvias que se impulsan a ras desde los cerros tutelares.

Voy a decir, quizá, un sacrilegio: yo era demasiado honesto para ser periodista, pues algunos periodistas sacrifican toda consideración a su éxito profesional. Yo callaba, no para ocultar la verdad sino para no alertar al criminal. Entonces me chiviaban, claro está. Porque yo entendía que al decir que el sospechoso es un tipo de buzo verde, bigote rojizo, peinado con carrera sobre la izquierda, usa reloj de pulsera, que luego se afeitaba el bigote, se peinaba de otra manera, guardaba el suéter verde, entonces, despistaba a la justicia. Yo contribuía a la acción de la justicia, no a estorbarla…

Recuerdo una historia que se convirtió durante meses en verdadero y codiciado folletín de miles de lectores: el ferrocarril del norte era propiedad de la familia Dávila y tenía su terminal en Nemocón,

aunque se proyectaba llevar la línea hasta la costa atlántica. Cuando la empresa pasó a poder del Estado, el ferrocarril se prolongó hasta Barbosa, Santander, y ahí quedó en plena languidez por el azote de lluvias y veranos inclementes. La Estación Central estaba ubicada en Bogotá, en la carrera 15 con calle 17, y disponía de un gran patio destinado a bodega de exportación. Por la orilla de este patio pasaba un ramal y algo más de veinte columnas organizaban en su orden los nombres de las estaciones de todas las líneas. La última columna se distinguía con el nombre de Barbosa. La rutina del servicio de carga comenzaba por el pesaje y papeleo de cada remesa. Una vez diligenciado el papeleo la carga era colocada al pie de la columna correspondiente a la estación de su destino.

Cierto día, el personal de trabajadores de la bodega notó un penetrante olor en dirección al puesto de Barbosa. El hedor, en principio, se atribuyó a cueros crudos de res que habían sido remesados para una de las estaciones cercanas al terminal. Pero la pestilencia siguió solidificada en el aire y cada día era más intensa, insoportable: pegado respiraba, hablaba y caminaba con la piel. Alguien habló de un baúl colocado en el puesto de Barbosa días atrás, y el cual, por descuido, no se había diligenciado la remesa, señalando que era el foco de la inaguantable fetidez. El bodeguero en jefe propuso abrir el baúl y así fue como apareció en el interior un cuerpo humano doblado y cubierto de cal; por lógica expansiva, libre el olor se apoderó del espacio total de la bodega en la estación. Por tres días seguidos, por orden del jefe bodeguero, hubo que regar aguas de yerbas medicinales para espantar la fetidez.

Fue el conocido caso llamado el Baúl Escarlata. Por ironía del destino, el baúl no era de color escarlata pero en el mundo periodístico aceptamos por resignación piadosa aquella denominación. El mismo era una caja de madera cubierta con latas estridentes y variados colores, desde luego, provista además de cerradura. Se dio aviso a la Policía, y se estableció que el cadáver forzado y tronchado correspondía al de una niña de aproximadamente quince años. Encima del cadáver y de la cal que lo cubría se encontró un sobre blanco y arrugado destinado a «Mercedes García Ariza-Barbosa. Dos o tres

líneas burdas trazadas indicaban lo siguiente: «Guárdelo en el caidizo de Luisa». Investigadores y periodistas viajamos a Barbosa, pero no dimos con la destinataria de la macabra remesa. Ni tuvimos noticias del «caidizo de Luisa».

Un cálculo científico indicaba que la muerte debió sobrevenirle a la muchacha no menos de diecisiete días antes, que duró enmaletado su cadáver, postura que contribuyó a la desfiguración del cuerpo. Los médicos forenses le calcularon a la víctima del oscuro crimen una edad entre los catorce y los quince años, y anotaron algunos detalles de relativa utilidad para una remota identificación. Ejemplo, la longitud promedio del cabello, la estatura y el tamaño de las orejas, de los pies y de las manos; además realizaron una reproducción de la dentadura. Por el examen de las uñas de pies y manos, burdamente cortadas, llegaron a la conclusión de la condición social de la muchacha: campesina de origen. En fin, se hizo en medicina forense todo cuanto fue posible, pero los conceptos contenidos en el informe de la necropsia no presentaron ninguna utilidad a la futura investigación.

El cadáver fue introducido a la oficina de la Estación Central; el empleado que recibió el Baúl Escarlata nunca dijo nada sobre la persona que lo había traído, si era de mediana edad, de qué estatura, si el vestido era claro o azul oscuro; clarificar honduras de su mirada, tonos característicos en la voz; aquellas cosas que nunca se saben, pues la percepción humana no siempre tiene abiertos sus resquicios para percibir lo que se debe percibir en definitivos instantes. El testimonio humano es sumamente frágil, una de las cuestiones más impredecibles en el ejercicio del periodismo. Uno no puede atenerse únicamente al testimonio. Esos acontecimientos, raros en nuestro medio, fueron fuente de conjeturas, un estímulo interesante para la investigación de tipo policíaco.

Estudiar la fabricación del baúl, quién pudo comprarlo, seguirle el itinerario al desarrollo de la historia. Aparecieron informadores maniáticos hasta que el juez, un tipo respetable y muy importante, movió el interés investigativo de un detective famoso en la época, conocido como Chocolate. El respetable juez de Instrucción Criminal,

el doctor Vicente de J. Sáez, incluso, asistió por insinuación del famoso detective Chocolate a sesiones de espiritismo para tratar él mismo de descifrar el misterio. Las voces de ultratumba confundieron, por maldad, su discurso jurídico con todo y sus futuras conclusiones.

Los reporteros especializados en estas lides seguíamos los pasos a los detectives en fila india para saber por dónde iban en la investigación; pero todo terminó en un infecundo desengaño amoroso con la profesión. Caso policíaco no concluido significaba derrota pública ante nuestro fiel y ávido público de lectores. El caso del Baúl Escarlata, con hipótesis renovadas, apareció en los periódicos de Bogotá en los finales de 1945 y poco a poco el despliegue de prensa se vino a menos, como un edificio dinamitado en sus cimientos. Después, sólo de cuando en cuando, los periodistas nos ocupábamos del indescifrable enigma, en condición de amargados y frustrados de por vida. Pero esa historia nos dio para escribir muchas cuartillas…

Un período relativamente largo transcurrió sin que los diarios volvieran a ocuparse del Baúl Escarlata y su joven ocupante. De pronto, sorpresa galopante en el oficio: un domingo, uno de los más prestigiosos periódicos de Bogotá destacó en primera página y bajo gruesos titulares una noticia que nos dejó fríos a los reporteros policíacos. Nada menos que la solución de aquel misterioso enigma. Era una invitación para darse trompadas frente al espejo, y luego sentarse a escribir sobre las penas humanas. El autor anunciaba la publicación de cinco crónicas con minuciosos detalles de «su» verdad. La «solución» del caso era la siguiente: en una casa campesina de Mesitas del Colegio había ocurrido un accidente. Una lámpara de gasolina estalló, el combustible se regó y causó quemaduras a una muchacha, especialmente en la cabeza. La trajeron a Bogotá y la internaron en el Hospital San Juan de Dios. La muchacha murió y como nadie reclamara el cadáver lo enviaron a la facultad de Medicina para fines morfológicos de los estudiantes. Decía la versión periodística que el cadáver no era utilizable para las finalidades didácticas y agregaba, con sapiencia, que un grupo de alumnos, llamados Inocentes Cerebros, urdió el indescifrable rompecabezas como trampa y burla para la policía y, con mañosos artilugios

aprendidos en la facultad, doblaron el cadáver y lo introdujeron en el baúl escarlata; los despojos empacados fueron entregados a la estación del Ferrocarril del Norte y colocados en la columna que señalaba el lugar para el cargamento destinado a Barbosa. Claro, oscuridades nefastas de la información, el periodista no identificaba señales de quién o quiénes llevaron el macabro correo a la estación. Un cadáver pesa lo que pesa.

Yo estaba despistado sobre el asunto. Había pasado el fin de semana fuera de Bogotá y acababa de llegar al periódico esa misma noche. Nada qué hacer y no escribí nada, pues no tenía a mano argumentos dados por una investigación de tipo racional, a pesar de haber sido enérgicamente coaccionado por el jefe de redacción para elaborar algo que se pareciera a una historia escrita a máquina sobre el escabroso asunto.

El lunes, con la joroba de mi preocupación, me fui al Hospital San Juan de Dios. Por fortuna del oficio, encontré que el administrador del hospital era amigo mío, y esta circunstancia favoreció mis averiguaciones. El funcionario, generoso con su amistad, me puso en comunicación con la religiosa que había atendido a la muchacha quemada. Esa misma mañana se había publicado «A paso de vencedores», la segunda parte de la serie anunciada, y en el hospital estaban siguiendo con interés el relato. La religiosa resultó muy amable en su voz. Con minucia me explicó el proceso de la atención hospitalaria y, de pronto, me dijo algo de suma importancia. Cuando la muchacha fue recibida en el pabellón de quemados, la monja procedió a tusar la cabeza con el mayor cuidado para poder hacerle las curaciones que requería. Me informó, además, que cuando la niña murió la depositaron en la morgue y le avisaron por teléfono a un pariente de la familia campesina que trabajaba en Bogotá. El pariente se apersonó del entierro, y hasta ahí supieron en el hospital de la occisa. No sobra agregar que, de acuerdo con las informaciones del Hospital San Juan de Dios, la jovencita acababa de cumplir dieciocho años, edad bien distinta de la calculada por los médicos forenses. El primer dato planteaba un interrogante incontestable: si la niña fue tusada, ¿por qué el cadáver embaulado tenía una cabellera de 17

centímetros, según el informe médico legal? Este solo detalle derrumbó las «revelaciones» en serie del colega de la competencia. Para sostener la «caña», el colega desvió sagazmente la serie preparada para refutar a su contradictor, afirmando que yo ignoraba que el cabello crecía después de la muerte.

Yo no tuve nunca la oportunidad de peinar el cadáver de la muchacha, pero confiaba en los médicos forenses. Es cierto que el cabello, cuyo crecimiento es vegetativo, después de la muerte aumenta dos o tres centímetros; pero las células donde se originan las raíces también mueren y se paraliza el crecimiento capilar. Y ni estando vivos, a nadie le crece el cabello 17 centímetros en tres semanas. Arguyó el cronista en referencia que los médicos legistas incurren en errores garrafales, y los médicos legistas se pusieron furiosos. Vanidoso, el detective Chocolate estaba convencido de su gran prestigio por las alusiones que solían hacerle en la prensa, y para disfrazar su fracaso en el caso del Baúl Escarlata acomodó el cuento y le hizo la revelación en exclusiva al periodista, que se la tragó entera.

Las averiguaciones, cuya conclusión me permitió refutar la leyenda construida sobre la niña de la cabeza tusada, no se limitaron al Hospital San Juan de Dios, llamado también de La Hortúa. Mis pesquisas se extendieron a la Facultad Nacional de Medicina que funcionaba en la calle 10, frente al Parque de los Mártires. Deseaba agotar el seguimiento de las pistas del cadáver de la «embaulada». A sabiendas del fuerte impacto que recibe el profano al entrar a una sala de anatomía, me arriesgué a pasar entre dos filas de mesas que sostenían cuerpos humanos completos o medio desmembrados. Me atendió un profesor a quien le expliqué mis empeños investigativos:

—El cadáver embaulado del que habla la prensa —dijo el profesor— nunca estuvo aquí.

Y me llevó hasta un escritorio donde se asentaba la contabilidad de entrada y salida de cadáveres a la sala de anatomía. Cuidadoso, revisó un voluminoso libro. En las fechas básicas consultadas no figuraba ningún caso parecido al que indagaba, ni siquiera remoto, con el objeto de mis averiguaciones. El profesor se despidió con un dejo de sabiduría. De inmediato, un grupo de estudiantes se acercó a mí con

expresión burlona en sus rostros, me invitaron a que presenciara el trabajo que estaban ejecutando, con enjundia y precisión, en los trazos del bisturí sobre la piel congelada del hombre muerto hacía una semana.

—No me interesa —respondí con cobarde negativa y fingida camaradería. Sin más que un frío ademán me despedí y salí de aquel ámbito macabro.

Cuando bajaba por la calle 10 los transeúntes que pululan en los contornos de la plaza de mercado de La Concepción daban la impresión de estar vivos. Ninguno caminaba descuartizado. Los que iban y venían sólo parecían ensordecidos por el rodar del tranvía municipal. Para ahuyentar el recuerdo de aquella visión macabra, que aún me producía escalofrío por el cuerpo, quería fumarme un cigarrillo. Lo puse en los labios y busqué fósforos en el bolsillo derecho del saco, donde encontré un cuerpo extraño. Hago mal en decir cuerpo, porque era sólo un dedo humano. Confirmé que era un dedo por la uña con mugre. Crispado por el terror, lo arrojé a la calle y alguien que caminaba distraído terminó dándole un puntapié y el enigmático apéndice cayó en una alcantarilla. La historia del Baúl Escarlata quedó en un misterio definitivo y el cuerpo de la muchacha, embalsamado en el baúl de la memoria de quienes leyeron mis historias…

19. La ciudad cuerpo dormido

Tantas veces me negué a pensar en su muerte, porque mi esperanza en flor era encontrarlo con vida. Nadie, ni siquiera en la más dolorosa desesperación, piensa por un minuto en la muerte del ser querido. Nadie quiere partirse en dos, nadie quiere sumergirse en su propia sombra sólo para ver o imaginar la espalda de la muerte que huye sonriente, y en su huida lleva a cuestas la vida de quien nos perteneció y a quien pertenecimos por voluntad propia. Siempre pensé que lo volvería a encontrar para mirarlo de frente como cuando nos sentábamos a la mesa en las horas del almuerzo y él, ya reposado, me

contaba las minucias de lo que sucedía en el cuartel, los problemas disciplinarios, las insidias entre oficiales, las ambiciones de algunos de sus compañeros que por un ascenso terminaban por arrodillarse ante sus superiores.

Ezequiel era de un orgullo de hierro, quería lo suyo pero gracias a su esfuerzo personal. No aceptaba nada de zalamerías, respetaba y se hacía respetar. Antes del 9 de abril, él pensaba retirarse de la Policía porque no compartía lo que estaba sucediendo dentro de la institución, sobre todo lo relacionado con la politización y la persecución que se venían imponiendo contra los liberales, en departamentos como Norte de Santander y Santander, Boyacá, Caldas y Valle del Cauca. Después de su desaparición nunca volví a sentarme en la mesa del comedor. Al comienzo lo hacía con el pretexto de no encontrarme con la imagen de su sombra, luego decidí dejar la mesa servida para que cuando él volviera la encontrara como siempre, bien dispuesta, con mantel limpio, platos y cubiertos, según la tradición en la familia. Traté de olvidar su manera de comer, incluso de limpiarse la boca con la servilleta que llevaba sus iniciales. Quería huir de todo lo que representaba su presencia: uniformes, la bata de levantarse, sus objetos de arreglo personal, su barbera, su loción. Lo suyo lo dejé en su sitio en el armario, como para decirme todos los días: Ezequiel, allí tienes todo lo tuyo, no me olvides por favor en cualquier rincón de la tierra donde rondes con tus pasos. Ponte tu bata de baño, ven, ya está listo el desayuno.

Entonces, me decidí a escribirle a quien pudiera escucharme, a quien se negara a escucharme. Escribí cientos de memoriales, cientos de cartas, comunicados de prensa en que resumía la dolorosa experiencia de la desaparición de Ezequiel. No pedía que me brindaran compasión, tampoco que me dieran inútiles consejos cristianos de resignación. Pedía, eso sí, con las fuerzas ocultas que yacían en mi espíritu, que se hiciera justicia en su caso y se clarificara su situación para el buen nombre de la familia. Estuve en las redacciones de los periódicos *El Espectador* y *El Tiempo* solicitando la publicación de una nota sobre el vía crucis padecido por Ezequiel, pero encontré en las miradas de los periodistas el latigazo silencioso

de la censura oficial en la prensa. Además del miedo y temor ya arrugado en sus ceños. Entonces, para evitar la censura, recurrí a la idea de publicar avisos en los dos periódicos de la capital, en los que decía lo siguiente:

> Busco noticias sobre el capitán de la Policía Ezequiel Toro, desaparecido de su casa de residencia en Bogotá, el 11 de febrero del presente año. Quien sepa de su paradero, por favor comunicarse con su esposa, Tránsito Ruiz de Toro, a través de este periódico.

Cada semana aparecían clasificados en el mismo sitio, para que nadie los perdiera de vista y los dejara en el olvido. Día a día fijaba la mirada alucinada en el pequeño recuadro escrito, con la vana esperanza de que el propio Ezequiel lo leyera en cualquier instante de suerte, en la oscuridad de su calabozo, al recibirlo a escondidas de manos generosas de uno de sus guardianes, y él entonces, con ayuda del mismo guardián, me escribiría desde su lugar de reclusión. Afiebrada esperaba noticias de una voz lejana en respuesta de mi escrito quejumbroso. La esperanza se volvía añicos con el paso del tiempo, como si alguien a mis espaldas de mala fe rompiera a pedazos los huesos de los días. Para mi salvación abrí un día todos los poros de mi cuerpo para resistir cualquier tipo de noticia, de la índole que fuera.

Cuando sonó el timbre del teléfono, sorprendida miré la hora en el reloj que colgaba en la pared del centro de la sala: nueve y treinta de la noche. Dejé que repicara el timbre por varios segundos hasta que no pude dominar el asalto de los nervios, respiré hondo, levanté el auricular y cuando dije:

—Aló, ¿qué se le ofrece? —escuché una voz de hombre entrecortada, amarrada a la garganta, insegura, tratando de contenerse en qué quería decir:

—¿Puedo hablar, por favor, con la señora Tránsito Ruiz de Toro?

Estuve a punto de soltar el aparato por el terror que de pronto me invadió, como si hubiera escuchado en ese mismo instante pasos extraños en la oscuridad de mis pensamientos. Deduje, y era lógico que dedujera, que a esa hora de la noche ninguno de mis amigos, por físico temor, había vuelto a comunicarse con nosotros, porque esas

llamadas estaban relacionadas con la suerte de Ezequiel y su desaparición. Evité envolverme en presagios que hieren y cicatrizan el alma, y respondí casi susurrando:

—Con ella habla en persona… —sentí como un rubor lejano que el hombre se tranquilizaba por el tono más suelto, porque desamarró la voz sin pausas que la ataran:

—Le habla el periodista Felipe González Toledo, redactor de *El Espectador*… Me gustaría hablar con usted personalmente, mañana en la mañana. Es una cuestión urgente…

Lo de urgente lo entendí como si me hubiera dado una palmada en el corazón: sabía que se trataba de noticias sobre Ezequiel, lo intuía como vuelo de torcaza; traté de inmediato de incinerar mis dudas en el cerebro, lanzándolas sobre un montón de leños prendidos.

—Mucho gusto, señor González Toledo. ¿No podría adelantarme las noticias sobre la cuestión urgente que tiene que decirme?

Al hombre se lo tragó el silencio de un solo bocado. Incluso, pensé que había colgado el teléfono a propósito. Contuve mis afanes, esperé los segundos que me estaban aniquilando por el suspenso. El hombre, como si mordiera las palabras, habló con la persuasión de la humildad que tanto convence:

—Doña Tránsito, lo que tengo que decirle debo hacerlo personalmente. La espero mañana, a las once de la mañana, en la cafetería Roma, situada en el primer piso del edificio de *El Espectador*. Mi señora, ¿conoce la cafetería? —Claro que la ubicaba—. La espero a las once en punto… —Colgó. El vacío se evaporó con mis lágrimas.

Trataba de balancear los sentimientos encontrados: reía de alegría porque por fin vislumbraba noticias ciertas, no importaban la circunstancias, Ezequiel estaba a salvo con vida; lloraba inconsolable porque la noticia de su muerte se convertía en el vuelo de cientos de mariposas negras alrededor de mis ojos; yo parecía como un enorme cirio encendido. Un poco más sosegada, preparé un baño de agua tibia con yerbas aromáticas: yerbabuena, manzanilla, romero, eucalipto, y fui sumergiéndome lentamente en sus aromas para atraer la buena suerte al echarme el agua con un recipiente sobre mi cuerpo, para espantar de mi piel ese olor nauseabundo de la tragedia que vivía con

la desaparición de Ezequiel. La piel, esponjándose por la frescura y un misterioso halago, subía como humo envolvente, enrollándose por mis pies hasta cubrirme en toda mi desnudez, y así pude volver a respirar con la tranquilidad de una niña de quince años.

Quería dormir; a las nueve de la noche había culminado mis oficios caseros: revisar las tareas escolares de los tres hijos que estaban en casa, darles comida y a cada uno despedirlo con un abrazo único en la vida. Quería atrapar el sueño en el círculo de mis pensamientos, dejarme ir como en columpio que va y vuelve y por fin se aquieta en la mitad del círculo en el aire. No era posible tanta placidez: frente a mis ojos tenía el óvalo color café oscuro de la tierna mirada de Ezequiel, habladores sus ojos con la ausencia de palabras, fijos en mi pestañear transmitiendo la voz fecunda del amor que entraña la cercanía de cuerpos enlazados con el fervor que siembran los años, como toque mágico de comprensión humana. ¿Cómo huir ante ese embrujo de la llama encendida en la mirada de Ezequiel? Soñé un sueño muy significativo en compañía de Ezequiel: él y yo éramos los únicos pasajeros de la montaña rusa en los juegos mecánicos que estaban funcionando en un enorme lote, al lado de la Estación de La Sabana*;* el carrusel eléctrico subía como un bólido y se detenía en el aire por segundos para que Ezequiel y yo viéramos la ciudad en la noche; la ciudad era un voluminoso cuerpo dormido, iluminado en su rostro y sus manos; oscuro el resto de su cuerpo como una inquietante tumba; el carrusel se lanzaba al vacío con la furia del choque eléctrico, yo me desprendía de las correas de seguridad y con la velocidad pensaba que iba a estrellarme contra los edificios del centro de la ciudad; Ezequiel, con la fuerza de sus manos, me agarraba de la cintura y detenía mis impulsos; en sus manos parecía una muñeca de trapo; el carrusel bajaba a tierra, se posaba sobre el pasto; al salir Ezequiel y yo agarrados de las manos nos esperaban dos hermosos caballos negros que pastaban tranquilamente; Ezequiel y yo cabalgábamos hasta la madrugada por las calles de una ciudad solitaria, lúgubre, huérfana, sin llantos de niños ni risas de hombres.

A las once en punto de la mañana empujé la puerta de la cafetería Roma y vi al fondo, a la izquierda, a un hombre que pensé era el

periodista Felipe González Toledo. Me sonreía amigablemente, me miraban sus pequeños ojos oblicuos, leía o hacía que leía un ejemplar de *El Espectador;* en el cenicero que estaba sobre la mesa vi cinco colillas de cigarrillos aplastadas por sus dedos amarillentos de nicotina, un cigarrillo prendido le caía de los labios. Cuando estuve a su lado, dijo cordial:

—Es un honor volverla a ver.

Caballeroso se levantó, había corrido el asiento para que me sentara, también solícito me pidió el abrigo para colgarlo en un perchero que estaba en el rincón del local…

—Doña Tránsito, ¿qué le gustaría tomar? ¿Café o té?

Le dije que tomaría té en leche. Él palmoteó para llamar el servicio. Yo no aguantaba la impaciencia, quería que de una vez por todas soltara la noticia que tenía para mí. Pero tácitamente esperamos que la señorita trajera el té y el café. Ella dejó dos jarras con café y leche sobre la mesa, y un pocillo para mí con una bolsa de té. Me serví la leche. Entonces, Felipe González Toledo sacó del bolsillo del saco un papel doblado, cuidadoso lo desdobló, con la cabeza gacha sin mirarme a los ojos; con el cigarrillo prendido entre los dedos, dijo:

—Doña Tránsito, es un anónimo que llegó al periódico, quizá como resultado de los avisos que usted ha estado publicando semanalmente.

Lo extendió para que yo lo recibiera. Sobrecogida, paralizada en mi ser, me negaba a recibir el papel, quería que ardiera en llamas ante mis ojos, se volviera cenizas y en cenizas volara con los vientos en la ciudad, y así desaparecieran los vestigios de que un día ese papel había sido escrito por las manos de un hombre. Me encerré en la propia cárcel de mis pensamientos, no tenía impulsos para vagar en la imaginación, mis ideas fueron tragadas de un bocado por la lejanía, quedé desvalida, ahogándome en un profundo llanto que se negaba a gotear lágrimas por mis ojos. No sé por qué pensé como salvación en el sueño que había tenido anoche junto con Ezequiel en la montaña rusa: él me agarraba por la cintura para que no gritara de miedo. Ahora pienso que cuando en el sueño cabalgábamos sobre los caballos negros por la ciudad solitaria, él me secreteaba al oído, diciéndome que la búsqueda de su vida apenas comenzaba como amanecer que

crecía y caía sobre la soledad de la ciudad, apaleada y ahuyentada de voces humanas. Cogí el papel con las dos manos para sostener las fuerzas que me daba la voz de Ezequiel en la lejanía, y el anónimo, escrito en una desigual y casi ilegible caligrafía, lo leí entre sollozos:

> Señora, al capitán Toro lo trajeron detenido el 17 de febrero de Sogamoso a Miraflores en compañía de cuatro hombres más. Al día siguiente, a la madrugada, lo sacaron para el puesto de Buenavista, en compañía de cuatro personas más. Muy cerquita del puesto de Buenavista, en un sitio conocido como Boquerón todos fueron fusilados. Al capitán Toro le tocó el segundo turno de fusilamiento…

Firma: «Soldado arrepentido».

Lo mataron los asesinos, lo mataron. Comencé a gritar enloquecida golpeando la mesa con mis manos. La suave voz de Felipe González Toledo me fue devolviendo un poco la calma. La fecha del anónimo coincidía con mi regreso de Sogamoso a Bogotá. Pero su muerte como muerte cierta aún no había tocado mi piel, no había penetrado mi ser.

20. Cortadores de orejas

Cuando navego en el insoportable insomnio que devasta poco a poco mi conciencia, debo levantarme para teclear en la Remington que tengo en casa. No es posible otra salida a ese desatino que vive mi cabeza que, lamentablemente, padezco desde muy joven, merced a mi costumbre juvenil de lector empedernido en atravesadas madrugadas. Al sentarme en la cama para buscar mi levantadora que está colocada en el asiento junto a la mesa de noche, de inmediato escucho como campana de reloj despertador la voz suave de Elvira, mi mujer, de sueño ligero, quien dulcemente me recuerda:

—Felipe querido, si no puedes dormir no olvides el termo con café que te dejé en la mesa del comedor. —Al escuchar aquella información de alta fidelidad, feliz, destierro de mi cabeza cualquier intento de volver a dormir. Miro mi reloj: dos y media de la madrugada.

Había llegado a casa en Chapinero a las once de la noche, mojado hasta los tuétanos, después de dejar en la redacción del periódico el

original de la crónica para publicar al día siguiente. Mi mujer calentó la cena, desganado comí poco y fumé el último cigarrillo de la noche. Luego intenté dormir pero terminé por galopar en la interminable travesía del insomnio, sombra y compañía de eternidad personal.

La razón del insomnio era, digamos, no muy simple en mi vida de redactor policíaco. En mi escritorio de la redacción dejé un envoltorio de papel periódico que contiene un pantalón y un zapato que deben reconocer, a las tres de la tarde, doña Lilia Villamil, viuda del infortunado abogado José Uriel Zapata, y un hermano de éste. A las seis de la tarde voy a visitar a doña Tránsito viuda de Toro, a la pensión que ella montó como forma de subsistencia familiar, cerca de La Capuchina, para continuar infatigable la búsqueda de quienes fusilaron a su esposo, el capitán Ezequiel Toro. Con ella hablaré sobre los últimos acontecimientos judiciales sucedidos en este mes de diciembre en la capital de la República, primer diciembre en el gobierno del jefe supremo, el general Rojas Pinilla.

El sábado 19 de diciembre de 1953 la prensa matinal informó acerca de un macabro hallazgo efectuado el día anterior en el Salto de Tequendama. En un barranco, a la izquierda de la catarata, a unos tres metros bajo el nivel de iniciación de la caída del agua, fue encontrado un cadáver completamente desnudo y acribillado a cuchilladas, desfigurado en forma impresionante y con las orejas mutiladas de raíz. Las autoridades de Soacha, municipio vecino de la capital, hicieron el levantamiento del cadáver, y en las diligencias iniciales de la investigación hallaron huellas de sangre en varios sitios, a lo largo del sendero que conduce hasta el borde de la catarata. Esto les permitió suponer que el crimen se cometió en otro lugar; en un vehículo cerrado había sido llevada la víctima, agonizante o quizá sin vida, para desaparecerla en el fondo del abismo. Pero la precipitud de los criminales y la oscuridad de la noche contribuyeron a que el cadáver no hubiese caído al fondo del Salto sino que hubiera quedado enredado en la vegetación, al lado de la catarata.

Al día siguiente, domingo 20 de diciembre, dos detectives, antiguos conocidos míos, en sus pesquisas por los contornos de la catarata encontraron un pantalón y un zapato, prendas que relacionaron con

los hechos investigados, y, en Bogotá, me participaron de su hallazgo. El pantalón presentaba una significativa particularidad: para quitárselo a la víctima, los asesinos no asumieron el trabajo de abrir la hebilla del pantalón sino que cortaron la correa de un navajazo, navajazo que dejó una abertura en el paño de la prenda.

Los detectives me encargaron la misión de dar a reconocer estos restos de la ropa del abogado José Uriel Zapata a sus inmediatos parientes. La viuda del abogado José Uriel Zapata, doña Lilia Villamil, acompañada de su cuñado, había reconocido a su esposo el día domingo 20 de diciembre, en los despojos que provisionalmente estaban guardados en una bóveda del cementerio de Soacha.

Conviene al recuento de mis fuentes de información hacer referencia al legendario Salto de Tequendama. En años remotos, el paseo a la catarata revestía los caracteres de todo un acontecimiento social; se hacía en carros de bueyes y en repetidas ocasiones se organizaba en honor a un ilustre visitante. Entre los invitados notables figuró el poeta José Santos Chocano quien, en reconocimiento a la generosidad de los bogotanos, pulsó su lira en homenaje al Tequendama.

También el Salto de Tequendama contaba con la preferencia de quienes, aburridos con esta vida, decidían por voluntad propia arrojarse a la catarata. Mediante esta forma de suicidio, las familias de los desdichados ahorraban los costos del entierro. La edad de oro de los suicidios en el Salto, si así se puede sin licencia llamar esta época en que tan funestos aconteceres sobresalieron como noticia periodística, la marcó el insuperable cronista José Joaquín Jiménez (*Ximénez*), tempranamente desaparecido. En estilo originalísimo y ocupando toda una página del diario, Ximénez producía un truculento relato sobre el suicidado en el que incluía inevitablemente una balada de su propia cosecha, pero que siempre atribuía a un mítico personaje, «Don Rodrigo de Arce». Ningún suicidado escapaba al rigor de su marca y despedida poética.

Debo confesar que como cronista policíaco me tocó cubrir más de una veintena de suicidios en el Salto. El hermoso sitio se volvió una tenebrosa fuente de información y tanto la competencia como

nosotros instalamos en el corazón de los acontecimientos a dos corresponsales. *El Tiempo* colocó uno especial. La misión fue confiada a un retratista, de nombre Adolfo Neuta, fotógrafo de parque, provisto de un equipo primitivo: una de esas viejas y gigantescas cámaras con laboratorio incorporado, que disponía de una misteriosa manga negra por la cual metía la mano el artífice para operar el revelado. En un minuto, el interesado podía admirar su propia efigie. Neuta observaba con disimulo a los visitantes del Salto, y mucho más cuando se trataba de alguien sospechosamente solitario. Nuestra corresponsal era Carlina Garibello, fritanguera de Bosa; en su negocio ofrecía papas criollas y suculentos bocados de carne de cerdo. Ella se convirtió en corresponsal de *El Espectador,* mujer observadora, quien gracias a la intuición femenina recogía primero el escrito final del suicida.

En mis crónicas rastreaba y reconstruía la vida de aquel infortunado a través de sus antecedentes familiares, la situación económica, sus conflictos afectivos y pasionales, para encontrar la razón y el origen de la fatal decisión que por lo regular quedaba registrada en caligrafía temblorosa, en carta arrugada que el suicida dejaba como despedida, antes de lanzarse al Salto de Tequendama. Lo imaginaba en el día, horas y minutos que antecedían a aquel penoso y contradictorio itinerario que lo llevaría hacia la inevitable muerte. Lo describía en su pálido semblante, nervioso en su forma de vestir, usando por última vez la ropa dominguera, como si su decisión se tratara de una celebración; lo escuchaba en sus plegarias religiosas como expiación brutal de culpas por el abandono en que dejaría a los suyos; lo rescataba para la vida en sus gestos adustos y mirada ensimismada que reflejaban la incertidumbre y las cruciales dudas existenciales. En mis escritos, seguía como sombra furtiva al personaje, por cierto gris, con el huevo de la muerte empollado en su cuerpo, cuando abordaba el tren o el bus que lo conduciría al Salto de Tequendama en hora y media, por el módico costo de treinta centavos.

El posible suicida llegaba al Salto y en las vecindades del abismo encontraba multitud de ventas en las cuales podía consumir la última comida acompañada con un trago de aguardiente. Decidido enfrentaba entonces el paisaje conmovedor: la soberbia del Salto de Tequendama,

misterioso en su devenir, impetuoso en su torrente, atrayendo inexorablemente al hombre que había asumido la decisión de la muerte. Quizá aquella deslumbrante presencia lo podía disuadir o quizá lo convencería definitivamente.

Al dejar la carretera y coger un pequeño sendero, el personaje bajaba hasta la boca del abismo. El río corría estrepitoso y violento entre un lecho de grandes piedras redondas. En la boca del abismo existían dos piedras enormes, desde las cuales era muy fácil arrojarse o dejarse llevar por el poder hipnótico de la belleza del paisaje. El personaje aceleraba el paso: con su decisión a cuestas llegaría hasta la piedra de los suicidas. Es posible que no se quitara el saco, ni tampoco el sombrero y menos se daría tiempo para dejarse envolver por tantas dudas que lo asaltaban en ese momento. Para despedirse de la vida, no haría ningún ademán dramático, no soltaría un grito estridente. Simplemente caminaría con la mirada proyectada hacia el abismo, sin temor ni remordimiento alguno; entonces, sacaría de su billetera, como quien busca un billete, repasaría momentáneamente el contenido para evitar el desliz de una tremenda equivocación, tendría segundos de recuerdos para sus tristezas y una que otra sonrisa para avivar imágenes de alegrías pasajeras y, convencido de su acto, dejaría la carta o el poema en cualquier grieta de la inmensa piedra. Después, seguro de sí mismo, el personaje daría dos pasos al frente, se lanzaría al abismo con el impulso de un trampolín, no se escucharía ningún ruido por el estruendo salvaje del Salto; su muerte sería por asfixia ante el golpe recibido en la velocidad de la caída del cuerpo. El fuerte choque contra el agua vencería al suicida desde el primer momento, como si hubiera recibido un golpe directo al mentón, y el sufrimiento de una terrible agonía no existiría para él; en fracción de segundos que se emplea en caer al abismo, la vida del personaje se escaparía simplemente con la fugacidad de un soplo humano. Cuando se llega al fondo del abismo ya se ha entrado en las instancias y dominios de la eternidad y el cuerpo del personaje, como balsa perdida en remolinos de aguas frías, alcanzará a llegar en Girardot a las aguas tibias del río Magdalena.

Pero hoy día el Salto de Tequendama se ha convertido en

receptáculo, no sólo de posibles suicidas, sino de cadáveres suicidados que, por fortuna y gracias a la torpeza de los criminales, en la noche y madrugada se quedan enredados en cualquier ramal de un pequeño y solitario arbusto que apenas sobrevive al borde del abismo de la catarata.

A las tres de la tarde, en el periódico, sentado frente a mi escritorio, estaba más ansioso que nunca, con la sensación de que alguien me estuviera agitando por dentro como si fuese un frasco de Emulsión de Scott. No quitaba la mirada del envoltorio de periódico que estaba encima del escritorio, amarrado con piola, al acecho y temeroso de que se escapara de mis manos. Con el cigarrillo encendido, aprisionado entre el pulgar y el índice, y los demás agachados como perros guardianes a la espera de la caída de la ceniza. Por la inercia de fumador, el cenicero se iba convirtiendo en cementerio de pequeños gusanos blancos, retorcidos, aplastados. Y a las tres en punto en mi reloj Ferrocarril de Antioquia, estaba frente a mí una mujer joven de pelo ensortijado, zarcillos, luto completo y una pañoleta negra en la cabeza, su mirada al vaivén de un profundo abismo. Era doña Lilia, viuda de José Uriel Zapata, acompañada de don Alberto Zapata, hermano del abogado asesinado, de corbata oscura y peinado hacia atrás.

Después de saludos y agradecimientos, evité alargar la tensión del tiempo traicionero y abrí con lentitud el envoltorio de periódico, extendí sobre el escritorio los pantalones de paño rotos a cuchillo y desgarrados, como si los estuviera colgando del alambre en el patio de la casa; luego levanté un zapato y un cinturón de cuero, prenda esta última que para quitársela a la víctima fue cortada a cuchillo y cuyos extremos aparecían normalmente unidos por la hebilla. El pantalón tenía los bolsillos al revés y las prendas, pantalón y zapato, estaban manchadas de sangre. Don Alberto Zapata observó el zapato viejo y reconoció que correspondía a un par del calzado que él le había dado como regalo, tiempo atrás, a su infortunado hermano. La viuda, doña Lilia, llorando incontenible, reconoció el pantalón y besó repetidas veces el viejo y sucio resto de la ropa de su marido. No se dijeron vanas palabras; simplemente los dos exclamaron con extraordinaria y

adolorida certeza: las prendas pertenecen a José Uriel. Como diciendo, son sus restos, son sus últimas huellas. Con rapidez doblé el pantalón, puse encima el zapato, y de nuevo hice el envoltorio con papel periódico. Los dos se despidieron bajo los rigores de un silencio amordazado.

José Uriel Zapata, antioqueño, era abogado egresado de la Universidad Libre, un idealista a quien le dolía la suerte de ciudadanos atropellados por sus ideas políticas. Además, no ocultaba en público sus nexos de amistad con el jefe guerrillero Guadalupe Salcedo y otros comandantes insurgentes llaneros que se habían desmovilizado y entregado las armas, en septiembre y octubre de este mismo año. Incluso, *El Espectador* publicó una fotografía en la que aparece Guadalupe Salcedo vestido de paño y corbata dándole la mano al abogado Uriel Zapata, alto, de cuerpo desgarbado, bigote acicalado y una seriedad de profunda convicción conceptual en su rostro.

Uriel Zapata debía presentarse con cierta asiduidad en las oficinas del G-2, dependencia del Ministerio de Guerra encargado de las pesquisas relacionadas con investigaciones de orden público. Él, sin que supiera con exactitud la razón jurídica por la cual había sido interrogado en diversas ocasiones por los jefes y agentes del G-2, un mes antes del crimen había estado preso en una cárcel especial y secreta que la tenebrosa institución había instalado fuera de todo control público, en la carrera 10.ª No. 6-63.

Poseído de una irrecuperable ansiedad, el 14 de diciembre se hizo presente en las oficinas del G-2, con la petición por escrito en memorial, para que lo dejaran salir de la ciudad en busca de mejores condiciones laborales, pues tenía en mente propuestas de trabajo en la ciudad de Popayán. Para él, la vida en Bogotá se había vuelto un absurdo existencial: atemorizado por el acoso y la inclemente vigilancia de los hombres del aparato represivo y, además, por la penuria económica que no le permitía conseguir recursos para la manutención de su esposa y tres hijos pequeños. Era un hombre aislado por sus ideas políticas, situación que influía por físico temor para que su escasa clientela no le confiara ninguna representación de

tipo jurídico. El 14 de diciembre entró a las oficinas del G-2 a las ocho en punto.

El día miércoles en la mañana, cuando su familia lo vio por última vez, Uriel Zapata leyó a su esposa un memorial que debía enviar a la Presidencia de la República, con copia para el Comando de las Fuerzas Armadas. El abogado antioqueño denunciaba atropellos contra inermes ciudadanos y pedía justicia para sus defendidos. Al firmar este escrito, dictado por los más nobles y altruistas sentimientos, Uriel Zapata no supo que firmaba su sentencia de muerte. Todo indica que al presentarse aquella mañana ante el G-2 debió ser sometido a rigurosa requisa en la cual le encontraron el referido documento.

A Uriel Zapata lo sacaron esposado de la cárcel el 16 de diciembre, una noche de frío traicionero, y lo embarcaron con cinco hombres del G-2 en un camión, en dirección al Salto de Tequendama. En las afueras de la ciudad, aprovechando la soledad y los vaivenes de la carretera, dentro del camión los cinco criminales, con inaudita sevicia demencial lo martirizaron, lo golpearon, lo acuchillaron, le cortaron las orejas. El vehículo, conducido por un suboficial de la Policía, era de uso diario en el transporte de carne del matadero a los cuarteles para la alimentación del personal. Su sangre coagulada terminó confundiéndose en el piso del carro con la sangre de recientes reses degolladas. El camión, por lo cerrado, fue expresamente escogido para la operación Uriel Zapata, pues se debía, por simple proceder policivo, desaparecer su cadáver en las profundidades del Salto de Tequendama.

Escribí una crónica sobre el reconocimiento de las prendas del infortunado abogado por parte de su esposa y su hermano. Agregué algunos datos sobre el hallazgo de su cadáver al borde del abismo en el Salto de Tequendama. Por razones obvias, para guardar en mi archivo personal de notas impublicables, escribí rabioso sobre el asesinato de Uriel Zapata lo siguiente:

> En el país, la mutilación de las orejas ha cumplido una función de contraseña… Y en esta época aciaga no ha habido solamente Cortadores de Orejas, sino Contadores de Orejas. Los primeros son los ejecutantes de los crímenes, los segundos, los que habiendo dado la orden criminal controlan, tal como si revisaran guías de sacrificio de ganado, el cumplimiento cabal de la comisión…

21. Ausencia en la mirada

Cuando llegué al Ministerio de Guerra en la portería no querían dejarme entrar. Me había vuelto una pesadilla para ellos; mi presencia era el azote a correazos por su culpabilidad y complicidad en la omisión y entrega de información oficial en el caso de la desaparición de Ezequiel. No eran tan castos e inocentes al negarse a entregarme la información que les pedía. «Llegó otra vez la señora de Toro», cuchicheo generalizado de alimañas, bostezo que desgarraba sentimientos miserables, y de inmediato caía sobre mi espalda la mirada traicionera. Personajes grises convertidos en terrible pesadilla por su ciego silencio con el cual siempre contestaron a mis preguntas: mudos de corazón, mudos de conciencia, mudos porque no gesticulaban emoción mínima cuando hablaban. Llevaba en mi cuerpo y alma una especie de amuleto de fuerzas que antes no me conocía y ahora se desdoblaban y se multiplicaban a cada instante. El dolor y la tristeza me apaleaban en momentos de decaimiento. Pero a gritos interiores controlaba el dolor y los nervios al decirme y repetirme con la constancia del buen caminante: Ezequiel, si no encuentro tu vida, por lo menos encontraré tus huesos y la tierra donde fueron enterrados. Ante mi decisión de no abandonar la guardia, por fin me permitieron entrar. En el despacho del ministro de Guerra también querían impedirme el ingreso, con la estratagema de que Torres Quintero, el secretario privado, me atendería en audiencia especial. Cuando tuve su rostro de color rosa bien acicalado frente a mí, le dije resuelta a no dar el brazo a torcer:

—Debo hablar con el señor ministro de Guerra…

El hombrecillo, como pez asustado, huyó nadando en aguas oscuras al darme la espalda, porque fue a decirle al ministro que yo estaba en la oficina de espera. Los dos se sobresaltaron cuando dije tranquila:

—Buenas tardes, señor ministro.

Había ingresado como fantasma detrás del secretario privado. El ministro, como desnudo por la sorpresa, ante su vulnerabilidad frente a una mujer indefensa como yo. Dejé los protocolos y de una vez le dije:

—Señor ministro, yo vengo a esto. —Le mostré la carta que había

llegado al diario *El Espectador,* la cual aseveraba que a mi esposo lo condujeron detenido para Miraflores y sin fórmula de juicio lo habían fusilado.

—Colombia es un país de derecho. Aquí no se fusila a nadie, porque no existe la pena de muerte —dijo como cotorra acorralada.

—No se fusila pero desaparecen a los hombres de bien, como sucedió con mi esposo, el capitán Ezequiel Toro. —Con su autoridad, quería impedirme que continuara hablando:

—¿Tiene pruebas legales de semejante monstruosidad que usted está aseverando, mi señora?

—Señor ministro, las pruebas las estoy acumulando en mi corazón que arde de físico odio. En este momento, sólo le pido a usted que me firme un salvoconducto para viajar hasta Miraflores…

El rosal en el rostro del secretario privado enrojecía deshojándose en sus pétalos por tanta ineptitud oficial. Cínico, el ministro de Guerra dijo sin arrugarse de vergüenza que un salvoconducto firmado por él no tenía ninguna validez en Miraflores, porque esa zona estaba bajo el mando del general Rojas Pinilla. Yo le pregunté, con la inocencia que descarga el peso de la ira incontrolada:

—¿Usted como ministro de Guerra no tiene ninguna injerencia en las tropas, en esa zona del país? No me voy de aquí hasta que usted no me dé un salvoconducto…

Ministro y secretario se miraron furtivos, no sé si anclados en isla perdida azotada por la desvergüenza humana o quizá porque querían deshacerse de mi nefasta presencia. El ministro dio la espalda, abrió un cajón de su escritorio y con afán escribió sobre una tarjeta que luego me entregó, autografiada con el poder de su firma:

> La señora de Toro viaja hasta Miraflores en busca de noticias sobre su esposo, el capitán Ezequiel Toro. Debe respetarse su integridad y seguridad personal…

No era un NO como signo negativo; un No como palpitar de siniestra culpabilidad reflejada en la sonrisa amable de cualquier hombre, que esconde fatídicas intenciones. Era otro sentido del NO que me apabullaba como si el cielo por momentos fuera a desplomarse en interminable aguacero. Un NO que me hacía sentir perdida,

caminando en la búsqueda de un diminuto laberinto hecho de pedazos de cartón. La ciudad se había convertido para mí en un gigantesco NO colgado en cualquier aviso de propaganda, colgado en los avisos de neón; un NO pintado por manos asesinas en las esquinas.

Me perseguía el NO con la furia que desencadena la persecución del inocente por una horda de perros asesinos. NO, de babaza que infecta la piel, NO, de cuchillo afilado que abre la herida y mana sangre a borbotones, NO, que anuncia el linchamiento público. Un NO gigantesco para amedrentarme: NO sabemos nada, NO tenemos información sobre la vida y suerte de su esposo, el capitán Ezequiel Toro. Un NO definitivo para ocultar en los confines del mundo la orden de desaparición que despojó la piel y vida de su cuerpo. Ezequiel, te quitaron el derecho a respirar; el derecho a caminar.

Entonces, me juré a mí misma que no descansaría hasta escuchar las últimas palabras dichas por Ezequiel, para conocer detalles de los pasos previos de su agonía y muerte, descubrir a plena luz del día los rostros escondidos en la niebla de sus asesinos y llevarlos a los estrados de la justicia. Intentarlo solitaria parecía una aventura loca como fueron locuras los intentos de golpes militares en que estuvo vinculado Ezequiel, acompañando a los dirigentes liberales en el año 1949. Al salir a la calle, me apresaba la tensa atmósfera que vivía la ciudad, ambigüedad de falsas sonrisas, temores y miedos disfrazados, calles colmadas de transeúntes vestidos de gris y negro, gabardinas grises, en gris y triste fila de hombres con sombreros en la cabeza para evitar que les cayera con la lluvia la desgracia inesperada. Bogotá lluviosa, lluvia todos los días, un plato de sopa para devorar en las noches de tristeza, luego meterse entre las cobijas para oscurecer los ojos y localizar en el sueño el tiempo lazarillo acompañando el rumbo incierto de los lisiados mentalmente.

La ciudad había olvidado su propia voz; el miedo se volvió olor familiar impregnado en la piel, en la ropa, en la conciencia: piojos devorándose como infames criaturas entre su propia especie. El miedo en carrera endemoniada de sombras persiguiendo a otras sombras y otras sombras escondiéndose en juego fatal de oscuridades. Ciudad de perseguidos y perseguidores: escondrijos para la espera del otro,

recovecos para escapar del otro; la ciudad, una red de cloacas humanas; escondrijos de malolientes conciencias de asesinos a sueldo, riéndose placenteros después de cada certero disparo. En la pequeñez de la ciudad uno sentía que alguien lo seguía, lo vigilaba como chicle pegado en la suela de los zapatos. La desconfianza era fiebre creciente en los labios. Cuando me reunía con los oficiales de la Policía que fueron destituidos como Ezequiel, después de los acontecimientos del 9 de abril, la reunión se convertía en encuentro de hombres perseguidos, amilanados, como si todos estuviéramos triturándonos unos a otros hasta convertirnos en polvillo, en habitaciones sin orificios para respirar. Reuniones familiares en lo profundo de las alcantarillas, miradas desorbitadas, vigilantes en la desnudez de paredes y ventanas. Cada quien tenía como tatuaje bien dibujado en la piel una sospecha o una orden de arresto. Parecía que nadie se salvaba de aquel enorme dedo que señalaba con visión carcelaria cualquier intento de pensar distinto a lo establecido desde las altas esferas de la política.

A mi primo Anselmo Erizalde le había hecho un lavado de temores y de miedos para que me acompañara a Miraflores el 8 de marzo de 1953. Cuando lo invité, él le apostó a la negativa, pues es hombre que a pesar de su corpulencia vive cargado de presagios que anuncian hecatombes. Su hechura física parecía de cristal y no de carne y hueso. Lo convencí y lo hizo de buena voluntad. Lo convencí porque le dije que yo debía seguir por obligación el mismo itinerario que siguió Ezequiel, los días que antecedieron a su fusilamiento: su regreso de Sogamoso a Tunja, de Tunja a Miraflores, de Miraflores al puesto militar, llamado irónicamente Buenavista: carreteras, caminos, mirar paisajes, percibir olores, caminar sobre sus últimas huellas al abrir con mis manos las capas de niebla que ocultaron en su densidad los cruciales instantes de su asesinato. El recorrido geográfico de su muerte: su último itinerario en vida que llevaba minuciosa en mi libreta de apuntes de nombres y de sitios. En la Estación de La Sabana cogimos el tren de la madrugada y en vagón de tercera llegamos a Tunja y allí, con aureola de santo por las nubes sobre los techos y amortajada por el frío, buscamos el bus que saldría a las doce del día

rumbo a Miraflores, aquella población que se había vuelto como la señal de la cruz, signo de incertidumbres en mis noches de oraciones. Salimos en bus destartalado, repleto de campesinos cargados de bultos, apeñuscados y envueltos en un denso olor a queso rancio, impenetrable, cabeceando dormidos, incluso de pie; a mi lado, mi primo Anselmo también al instante de estar sentado se enrumbó al tercer sueño; por una carretera abierta, estrecha, montañosa, irregular, como si el viaje fuese un juego de interminables curvas. Pasar veloz por Soracá, atisbo de pueblo, entrar a Ramiriquí y detenerse frente al parque y en una tienda tomar gaseosa con mi primo Anselmo, volver a la carretera y en la entrada de Vijagual, el primer retén del Ejército: manoseo inescrupuloso por todo el cuerpo, miradas fijas a destiempo para descubrir supuestas culpabilidades; arrancar el bus y por la carretera estrecha de subidas y bajadas y más curvas, pasar de lado por Rancho Grande y llegar a la entrada de Zetaquira, de nuevo otro retén del ejército: buscar en los bolsillos y abrir carteras y billeteras, sacar papeles de identidades y recomendaciones políticas, confesiones de fe política, nombres de familiares, domicilios conocidos, abrir la boca y confesar oficios y profesiones, montos de dinero y descripción de joyas puestas en el cuerpo, revelar el origen del dinero y de las joyas, identificar nombres de fincas, de carreteras y trochas y en la entrada de la Rusa el bus detenerse por orden del retén del Ejército: identificar las filiaciones políticas de quienes estaban en las fotos que cargábamos en la cartera, definir con exactitud rasgos de familiares en línea directa, en segunda línea, amigos, conocidos y posibles enemigos, por último confesar con exactitud las razones del viaje, si familiares, si de negocios, si de visita; arrancar otra vez el bus y pasar de lado por el Alto del Perico y en la cercanía de Miraflores encontrarnos de pronto con arrozales, ceibos y cientos de jalapos rojos y naranjos en su hojarasca, color que señalaba al pueblo para su infortunio de antiguo y único fortín del liberalismo en el departamento de Boyacá. Pero por fortuna, presentando el salvoconducto del ministro de Guerra, llegamos ilesos a nuestro destino: nueve hombres quedaron en el camino como sospechosos, amarrados de pies y manos, vigilados por la fuerza del orden.

En Miraflores, pequeño pueblo de calles empinadas, no tuvimos dificultad alguna en localizar el hotel con el mismo nombre: casona de dos pisos, grandes ventanales de madera, de entrada amplia y un hombre en la recepción, no sé si huraño o temeroso, profundamente concentrado en revisar las cuentas del libro de huéspedes, dispuesto a no escuchar palabra alguna, porque con Anselmo por repetidas veces le pedimos dos habitaciones, y el hombre nada que desterraba el silencio de sus labios. Para él, Anselmo y yo parecíamos dos seres inexistentes caídos por obra de la casualidad a su establecimiento, a los cuales no se les regala una mirada y menos se les dirige la palabra. El hombre en su fortín de hielo silencioso. Ante nuestra amable insistencia, en un monólogo ininteligible, a Anselmo le asignó de mala gana un cuarto hacia la calle y para mí dijo con absoluta gentileza que no había cuarto desocupado. Yo dije:

—Hágame el favor de prestarme un colchón y un catre y aquí duermo en el pasillo. —El hombre accedió a mi petición como si me estuviera regalando un vaso de agua en pleno desierto, subí por un espacio estrecho de escaleras detrás de él, en el zaguán del segundo piso improvisó un catre de lona, trajo cobija y sábana y, señalando el catre con el mínimo de palabras, dijo:

—Su alojamiento, señora.

Ante semejante cordialidad, le contesté:

—Gracias, señor, por su habitación.

Sin escucharme, el hombre se despabiló con su atmósfera huidiza escaleras abajo y yo acomodé mi cuerpo en el catre de lona. Anselmo quizá ya dormía a plenitud en su cuarto. Querido Ezequiel, quería cerrar los ojos para imaginar en mi propia oscuridad los últimos pasos que pudiste caminar como hombre vivo por cualquier calle de este pueblo fantasmal, ahogado en sus sollozos. En la noche hubo un ataque con armas de fuego. Disparos de mortero, ráfagas de ametralladora, disparos de fusil que acallaban los murmullos de la noche: no sé contra quién apuntaban, quizá contra figuras escondidas en la afiebraba imaginación de quienes disparaban y veían con las luces del fogueo a imaginarios hombres doblándose de dolor en una definitiva agonía que los conduciría a la muerte. Desde el segundo

piso, en el estrecho corredor de madera en el que estaba durmiendo, no sólo escuchaba el tiroteo sino que veía por una ventana los certeros fogonazos, pero nadie, ni por inquietud solitaria, respondía a los disparos. Se quería matar de una vez por todas el cuerpo del silencio en aquel fúnebre pueblo, y advertirnos, a Anselmo y a mí, que no éramos personas bienvenidas. Yo, ilusa, creí que la balacera era de lo más natural en un pueblo tan sombrío, perdido en la noche como criatura de seis años. En la madrugaba aún intentaba dormir; se silenciaron los disparos; la noche se agazapó en una quietud sospechosa poblada de hostilidades.

En la mañana, después de desayunar, de camino al cuartel del Ejército, al cruzar por el parque una patrulla detuvo a Anselmo porque no llevaba salvoconducto. Debía salir de inmediato o desaparecer del pueblo. Ante mis ruegos, y especialmente cuando mostré la tarjeta del ministro de Guerra, le permitieron acompañarme. En el cuartel, la guardia dijo que regresara en la tarde, que el comandante no podía atenderme por estar ocupado; la tarjeta del ministro la retuvieron para entregársela a él en persona.

Por una corazonada que suelo seguir cuando la siento, fuimos con Anselmo a la Alcaldía para hablar con el alcalde, un teniente jovencito, muy querido. No hice antesala, me hizo pasar a su oficina. Después de escucharme, preocupado, se levantó de su silla y dijo que lo acompañara; Anselmo regresó al hotel. Caminamos cinco cuadras. Al final del pueblo me condujo a una vieja desmotadora de algodón que servía de cárcel para los llaneros sospechosos de ayudar a los guerrilleros liberales, los puso en fila, y uno a uno observé sus rostros: muchos altivos, otros agobiados por la mansedumbre, la mayoría con la incertidumbre brotada como viruela en los ojos. En ningún rincón encontré rastros de la existencia de Ezequiel. El regreso lo hicimos en absoluto silencio; de poca conversación resultó el teniente-alcalde. Más adelante, cerca del parque, bajo la sombra de una hermosa ceiba, como girando sus pasos, dijo con dejo solitario en su voz:

—Acompáñeme.

Cruzamos la calle y al final del recorrido entramos a una casa de dos pisos llamada Casa Consistorial, acondicionada como cárcel en la

propia Alcaldía: me llevó a todas las celdas y me permitió observar a los presos que, al sentirse observados por mí, escondían el rostro entre los brazos y piernas como ocultando su propia identidad. En ninguna de las celdas percibí ni el olor ni la presencia de Ezequiel. Por el contrario, su ausencia se tornaba como un nudo en la garganta, como si se desatara un río de sollozos. Debía mantener la compostura, no desfallecer. Cerca de la puerta de salida de la cárcel, un guardia llamó acelerado al joven teniente-alcalde para que se pusiera al habla por la línea telefónica: escuché claramente un sí reiterado de culpabilidad al teniente-alcalde. Cuando salimos a la calle era otro hombre, sus modales cambiaron 180 grados en su actitud para conmigo. Pensé: Dios mío, le pegaron una tremenda reprimenda. Seco y distante, dijo con cierta brusquedad:

—Señora, perdone que no pueda seguirla acompañando… —entonces taconeó, se deshizo de mí al darme la espalda sin despedirse.

—Acompáñeme, para que me dé un poco de suerte —le dije a Anselmo en la tarde para cumplir la cita con el comandante del cuartel del Ejército.

No sé por qué, esperanza que cuelga de un árbol cualquiera, llegué a pensar que en esta visita al Batallón Tarqui, acantonado en Miraflores, encontraría un pequeño indicio de la suerte que había corrido Ezequiel en su siniestro itinerario. Espejos de confianza que tiene una dentro de sí misma para alimentarse en vano. No quería echar a perder ese asomo de optimismo. En la guardia dijeron que Anselmo no podía acompañarme en la reunión con el señor comandante. Se quedó esperándome sentado en una silla que le ofrecieron, totalmente apaleado, debía sentirse un inútil como compañía para mí. En la oficina, vi que el comandante tenía la tarjeta del ministro de Guerra debajo de una lupa; guardó la lupa como juguete en el escritorio y alzó la tarjeta, luego la colocó debajo de un vidrio grueso que resguardaba la madera del escritorio. Me miraba como si yo fuera una fiera en acecho, dispuesta a dar el zarpazo. Cuando pudo observar la calma contenida en mi semblante, incluso se puso gentil. Sin mucha arandela, para evitar que saliera a flote mi agresividad verbal, le dije:

—Yo vengo, como dice la tarjeta. Llegó este escrito a la prensa y tengo la seguridad de que a mi esposo lo trajeron aquí. He venido para averiguar qué pasa con él, por qué lo trajeron para Miraflores, cuál ha sido su suerte…

Le apareció una sonrisa en los labios decretada por su voz de mando y dijo que No sabía nada al respecto, que No tenía ni idea de su paradero, que en esta guarnición nunca había estado como detenido. Yo quería seguir manteniendo el tono de voz de mi ingenuidad:

—A mi esposo lo trajeron detenido a esta guarnición, a él no lo pide ningún juez del país. Él no ha hecho nada. ¿Dónde están esos cargos, cuáles son, en qué juzgado está la denuncia? —Habló gentilmente pero con enorme desgano, sofocándose el cuerpo como si estuviera en pueblo de tierra caliente:

—Mi señora, usted debe entender. La situación de orden público está grave en todo el país, especialmente en esta zona límite con los Llanos Orientales.

Habló, con parsimonia de cucarrón hundiéndose lentamente en cueva de tierra blanda, del ataque en la noche de ayer en Miraflores. Le pregunté, controlando la alteración que ya presentía en mi espíritu:

—¿Ataque de quién?

—Hubo que disparar y no sé contra quién… Fíjese que ayer estando aquí sonaron dos disparos… —respondió ya encuevado como cucarrón en tierra blanda.

—Por esos dos balazos, respondieron con ese enorme gasto de pólvora. —No podía soportar su vil y asquerosa gentileza. Al despedirme, le dije entre dientes:

—Gracias, señor comandante, por su generosa información… —él asumió mi despedida como un fino acto de educación.

Me sentía el ser más inútil bajo el peso de mi sombra que ya se había vuelto en esta aventura contra la muerte como un viejo y oloroso abrigo raído por el tiempo. No había podido conseguir noticias, tampoco indicios ante semejante tumba humana, de lo sucedido con la suerte de Ezequiel. Su boca sellada era un rotundo NO despreciable. Su boca, una tumba carcomida por el silencio expandiéndose con los vientos como cortejo fúnebre. Yo quería seguir

hacia el puesto militar de Buenavista para poder encontrar las últimas huellas transitadas por ti, querido Ezequiel, en el último ajetreo de tu respiración. Pero no tenía quién me prestara un caballo ni quién se ofreciera de guía. Temeroso, el miedo caminaba cabizbajo por la población, hundido en sus ojos; oleadas de niebla y frío azotaban sin piedad estos interminables nudos de la cordillera Oriental. Sentía que me estaban ahorcando con alambre de púas. Lo sabía como verdad suprema: a Ezequiel lo condujeron como prisionero al puesto militar de Buenavista, luego, a cinco minutos de camino, lo fusilaron. Presentía sus huellas muy cercanas a mis manos: su agonía penetraba mi ser poro a poro, como aire cercano. Me dijo Anselmo, nervioso:

—Devolvámonos para Bogotá.

Lo sucedido en mi casa el 13 de marzo de 1953 a las diez de la mañana no fue ninguna sorpresa: ya nada sorprendía a mi adolorido corazón; lo ocurrido apenas fue una leve bofetada en mi rostro. Porque cada instante que estaba viviendo la ausencia definitiva de Ezequiel era para mí una señal de constancia que señalaba mi cuerpo: no debía detener mis impulsos para hallar el sitio sagrado donde yacían sus restos. Al encontrarlos, volvería a completar su estatura de hombre frente a mis ojos incansables, buscadores de sus recuerdos. No era la infinita nostalgia por el amor perdido lo que me había vuelto una mujer obsesiva, solitaria en mis desvaríos. Lo que aferraba mis manos al marco de la ventana como si fuese lluvia pertinaz, humedad que se profundiza en las grietas de las paredes, calor insoportable que termina por convertirse en terreno abonado para fecundar bichos de cualquier naturaleza, era la imagen que no podía desterrar de mis pensamientos en las madrugadas de dos meses seguidos, en las que no cerré los ojos para dormir: el hombre amado no puede desaparecer así porque sí como aire juguetón arrastrado por un infame viento, un día o una incierta noche.

22. *Lápiz Rojo*

Don Gabriel Cano, director de *El Espectador*, citó a una reunión

urgente con el grupo de periodistas que conformábamos el equipo de redacción. Era un hombre directo y siempre iba al grano con el contenido de sus pensamientos, expresados con la mayor cordialidad y cierta ironía por su sentido del humor; leyó la siguiente comunicación:

> Bogotá, 11 de junio de 1954.
> Señor director de *El Espectador*
> La ciudad.
> Señor director:
> Tengo el gusto de presentarle al señor doctor Hernando Jaramillo Angarita, prestigioso abogado, quien ha sido designado para ejercer el cargo de censor-coordinador de su importante periódico.
> Aprovecho la oportunidad para suscribirme como su amigo y seguro servidor.
> Jorge Luis Arango, director de Información y Propaganda del Estado.

—Estimados colegas, por lo tanto, les anuncio que tenemos censor particular en casa. Según la Oficina de Información y Propaganda del Estado, conocida como la Odipe, el señor Hernando Jaramillo Angarita comenzará su trabajo como censor oficial esta misma tarde… En una hora aproximadamente hará presencia en la sala de redacción…

El anuncio del señor director produjo una hecatombe emocional en todos los presentes, pues la noticia significaba tener de cuerpo y rostro a un individuo cuyo nombramiento como censor oficial había despertado en él la inaudita pasión por tachar lo que escribía el otro. Historial patológico, delirio, especie de fiebre palúdica en la infame cacería con todos los hierros del pensamiento escrito.

Pero su presencia por lo menos traía una pequeña ganancia en el tiempo de impresión y distribución del periódico. Con la censura en casa, se evitaría enviar las tiras de prueba al Capitolio Nacional a la oficina correspondiente, anexa al Ministerio de Gobierno del señor Pabón Núñez. Allí, a sus anchas, un ansioso equipo de sabuesos bien amaestrados destrozaba artículos y comentarios, cuando no los rechazaba del todo. Lo cual como paradoja resultaba mejor. Porque se había establecido una nueva modalidad de la censura: el censor de turno añadía, por parte de su supuesta sabiduría y estilo, palabras, frases enteras a los artículos e informaciones y, claro, no sólo se

desarticulaba por completo el original, cuanto que el autor aparecía diciendo cosas que ni siquiera habían discurrido por su mente. O contradiciéndose, pues su escrito resultaba envenenado por infiltración de la jeringa del pensamiento censor.

Las fotografías que iban a ser publicadas no escapaban de la siniestra cirugía de borrar o cambiar el sentido de la palabra escrita. Se debían remitir a la oficina de censura para su santísima bendición. Los pies de fotos eran autoría del censor asignado para su análisis visual.

En Colombia, entre los años 1949 y 1956, crece como maleza la nefasta censura de prensa. Los regímenes policíacos de Ospina Pérez y Laureano Gómez querían sepultar el derecho a pensar distinto. Y había que desterrar para siempre el peligro subversivo de la palabra escrita. Con el actual régimen dictatorial de Rojas Pinilla se configura una mentalidad demoníaca, la mentalidad del censor oficial. Régimen que por naturaleza adquirió la enfermiza y paranoica actitud de publicar y leerse a sí mismo. Régimen autocastrado intelectualmente para imponer sus ideas a la fuerza.

Apareció el señor Hernando Jaramillo Angarita, hombre de buen porte, rostro salpicado de hoyos, quizá picado por cientos de avispas bravas, mirada cercana inyectada de expresa lejanía; de corbatín, chaleco y gabardina gris muy usada por los agentes del Servicio de Inteligencia Colombiano, y una risa dibujada en los labios de perro pequinés, pues sus dientes siempre a la ofensiva amenazaban con una mordedura fatal. En fin, cuando habló lo hizo con la forma cordial de quien tiene el peso y poder de la verdad absoluta al juntar las manos en actitud de rezo y dejar los dedos bajo la sombra de su aguda nariz:

—Señores periodistas de *El Espectador*, la Oficina de Información y Propaganda del Estado me ha asignado la tremenda responsabilidad, y a la vez el altísimo honor, de trabajar con ustedes en la revisión concienzuda de los artículos escritos por tan insignes plumas. Pero, además, la Oficina de Información y Propaganda del Estado me ha pedido decirles que su infinito deseo es, y será, propender a un puente de entendimiento al evitar innecesarias desavenencias con un periódico digno y representativo de nuestra democracia, como lo ha

sido y será el diario *El Espectador*.

De reojo miraba a mis colegas, en un ejercicio de investigación mental, y los imaginaba lanzando contra aquel sujeto un batallón de improperios, dichos y firmados por la voracidad de sus agudas e implacables inteligencias.

El señor Hernando Jaramillo Angarita, en el instante en que alborozado se posesionó del escritorio en el rincón asignado en la sala de redacción, se quitó el saco y lo dejó en el espaldar del asiento de madera, quedó con pulcro chaleco, corbata y mancornas enchapadas en oro; puso sobre el escritorio dos cajetillas de cigarrillos Camel; abrió un maletín negro de cuero y organizó con inaudita meticulosidad los bártulos utilizados en su ardua labor profesional: limpió los vidrios gruesos de sus gafas con un pañuelo blanco, soplando vaho de su boca por cinco minutos, luego se las colocó y cerró los ojos, respiró hondo y profundo; sacó un par de mangas de tela negra con resortes en una de las puntas, como las que utilizan los cajeros de bancos, se las puso y afianzó los codos sobre la madera a manera de ensayo, y satisfecho continuó con la labor de sacar objetos del maletín; abrió una caja de colores rojos y comenzó a sacarles punta uno a uno con tajalápiz escolar, con medida y exactitud asombrosa, y luego los ensayaba haciendo interminables líneas sobre una tira de papel periódico, líneas de igual altura y grosor que finalmente él observaba en un juego de imaginación febril, como el máximo de sus límites cerebrales; desenrolló una litografía de medio pliego del general supremo y la colocó con cinta pegante en la pared que daba a su espaldar como si fuese ángel tutelar; sacó una caja de palillos y de inmediato hurgó por un instante y limpió las muelas del maxilar superior y después comenzó a chupar el palillo como dulce que se deslíe lentamente en saliva; sacó un diccionario de tamaño mediano de la lengua castellana, lo hojeó con pasión infinita y lo puso a su derecha; sacó dos cuadernos de línea corriente, especie de vademécum especializado para consultar sus dudas profesionales. El primero contenía una colección de palabras prohibidas escritas en mayúsculas que no debían publicarse en el periódico: democracia, paz, justicia, dignidad, comunismo, orden público, dictadura del

proletariado, huelga. Nada sobre el orden público, ni sobre actividades ni, menos, críticas a los funcionarios oficiales. No podían mencionarse los partidos políticos ni nombrar la Constitución Nacional. Mucho menos hablar de elecciones populares o escribir sobre el estado de sitio.

El segundo cuaderno se refería a situaciones políticas y sociales innombrables en el contexto internacional: no se podía describir o enunciar los acontecimientos que estaban sucediendo; por ejemplo, en Argel, los movimientos de tropa en Siria, las maniobras militares en Egipto, las huelgas de los trabajadores en Estados Unidos, la carestía de la vida en Nicaragua o la rebelión en Cuba.

Y, finalmente, sacó del maletín una pequeña cartera-cantimplora metálica que contenía brandy, bebió dos tragos y la guardó con celo en uno de los cajones del escritorio; se dispuso a trabajar, estirando las piernas y colocando las manos sobre la nuca. Debía ser un ejercicio preliminar de relajación mental. Por último, sacó una pelota de caucho que de inmediato comenzó a empuñar con la mano derecha mientras apretaba las mandíbulas, como si sufriera de estreñimiento. Pero luego supimos, por observación colectiva de los redactores, que esa acción era una especie de ritual para dar comienzo a la cacería de palabras prohibidas, iniciada realmente después de entrar al baño y lavarse las manos durante cinco minutos.

En pocos instantes, su escritorio estaba inundado de tiras de periódicos con diversos originales que los redactores fuimos dejando sin decir palabra alguna que él, meticuloso, organizó por secciones que debían aparecer en el periódico al siguiente día. Pero nuevamente abrió los fauces del maletín negro y extrajo un tercer cuaderno que parecía sin usar y con pluma Parker de tinta negra lo inauguró al escribir con caligrafía Palmer de arabescos bien dibujados: *Diario de trabajo*; en la primera página escribió fecha, hora; luego agregó revisión del periódico *El Espectador*, y añadió otro dato, el número de la edición que escrutaría.

Debo agregar en mis notas personales, pues no sé cuándo tendrían el honor de ser publicadas, en cuestiones de política soy simplemente un lerdo, que lo comenzamos a llamar *Lápiz Rojo* así, claro,

clandestinamente, por colocar el lápiz sobre la oreja derecha, era de cumplimiento estricto en cuestiones de horario, digamos que fanático de la puntualidad para llegar a la misma hora, salir pleno y satisfecho a cualquier hora en la noche, al culminar siempre su labor de censor.

Para este hombrote, gris en su sapiencia, manejador experimentado del lápiz rojo, la cacería de la palabra prohibida se volvió la máxima emoción de la vida: calculaba, pensaba, tachaba, salivaba la punta del lápiz, volvía a tachar hasta dejar la página escrita convertida en un laberinto de frases inconexas, incongruentes. Infalible, nunca borraba o corregía lo que escribía con lápiz rojo, como signo demostrativo de su dominio en los campos del lenguaje y de las ideas. La palabra escrita era como la presa que huía, esquiva se escondía en la oscuridad de la frase, en los esguinces analógicos o en remembranzas históricas comparativas con un pasado presente o en simples ejemplos de actualidad. *Lápiz Rojo,* agazapado en la precisión del inquisidor profesional, con los codos bien puestos sobre el escritorio, respiraba profundo hasta sumir el estómago, sudaba a chorros como nevera descongelándose y finalmente disparaba con precisión la tachadura. Exclamaba, muy orondo, al navegar en su satisfacción, abría el cuaderno en que llevaba su *Diario de trabajo* y escribía con rapidez sobre la frase atrapada o el calificativo minimizado, ardid del periodista. En aquella infausta cacería, *Lápiz Rojo* se imponía la obligación de descubrir en las palabras escritas cualquier mínima alusión, considerada por él como perversa y a la vez un insulto contra la figura del «jefe supremo» en relación con el régimen. Porque en la batalla de las alusiones directas o indirectas él asumía el reto como algo personal, al percibir que el escrito quería eludir su sapiencia en el arte de tachar la palabra. En este sentido, él se creía un cruzado de la Edad Media, defensor de la palabra oficial. Él pensaba, si es que pensaba, que era un hombre todopoderoso, porque al tachar la palabra localizada decretaba su muerte por ostracismo. El ostracismo decretado le permitía defender a la opinión pública de la influencia nefasta de los escritos que el Gobierno calificaba de subversivos. Era un héroe anónimo del régimen.

Él, con su arduo trabajo, al mismo tiempo se liberaba de sus propias

dudas existenciales, porque en esa batalla silenciosa era quien quería ser. En la hora del almuerzo, solitario en mesa solitaria, nadie lo acompañaba; la distancia establecida entre él y nosotros era de una mudez profundamente meditada; nadie quería arriesgarse a escuchar mientras expresaba su pensamiento, tachaduras rojas en el lenguaje hablado, como si lo que se dijera quedara con manchas rojas de picaduras de viruela. Entonces, antes de comer como un señor contorsionista, encogía brazos, piernas, y se metía en posición fetal en una especie de lata grande de sardina en aceite. Almorzaba silencioso; al terminar la comida, para hacerse sentir entre nosotros, producía un eructo simple de exclamación, luego, no prendía un cigarrillo sino que sacaba a relucir una pipa inglesa, la llenaba de picadura fina y establecía un monólogo con los arabescos del humo que se iban formando alrededor de su rostro.

En la primera semana, la labor de *Lápiz Rojo* se cumplió en términos de lo formal implícito impuesto por la Oficina de Información y Propaganda del Estado, es decir, escribir lo que se podía publicar, según lineamientos oficiales establecidos. Pero ese juego siniestro tenía como reto las tácticas lingüísticas que cada periodista introducía en sus escritos para eludir la implacable cacería de *Lápiz Rojo*. Cuando algo así sucedía, triunfo de la inteligencia contra la barbarie, al día siguiente, él, periódico en mano, después de leer y releer página por página, señalaba con *Lápiz Rojo* el párrafo, el calificativo o la analogía que había escapado a su sevicia inquisitorial y como castigo consigo mismo se flagelaba, al imponerse la tarea escolar de hacer planas y planas en su *Diario* sobre la idea fugitiva ya impresa. Lógico, ese día su genio era de perro rabioso: ladraba en monosílabos y terminaba por morderse la cola. Entonces su rostro anunciaba, como aviso clasificado, la ferocidad de la mordedura que daría a futuros originales: no sólo las tiras escritas por el agresor, cuanto las del conjunto de redactores, aparecerían por tres días consecutivos con cambios estilísticos en los textos, además de introducir sus ideas en el escrito para cambiar los conceptos originales y, al final de la tira, algo inusual en él en letra roja y escrita en imprenta: «se publica…». Claro que por respeto profesional el redactor volvía a escribir el artículo que

sabía tendría posteriormente una coletilla escrita en rojo: «no se publica». Gajes del oficio.

Lo siniestro comenzó a vislumbrarse cuando nuestro censor de cabecera pasó la siguiente circular por la sala de redacción:

> Señor director de *El Espectador*. Ciudad
>
> Señor director:
>
> Siguiendo instrucciones superiores me permito comunicarle que desde esta fecha queda prohibida la publicación de toda nota, información, comentario, editorial o gráfica que se relacione con el 13 de junio de 1953; con el gobierno que regía los destinos del país hasta la fecha y con el gobierno que rige desde el citado 13 de junio hasta el presente.
>
> Quedo del señor director, atentamente.
>
> (Fdo) Jorge Luis Arango, director de Información y Propaganda del Estado.

Ocho días después *Lápiz Rojo* leyó ante la sala de redacción, con su voz aflautada, una carta en la cual fijaba normas y señalaba premisas sobre el material que tendría profusa divulgación en las próximas ediciones: se publicarían como cuestión prioritaria, por orden de la Oficina de Información y Propaganda del Estado, fotografías seleccionadas del «jefe supremo» y los discursos oficiales en su totalidad. Claro, con titulación, columnas y páginas establecidas. Desde luego, el periódico trataba de eludir tales órdenes, en determinadas situaciones, cuando el director don Gabriel Cano indicaba al periodista político que introdujera un comentario o glosara partes del discurso de su Excelencia. Pero de inmediato la represalia de *Lápiz Rojo* no se hacía esperar: sonriente, digamos que burlón, se paseaba por la sala de redacción abanicándose el rostro con la circular, como diciéndonos: señores periodistas, olvidaron los acuerdos estipulados en la reciente circular: nada de críticas, nada de glosas en los discursos de su Excelencia… Sonriente, nos daba con cierto desdén su amplia espalda.

Su labor de tachador de tiras llegaba a extremos inauditos: ninguna noticia o información sobre necesidades de los departamentos, de una ciudad o un simple barrio olvidado, se podía publicar antes de su lectura. Lo cual suponía, como es obvio, un trabajo descomunal para redactores, linotipistas, correctores, quienes debían escribir otra vez,

levantar o corregir nuevas galeradas de originales para reponer los textos que él, por imposición, echaba a perder.

Pero el sumo de satisfacción que encumbraba su ego a dimensiones desconocidas era la ansiosa espera, sentado frente a su escritorio, apretando con la mano derecha, nervioso, la pelota de caucho, del editorial del día. Era su plato preferido. Alistaba una acuciosa fila de lápices rojos. Su mirada dislocada emergía como caudal de aguas negras.

El listado de temas prohibidos aparecía en su memoria como fantasma domesticado, escrito con tiza roja en un enorme tablero negro: el editorial no podía arriesgar sutiles comentarios sobre política nacional y, menos, sobre un tema crucial para el régimen como la economía del país; le estaba vedado al editorialista inmiscuirse en falaces comentarios sobre elecciones, tampoco adentrarse en análisis comparativos con ejemplos en la política internacional; el editorial debía pasar de soslayo, cubriéndose con paraguas sobre cuestiones como la educación, y mucho menos tocar la puerta de la santa institución de nuestra Iglesia católica; el editorial no podía sumergirse en cuestiones analíticas sobre el Ejército Nacional y su trayectoria en la historia del país; el editorial no debía comentar acontecimientos ocurridos en naciones en las cuales también se estuviera librando una batalla entre el despotismo y la libertad. *Lápiz Rojo* encontraba la plenitud emocional en su trabajo cuando el editorial, tantas veces tachado, apuñalado por él, finalmente, por decisión de la dirección del periódico, optaba por publicarlo como espacio en blanco. Pero su juego siniestro de implacable censor quedaba al descubierto ante nuestros lectores: cada quien imaginaba lo que posiblemente se había escrito en aquel lugar. Entonces el espacio blanco adquiría entre los lectores dimensiones de acérrima crítica contra el régimen.

Ese duelo diario entre la palabra escrita y el acucioso perseguidor se resolvía, en algunas ocasiones, de manera salomónica: había que ceder las columnas de honor a escritores extranjeros que trataban temas de astronomía, cine, medicina o la vida de los habitantes del lejano Himalaya. Indudablemente para él, esa solución lo dejaba imperturbable y lógico; utilizaba el tiempo de ocio en monologar con

su pipa inglesa. En su interior masticaba su risa pecaminosa.

Una noche llegó a tal punto la labor de poda y de rechazo de *Lápiz Rojo,* algo desequilibraba su estado de ánimo, que la primera página sólo se pudo armar con una exhortación del Sumo Pontífice y clisés de hechos sociales sin mayor importancia, a lado y lado de la plana. En la página de avisos limitados apareció por varios días un inocente anuncio. Se trataba de un liberal, padre de familia, solicitando empleo. Había sido despedido de la oficina donde ganaba el sustento para sus hijos. Saltó el ojo avizor de *Lápiz Rojo*, quien revisó los periódicos de los días anteriores, y vino el ultimátum: no podía seguir saliendo dicho aviso. Se creyó en los altos círculos de la dictadura —no era una suposición nuestra— que aquel inocente aviso era un subterfugio más para hacer una velada oposición al régimen. *Lápiz Rojo* exigió desde entonces el envío a su escritorio de pruebas de los avisos clasificados que iban a ser publicados en la edición del día siguiente. Y en la diaria redada a que era sometida la palabra escrita, *Lápiz Rojo* incluso terminó por prohibir los anuncios pagados por el Teatro Colón de sus espectáculos culturales, especialmente de *Fuenteovejuna*, obra montada por una compañía de teatro español que visitaba la ciudad por esos turbios días.

De pronto, sin saber nosotros el origen de la orden, *Lápiz Rojo* dispuso la revisión en los propios talleres de armada del periódico. Sorpresas de la inexorable censura: bajaba a los talleres y revisaba con meticulosidad aterradora y celo cositero la totalidad de cada una de las páginas ya impresas en pruebas y listas para el tiraje. Y allí funcionaba de nuevo su lápiz aterrador. Cuando hallaba algo que no fuera de su agrado, algo que se había pasado en su primera lectura o descubriera una desobligante alusión a su «jefe supremo», frase, cliché, caricatura, ordenaba su retiro inmediato. Lo cual representaba un atraso de varias horas, ya que había que desarmar una o más páginas, armarlas de nuevo, para que la rotativa echara a andar.

23. La espalda alejándose

El 13 de marzo a las diez de la mañana, para mi desgracia y dolor, no fue la imagen viva de Ezequiel la que entró por la puerta principal de la casa. No podía ser la imagen de la efímera ilusión. Por el contrario, entraron ellos, ocho soldados de civil de los servicios de inteligencia del Ejército; ocho anodinos hombres disfrazados de hombres armados, con carné de autoridad que abre puertas con pasos de terror, al mando de un sobrino del general Reyes Gómez. Golpearon brutalmente la puerta, investidos de autoridad carcelaria. Les abrí la puerta, se identificaron con carné en mano y la voz de mando dijo de manera sombría:

—Tenemos orden de registrar la casa.

No dijeron: su casa, señora de Toro. Entraron y distribuyeron sus olfatos de perros cerreros, al dispersarse cada uno por los rincones de la casa. Tres de mis hijos estaban sentados alrededor de la mesa del comedor haciendo los deberes escolares. Ellos quedaron paralizados como figuras de cera, cada uno con el asombro que maniataba sus movimientos. Yo intenté seguir a cada hombre en su ronda siniestra: abrieron el armario, dejaron en el piso la ropa de cama, la ropa interior de Ezequiel, la ropa íntima mía, la ropa de los niños; vaciaron los cofres con mis joyas, quitaron de su lugar porcelanas y bajaron cuadros de las paredes; saquearon el viejo escritorio de caoba de Ezequiel, sus papeles los metieron en una tula de tela; en la cocina revisaron ollas, sartenes, y lógicamente desacomodaron de su sitio en la estantería la loza fina para servir a nuestros invitados; miraron, mirones, debajo de las camas, levantaron colchones; inquieto, uno de ellos se subió en un asiento para rondar los ojos, como minero en excavación, por encima de las lámparas que colgaban de los techos; oficiosos, entraron al sanitario y revisaron el inodoro, los cepillos de dientes de toda la familia; de pronto el jefe de la ronda del servicio de inteligencia del Ejército me preguntó, así como cogiéndome despistada:

—¿Dónde guarda los zapatos su esposo?

El señor jefe de la ronda del servicio de inteligencia del Ejército ha debido preguntarme:

—¿Señora de Toro, dónde guardaba los zapatos su esposo

desaparecido por nosotros?

La verdad es que no entendía su interés por los zapatos de Ezequiel. Obediente, le seguí la cuerda a su interés y yo misma lo llevé al sitio donde Ezequiel guardaba los zapatos; por cierto, volví a ver sus zapatos bien lustrados en el cajón de abajo del armario que estaba en nuestra alcoba. El jefe de ronda del servicio de inteligencia del Ejército revisó cuidadosamente, meticuloso, zapato por zapato, marca por marca, clasificándolos, y al final bruscamente dijo algo ininteligible para mí:

—No encontramos los zapatos que buscamos…

Tres extenuantes y duras horas duró la ronda de los servicios secretos del Ejército a mi casa. Orondos, impasibles en su crueldad, querían llevarse la tula de tela llena de papeles de Ezequiel sin dejarme siquiera una constancia. Entonces les dije, ya con la furia quemándome los labios:

—Señores, ustedes no salen de mi casa si no me dejan un recibo de lo que llevan en esa tula. —Uno de ellos, un tal Rosas, escribió con afán en un papel sin membrete lo siguiente:

> Hacemos constar que decomisamos 70 papeles de diferentes clases y pertenecientes al señor Ezequiel Toro. La cédula No. 1.308.284 de Bogotá. Libreta de Servicio Militar 166790 y pasaporte No… expedido a nombre de Ezequiel Toro. Bogotá, marzo 13 de 1953…

Después de dos meses de haberlo sacado con vida de nuestra casa dos señores del servicio de inteligencia de la Policía, ahora regresan otros de inteligencia del Ejército a llevarse documentos de identidad de Ezequiel, quizá para identificarlo con la mano larga de la muerte. ¿Por qué tanto interés en sus zapatos? Como hombre vivo, ¿lo tendrán caminando descalzo recogiendo los pasos de la muerte? ¿Para qué necesitan documentos personales de trabajo, de propiedades, de cartas íntimas escritas para mí en sus tiempos de ausencia? La inteligencia macabra que siembra escombros de maldad y deshace y vuelve añicos los resquicios de la vida.

Tres días después de la siniestra visita a casa, a las nueve de la noche sonó el timbre del teléfono. Desganada como estaba, no deseaba levantar la bocina. Tantas agujas de la infamia atravesadas en el

corazón, sintiendo que no tenía espacio en el cuerpo para el dolor. Al levantar el aparato, reconocí de inmediato la voz conocida de Felipe González Toledo, el periodista de *El Espectador*. No me dio tiempo para saludarlo efusivamente.

—Doña Tránsito, le tengo noticias… Necesito verla mañana a la misma hora y en el sitio donde nos encontramos en la cita pasada…

Los resortes de la emoción equilibraron mi tristeza y sentí un sentimiento iluminado de esperanza.

—Felipe, claro que sí, estaré a la misma hora.

Lo encontré puntual en el habitual rincón de la cafetería Roma, sentado en la misma silla, empedernido, fumando como una locomotora. Dejamos por acuerdo tácito los preámbulos dramáticos de nuestra anterior entrevista.

Después de que él tomó café y yo té en leche, me hizo entrega de un nuevo anónimo que había llegado al periódico. El remitente explicaba, en nota aparte, que utilizaba el periódico como buzón de correo porque sabía que la residencia de la familia Toro era vigilada y su correspondencia sometida a rigurosa censura oficial. Me reí con ironía. Felipe González Toledo se sorprendió con mi gesto y le pedí disculpas porque lo sentí coartado en su relato. Entonces le expliqué la razón de mi risa:

—Son dos hombres que se han vuelto como estampillas frente a mi casa. Se turnan, fuman igual, incluso cigarrillos Pielroja, tienen la misma forma de pararse y caminar; agarrados de sus paraguas, aguantando torrenciales aguaceros, son igualitos cuando miran detenidamente a toda hora la puerta y ventanas de mi casa; no se desprenden de mi sombra cuando salgo a cualquier diligencia al centro de la ciudad; los tipejos se han vuelto figuras familiares, pues al salir los saludo y me despido de ellos con cierta cordialidad…

Como si fuese un eterno observador, Felipe González Toledo me hizo entrega de la carta anónima. La leí con la voracidad y ansiedad de buen lector:

«Señora de Toro, no busque más a su esposo el capitán Ezequiel Toro con vida. El capitán Toro fue ultimado en el sitio conocido como El Boquerón, a poca distancia del puesto militar de Buenavista…». El

corresponsal anónimo me recordaba detalles de mi brevísima estadía en Miraflores, para que no dudara de su palabra escrita: «Recuerda que la noche que usted pasó en el Hotel Miraflores se desató un absurdo y violento tiroteo. Fue un tiroteo inútil. Solamente se trataba de que usted se asustara y no insistiera más en sus averiguaciones ni se aventurara a seguir hasta Buenavista». Agregaba otros datos significativos: «A los dueños del hotel les impusieron una multa por colaborar con usted y su familiar y facilitarles alojamiento… El capitán que la atendió en el batallón no era el comandante. El coronel Cuervo Araoz evitó encontrarse con usted, por obvias razones…». ¿Entonces, el tal coronel Cuervo Araoz fue quien ordenó trasladar a Ezequiel de Sogamoso hasta Miraflores? Descontrolada, me levanto del asiento y doy un alarido de animal herido de muerte. Inconsolable, entre sollozos exclamaba:

—De Miraflores dieron la orden de su fusilamiento, la orden de matarlo, Dios míooo…

Las suaves palabras de Felipe me hicieron volver a la calma, y más sosegada le dije:

—Claro, no puedo dudarlo, quien escribe el anónimo es, con plena seguridad, el jovencito teniente-alcalde de Miraflores.

En su escrito se manifestaba «mortificado y amargado por una culpa no cometida por él…». Me pedía comprensión por lo delicado de su situación personal: «Usted, mi señora, como esposa de militar, sabe muy bien lo que significa pertenecer a una institución como el Ejército, que tiene su disciplina y sus normas disciplinarias las cuales deben cumplirse al pie de la letra. Uno no piensa por sí mismo. Otros piensan y ordenan por uno mismo…». Al final de la misiva anónima, me deseaba éxitos en el esclarecimiento del asesinato de mi esposo: «Yo solamente puedo ayudarle con este simple escrito».

En resumen, para mi conciencia, el itinerario de Ezequiel hacia la muerte fue el siguiente: los agentes 1014 y 1017 de la División de Policía de Bogotá lo sacan de la casa el día miércoles 11 de febrero y esa noche queda detenido en la División de Policía de la carrera 7.ª; al día siguiente, jueves 12 de febrero a las dos de la tarde, en el tren que salió de la Estación de La Sabana, yo acompañé a Ezequiel y a sus dos

guardianes hasta Sogamoso. Esa noche con Ezequiel nos alojamos en el Hotel Europa; los guardianes vigilaron durante la noche la puerta de nuestro cuarto para que no escapara. El día 13 de febrero, viernes, más o menos a las siete de la mañana, los agentes 1014 y 1017 pertenecientes a la División de Policía de Bogotá presentaron a Ezequiel en la guardia del cuartel de policía y desde ese momento quedó detenido a órdenes del Comando de la Brigada de Tunja. De recibirlo se encargó un capitán del Ejército, del cual lamentablemente no recuerdo su nombre, no lo grabé porque nunca imaginé cuál sería la suerte final de Ezequiel. Ese viernes desapareció Ezequiel definitivamente para mis ojos. Los días sábado y domingo, 14 y 15 de febrero, me alojo en el mismo Hotel Europa y durante los dos días fueron infructuosas mis averiguaciones del porqué y cuáles fueron las razones de su injusta detención: en la División de Policía y la Brigada del Ejército me negaron cualquier información en ese sentido. El día lunes 16 de febrero regreso desesperada a Bogotá en el tren de la madrugada para buscar un abogado y quejarme de la injusta situación de Ezequiel ante el procurador general de la nación. En la capital adelanto toda suerte de gestiones para obtener la libertad de Ezequiel. Vuelvo a Sogamoso el 17 de febrero, martes a mediodía, y en la Brigada el capitán Ahumada me informó que a Ezequiel «como que le habían dado libertad». No creo esa dichosa noticia, Ezequiel de inmediato se hubiera puesto en comunicación conmigo o hubiera dejado alguna noticia para mí en el Hotel Europa…

En la Primera Brigada me salgo de casillas en el resumen que estoy haciendo para mi conciencia y le digo al coronel Manuel Agudelo, dedos nudosos y voz melindrosa de serpiente venenosa:

—Al capitán Ezequiel Toro lo recibieron con vida en calidad de detenido en la División de Policía de aquí de Sogamoso. Fue traído de Bogotá por órdenes suyas, no sé con qué cargos jurídicos. Según noticias que tengo, a Ezequiel lo sacaron en la madrugada de la División de Policía de Sogamoso el día 17 de febrero rumbo a Miraflores y de Miraflores, en compañía de otros cuatro detenidos, fue remitido al puesto militar de Buenavista. Hombres de esa guarnición se encargaron de la ejecución de mi esposo, el capitán Ezequiel Toro,

y de sus cuatro compañeros de infortunio, sin fórmula de juicio, en un sitio conocido como El Boquerón, a un kilómetro del puesto militar…

Qué más podía decirle de frente al hombre que tuvo detenido a Ezequiel los últimos tres días de su vida, que sólo atinó a contestarme al esconder los ojos entre sus manos, para que yo no me percatara de su mirada mentirosa:

—Interesante su historia, señora de Toro. Pero la realidad de los hechos es otra. La versión fidedigna está contenida en el documento que tiene usted en sus manos: el capitán Toro entró detenido a esta guarnición y salió caminando de esta guarnición con una orden de libertad, firmada por mí con mi puño y letra, el día, si mal no recuerdo, 16 de febrero de este año. Le pido cordialmente que revise de nuevo el documento.

La infamia tiene rostro de cucaracha asustada cuando está a punto de ser aplastada por el peso de la verdad. Mentalmente volví a revisar el documento que tenía entre manos. Por requerimiento del procurador general de la nación para algo había servido mi visita, en el Ministerio de Guerra informaron que el señor Toro Martínez había sido puesto en libertad; y transcribieron el correspondiente auto, que luego me fue entregado personalmente:

> En el archivo del Comando de la Policía (Sogamoso) reposa la orden de libertad que, tomada textualmente, dice así:
>
> Fuerzas Militares de Colombia. Ejército Nacional. Primera Brigada. Comando Sogamoso, febrero 16 de 1953.
>
> Asunto: Ezequiel Toro
>
> Al DD Distrito Polinal. Sírvase poner en libertad al señor Ezequiel Toro Martínez, quien se encuentra a órdenes de ese Despacho. (Fdo) Coronel Manuel Agudelo, comandante de la Primera Brigada. (Está impreso el sello de la Primera Brigada)

—Pero si es cierto que usted, señor coronel Agudelo, ordenó la libertad de mi esposo, el capitán Ezequiel Toro, el 16 de febrero, es decir hace más de dos meses, ¿por qué no ha aparecido en Bogotá en busca de sus hijos y esposa?

Respondió con la calma de un hombre que tiene prisioneros los sentimientos de culpa en lo más profundo de su conciencia:

—Qué le ocurrió al capitán Toro en la calle cuando quedó en libertad, no lo sé, mi señora… Esta zona limita con los extensos Llanos Orientales y en esa inmensidad geográfica puede perderse con facilidad un hombre. Le pido remitirse otra vez al documento que tiene en sus manos. Un testigo que estaba de centinela en la guarnición ese día 16 de febrero asevera que vio salir a su esposo y vio cuando él se encontró con dos amigos una cuadra abajo de este cuartel.

Por inercia volví a leer mentalmente la parte final del mentiroso documento que, además del auto de libertad, incluía una explicación:

> El agente Pablo Navas, quien estaba de centinela en la puerta del cuartel (de Policía), asevera la salida del señor Toro e informa que él lo vio tomar del cuartel hacia abajo y más o menos una cuadra más abajo del alojamiento se encontró con dos señores, con quienes se saludó en forma muy cordial, y con los cuales siguió en dirección desconocida.

—Coronel Agudelo, ¿debo pensar con plena seguridad que mi esposo, el capitán Ezequiel Toro, salió feliz a la calle con la libertad firmada por usted, y en la calle se encontró con dos supuestos amigos que de un momento a otro lo desaparecieron físicamente de este mundo?

Inconmovible el detestable hombrecillo. Una piedra sin sentimientos, me miró fijo a los ojos con una mirada fulminante de despedida:

—Mi señora, esa es su conjetura sobre el asunto. En cuanto a mí respecta, la verdad y no una simple conjetura la tiene usted escrita en el papel oficial que está en sus manos…

A Ezequiel no le dieron libertad para escoger su muerte. Aparentaron darle libertad mediante un documento falso, para luego ordenar su fusilamiento. ¿Quiénes eran esos dos señores que esperaban a Ezequiel? Para mi infortunio nunca los pude identificar, porque para mis adentros esos hombres no existieron sino en la inexistente orden de libertad firmada por el coronel Manuel Agudelo. ¿Esperaban a Ezequiel? ¿Eran amigos suyos? ¿Cuál fue el destino desconocido que el agente Pablo Navas insinúa que Ezequiel y aquellos hombres siguieron? ¿Existe en realidad el agente Pablo

Navas? No deja de ser extraño que precisamente el agente Pablo Navas estuviera por casualidad en la puerta del cuartel, para atestiguar posteriormente qué camino cogía Ezequiel al salir libre de la División de Policía, precisamente ese día…

Un mes después de aquella repudiable y cruel visita a la guarnición del coronel Manuel Agudelo en Sogamoso le escribí una larga carta fechada el 23 de abril al presidente de la República, señor Laureano Gómez. No quería dejar peldaños sin subir, aunque se tratara de las mismas escaleras del Palacio de Nariño, en la búsqueda de noticias o de cualquier mínima información sobre la desaparición de Ezequiel. No sé si por causa de su enfermedad o por pura negligencia de gobernante, nunca tuve una respuesta suya. Ahora que el tiempo ha aquietado mis recuerdos, vuelvo a releer algunos de sus apartes:

> Mientras tanto mi hogar está sufriendo perjuicios morales y materiales incalculables. La educación de algunos de mis hijos quedó automáticamente suspendida. Porque tengo la certeza de la inocencia de mi esposo insisto en que haga el Gobierno una severísima investigación, confiada a un funcionario honesto. Qué aventuras políticas o sediciosas puede permitirse un hombre como mi esposo, modelo de hombre hogareño y cristiano, sin ningún ascendiente político. Un hombre de ánimo apacible, sin odios contra nadie que ejercitar, ni envidiado ni envidioso. Si mis palabras cortadas por el llanto no convencen a nadie, ¿por qué no investigan meticulosamente toda nuestra vida, para que se convenzan de la inocencia de mi esposo y del atropello de que nos están haciendo víctimas? ¿Qué peligro entraña para el Estado o para el Gobierno un modesto padre de familia trabajando en la intimidad de su hogar para atender escasamente apremiantes necesidades?
>
> Por todos los despachos que tienen conocimiento del caso se adivina la consigna de no decir nada, de no decir la verdad. Si mi esposo está vivo, que abandonen esos métodos de crueldad que han enfrentado a mi pobre hogar y digan por qué lo detienen, qué hicieron con él. Abominamos los sistemas de odio, crueldad y violencia como sistemas foráneos perniciosos y aquí están entronizados entre algunos elementos oficiales, a los cuales no es aventurado decir que teme el mismo Gobierno. La amarga realidad que mi hogar está viviendo está a punto de quebrantarme la fe. Y lloro por la fe de mis hijos que miran atónitos y expectantes la suerte de su padre. Imploro su ayuda por la vida y la libertad de mi esposo.

Los gobernantes no padecen los dolores de sus gobernados; por el contrario, son los culpables de sus padecimientos. Pero sí creo que el

señor presidente debía saber lo que estaba sucediendo en su propio reino. La atmósfera de terror que vivíamos en el país había sido causa de su política de persecución implacable contra los liberales: había convertido el país en una inmensa cárcel, por su rica geografía corrieron desbordados ríos de sangre de miles de inocentes víctimas.

Después de inquietantes noches de insomnio, soy incapaz de resistirme a la idea de tu desaparición, querido Ezequiel. Durante meses y meses me resistí a la idea de tu muerte y comencé a crear un juego imaginario: estabas vivo y vendrías a casa una madrugada de intensa lluvia; abrirías la puerta de la calle cuidadosamente para no despertarme y entrarías a la sala, te quitarías el saco mojado y luego pasarías a la cocina y abrirías la nevera y tomarías un vaso de leche para las agrieras y después subirías la escalera de nuestro cuarto, descalzo. Tú sabías que yo estaría despierta, pero simularías un total silencio en tus ademanes para que yo continuara dormida. Como siempre fue tu costumbre, me darías un beso en la frente y cuidadosamente te quitarías la ropa para cambiarte y ponerte tu piyama, me harías a un lado con todo afecto y me ofrecerías tu brazo, yo medio dormida lo aceptaría. Tú sabías que tendrías que darme calor en los pies.

Todo sucedía como en un sueño planeado con día y hora exactos. Yo no despertaba a pesar de mi emoción porque quería que reposaras el cansancio; pensaba que habías caminado muchos kilómetros desde el sitio en que te dieron libertad, hasta conseguir un transporte que te traería a Bogotá. Sentía en mi cuello tu barba crecida, sentía en mi rostro tus labios cuarteados, sentía el nudo de tus manos como si te hubiese tocado trabajar muy fuerte, sentía diferente tu respiración, más áspera y más agitada. Eras un Ezequiel distinto, quizás físicamente, pero con deseos fervientes del reencuentro conmigo. Me daba la impresión de que hubieras llegado a Bogotá atravesando un atormentado río a nado. ¿Qué soñaría un hombre al que por una feliz casualidad le den libertad y le digan: la puerta de la guardia está abierta, puede salir cuando quiera? Es un hombre libre, ya sin las ataduras de una orden de captura o de un proceso judicial al que nunca sería llamado.

Al día siguiente nos levantaríamos como si nada hubiera ocurrido, como si lo sucedido hubiese sido consecuencia de una terrible pesadilla. La memoria necesita empalmes de fino olvido para sobrevivir al dolor. Una quisiera pensar que nada ha pasado, que todo lo acontecido le ocurrió a un extraño, que nada tiene qué ver con la vida de una. Sentados a la mesa durante el desayuno, al tomarte el jugo de naranja comenzarías a hablar de lo que te había sucedido en la finca. Luego vendría el beso de despedida. El camino a la oficina te esperaba. Antes de voltear en la esquina, mirarías a través del retrovisor del carro hacia la casa, tú sabías que mi mano te estaba despidiendo. Sonreiríamos los dos en nuestro lenguaje de afectos. Pero queda trunco mi optimismo con el golpe y corte de una afilada hacha. Una fatal noticia me acosaba. No, realmente no era una noticia, tampoco un presentimiento. Era la evidencia del tamaño del mundo entero, no podía ocultármelo: Ezequiel estaba muerto. Había sido como el anuncio disfrazado por la malignidad humana. No encontraba forma de alivio para contrarrestar esa fijación. Ni siquiera las voces de mis hijos que siempre me daban alientos para decirme: papá está vivo, no podemos perder la esperanza.

Pero mi esperanza se había evaporado al languidecer mi propio sol, al deshacerse en su calor sobre mi piel, envejeciéndose. Mi esperanza dejó de ser una veladora de llama inextinguible. La invasión de la muerte de Ezequiel, su muerte, mi muerte, me hicieron sentir un cosquilleo cruel en la planta de los pies. Me sentía ahogada por la angustia, la risa había desaparecido, imposible que volviera a dejarse escuchar en mis labios. Era imposible resistirme a la visión certera de la muerte de Ezequiel: imagen de cárcel rodeada de espejos de frente, de lado, a las espaldas, metida en círculo de miles de ojos fulgurantes, mi figura distorsionada en la búsqueda del único y terrible dolor que estaba padeciendo: su ausencia sin rastros de despedida.

Era una sombra desnaturalizada: la ausencia es un cuarto pintado de negro, en el cual la mirada se vuelve turbia como si la hubiese invadido el frenesí de una noche infernal. Su muerte me toca uno a uno los dedos de los pies, luego los dedos de la mano, como si estuviera dándome voces de triste pésame. La muerte me abraza sobre

los hombros y siento un vaho maloliente de niebla que huye. Escucho una voz ronca sin claridad en sus palabras, quizá como un quejido lastimero. Veo en la distancia, en una de las orillas de un río cortado por un sol canicular, un enorme pez que salta y se contorsiona en su agonía. Veo la hondura perpetua de dos ojos como si estuvieran colgando de un par de nubes quietas, quietud suspendida por el sueño de un árbol viejo. Veo una espalda alejándose, una espalda sin dueño, caminando, evaporándose. Cuando se abre la puerta del cuarto entra Ezequiel, no me saluda, entra como un extraño atormentado por una profunda mudez. Ezequiel había dejado de hablar; un hombre que deja de hablar inevitablemente es hombre muerto.

Ahora volvía a ser presa de la fatalidad del cuerpo de su ausencia, ausencia en grietas, ausencia de su sombra. Con la pesadez de mis amarguras, ¿cómo se puede respirar y caminar si se capta, al volver la otra esquina, la imagen de la partida definitiva? Tantas veces intenté guarecerme en las palabras, para darme falsos argumentos de que la evidencia de su muerte ya era una evidencia cierta. Para alentar el espejo de una posible ilusión, resquicio momentáneo del golpe cuando una puerta se abre por una sorpresa inesperada. No se puede cabalgar libremente con las ilusiones cuando se tiene por siempre en los labios el rictus de la amargura.

24. Invasión de ratas y cucarachas

Del Permanente 12, situado en el barrio de La Candelaria, llegó a la redacción del periódico la noticia de la misteriosa desaparición de una anciana que vivía solitaria en una vieja casona en la calle 10 con carrera 3.ª. Según testimonios de los vecinos, la mujer llevaba ocho días desaparecida. Su ausencia comenzó a ser percibida porque dejó de realizar las compras diarias de alimentos en una tienda situada en la esquina de la carrera 4.ª con la calle 10; además había dejado de asistir puntual a la misa de las cinco de la tarde en la iglesia de Santa Bárbara. Siempre se la veía con su caminar lento, como si estuviese pagando penitencia, deteniéndose y respirar hondo y con las manos

cruzadas como en petición de plegarias al cielo, en susurros imperceptibles que muchas veces culminaban en llanto agudo. Bajaba y subía la calle empinada, apoyada en un bastón de cedro, vestida de luto entero, hasta llegar a la puerta de la casa y abrir con dificultad, entrar y volver a aparecer taciturna al día siguiente. En sus diligencias cotidianas era de una exactitud pasmosa, pues parecía orientarse con el tiempo de un reloj que marcaba las horas de su propia conciencia y limitado a determinadas costumbres: comprar alimentos y asistir a misa. Antes de salir, en un ritual de despedida en la puerta de la calle, la mujer acariciaba y besaba con ternura a dos enormes gatos negros, única compañía en su vida; les ordenaba con voz apacible entrar a la casona y comenzaba el lento caminar y tres o cuatro pasos adelante se daba vuelta y con dificultad levantaba la mano derecha en tono de despedida de los gatos ya desaparecidos y continuaba el lento desplazamiento.

Entre los vecinos comenzaron a surgir conjeturas, que no iban más allá de los comentarios: que doña Matilde, seguramente estaba en cama como consecuencia de achaques de salud por su avanzada edad. Luego, el rumor, o quizá temor de su desaparición, se agrandó cuando la dueña de la casa vecina hizo circular la noticia de que su patio estaba inundado por un olor fétido que emanaba de la casa de doña Matilde, olor que se hacía más intenso en las horas de la tarde, por la fuerza de los vientos. La mujer reunió a los vecinos y en grupo decidieron tocar repetidas veces en la puerta de doña Matilde y no obtuvieron ninguna voz de respuesta. La preocupación del vecindario creció hasta convertirse en un fatal presentimiento, lo que ocasionó que una delegación de mujeres fuese hasta el Permanente 12 y pusiera un denuncio legal.

Con el señor juez, de nombre Rogelio Poveda, acompañado de tres uniformados, subimos silenciosos, deteniéndonos de vez en cuando para tomar aire, por la empinada calle 10 hasta llegar a la casa de la señora Matilde. Los vecinos, curiosos, se agruparon preocupados a la espera de los resultados de la inspección ocular que haría el señor juez. Como cuestión reglamentaria, previa verificación del número exacto de la dirección, el juez con voz aflautada ordena a uno de los

agentes golpear la puerta por tres veces consecutivas. Nadie responde. Luego, el juez insiste en que legalmente se debe golpear hasta completar doce golpes. El tiempo corre y en mi reloj miro que la diligencia lleva treinta minutos de avanzada.

El juez decide, ante la situación, que por ley se debe derribar la puerta. Obedientes, los tres agentes se alistan para derribar la puerta con los hombros; al primer intento no cede, pues parece que la señora Matilde debió trancarla por dentro con un madero por cuestión de seguridad. El juez ordena de nuevo la acción por parte de los tres agentes del orden y ellos estrellan su fuerza bruta contra la puerta y ésta sigue inamovible, como si se tratara de la entrada a una antigua fortaleza. El señor juez retrocede tres pasos hacia la calle y, desde la acera del frente, su mirada escrutadora inspecciona la vieja casa de arriba abajo y ordena que el agente Gutiérrez debe penetrar en la vivienda por uno de los techos vecinos, paso usual utilizado en el barrio por los ladrones, que han convertido los techos de las casas en corredor clandestino para realizar sus fechorías.

El agente Gutiérrez entra por la casa vecina, y desde la acera del frente lo vemos que con cuidado camina a gatas por el techo de la casa de la señora Matilde para evitar daños en las tejas de barro y, quince minutos después, con un pañuelo en la boca y los ojos rojos desorbitados, descompuesto y vomitando por el olor, abre la puerta de la calle. El olor, como fuerte aluvión, nos deja a todos los concurrentes a punto de náuseas colectivas. En acto inmediato de defensa, salen pañuelos a relucir y todos quedamos a resguardo, refugiados en la pureza de nuestra respiración amordazada.

La curiosidad ha hecho crecer el tumulto del vecindario y los comentarios alcanzan límites desmesurados. Se habla de robo a mano armada, se habla de asesinato a sangre fría, se habla de un posible envenenamiento. El juez ordena que dos agentes se queden en la puerta vigilando para que los vecinos no interfieran en su labor; con él entramos Gutiérrez y yo, pues como antiguo conocido y periodista policivo siempre me permitía en estas situaciones acompañarlo como testigo.

Al entrar al primer patio de la vieja casona el silencio que nos

recibe es de magnitud descomunal y quedamos deslumbrados ante la belleza del cuadrado de maderos de los cuales cuelgan materas con helechos, novios rojos, geranios y una impresionante diversidad de orquídeas. El sentimiento y regocijo espiritual por tanta belleza son de inmediato acuchillado por el olor nauseabundo que ha cubierto todos los posibles resquicios de aquel silencioso espacio.

El agente Gutiérrez entra y sale de las habitaciones con la celeridad de quien lleva consigo un mensaje urgente y no encuentra noticias de la mujer. El señor juez ordena que continuemos hasta el segundo patio, como siguiéndole las huellas al olor que se hace más penetrante, denso, como si entráramos a un matadero de ganado abandonado por el tiempo al que nunca se le ha hecho limpieza.

A la entrada del segundo patio, en el fondo, un frondoso brevo, y al dar un par de pasos nos encontramos con la impactante imagen de dos gatos negros congelados en el tiempo, tensos los músculos, la cola levantada, en absoluta quietud de avezados cazadores, y los ojos fijos, deslumbrantes por su brillantez, dirigidos los olfatos hacia el envoltorio humano que aparecía tirado en la mitad del patio. No se inmutan por el ruido de nuestros pasos. Están al acecho de algo que debe estar agazapado y cercano al envoltorio humano. Irradian la extraña energía que exhala el zarpazo final en el mundo de la presa que será inexorablemente atrapada.

El silencio es brutal, sobrecogedor. El olor, insoportable. Pasamos junto a los dos animales y aquella absoluta quietud no se descongela, erizada. Con la cautela amarrada al cuerpo avanzamos tres o cuatro metros. De pronto, ante nosotros, en primer plano vemos los pies descalzos, blancuzcos, de la mujer, parados sobre los talones. Supongo que el cuerpo de la mujer yace envuelto en la gruesa cobija de lana virgen, cubriéndolo. El juez, con voz gutural que sale por la tela del pañuelo, ordena que nos acerquemos al cadáver. Vuelvo la mirada y los dos gatos no descongelan la imagen de vibrantes cazadores absolutos. Caminamos sigilosos sobre el piso de mosaico. Cuando el juez le ordena al agente Gutiérrez levantar con un palo la cobija que cubre el cuerpo de la mujer, entonces nos estremece el extraño movimiento de la cobija, como si algo voluminoso tratara de abrir un

enorme hueco para salir en huida. El agente Gutiérrez, tembloroso, levanta despacio la parte derecha de la cobija, luego levanta la parte izquierda y debo confesar que sentí un terror inaudito: del cuerpo desnudo de la mujer salen, en una especie de acuerdo tácito, decenas de ratas y cientos o miles de cucarachas que en oleadas tumultuosas vienen hacia nosotros en busca de salida para sus instintos de supervivencia. Los gatos saltan sobre dos enormes ratas, no las cazan de inmediato y, jugueteando, comienzan a corretearlas hasta llegar al primer patio y aprisionarlas con los afilados dientes. Sus ojos son dos bombillos prendidos como inquietantes luces, aviesos juegan con el terror de la presa. Sus cuerpos, convulsos por la cacería realizada. Por entre los pies pasan en carrera loca ratas y cucarachas, las paredes se inundan de puntos móviles rojizos; el asqueroso y huyente alud busca escapar hacia la puerta de la calle y desde la calle se escucha la gritería de estupor de los vecinos al guarecerse en los andenes, temerosos por la llegada de la peste.

Al salir de la vieja casona, junto al juez y los tres agentes del orden, vimos que la calle 10, la calle fundadora de la ciudad, se había inundado no por los aguaceros y granizadas de tormentas que acostumbran caer sobre el sector, sino por ratas persiguiendo a cientos de miles de cucarachas o, por el contrario, cientos de miles de cucarachas persiguiendo a las ratas, y detrás los dos gatos deleitándose en aquel fastuoso festín, en estampida que pasaría por la antigua calle de la Toma de Agua, calle 10 entre carreras 2.ª y 3.ª y luego seguiría bajando por la calle de la Fatiga, entre carreras 3.ª y 4.ª, para desbordarse por la misma calle 10, denominada la calle de la Esperanza, entre carreras 4.ª y 5.ª y cruzar la puerta falsa de la Casa de la Moneda y avanzar el tramo conocido de antaño como la calle del Coliseo y pasar frente a la casa donde habitó el insigne literato y hombre público don José María Samper, calle en la que fue construido el primer teatro en Santafé, denominado El Coliseo y edificado en el mismo sitio donde hoy se levanta el Teatro Colón y que por estas noches silenciosas y friolentas presenta *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, aplaudido montaje teatral por un conocido grupo español, y continuar la carrera alocada por la calle San Carlos, entre carreras 6.ª

y 7.ª y detener el impulso, ratas, cucarachas y gatos, exactamente en el andén de entrada a la puerta de la casa en la cual habitó en su época la célebre Libertadora doña Manuelita Sáenz, calle escenario de multitud de memorables sucesos en la historia de Colombia pues, en la plazuela de su mismo nombre, situada en la mitad de la cuadra, se reunieron en sigilo los conspiradores que asaltaron el Palacio de San Carlos en la noche del 25 de septiembre de 1828; pero cucarachas, gatos y ratas no estaban involucrados en ninguna conspiración contra el Gobierno y siguieron de largo hasta llegar a la mitad de la Plaza de Bolívar, conocida como Plaza Mayor hasta el año 1821, en que comienza a denominarse de La Constitución, para luego tomar el nombre de Plaza de Bolívar al erigirse en ella la estatua del Libertador, bronce incomparable del escultor italiano Pietro Tenerani; plaza en que durante tres siglos ocurrieron ceremonias religiosas, pregones públicos, azotes y cadalsos, desfiles fúnebres, suntuosas fiestas reales, toros y comedias, mercados y lances: en 1782 son ajusticiados los jefes revolucionarios comuneros José Antonio Galán, Alcantuz y Ortiz; y cucarachas, ratas y gatos se detuvieron de pronto como si hubieran escuchado una orden de Hamelin o el designio de la naturaleza, porque en apariencia se apaciguaron en mutuo secreto, hasta que los dos gatos ansiosos irrumpieron contra la multitud de alimañas y cucarachas y ratas que se desprendieron por decreto en tres filas: la primera se dirigió hacia los amplios espacios del Edificio Liévano, arquitectura republicana de la Alcaldía, antiguo edificio en que funcionaban las famosas galerías, destruidas por el pavoroso incendio de 1900; la segunda avanzó hacia los espacios abiertos del Capitolio Nacional, que se encontraba en proceso de construcción desde 1847 y se concluyó en 1928, tras ochenta años de trabajos y muchos chanchullos, fraudes y vicisitudes a raíz de las diversas contiendas civiles y militares que caracterizaron el siglo pasado; y la tercera hacia el amplio espacio espiritual de cinco mil trescientos metros cuadrados de la Catedral Primada, cuatro veces construida; los dos gatos prefirieron dividirse en la cacería y buscaron presa en el Capitolio Nacional y en la Catedral Primada. Con el juez y los tres agentes del orden decidimos dar la vuelta a la manzana por la carrera

2.ª, pasar de lado por el colegio de La Salle y perder en la mirada y la memoria aquella horrible visión.

Al despedirme del juez y los tres agentes del orden me encaminé en dirección al apartamento de Luis Elías Rodríguez, colega que vivía en el mismo barrio de La Candelaria, en la calle 12 con carrera 4.ª; por fortuna lo encontré y le pedí permiso para quitarme la ropa y darme el baño más largo de mi vida, al recibir tremendo chorro de agua fría y enjabonarme el cuerpo tres veces con jabón de tierra. El colega me brindó un trago de aguardiente, fumé como enloquecido pero no podía quitarme el olor que había impregnado mi cuerpo; el olor se había convertido en mi otro yo: fumaba por mí, hablaba por mí. Entonces decidí ir a mi casa en Chapinero, volver a meterme al baño, pedirle a mi mujer que pusiera en remojo camisa, corbata y ropa interior y de inmediato mandara la ropa de paño y el sombrero a la lavandería.

En la noche volví al periódico, me senté frente a la máquina y escribí de seguido una crónica titulada «Ratas y cucarachas invaden el barrio de La Candelaria».

Al terminarla, hice lo que debía hacer y lo que hacíamos todos los periodistas de *El Espectador*: llevar las tiras escritas al escritorio de *Lápiz Rojo* para que aprobara su publicación. Yo saqué la cajetilla de Pielroja y fumé por lo menos cinco cigarrillos de seguido a la espera de su impositiva decisión.

No me miró a los ojos, no me regaló un minuto de su precioso tiempo; *Lápiz Rojo* dijo simplemente: no se publica… Entonces revisé la tira escrita, no encontré ninguna tachadura; al final leí esta nota: «No se publica. En el gobierno de su Excelencia general Rojas Pinilla, ratas y cucarachas no pueden invadir el centro histórico de la ciudad…».

Capítulo 3

25. Los anónimos

Después del año 1953 me siguieron llegando anónimos, porque continué con los avisos en el periódico, indagando de quien supiera sobre la vida o muerte del capitán Ezequiel Toro. La maldad también tiene sus remordimientos y las culpas salen a flote como peces envenenados. Viajé a Popayán, Duitama, Bucaramanga, Medellín, Ibagué, a todas partes fui para escuchar las palabras de sangre no olvidadas en el cuerpo de la muerte de Ezequiel. Escuché a culpables, cómplices y no cómplices de su asesinato. Recogí sin venganza las declaraciones extrajuicio de soldados que hablaban cosas tremendas, muertos de miedo ante la presencia de una mujer indefensa que sólo quería conocer los últimos detalles de la vida de su hombre. Uno a uno los iba localizando en sus sitios de vivienda o de trabajo. Todos jóvenes recién dados de baja del servicio militar. Guardé las declaraciones extrajuicio como tesoro, las coleccionaba con sus detalles y sus fechas. Esto no se queda así, de ninguna manera, eso me decía. Qué cinismo, cómo van a desaparecer y a asesinar a una persona arrestada por la justicia y la justicia no la devuelve viva… A Ezequiel lo desaparecieron así, tranquila y dulcemente.

Querido Ezequiel, te cuento cómo siguió la vida en estos tres años que, junto a nuestros hijos, he padecido lo abrupto de tu dolorosa ausencia:

Después de tu forzada partida, la llama en el horno de la pequeña fábrica de galletas Mony se fue disminuyendo, por la competencia. Dejamos de ser los únicos proveedores de los almacenes Tía y Ley, otros fabricantes hicieron galletas, claro, no con el sabor de las nuestras sino más baratas. Tú me conoces, sabes que nunca me dejo amarrar por las dificultades y menos en estos tiempos en que no estabas con nosotros en familia. ¿Te acuerdas de Emilita? Supongo que no la has olvidado. Bien, ella se dio cuenta de mi economía y bolsillo en bancarrota, no sólo por los gastos de educación y la comida de los hijos que están conmigo, Ezequiel el mayor, Hernando el

segundo y María Cristina la menor, pues Gilberto y Eduardo continúan becados por los jesuitas en Zipaquirá, y me aconsejó que con los ahorros de la fábrica de galletas montara en el centro de la ciudad, cerca de la iglesia La Capuchina, una pensión para estudiantes. Incluso, ella me ayudó a conseguir la casa, además me sirvió de fiadora. Y un año después de tu desaparición, si por casualidad del destino apareces un día de estos, a la entrada verás un letrero de neón, Pensión Omega: entras por el corredor y te encontrarás con una pequeña sala amoblada que sirve de recepción para los clientes, y al fondo me verás bien acicalada sentada frente a un pequeño escritorio, en el día organizando las cosas de la alimentación, de la limpieza y del cambio de sábanas para las habitaciones, y en la noche me verás pegada a los cuadernos de contabilidad, pues en cuestiones de dinero, tú bien lo sabes, soy muy estricta. Todos los días, a las cinco de la mañana estoy en pie para organizar el desayuno para los hijos y los huéspedes; los hijos salen temprano para el colegio y antes de las ocho de la mañana mis huéspedes ya están terminando de desayunar en la mesa que está en el centro del comedor. Si tú sigues por el corredor, de entrada, te encontrarás a la derecha dos cuartos que ocupo con nuestros hijos, y a la izquierda verás la primera de las catorce habitaciones con que cuenta la Pensión Omega: yo alquilo habitaciones por pareja de estudiantes, incluyendo comida y arreglo de ropa, y también a clientes conocidos, especialmente comerciantes, vendedores de ropa y telas que siempre me visitan, entre ellos tres turcos, muy amables ellos. Los estudiantes son oriundos de la costa atlántica, algunos del Valle del Cauca y del Chocó, y te cuento que todos son respetuosos y cumplidores de las normas que desde el comienzo les he impuesto. Es una pensión muy familiar. Tengo tres empleadas: la cocinera, de una sazón incomparable, la muchacha que hace la limpieza y lava prendas, cobijas, sábanas y ropa de los huéspedes, y una señora que me ayuda en la administración de la pensión, pues tengo mis horas en que debo ausentarme para seguir las huellas de tus asesinos y la escritura de tantos memoriales que debo dirigir a las diversas dependencias del Gobierno, en los que pido justicia por tu asesinato y desaparición.

Ezequiel era un hombre inteligente. Él hizo su carrera desde abajo, como se dice popularmente, a pie limpio. Siendo muy pelado se vino largado de la casa y se metió de policía en Bogotá a los dieciocho años. En esa época, en la institución había buena gente de todos los departamentos del país. Mis padres, hermanos, tíos y el resto del parentesco de sangre estuvieron en contra de mis amores con un policía, por razones sociales y prejuicios escondidos como gorgojos en las familias de antaño, pero nada en el mundo impidió matrimoniarme con Ezequiel. Yo he sido mujer de decisiones en la vida y cuando me decido le abro brecha a la montaña porque siempre tengo los ojos bien abiertos para lo que deseo en el mundo. Y no por cuestión de capricho y orgullo de niña mimada sino porque siempre he creído en mis actos personales. La personalidad de Ezequiel era única, muy especial: fuerte, dominante, militar al fin al cabo; tuvo conmigo ternura y comprensión en diecisiete años de casados. Ezequiel nunca me falló en sus afectos. Yo, con mi personalidad que no doblegaba en ninguna circunstancia, le di lo que tenía que entregarle como mujer. No me equivoqué de hombre, se volvió el ser de mi vida. Tuvimos peleas y distanciamientos como cualquier hombre y mujer que respiran juntos día y noche. Pero salimos airosos, con sentimientos unidos el uno para el otro.

A los tres años de casados se abrió un curso para suboficiales. Me dijo, en el tono juguetón que usaba por lo regular en casa: Cómo te parece que abrieron un curso para los suboficiales que quieran hacer carrera para oficiales. Un simple policía raso con ínfulas de ascenso. Mijo, éntrese al curso. Vamos a estudiar otra vez, le contesté. Yo lo animé en su entusiasmo de hombre. Estaba de comandante de la Policía el negro Bernate. Inscríbase en el curso, le insistí para que no se perdiera en tardías cavilaciones. Se inscribió. Yo le dije, con el fervor y confianza que tenía en él: Volveremos a estudiar otra vez. Teníamos una casa en compañía de otro compañero de él, lo llamaban Carepalo por la delgadez de su perfil, un muchacho de apellido Cárdenas. Risueño preguntó: ¿Me admiten en la escuela? Yo le dije, sí. Entonces, monté mi escuela personal en casa, pues con la llegada de los cinco hijos dejé de ser maestra de primaria en Ubaté. Nos pusimos

a repasar materias de bachillerato. Les dije a los dos con plena seguridad: en el examen sólo les van a preguntar esto y esto. Vamos a estudiar los sustantivos, los adjetivos, repasaremos los departamentos. Vamos a repasar la aritmética, especialmente multiplicaciones, divisiones y quebrados. Lo haremos en las noches. Los días libres estudiaremos todo el tiempo, cuando no estén libres le dedicaremos dos o tres horas. Y cada noche, religiosamente, estudiamos los tres hasta las once. Le dije a Ezequiel mirándolo fijo a los ojos: Le garantizo, si no saca el primer puesto, no va a sacar el último. Y sacó el segundo.

A la hora de la verdad, cuando él entró en la Policía estaban mandando los conservadores. Se debía tener padrino para que dieran buenas recomendaciones. Yo tenía un tío en el Senado, llamado Demetrio González. Con esperanza de las recomendaciones fui y hablé con él. Le dije: Yo nunca le he pedido nada. Cuando yo me casé con Ezequiel, ustedes me hicieron a un lado, me declararon la guerra del silencio y la indiferencia. Él salió bien librado y con excelentes calificaciones en el curso para suboficiales, pero ahora tiene el lío de las recomendaciones. ¿Por qué no te hablas con el negro Bernate? Cogió y le dio un telefonazo y le habló en un tono de favor que no pudo negarse. Lo llamaron, y su carrera en la Policía se abrió campo como un brillante oficial de muchas ambiciones en la vida. Y, lógico, después le cobraron su independencia de pensamiento: asesinaron la bondad que existía en su cuerpo.

A pesar de todo mi llanto nocturno, quería conocer el momento decisivo de su agonía, quería escuchar el sonido de sus últimas palabras, quería descubrir sus últimos y mínimos pensamientos, quería enfrentar sus últimos gestos, quería saber cómo iba vestido, quería saber si iba bien afeitado y pulcro como siempre le gustaba andar, quería conocer los detalles de cómo afrontó la decisión de la muerte por mano criminal, quería saber cómo había mirado por última vez a los ojos de sus asesinos.

Yo conocía tanto a Ezequiel que imaginaba los últimos minutos de su vida. No hablo de valentía frente a la muerte, hablo de amor a la vida. Ezequiel, tu ausencia desgarra el alma, para seguir viviendo

debo conocer tus últimos instantes sobre la tierra.

26. La denuncia pública

La cloaca de las propias culpas, culpas no expiadas en el oficio del periodismo. Cuando no se puede escribir lo que se tiene que escribir, la escritura se vuelve un raro temblor que se aquieta y por inercia se pudre, paraliza la imaginación y uno queda miserablemente oliendo mal de pies a cabeza. Duerme, se levanta, camina despacio, corre para alcanzar el tranvía y la piel expele un tufillo a putrefacción de aguas estancadas que inundan las cañerías de la ciudad, y si metiera la mano por dentro de uno mismo cogería por sorpresa un ejército de hambrientas babosas que lentas se envuelven en un terrible nudo para atragantar con su mala leche la conciencia. Uno siente que cualquier viento ligero que venga de los cerros orientales podría abrir grietas en la memoria y dejarla en físico cuero estirado para tambor.

No era posible continuar sosteniendo como culpa propia el peso de la nefasta censura impuesta por el régimen del jefe supremo. Debía, ante todo, deshacerme de la imagen del inmenso cadáver que vagaba por nuestra geografía, sin hueco que lo recibiera, tierra que lo cubriera y una adecuada escritura que contara su historia y lo regresara a la memoria de los hombres.

Las historias de tres cadáveres eran polvo pecaminoso entre mis papeles, historias de tres cadáveres perdidos en los archivos de notas en la biblioteca, historias que cada día me despertaban de madrugada con golpes dolorosos en el pecho, como diciéndome, con la premura de quien siente muy cerca los pasos de la oscuridad definitiva: no olvides que debes escribir sobre nosotros… Historias que debía escribir por física obligación de quien tiene cosas por decir en esta vida. Obligación y responsabilidad consigo mismo. Claro que para suavizar mis culpas me daba el contentillo de decirme en secreto: por lo menos los cadáveres de Saúl Fajardo, el exguerrillero, y del abogado Uriel Zapata se pudieron encontrar. En cambio, la culpa de profesión más inquietante y profunda que me asediaba era la imagen

del cadáver de Ezequiel Toro, que aún vagaba como cuerpo perdido en la sombra y la bruma de la conciencia siniestra de quienes lo asesinaron.

El 21 de junio de 1957, un mes y once días después de la caída de la dictadura de Rojas Pinilla, en edición especial de *Sucesos*, el semanario que habíamos fundado en 1956 con el poeta y periodista Rogelio Echavarría, después del cierre de *El Espectador* y luego de *El Independiente*, un semanario no de poesía cuanto de policía, de entretenimiento para no bucear en honduras de la política nacional, y así evitar la temible vigilancia de la censura durante la época aciaga de la dictadura de su Excelencia, por fin pude publicar una larga crónica titulada «¿Cómo fue asesinado el capitán Ezequiel Toro». Entonces mis desvelos culposos desaparecieron por el artilugio mágico de la escritura:

> La investigación por la desaparición y asesinato del excapitán de la Policía Nacional Ezequiel Toro Martínez, uno de los crímenes más sombríos en la tormentosa época que ha vivido el país, jamás pasó de ser un simple formulismo cumplido, si se puede decir, muy lejos del control o fiscalización del Ministerio Público. Datos recogidos por jueces acobardados y negligentes en Sogamoso, Santa Rosa de Viterbo y Tunja, acumulados en expediente de escasos 30 folios, que finalmente pasó a uso de buen retiro, en papeles amarillentos bien archivados en las estanterías del último de los juzgados. La justicia no investiga a los asesinos de su propia estirpe ni mucho menos a los asesinos físicos que amamanta y encubre la maquinaria criminal oficial. Los encargados de hacer justicia nunca escucharon los clamores de doña Tránsito Ruiz de Toro. No podían escucharla, era evidente, pues los encargados de hacer justicia, investigar el execrable crimen en el momento de sucedidos los hechos, es decir, el 17 de febrero de 1953, eran gobierno y siguieron siendo gobierno, piezas claves en el engranaje de la dictadura del jefe supremo. Por rigor de la complicidad oficial, más que evidenciar, descubrir y castigar se debía encubrir a los asesinos. La serpiente no pica su propia cola, no envenena su aparato digestivo.
>
> Doña Tránsito viuda de Toro se entregó a realizar una prolija investigación cuyas conclusiones son pasmosas e incontestables. Ahora se sabe y ahora se puede decir cómo fue asesinado el capitán Ezequiel Toro. Y ahora, también, se puede realizar la investigación oficial y se puede por fin hacer justicia.
>
> Difícilmente accede doña Tránsito viuda de Toro a hablar de sí misma. «Simplemente he cumplido con mi deber. Es la promesa que le hice a Ezequiel. Es la promesa que me hice yo misma», dice ella repitiendo una expresión sencilla,

como si en la época aciaga que hemos vivido en Colombia no fuera un acto heroico pedir justicia y entrarse al erizado campo de los «secretos» oficiales en busca de la verdad, y como si no hubiera necesitado temeraria valentía para viajar solitaria, recorrer grandes distancias por carreteras, localizar en diferentes ciudades al testigo que temeroso, escondido en su miedo, la esperaba, convencerlo para que hablara no a solas sino frente a un juez, levantar actas de las confesiones y hacer con estas un auténtico expediente, que ella fue guardando con amoroso celo.

Es una mujer excepcional y nada podría hacer creer que tras su expresión sencilla, casi ingenua, sus maneras suaves y amables, tengan raíz una voluntad y una tenacidad a toda prueba. Porque dama de tan recia personalidad cubre los frentes de sus responsabilidades personales con tesón ejemplar: trabaja para atender las necesidades hogareñas, cuida de sus cinco hijos y persiste en el esclarecimiento del crimen que liquidó la felicidad de su vida. En el día, diligente atiende la Pensión Omega; la mayoría de sus clientes son estudiantes universitarios de provincia y pasajeros de paso y, en las noches, acuciosa moldea y decora ponqués para vender, cuando no está redactando memoriales en demanda de justicia por el asesinato de su esposo.

Doña Tránsito Ruiz nació en el Socorro, departamento de Santander, y se educó en San Gil. Cursó estudios de segunda enseñanza en el Colegio de la Presentación de la misma ciudad santandereana, y los terminó al final de 1932, cuando vino a Bogotá de vacaciones con el proyecto no muy definido de continuar estudios en la capital de la República. Y fue entonces cuando conoció a Ezequiel Toro Martínez, quien para entonces estaba lejos de ser el brillante oficial de la Policía que en los años siguientes, y hasta 1948, prestara valiosos servicios a la institución; luego sería destituido por los acontecimientos del 9 de abril en la capital del país. Frustrados los proyectos de continuar estudios, en el año de 1934 y en la Parroquia de Santa Bárbara de Bogotá, doña Tránsito contrajo matrimonio con Ezequiel Toro, quien por entonces era sólo un alférez de la Policía Nacional.

El capitán Ezequiel Toro, frente a su nueva vida y a sus nuevas ilusiones entró a hacer un curso para pasar a la categoría de oficial, y así obtuvo el ascenso a suboficial. Pero mientras lograba ese primer peldaño y durante el curso especial que lo obligaba a una vida casi escolar, necesariamente tuvo que distanciarse de su hogar recién fundado. Mientras tanto, doña Tránsito ejercía el magisterio en Ubaté. Allí nació el primogénito.

Con el ascenso a oficial, para Ezequiel Toro y su familia vinieron tiempos mejores. Doña Tránsito acompañó a su esposo en todas las guarniciones a las cuales estuvo destinado. Siendo teniente de la Policía, Toro viajó al departamento de Nariño como ayudante del Comando y en esa misma sección del país fue ocasionalmente comandante de División. En su condición de comandante de la Policía fue encargado temporalmente de la Alcaldía de Pasto, y desempeñó después funciones de director de Circulación del departamento. Otros cargos

importantes a los cuales fue llamado dentro de la oficialidad de la Policía desempeñó a cabalidad el capitán Toro. Después de 1948 se entregó a la vida civil, el exoficial trabajó tenazmente y con la eficaz ayuda de su esposa en pequeñas industrias cuyo fruto económico permitía atender la educación de los muchachos para la época del incalificable crimen en Miraflores; la estabilidad económica de la familia Toro estaba casi asegurada.

Doña Tránsito ya estaba habituada a la lucha, porque con su esfuerzo había ayudado a su esposo en los tiempos iniciales del matrimonio. Sin embargo, muy duros fueron para ella los días siguientes a la desaparición del capitán Toro, al repartir su tiempo y sus recursos en la atención de las necesidades hogareñas y el cumplimiento del deber que se impuso de averiguar hasta los fondos oscuros más secretos la suerte corrida por su infortunado esposo. Y pudo cumplir a cabalidad su improvisada misión de investigadora, sin desatender el sostenimiento y la educación de sus cinco hijos.

Donde quiera que algo podía averiguar, allí estaba doña Tránsito para recoger la prueba y sopesarla, comparándola con las que ya tenía en su poder. En el Juzgado Promiscuo Municipal de Duitama, a petición formal de la señora de Toro, se recibió extrajuicio la declaración de un exsoldado que describió el itinerario seguido por el infortunado capitán hasta El Boquerón, información que coincidía con las que ya se habían recogido en los primeros días, contada por uno de los anónimos que se recibieron en las oficinas de *El Espectador*. Ante el juez 4.º Municipal de Medellín, en octubre de 1955, rindieron declaración extrajuicio otros dos antiguos soldados, y formalmente, en especial uno de ellos, suministraron detalles de una objetividad que asombra por cuanto se relacionan directamente con la muerte del capitán y de sus cuatro compañeros de sacrificio.

Las cinco personas sacrificadas en El Boquerón fueron el capitán Ezequiel Toro, un anciano de 60 años y su hijo, un antiguo soldado, posiblemente desertor, y otro sujeto. Los cinco fueron llevados desde Sogamoso a Miraflores, de donde el comando de ese destacamento los remitió al puesto de Buenavista, y hombres de esa pequeña guarnición se encargaron de la ejecución de los cinco condenados a muerte sin fórmula de juicio. Al capitán Toro le habían dado boleta de libertad, para luego fusilarlo.

«Por comentarios que oí —dice el declarante—, me di cuenta de que el comandante del puesto de Buenavista había recibido la orden de matar al capitán Toro y a las otras personas que llegaron con él.

»Puedo asegurar que el soldado Orlando Quintanilla, santandereano, fue el encargado de quitarle la vida al señor Toro. En compañía de Quintanilla subió el soldado Leopoldo Roncancio, también santandereano. El crimen fue consumado más o menos a un kilómetro de distancia del puesto donde yo prestaba servicio y perfectamente alcancé a oír las detonaciones de las armas que dispararon contra Toro y otros cuatro que iban con el mismo destino. La comisión o los patrulleros regresaban al puesto a dar cuenta de la consumación del delito al cuarto de hora,

más o menos, ya que llevaban un cliente y luego volvían por el otro. A Toro le correspondió el segundo turno. Después Quintanilla le quitó los zapatos y estuvo haciendo negocios con ellos en el puesto de Buenavista. Los cadáveres los echaron a rodar por un despeñadero de 150 metros de profundidad. Después me tocó salir con los mismos soldados en comisión hacia El Boquerón y desde lo alto me mostraron los cadáveres diciéndome cuál era el de cada uno, sin que fuera visto el quinto porque cayó entre el monte: aquel es el de Toro; este otro es del chusmero que hacía las bombas en los Llanos: el olor a mortecina era insoportable…».

En fin, más impresionante y más afirmativa no puede ser la declaración del exsoldado, pieza importante del expediente que ha levantado doña Tránsito Ruiz de Toro en averiguación del atroz crimen que acabó con la vida de su esposo.

La investigación oficial, si la hubo, se archivó. Veintinueve folios con declaraciones en Sogamoso; luego, el proceso en largo caminar de penitentes pasa a Santa Rosa de Viterbo y regresa con la resignación del penitente a Tunja.

Pero ahí está la investigación que llevó adelante la señora de Toro. Contiene abundantes detalles y da nombres propios. El camino está ampliamente abierto para que el funcionario establezca, desde el punto de vista jurídico, quiénes dieron las órdenes y cómo desde Sogamoso, pasando por Bogotá, hasta el lugar del sacrificio, las ejecutaron con plena frialdad.

Si la investigación oficial se quiere hacer, las bases levantadas por la señora de Toro son inconmovibles y el trabajo que falta es de simple formalismo. Porque el informativo está completo, y sobre él doña Tránsito de Toro ya dictó sentencia.

27. Acabó para siempre la mudez

El 10 de mayo de 1957 se acabó para siempre mi mudez. Lo sentí como un largo palpitar que dio descanso a mi corazón. Lo sentí cuando escuché la vocinglería en las calles. Esa gritería me devolvió el habla perdida en casi cuatro años. Aquella mudez que me había convertido en un cuarto encerrado, con paredes pintadas de negro, sin resquicio para respirar ni mucho menos mirar hacia la ciudad: era una mujer encerrada de negro, la ciudad lejana en la cercanía de los ojos. Esa mudez que tanto me amordazaba, que me hizo una mujer silenciosa, que sospechaba de cualquier movimiento y ruido, con temor de no poder hablar lo que no debía hablar. Parada en la ventana, sobre mí cayó la gritería de la ciudad como un aguacero de granizo. Se abrieron las ventanas y puertas de la ciudad para que sus

habitantes, enardecidos, gritaran: «Cayó Rojas, cayó la dictadura…». La ciudad se inundó como nunca con la exaltación humana acompañada por el ruido estridente de las bocinas de los carros. Era como un grito de abrazo común.

Por la ventana comencé a gritar, por fin, Ezequiel, puedo hablar públicamente cómo te asesinaron. Ya nadie podrá detenerme, el país sabrá el acto de barbarie que cometieron contigo. Reuní a los hijos en el comedor y les dije:

—Ya no más silencio, ya no más temor.

Una extraña fuerza interior me hizo poner de inmediato un suéter de lana, no me despedí de los hijos, con la mirada les dije: ya regreso; ellos entendieron mi señal de vida; salí a la calle, la carrera 13 comenzaba a inundarse por la gritería de felicidad de pequeños grupos que corrían buscando orientarse en su afán de desahogo definitivo; me despojé de mi piel y de mis sentimientos escondidos y me lancé a esas aguas extrañas; de pronto sentí que nadaba en antiguas corrientes anheladas; vibré con el impulso de mi propia respiración, dejé de pensar en penumbras azarosas, corrimos hacia la Avenida Jiménez y desde el occidente de la ciudad venía una inmensa masa humana, rostros sin las máscaras habituales del miedo y el temor, rostros que explayaban sentimientos perdidos y olvidados en un miserable retén policíaco que impone por física necesidad el dolor humano; parecía que esa masa humana se estaba deshaciendo de nudos que maniataban la vida como si el ser humano no tuviera derecho a ninguna exclamación de posible salvación; al final de la amplia avenida de la Jiménez se veía como muralla imperturbable la imponencia de los cerros orientales; la multitud se compactaba en sus gritos y alegría desbordada; el desahogo se esparcía como esquirlas furiosas: cantos, risas, consignas, puños levantados al unísono, miradas encontradas, avanzamos rompiendo el viento fuerte y friolento; por la carrera 10.ª, del sur al norte, del norte al sur, la avalancha de multitudes desembocaban en la Jiménez; la arteria abarrotándose de sentimientos a ras de su vuelo; la carrera 8.ª parecía una tronera sin respiración; gigantesco el río humano se une al gigantesco caudal de la carrera 7.ª, nudo anudándose, imperturbable

el edificio de la Gobernación; por la 7.ª hacia el sur libre la respiración sin ataduras malolientes de alcantarillas oficiales; Bogotá, ciudad abierta al delirio momentáneo del desafuero de libertad, libertad expresada a borbotones sin la angustia de la libertad silenciada por el escarnio público del señalamiento asesino. Se desahogaba mi ser de la podredumbre que había infectado durante estos años mi conciencia, mis sentimientos, mi llanto, mis sueños inundados de implacables pesadillas. Aireaba mis sentimientos perturbados por el odio feroz, odio sembrado en los pliegues de mi alma: gritaba, lloraba, me vaciaba, me humedecía por todas mis fibras afectivas, era otra.

La Plaza de Bolívar era una gigantesca nave al vaivén desequilibrante de la multitud emocionada; multitud sembrada en su raíz de infinitas preguntas y respuestas; multitud delirante explayando sueños futuros; multitud multiplicada en pequeños anhelos; volcán desbordado en su lava y en las grietas de su fuego. Nadie habló desde las escaleras de la Catedral Primada, nadie habló desde los recintos sagrados del Parlamento, nadie habló desde las ventanas de la Alcaldía; nadie abrió ninguna de las ventanas de los edificios para pronunciar su verbo promesero. La multitud hablaba, exclamaba. Bogotá había cambiado de rostro. En la noche, la ciudad continuaba inundada por aquella gritería que la transformaba en ciudad de carnaval, de tierra caliente.

Esa noche comencé a reunir mis papeles para organizar las declaraciones extrajuicio que había logrado reunir en estos cuatro años en los que el dolor casi había logrado doblegar y despedazar mi alma. Sentí que volvería a caminar por mis propios pies. Se había terminado mi silencio que había hecho de mí una mujer perdida en espejo roto, sin esperanza de volver a reunir los pedazos de mi propia imagen.

Sentí que mi libertad por fin se liberaba de la cárcel de la infame mudez enfermiza. Mis hijos comprendieron después la alegría que tanto me embargaba. Dejé de ser una mujer de luto por dentro y por fuera de mi ser. Ezequiel, por fin podría llevar a tus asesinos al escarnio público. Dejé de ser sigilosa y comencé de nuevo a escribir, como una loca, memoriales y más memoriales para que se abrieran las

puertas que ocultaron por tanto tiempo los papeles ya amarillentos y mohosos de tu muerte. De aquellos papeles arrumados tendría que rescatar tu memoria.

El valeroso artículo que escribió el periodista Felipe González Toledo en el semanario *Sucesos,* titulado «¿Cómo fue asesinado el capitán Ezequiel Toro?», abrió un boquete de luz en la opinión pública y destapó la nefasta y podrida conciencia criminal del régimen dictatorial de Rojas Pinilla y tuvo inmensas repercusiones en la prensa nacional; *El Independiente* reprodujo el artículo y *El Tiempo* publicó mis denuncias. Otros periódicos de provincia, como *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga y *La Patria* de Manizales, iniciaron investigaciones sobre crímenes oficiales en sus regiones. En Cali *El Relator* denunció escalofriantes detalles sobre la matanza colectiva de la Casa Liberal y el incendio y destrucción por dos veces de la población de Ceilán; en la prensa de Bogotá se habló de los fusilamientos en Honda y el fusilamiento de los presos políticos en los Llanos Orientales, cuando los lanzaban sin piedad desde las avionetas oficiales. La tiniebla impuesta por la censura oficial cerró maletas y escapó como liebre maldita por los confines de la ignominia. El asesinato de tu vida, querido Ezequiel, por fin se hizo público. Mi mudez y mi llanto, amenazados por la mano de hierro implantada por el terror, se hicieron públicos. Ahora era cuestión de presionar a la divina justicia de los hombres para que actuara. Y mover ese soberbio paquidermo, que vive en las nebulosas de la impunidad, moverlo parece un imposible que requiere años de persuasión y constancia.

El 16 de julio de 1957 apareció la siguiente noticia en *El Independiente*:

> La solicitud oficiosa de amnistía en el caso del fusilamiento de Ezequiel Toro fue negada por el Tribunal Superior Militar, reunido en plena sala bajo la presidencia del señor general Alberto Gómez Arenas, nuevo comandante de las Fuerzas Militares.
>
> Sin que se hubiera hecho investigación alguna, y por lo tanto sin que hubiera podido la justicia señalar a los sindicados del fusilamiento, fue irónicamente solicitada la amnistía. Pese a los años que han pasado entre el día que fue eliminado el excapitán Ezequiel Toro, el expediente de este caso, calificado de monstruoso por las características que reviste, no consta sino de 29 folios, pues

son simples telegramas y otros documentos alusivos a la tragedia.

Después del ascenso de Lleras Camargo al poder, envié carta al ministro de Guerra, carta al ministro de Justicia, carta al presidente de la República, pidiendo que se abriera nuevamente la investigación. El 19 de julio de 1957 le escribí al ministro de Justicia la siguiente carta:

Señor mayor general Alfredo Duarte Blum. E. S. D.

La información aparecida hoy en el semanario *Sucesos* me ha noticiado dos hechos:

1.º Que el Ministerio de Justicia se abstiene de nombrar investigador especial que he pedido para que se averigüe la muerte de mi esposo, el capitán Ezequiel Toro Martínez, y se personalicen las responsabilidades.

2.º Que el Tribunal Superior Militar, después de la decisión que tomó al no aplicar la amnistía en este caso, dispuso devolver el negocio al Comando de la Brigada en Tunja.

Ante este nuevo planteamiento, señor ministro, insisto en pedir que sea el despacho a su cargo el que designe el investigador especial que tenaz e inútilmente he venido solicitando desde hace tanto tiempo.

En el Comando de la Brigada de Tunja lo estamos viendo en el pobrísimo expediente que recientemente enviaron al Tribunal Superior Militar, nunca quisieron investigar el asesinato del capitán Toro. ¿Y es el mismo comando, señor ministro, el que ahora va a escoger el investigador?

No veo por qué haya de ser la justicia castrense la llamada a investigar el asesinato de mi esposo, por cuanto, procesalmente, no hay constancia de que los victimarios sean militares. Además, aunque en el vacío expediente de Tunja hubiera alguna constancia al respecto, no sería éste el primer caso en que un delito cometido por individuos pertenecientes a las Fuerzas Armadas es investigado por la justicia ordinaria. En efecto, actualmente, un juez de instrucción designado por el Ministerio de Justicia es el que investiga la muerte de Guadalupe Salcedo, ocurrida en encuentro con la Policía. Y al designar el funcionario de la justicia ordinaria se quiso, precisamente, ofrecer una prenda de garantía.

Señor ministro: insisto en pedir que, sin demora, sea designado por su despacho el investigador del asesinato del capitán Toro.

Atentamente. Tránsito Ruiz viuda de Toro.

28. *Danubio Azul*

Los guardianes y el personal carcelario estaban pesimistas por las dificultades que tendría mi entrevista con Orlando Quintanilla y que éste permitiera que le tomaran una simple fotografía. «Es muy hosco, intratable, atrevido», dijeron. «Sumamente grosero. Dispara su palabrerío fulminante contra su sombra y todo lo demás…», agregaron. Yo esperé, tranquilo y sosegado, dando vueltas libreta en mano por el patio vacío, lugar señalado para realizar la entrevista. Caía una llovizna pertinaz, atravesada por los rayos de un sol apacible.

Orlando Quintanilla, asesino confeso del capitán Ezequiel Toro, está ahora purgando calabozo por haber destruido el original de la sentencia que le acababa de dictar el juez 15 del SIC relegándolo a colonia penal por delitos contra la propiedad. Y fue necesario proveernos de una orden especial expedida por el juez, el doctor Barragán García, para hablar con él. El descubrimiento del criminal, in extenso, lo había publicado en reveladora entrevista el periódico *Vanguardia Liberal*, de Bucaramanga. Entonces, el semanario *Sucesos* me envió a dicha ciudad en busca de sus declaraciones.

Vagaba en mis pensamientos, mientras inquietantes preguntas me taladraban la existencia: ¿Qué es lo que influye tan decisivamente para que un hombre joven, de veintiún años, pueda fusilar a cincuenta personas a sangre fría en el transcurrir de dos años, mientras ha estado prestando el servicio militar? ¿Qué tipo de ideologías influyen en la formación de una mentalidad criminal? ¿Acaso el ejercicio de las armas lleva implícita la práctica de ejecución de la muerte? ¿Cuestiones de orden público o la impunidad galopante que imprime la imposición del estado de sitio? ¿Filosofía o cuestión política de los gobiernos dictatoriales recientemente derribados? Tendría que penetrar en las entrañas del Ejército colombiano, su historia, su ideología, su mentalidad, pero lamentablemente ese campo está vedado por mi ignorancia sobre la cuestión.

Por ello, andaba enredado en mis propias cavilaciones, esas sí, canas bien ganadas en un oficio en el cual he aprendido la necesidad de sentarme a racionalizar lo visto, escuchado, aprendido. Cuestión azarosa en un oficio cuyo ritmo lo determina la búsqueda de la noticia

del asesinato. Trataba, pues, de descifrar las líneas cruzadas de lo que podría catalogarse como el mapa mental del criminal que hemos conocido en nuestro medio social y jurídico. Dejé a un lado historias de criminales aviesos que meten la mano al fuego en robos de menor cuantía. Ahora me enfrentaría a un criminal de arraigada catadura psicológica.

En el viaje por carretera hacia Bucaramanga, en una especie de juego macabro, venía enzarzado en hacer una tipología de ciertos criminales, con quienes me había topado en mi vida de cronista policíaco. Había revisado mis notas en libretas amontonadas en la biblioteca y fui uniendo con paciencia elucubraciones afines y dispersas de posibles retratos, de aquellos que con sus acciones criminales cubrieron cientos de páginas en los periódicos del país. Quería llegar como cercanía humana a la mirada del joven rostro criminal de Orlando Quintanilla.

El guardián encargado de sacar de la celda a Orlando Quintanilla le informó cuál era el objeto de su salida momentánea. Cuando lo tuve de frente lanzó contra mí su mirada dura de crueldad inevitable. Arrogante. Desafiante, erguido en posición militar como si estuviera rodeado por el silencio de cientos de voces enemigas. Ojos zarcos, bigote amonado, una toalla sucia sobre el cuello.

—A la orden.

—Señor Quintanilla, soy periodista del semanario *Sucesos*. Quisiera que me concediera una entrevista.

—Sigamos al pasadizo porque esta llovizna me acaba de matar. Estoy enfermo de los pulmones y así me echan al calabozo. Es cierto que rompí la sentencia que me presentaron para que firmara, pero es que soy inocente de lo que se me acusa. La prensa ha ayudado a hundirme, y la verdad es que a mí no me han hecho ningún reconocimiento ni careo alguno. El juez ha obrado por venganza porque lo insulté cuando comparecí a su despacho tres días después de haberme hecho detener, el 13 de febrero de este año. Con ese juez estudié en el seminario de San Gil y ahora se ha convertido en mi verdugo.

—¿Un juez, su verdugo?

—Cada hombre tiene su juez verdugo en la vida.

—¿Qué educación tiene usted?

—Hice tercer año de bachillerato. Mi familia es muy honorable y dedicada al trabajo. Pero a mí me ha perseguido la mala suerte.

—¿La mala suerte?

—Sí. Yo no he labrado mi destino. Mi destino lo ha definido mi mala suerte.

—Pero usted no desmiente lo que ha publicado la prensa en relación con la muerte del capitán Ezequiel Toro.

—No. Eso es cierto, salvo lo que dice una información de *El Tiempo,* cuyo recorte conservo, sobre algunos puntos —metió la mano en el bolsillo de la camisa. Sacó un pedazo de periódico doblado. Quería leerlo en voz alta.

—¿Sobre qué puntos?

—Sobre el detalle de que yo le quité los zapatos al cadáver del capitán y los puse en venta, esa noche, en el puesto de Buenavista. Tampoco es cierto que yo lo hubiera ultimado con la mayor sangre fría. Quien le hizo el primer disparo a traición fue un *chusmero* del Gobierno. El disparo le penetró por el costado derecho a la altura del hígado y le atravesó el cuerpo saliéndole por el frente pero hacia el costado izquierdo. El capitán me imploraba que no lo matara, pero ya en esas circunstancias me vi obligado a rematarlo para cumplir con la orden que había recibido.

—¿Qué quiere decir con eso de *chusmero* del Gobierno?

—Les decíamos así a aquellos civiles que sin ser soldados ni pertenecer a ningún cuerpo militar ayudaban a perseguir a los llaneros rebeldes.

—¿Cuál fue el primer crimen que cometió?

—El del capitán Toro.

—¿Sintió satisfacción al ejecutarlo?

—Todo lo contrario. Sentí retorcijones, como si alguien me estuviera dando una puñalada en el estómago. Le dije al sargento Miguel Ángel González que se trataba de un capitán retirado de la Policía. El sargento González era el comandante del puesto de Buenavista y me contestó que era una orden.

—¿Y con las otras víctimas sintió algún remordimiento?

—A uno no lo preparan en el Ejército para que sienta remordimientos ni pequeñas delicadezas en el espíritu. Uno adquiere la disciplina del subalterno y, por lo tanto, sólo cumple órdenes. En orden público no se tiene tiempo para el remordimiento. Un muerto, otro muerto y otro muerto, es una simple suma de bajas del enemigo y nada más. Lo difícil no es disparar y fusilar al enemigo. Lo duro, se lo confieso con el alma, es desterrar de la piel el olor a la muerte. Ese olor lo persigue a uno como alma en penitencia.

—No entiendo, ¿el remordimiento no es por fusilar al enemigo sino por el olor a muerte?

—El olor a muerte es cosa diabólica, infernal. Uno puede desollarse la piel y de la piel viva el olor no desaparece, no huye: ese olor es como un nido de garrapatas en las piernas.

—¿Pero el olor aparece después de disparar y fusilar al enemigo?

—Para un hombre de guerra, disparar y fusilar al enemigo es cuestión de disciplina. Es una baja más. El olor aparece cuando deben desaparecerse las huellas de los cadáveres del enemigo.

—¿Es decir, volver a fusilar los cadáveres?

—No. En el fondo de El Boquerón se acumularon muchos cadáveres que con el tiempo se descompusieron y el olor a muerte invadió la región. Los habitantes de los alrededores estaban inquietos. Entonces el sargento Miguel Ángel González, comandante del puesto, ordenó que se debían quemar los cuerpos. Yo obedecí la orden en compañía de tres soldados más. Bajamos al fondo del precipicio y rociamos los cadáveres con gasolina y les prendimos candela. Dos días después, el olor a chamusquina era horrible. Bajé de nuevo con los mismos soldados, recompusimos los cuerpos al entrecruzarlos, los rociamos de nuevo con gasolina, prendimos fuego, pero el maldito olor a muerte siguió sin espantarse. Yo le dije a mi sargento: Yo acabo con ese maldito olor. Yo soy obsesivo con el cumplimiento de la orden militar. Por tercera vez bajé al fondo del precipicio. Le dije a mis compañeros: busquemos leña fresca. Era verano. Pusimos capas de leña con capas de cadáveres hasta levantar una pira. Metimos por los resquicios de la pira humana paja seca empapada de gasolina y le prendimos candela.

El olor a muerte huyó de aquella región.

—¿Usted conocía al capitán Toro?

—Sí. Lo había conocido en 1947 en Bogotá.

—¿Qué hacía usted en Bogotá?

—Había ido acompañando a mi padre en uno de sus viajes de negocios, aprovechando unas vacaciones en mi vida de estudiante. El capitán y mi padre fueron muy buenos amigos.

—Buenos amigos con su padre. Pero, seis años después, usted lo estaba ultimando a tiros, ¿verdad?

—La vida tiene sus infortunios.

—¿A cuántas personas ha eliminado usted?

—Alrededor de unas cincuenta. Siempre cumpliendo órdenes superiores.

—¿Dio de baja a alguien en combate en orden público o fueron órdenes de fusilamiento?

—En el Ejército, por fortuna, tuve muy pocas salidas a orden público. Lo mío siempre lo cumplí a cabalidad, por órdenes superiores en los terrenos del destacamento en que estaba acantonado.

—¿A quién culpa usted como principal responsable de tantos crímenes?

—Allí había varios, pero eso no lo publique porque podría perjudicar la principal investigación que se lleva a cabo. Podrían ocurrir cosas inesperadas con resultados trágicos para mí, ahora que me encuentro sin poderme defender, como cuando uno está libre. Por eso he querido que se empiece cuanto antes esta investigación.

—¿A qué edad entró a prestar el servicio militar?

—Antes de cumplir los dieciséis años. Le debo eso a un conocido jefe conservador y al alcalde de Socorro, Santander, un capitán de apellido Rueda. Por voluntad de ellos me alistaron.

—¿En qué batallón tuvo que ir a prestar el servicio?

—Al Batallón Sucre número dos, en Chiquinquirá. De allí, por diversas causas y especialmente por disgustos con oficiales, fui trasladado a varias partes, hasta que llegué al puesto de Buenavista, en jurisdicción de Miraflores. Siempre he sido un hombre con sus complicaciones, lo reconozco. En el puesto de Buenavista, a órdenes

del sargento González y el cabo Ortega, de Popayán, me nombraban comandante de toda patrulla que operaba hasta Casablanca. El sobrenombre que me tenían era *Danubio Azul*.

—Por qué el sobrenombre?

—Porque siempre silbaba ese vals que me gustaba mucho.

—¿Le gusta ese vals?

—En San Gil fui de niño a una función del Circo Razzore que llegó al pueblo. Un espectáculo inolvidable. Una muchacha muy hermosa tocaba ese vals en su violín. Una muchacha delgada, de mirada muy dulce y penetrante. Tocaba el violín como un ángel. Lloré de niño al escucharla. Cuando silbo el *Danubio Azul* vuelvo a ver su hermosa mirada que parecía estar dirigida únicamente a mí de niño. Silbo el vals y me pierdo en su mirada.

—¿Miraflores era un corregimiento?

—No. Era un pueblito que estaba desocupado porque habían matado a todos sus habitantes en el ejercicio de la violencia.

—¿Mataron a todos sus habitantes?

—A la mayoría, que era liberal.

—¿Qué pensaba cuando tenía que intervenir en los fusilamientos?

—Que estaba cumpliendo órdenes. Aunque sabía que en Colombia no ha existido la pena de muerte y consideraba que todo el mundo tiene derecho a vivir, así sea en una cárcel.

—¿Quién daba las órdenes?

—Las órdenes venían del Comando. Las recibía el sargento González en un sobre de carta. Cuando él aparecía con el sobre en la mano y se paraba arqueado sobre sus piernas en el patio de formación, uno sabía a qué atenerse…

—¿Leyó alguna vez una de esas órdenes?

—No era necesario. Pues con la voz de mando del inmediato superior esa orden bastaba para uno salir a cumplir la misión.

—¿A quién considera usted la persona más criminal de cuantas ha conocido?

—Al cabo primero del Batallón Tarqui de Sogamoso, Crisanto Garcés, natural de Toguí y apodado precisamente *El Toguí*. Tenía una grande iniciativa para cometer crímenes por su cuenta.

—Usted, ¿cómo se considera?

—Uno no se siente un criminal cuando se están cumpliendo órdenes en el servicio militar activo, uno es un soldado.

Sólo dos veces Orlando Quintanilla sonrió ligeramente en el curso de nuestra charla. Al final, lo convencimos de que se dejara tomar una fotografía, la cual acompañaría la entrevista. Accedió con la condición de que le permitiera un momento para arreglarse un poco su aspecto personal. Se dirigió a un grifo de agua que estaba situado en el mismo patio, se lavó la cara y luego se peinó el cabello con una peineta que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón. Al regresar, dijo, estoy listo.

Quintanilla nació en Zapatoca el 22 de julio de 1936. Desde muy pequeño sus padres se trasladaron a vivir con toda su familia al Socorro. Orlando Quintanilla trabajó de mensajero un tiempo en la Caja Agraria, en Pamplona, hasta finales de 1951. Cuando fue al Socorro lo alistaron para el Ejército. Tiene cinco hermanos y dos hermanas. Dice que hace más de un año no sabe nada de sus familiares; presiente que por las noticias recientes en la prensa, de sus actuaciones en el servicio militar, seguramente no quieren saber nada de su persona.

Finalizada nuestra conversación, tranquilo marcha hacia su celda, sin la excitación que demostraba cuando se presentó. Los guardianes consideraban que nuestra entrevista no sería tan fácil como ocurrió. Pero, por la suerte de conejo que persigue al cronista policíaco, Orlando Quintanilla era un hombre que quería hablar.

29. ¿Te miró su mirada…?

Querido Ezequiel, no pude contener las lágrimas y el asombro ante las declaraciones públicas de Orlando Quintanilla, uno de los autores materiales de tu muerte. Solitaria con mi llanto, sólo me hice preguntas. Ante un ser humano como Quintanilla, las respuestas despavoridas huyen de los pensamientos. No son posibles las respuestas. Ya conocía otros testimonios sobre su personalidad

enferma, hambrienta de pasión por la sangre de quienes asesinaba, cínico hasta el fondo más oscuro de su alma; precoz asesino, el dedo de su mano derecha no tenía descanso para detener la vida del hombre que debía morir ante su implacable presencia desquiciada. Se había convertido en juez y verdugo que dirimían la vida del otro. Pequeño dios de la muerte, pirómano mortal. Lo irónico es que también él había estudiado como yo en la población de San Gil. Cómo es posible que estudiando en el seminario de San Gil hubiera recibido una educación religiosa en la que se supone que la piedad es pan de cada día y resultara, por maldita casualidad, siendo tu verdugo. Acongojada, no salía de mi estupor. Leía y leía lo que impávido dijo en el reportaje que le hizo Felipe González Toledo, publicado en el semanario *Sucesos.*

Confesó que lo publicado por la prensa sobre tu asesinato era cierto. Pero, cínico, negó que después de asesinarte te hubiera despojado de los zapatos, poniéndolos en venta. Confiesa ser tu asesino, pero en cambio niega ser un ladronzuelo. Vaya ironía, él, según testigos, despojó de tus pies los zapatos plantigoma, los mismos zapatos que fueron a buscar a casa los sabuesos de inteligencia militar un día de marzo del año 1953, después de mi visita a Miraflores. Confesó que tu crimen había sido el primero cometido en su vida de asesino. Dijo que no había sentido ninguna culpa en hacerlo, como si con esa confesión pudiera devolverte la vida. Subrayé entonces a lápiz lo siguiente: «Todo lo contrario. Le dije al sargento Miguel Ángel González que se trataba de un capitán retirado de la Policía. El sargento González era el comandante del puesto de Buenavista y me contestó que era una orden…». Una orden de fusilamiento. ¿De quién? La orden militar parece como una escalera interminable, alguien la dicta y la firma, otro la recoge y le da curso y después el subalterno inmediatamente superior la lee y los soldados rasos la cumplen. Así de simple funciona la disciplina castrense. No importa la índole de la orden, no importa que esta determine la muerte de un hombre o de muchos hombres. La orden ciega de matar por designio castrense. El tiempo no la detiene, los hombres la asumen con dócil actitud de resignación para poder sobrevivir dentro de una institución absolutamente centralizada y

jerarquizada, que se rige por una absoluta e implacable disciplina y su estricto cumplimiento.

Ezequiel, leo el editorial de *El Independiente,* julio 25 de 1957, acerca del reportaje de Felipe González Toledo. Dice de Orlando Quintanilla, tu asesino:

> cuya mirada hiela la sangre, es un mozo de 21 años. Está en la flor de la vida, pero es un siniestro criminal que ha dado muerte a más de 50 personas «cumpliendo órdenes superiores». ¡Qué terrible disciplina para el homicidio! ¡Qué incapacidad para rechazar el crimen! ¡Qué insensibilidad tan morbosa para aceptar la repetición del acto espantoso de privar la vida a un semejante! Orlando Quintanilla, como para poder entrar con todos los honores a la literatura clásica del crimen, tiene un alias, un alias romántico: se llama como un vals que sigue siendo popular después de muchos años. Y seguro, cuando ejecutaba a sus víctimas, como en una novela de Graham Greene, estaba silbando el *Danubio Azul*.
>
> Jóvenes de 21 años que recibieron estas órdenes de fusilamiento y que las cumplieron probablemente hay muchos. Y eso es lo que nos angustia patrióticamente, lo que como colombianos nos perturba. Si hemos llegado a este abismo, para que no vuelva a ocurrir nada igual ni parecido al fusilamiento del capitán Ezequiel Toro, es indispensable que se sepa quién dio la orden de ese crimen y de otros 50 a Orlando Quintanilla. Y la justicia sea explícita en la declaración de que no nos es lícito impartir órdenes de tal naturaleza, como sí lo es el negarse a cumplir las órdenes. La muerte en acción de guerra es natural y no entraña responsabilidades. En la guerra se vive y se muere en permanente estado de defensa. Pero los fusilamientos de Quintanilla y similares son algo distinto, cuyo esclarecimiento no puede ser postergado…

Querido Ezequiel, en Bogotá dieron la orden de tu detención, en Sogamoso la recibió el coronel Manuel Agudelo quien, para lavarse las manos, expidió una supuesta orden de libertad que sirvió para tu traslado a Miraflores, y en aquella guarnición el entonces mayor Cuervo Araoz, comandante del Batallón Tarqui, cambió la supuesta orden de libertad por una de fusilamiento.

Yo le había escrito un memorial al señor ministro de Justicia pidiéndole la designación de un investigador especial para que, «dada la gravedad del asunto, se tomen las medidas conducentes al esclarecimiento de los hechos», del asesinato de mi esposo, señor Ezequiel Toro Martínez.

El señor ministro de Justicia me hizo llegar la siguiente nota de

respuesta:

De acuerdo con las prescripciones del Código Penal Militar, los funcionarios de la justicia ordinaria solamente pueden ser designados como investigadores en asuntos de la justicia militar cuando así lo solicite el comandante de las Fuerzas Armadas.

En consecuencia, el Ministerio de Justicia se abstuvo de nombrar el investigador y yo, por medio de otro memorial, me dirigí al Ministerio de Guerra:

Con fecha 19 de los corrientes, según nota que poseo, firmada por el señor ministro de Justicia, fue enviada mi solicitud de nombramiento de un investigador especial al despacho de S.S. para, que «dada la gravedad del asunto, se tomen las medidas conducentes al esclarecimiento de los hechos», el asesinato de mi esposo, señor Ezequiel Toro Martínez…

Mi solicitud al señor ministro de Justicia no fue resuelta por ese despacho y la envía a conocimiento de S.S., para que «de acuerdo con las prescripciones del Código Penal Militar» asuma el conocimiento y la responsabilidad.

Son elementos de juicio determinantes para el cabal esclarecimiento de los hechos las declaraciones que poseo, rendidas ante autoridades competentes por exsoldados que tuvieron conocimiento o presenciaron o intervinieron en el asesinato.

El propio asesino material, ahora sentenciado por otros delitos a ocho años de colonias, por el Juzgado 15 del SIC, pero soldado en la época del asesinato, en declaraciones hechas para la prensa, deja pormenorizadamente, en forma que horroriza y acongoja, la forma en que fueron despojando a mi esposo de sus prendas personales, de su dinero; la forma en que lo asesinaron y que, «cumpliendo órdenes del sargento Miguel Ángel González», tuvo que arrastrar el cadáver hasta dejarlo en el sitio ordenado, y por último: la forma en que hizo aprovechamiento de los zapatos, vendidos al mejor postor; y días después incineró los cadáveres para borrar las huellas execrables de los fusilamientos.

Señor ministro: Si este relato impresionante no da a un investigador elementos de juicio suficientes para sacar de la impunidad este crimen atroz, cometido en la persona de mi esposo, hombre honrado, aprehendido en su hogar, sin que tuviera ninguna falta por qué responder, entonces, señor ministro, el buen nombre de las Fuerzas Armadas, ante la consideración de todos los colombianos limpios de conciencia, está comprometido.

Del señor ministro, Tránsito Ruiz viuda de Toro.

Imagínate, Ezequiel, el expediente o, mejor, el remedo de

expediente levantado sobre tu fusilamiento en febrero de 1953 será devuelto mañana a la Auditoría de Guerra de la Primera Brigada, con sede en Tunja, después del rechazo de amnistía para los sindicados por este crimen, hecho por el Tribunal Militar, con ponencia del magistrado Alfonso Castro Álvarez, y en virtud de que «no había materia» para resolver sobre la solicitud. Después de la actuación del Tribunal Militar el expediente de veintinueve folios pasó a la Secretaría para la notificación y, cumpliéndose este requisito, permanecerá allí hasta mañana, cuando será remitido al lugar de origen.

Vuelve a Tunja, a la Auditoría de Guerra de la Primera Brigada. La Auditoría, con base en la actuación del Tribunal Militar, debe resolver si ella misma investiga tu fusilamiento o si debe solicitar un investigador especial del Ministerio de Guerra. En este caso, generalmente, el investigador se pide por el Ministerio de Guerra al Ministerio de Justicia, porque este Ministerio de Justicia no puede nombrarlo de motu proprio.

Tu expediente continuaba sumergido y perdido en el papeleo de la burocracia militar. Se debatía en el limbo de las instancias y determinarse en qué tipo de justicia, si la justicia militar o la justicia ordinaria debía asumir la responsabilidad de la investigación.

Ezequiel, tu asesinato sucedió en 1953, y en esa fecha, de acuerdo con la legislación vigente, todos los delitos correspondían ser investigados por la justicia ordinaria. El expediente por tu asesinato, querido Ezequiel, duró más de un año y medio en un juzgado penal de Sogamoso, es decir, entre febrero de 1953 y la mitad del año 1954, en donde no pudieron reunir ningún documento probatorio, y de Sogamoso, después de este fracaso, fue enviado al Juzgado Superior de Santa Rosa de Viterbo. En esta situación se hallaba el negocio cuando la dictadura de Rojas Pinilla dictó el decreto 1823 de 13 de junio de 1953, en el cual se adjudicaban a la justicia militar los delitos cometidos por militares, y se estableció la amnistía e indulto para los llamados delitos políticos.

Fue entonces cuando tu expediente pasó al Comando de la Brigada en Tunja, donde demoró para ser enviado a Bogotá a fin de que se

resolviese la solicitud de amnistía de los sindicados; pero no se resolvió, porque no había sobre qué actuar. Querido Ezequiel, que nadie desde el poder había ordenado tu fusilamiento y, claro está, que el sargento González tampoco había ordenado al soldado Orlando Quintanilla que disparara contra ti y, lógico, tu cadáver no existía porque nadie dio la orden de fusilarte.

Después de la caída de la dictadura de Rojas Pinilla, en los meses de julio y agosto, he estado escribiendo memoriales, unos al Ministerio de Justicia, otros al Ministerio de Guerra y otros más a la Corte Suprema y al Tribunal Militar, pero por razones de jurisdicción, o de procedimiento que llaman, las respuestas han sido negativas. La designación del investigador de la justicia ordinaria depende del comandante de las Fuerzas Armadas, general Alberto Gómez Arenas, quien al propio tiempo es el presidente del Tribunal Superior Militar. El general Alberto Gómez Arenas accedió cordialmente a recibirme en su despacho, escuchó con atención mis argumentos en los cuales fundamentaba la denuncia sobre tu fusilamiento y prometió resolver mi petición de nombrar un investigador especial.

Ezequiel, el esfuerzo de tantos años, el sacrificio personal y el de tus hijos afectados por mi ausencia involuntaria, ha sido premiado. Negada la amnistía a los sindicados por tu asesinato, para lo cual vino el expediente a Bogotá, se cogió el hilo del negocio y los redactores comenzaron a registrar su desarrollo. El auditor de la Primera Brigada, doctor López Parada, ha declarado públicamente el nombramiento del investigador especial. Dijo el 2 de agosto para *El Independiente*:

> En estos momentos estamos redactando un marconigrama para el procurador general de las Fuerzas Armadas, el brigadier general Jaime Lozano Bahamón, para que designe un representante del Ministerio Público que en representación de la familia Toro y de la sociedad intervenga en las diligencias que se van a practicar.

El mismo diario publica la noticia tanto tiempo esperada: Se ha designado investigador especial de lo que ha dado en llamarse el fusilamiento del capitán Toro al juez Noveno de Instrucción

> Penal Militar, residente en Tunja, doctor Agustín Lizarazo, quien para el caso tendrá un secretario especial y la colaboración permanente del que habla como auditor principal de la Brigada. Todas las diligencias se adelantarán con la

intervención del Ministerio Público, como representante de los deudos y la sociedad.

Formalmente, querido Ezequiel, hoy miércoles 7 de agosto de 1957, comenzó la investigación por tu asesinato y te desaparecieron el 12 de febrero y te fusilaron el 17 del mismo mes de 1953: cuatro largos años en esta espera inaudita en un supuesto país de leyes. El doctor Agustín Lizarazo Granados fue el funcionario comisionado para llevar adelante el delicado negocio investigativo, y actúa como secretario del juzgado el señor Guillermo Sandoval. Para vigilar la representación del Ministerio Público, la Inspección General del Ejército designó al mayor Bernardo Valencia Hurtado, distinguido oficial del primer contingente que combatió en Corea.

En las oficinas de redacción del semanario *Sucesos*, gracias a la generosa gestión del periodista Felipe González Toledo, me reuní en la mañana del 7 de agosto con el mayor Valencia Hurtado y el doctor Lizarazo Granados. Tanto el investigador como el fiscal militar me dieron las mejores demostraciones de buena voluntad y me exhortaron para que les ayudara con el suministro de todos los detalles sobre tu asesinato, los cuales he podido averiguar durante estos cuatro largos años. Claro que dejé constancia de que hubiera preferido que la investigación hubiera sido entregada a la justicia ordinaria. Expresé mi confianza en el doctor Lizarazo Granados y el mayor Valencia Hurtado, y les ofrecí mi colaboración sin reservas.

Con ellos acordamos una cita tres horas más tarde, en el despacho transitorio de los funcionarios, y hoy miércoles se dio comienzo al diligenciamiento con el recibo de una amplia declaración de mi parte, que contiene el prolijo relato de los hechos ocurridos y el resultado de mis personales averiguaciones. Les hice entrega de copias del verdadero expediente o prontuario sobre tu asesinato, prontuario que fui recolectando día a día, durante cuatro aciagos años, con el fervor doloroso que deja la ausencia definitiva del ser que se ama; prontuario que recoge las declaraciones extrajuicio de soldados que fueron testigos presenciales del hecho atroz, declaraciones que fui localizando en viajes a Duitama, Bucaramanga, Ibagué y Medellín; nunca me dejé amedrentar por la soberbia de quienes hicieron de tu crimen un

secreto de Estado; ni dejé que la lejanía geográfica ocultara una voz que pudiera confesarme una pequeña verdad que me ayudara a esclarecer los minutos finales de tu vida.

En la Cárcel Modelo de Bucaramanga se presentaba la posibilidad de tener frente a mis ojos a uno de tus asesinos, el más sanguinario. Querido Ezequiel, yo viajé acompañando al investigador especial, doctor Agustín Lizarazo Granados, y al secretario del Juzgado, señor Guillermo Sandoval; las autoridades carcelarias nos advirtieron a la comisión que Orlando Quintanilla era hosco, taimado y peligroso. Cuando entramos a la celda, el hombre estaba sentado en un camastro, se levantó de improviso, se quedó mirándome en actitud amenazante, como si mi presencia perturbara su estado anímico.

Yo le sostuve la mirada, no quería rehuirla, no quería que pensara que estaba atemorizada. La sórdida mirada de Quintanilla, Ezequiel, ¿tú la viste, antes que disparara el tiro mortal contra tu vida? ¿Te dio la oportunidad de hacerlo? Si fue posible esa gracia, ¿qué miraste en su mirada? ¿Te brindó acaso un rayo de misericordia, te sonrió, te brindó una salida a tu vida, fue generoso o implacable contigo? ¿Fue mirada soberbia o cobarde de quien tiene en sus manos la vida del otro? ¿Acaso la mirada del asesino refleja el pensamiento que impulsa su deseo de disparar? Mirada cruel, de odio infinito. Ahora que lo miro sostenido, me vuelvo a preguntar con ansiedad terrible, Ezequiel, ¿te miró su mirada?

Su mirada no debe ser la misma, porque ahora, metido en su celda, es un hombre indefenso, desarmado, que está pidiendo que por favor lo escuchen, porque sufre de los pulmones. A su mirada de aquel día 17 de febrero de 1953, camino al Boquerón, la acompañaba la certeza de que tarde o temprano, quizás en pocos minutos, debía disparar contra ti su arma, Ezequiel, mi amor…

Luego, cuando bajó la mirada, entendí que quería hablarme. Pero de qué quería hablar un ser que había sido capaz de derramar tu sangre al borde de un profundo precipicio conocido como El Boquerón.

—¿Usted es la esposa del capitán Toro?

Dije:

—Soy su viuda…

—Era un hombre valiente el capitán Toro.

—Sí, lo era…

—Sabe, señora, yo lo había conocido personalmente, en un viaje que hice a Bogotá, en compañía de mi padre, en mi época de estudiante.

—¿Por qué disparó contra su vida…?

—Señora, por una orden. Usted lo sabe, los militares obedecemos órdenes. Uno no actúa por cuenta propia. Uno cumple la orden que decide el superior.

Su mirada era como un túnel que termina en el ocaso de la oscuridad. Sin nada de calor ni mucho menos el parpadear de un poco de afecto, lejana, bañada en tu sangre. Hielo en sus ojos, mirada solitaria de profunda soledad que no tiene compañía de otras miradas cómplices que la estén aguijoneando para que cumpla con el designio fatal de la orden de fusilamiento. No veo en sus ojos un dejo de culpabilidad, es una mirada que pocas veces en la vida ha tenido un alud de llanto, si no como expresión de culpabilidad sí por lo menos de humildad. Se afirma en sus gestos, si volviera a vivir la misma situación haría lo mismo que hizo esa tarde del 17 de febrero de 1953.

Yo intento descubrir en su mirada el instante que sintió como hombre la necesidad o el impulso de matar a otro hombre, tú o cualquier otro. Pero, ¿cómo podría observar un hombre que a los veintiún años confiesa públicamente que ha matado a cincuenta personas? Un hombre que ha duplicado sus años en muertes. Su mirada no expresa sentimiento alguno de debilidad. Es una mirada perdida que huye en los laberintos de sus honduras criminales. No veo en sus ojos zarcos un pequeño brillo de luz.

Me imagino su mirada en los tiempos en que, confiesa, estuvo estudiando en el seminario de San Gil. Quizás piadosa y resignada para poder hablar con Dios. Tendría la mirada inocente de la niñez, inocencia que esconde en los rezos y movimientos de los labios, la necesidad de confesiones de culpas baladíes, pasajeras.

No me sostiene la mirada, Ezequiel. Ahora rehúye la mía y corre como conejo perseguido, se esconde entre las manos. Ahora comprendo, Ezequiel, que nunca te dio la oportunidad de mirar sus

ojos. La cobardía se esconde cuando un hombre se enceguece en sus pasiones y vuelve turbia la mirada para que nadie la mire y le tenga un poco de lástima.

Entonces, Ezequiel, decido abandonar la celda, porque no quiero darle la oportunidad, que a ti te negó, de continuar mirándole. Dejo sus ojos, su rostro de asesino enjaulado. El investigador especial, doctor Agustín Lizarazo, acompañado del secretario del Juzgado, señor Guillermo Sandoval, comienzan la indagatoria. Cuando salgo escucho el ronroneo sordo de una turbia voz.

Después, por muchas noches, Ezequiel, mi amor, la mirada fría de Quintanilla perturba mis sueños, me persigue como la peste, no le da tranquilidad a mi ser acongojado. Me persigue, como diciéndome: Señora, yo poseo en mis recuerdos la imagen de los últimos instantes de la vida de su esposo, el capitán Ezequiel Toro. Cuando despierto, Ezequiel, decido enfrentar su mirada de asesino. La sostengo porque también le puedo gritar: mi mirada también conserva intacta la visión de cuando Ezequiel era un hombre con vida. Y esa visión nadie podrá borrarla de mis ojos.

La mirada de Quintanilla huye por la ventana del cuarto, huye para perderse por las calles de Bogotá. Huye como nube cargada de lluvias traicioneras. Se pierde en la niebla que azota a la ciudad en los tristes amaneceres. Mi deseo es que algún día aquella mirada pueda ser colgada en la profundidad de los ojos de un hombre que debe pagar por el crimen de quitarme de mi lado tu vida, Ezequiel, mi amor. Así descansaré de aquella visión que me amarga y sólo se desvanece cuando el día me anuncia que debo comenzar la tarea de sobrevivir con mis oficios en la pensión.

30. Me siento en la taza del sanitario

Leo el artículo en página editorial que escribió Hersán, en su columna «Detrás de las Noticias», en el periódico *El Tiempo*, un mea culpa de lo que no hicimos los periodistas por temor a la censura y terminamos resignados a la más terrible autocensura, bajo los

gobiernos de Ospina Pérez, Laureano Gómez y el jefe supremo Rojas Pinilla. La censura, insisto de cara al espejo mientras me afeito, y siempre me afeito con dificultad, es ni más ni menos que el asesinato a sangre fría del pensamiento, y la autocensura es como atragantarse día a día con un pescado entero, sin poder digerir su carne y sentir el dolor en las cuerdas vocales rasgadas por las espinas. Se vuelve uno autista social. Y la nota editorial de Hersán, por ser quien es en los medios periodísticos colombianos, es para ponerse de espaldas frente al espejo y flagelarse con inaudita paciencia china. Claro, cada quien determina el tiempo de la flagelación y, lógico, de acuerdo con las culpas que corren por su sangre como río sin cauce. Me quedo con la espuma de jabón en el rostro, me siento en la taza del sanitario y releo el texto de Hersán:

> Mediaba el año de 1953 y en las oficinas de *El Tiempo* se presentó, tímida y dominada por la pena, una valerosa dama. Su reclamo dolorido conmovió aun aquellos que acostumbrados por la tarea periodística, contemplan casos diarios de dolor insospechado. Buscaba afanosamente a su esposo extraviado y se enfrentaba a la vida con la sola compañía de sus hijos, abrumada por la tragedia que sobre su hogar se había desatado. Era doña Tránsito Ruiz de Toro. Aún no hemos de olvidar esa entrevista que fue prólogo de muchas más. Pedía con tenacidad, con lágrimas —inexperta en el campo que ante ella se abría, y con valor espartano—, se averiguara por la suerte de su esposo desaparecido hacía algunas semanas. La publicación se esfumó bien pronto de las páginas periodísticas gracias a la censura, pero quedó lanzada la acusación. Y los periodistas, debemos confesarlo, no fuimos justos para valorar debidamente la valerosa hazaña que ese día iniciaba una mujer de temple.
>
> Acompañada por sus hijos en ese entonces muy jóvenes, hoy hombres levantados en la dura escuela de su tragedia, fue quien localizó el sitio exacto donde su compañero desapareció. Fue ella quien viajó a Sogamoso, visitó los Llanos, habló con los testigos, persiguió huellas y confirmó sospechas, mientras luchaba por la supervivencia económica de su hogar, para así acorralar a los culpables del crimen, buscando inútilmente desenmascararlos públicamente.
>
> Pasaron los meses y los años sin que la justicia hiciera nada en el caso del capitán Toro. El crimen —como muchos otros— parecía no salir a la sombra, sepultado ante el alud de atrocidades cometidas en los últimos tiempos. Pero esta valiente mujer, que no vaciló en desafiar a todo y a todos, confiaba en el amor y el amor la apoyaba. Y la esperaba.
>
> Su tarea, adelantada con tenacidad digna de todo elogio y que muchos varones habrían dejado de lado, comenzó a rendir frutos. Las autoridades ordenaron abrir

la investigación en el caso de Ezequiel Toro. Y así, un tesón admirable —hazaña que para muchos debe ser ejemplo— triunfó. Entre los valientes, Tránsito Ruiz viuda de Toro ha ganado un sitio de honor.

Me levanto de la taza del sanitario, dejo el periódico en el suelo. No quiero salirme con la mía otra vez frente al espejo. No quiero escaparme, no quiero justificarme por penas amargas y volver a sentarme en la taza del sanitario. Pero siento en el rostro cierto aire triunfal como la fragancia de la olorosa loción Yardley, pues, así, como ocurriera con el artículo de Hersán, la prensa en general hizo eco de las denuncias iniciales del semanario *Sucesos* sobre el asesinato de Ezequiel Toro. La primera crónica no sólo se reprodujo en los grandes diarios de Bogotá, su eco no se hizo esperar en los periódicos de provincia. Y doña Tránsito viuda de Toro se volvió una heroína de carne y hueso por su temple y su coraje.

Y yo, como buen creyente en el oficio de cronista policíaco, saqué a la luz pública mis antiguas y autocensuradas crónicas, aquellos textos ya casi olvidados en los anaqueles de mi biblioteca. Escribí lo que tenía que escribir sobre la ejecución pública de Saúl Fajardo frente a la Cárcel Modelo de Bogotá, cuando le aplicaron la Ley de Fuga; publiqué mis notas clandestinas que antecedieron a su ejecución, para contar su historia de guerrero; asimismo publiqué su *Diario* como presagio de muerte para explicar la doble moral política de nuestros gobernantes, pues a Saúl Fajardo le negaron el derecho de asilo y en cambio, a Haya de la Torre por presión internacional le dieron asilo por más de cinco años en la embajada de Colombia en Lima; saqué a relucir mis notas escondidas sobre el crimen del abogado José Uriel Zapata y dije que había quedado impune, como tantos asesinatos, incluyendo el de Gaitán. En el semanario *Sucesos* reconstruimos otras historias y abrimos el ventilador para tantos escalofriantes hechos de masacres cometidas durante los regímenes dictatoriales que ensombrecieron la conciencia del país recientemente. Era posible hacerlo. Con la caída de la dictadura de Rojas Pinilla se abrieron los diques y las aguas se desbordaron en un profundo sentido de libertad de expresión. Quitamos de nuestros labios el esparadrapo de la autocensura. Hicimos la denuncia en relación con el asesinato del

capitán Toro. Ahora debemos esperar la sentencia de la justicia militar. Claro, seguimos impregnados de nuestro propio escepticismo. Somos simples seres humanos premiados, por suerte, por la duda eterna. Y más tranquilo ahora, en este momento vuelvo a sentarme en la taza del sanitario.

Y reconozco que con los colegas de *El Espectador* una noche del viernes, después del ajetreo de cerrar la edición correspondiente, en el Café Automático, centro de nuestras tertulias al borde del paroxismo de enjambres poéticos de muchos de nuestros vates, estuvimos a punto, por lo menos lo pensamos, de cometer un asesinato verbal y a sangre fría de una ficha humana muy conocida por nosotros, el célebre *Lápiz Rojo*. Digo que lo pensamos en físico silencio los tres: el joven y excelente cronista Germán Pinzón, el fundador de *Sucesos* y magistral poeta Rogelio Echavarría, y el suscrito, que remueve la memoria. Pues bien, los tres entramos al Café Automático bajo el signo del equilibrio emocional, como siempre nos sentamos en la mesa de nuestra pertenencia por el uso como clientes de tantos años, palmoteamos para pedir tres copas de aguardiente acompañado de rodajas de limón y ya estábamos dispuestos a dejar fluir la amalgama verbal de lo cotidiano en el oficio de informar a los otros. Yo saboreaba mi primer aguardiente, acompañado del gesto de chasquear los labios, cuando de pronto vi que del baño salía la figura de alguien conocido, abotonándose la bragueta, y lelo se quedó observándome y, lógico, lo reconocí de inmediato. La verdad es que quedé congelado como los gatos de la calle 10, mi olfato caliente, cuasiasesino, dirigido hacia aquel hombre; mi bigote era niebla de hiel. Germán Pinzón, delgado como su bigote acicalado, se dirigió a mí en tono doctoral: ¿Qué le sucede al maestro de la crónica roja? Yo simplemente dije: miro y remiro a una alimaña, y los dos, Germán y Rogelio, contestaron: Alimaña de qué madre y giraron y vieron la alimaña que, asustada, pagaba a la copera, y los tres en circunloquio nos pusimos a pensar qué hacer, y los tres dijimos en coro darle su merecido en la calle, y los tres nos levantamos en un santiamén periodístico no en busca de la noticia sino de la física acción, pero cuando salimos a plena Avenida Jiménez nuestra presa había escapado. Niebla eres y

niebla escaparás. Entonces Germán Pinzón, con su vozarrón afiebrado que parecía salir agigantado de la manzana de su garganta, dijo en tono salomónico: La alimaña se escondió donde tenía que esconderse. Era cierto, lo supuse como noticia de buena fuente, *Lápiz Rojo* había desaparecido en la puerta vecina del Café Automático, en los laberintos del Café Titánic, tertulia carnal de putas y de miembros del tenebroso G-2, terreno vedado para tres pacíficos contertulios como nosotros.

31. La reconstrucción del crimen

El sábado 22 de noviembre de 1957, cuatro largos años después de tu desaparición y asesinato, querido Ezequiel, realizo el último recorrido que tú hiciste en vida, padeciendo la terrible incertidumbre de que pudieras salvarte, quizá por un milagro de última hora, pero la orden de tu fusilamiento ya estaba dada por el coronel Cuervo Araoz, y el accionar de los asesinos, en estas situaciones, es imposible que se pueda detener. La implacable naturaleza del verdugo que cumple la orden y nada lo induce a que cambie los ímpetus del latir de la sangre. Siento, en este instante, antes de la partida, la amarga sensación que sangra en lo profundo de mis sentimientos, de tener que caminar de nuevo las huellas que te condujeron a la muerte, pero debo comprobar hasta la saciedad la verdad de tus rastros tragados por la niebla.

Salimos en la comitiva a las siete de la mañana. Yo le había pedido al juez Agustín Lizarazo Granados que cuando fuera a hacer la reconstrucción del asesinato me pusiera un telegrama. Para la reconstrucción llevaron a Orlando Quintanilla esposado, a quien transportaron desde la Cárcel Modelo de Bucaramanga. También participó un exsoldado de apellido Chávez, testigo presencial de los hechos delictivos. Con ellos, el comandante de la Brigada de Tunja, el auditor de la misma Brigada, un médico y un odontólogo militares, el alcalde militar de Miraflores, el comandante de la guarnición de Miraflores, el fiscal militar Valencia Hurtado y veinte soldados. Yo iba acompañada de mi hijo Gilberto.

El camino de Miraflores a Buenavista hay que hacerlo en mula. Yo monté una mula parsimoniosa, mi hijo Gilberto lo hizo a pie. También tú, Ezequiel, hiciste el mismo recorrido a pie, en compañía de tus compañeros de infortunio, al lado del acezar apestoso de tus asesinos. Aferrada a las riendas, yo no guiaba la mula, esta baquiana del camino de herradura, resabiada pero segura, me condujo en tedioso recorrido de cuatro horas por accidentados atajos cortados por pequeñas quebradas, la más grande La Mocacía, que crecían en sus aguas con la furiosa lluvia que arreciaba. Lluvia atormentada por fuertes vientos. Un eterno subir y bajar y continuar subiendo, y frente a los ojos las capas y la densidad de la niebla que parecía ocultar los secretos de los tramos finales para llegar al siniestro lugar, conocido como el puesto militar Buenavista. Llegamos a las once y media de la mañana, a este lugar de avanzada distinguido por una casa en escuadra, de rudimentaria construcción, y un quiosco cubierto de paja. Allí, en aquel lúgubre lugar, bajo la infamia de la mirada de tus asesinos, tuviste el último descanso para tus huesos. No cesaba la lluvia, como si la lluvia fuese el clamor de augurios fatales. También, como inevitable presagio, la presencia de la niebla, demonio gris de caminar silencioso.

—De Buenavista al Boquerón hay una distancia que, a lomo de mula, se llega en diez minutos —dijo un soldado conocedor del terreno.

El Boquerón es un lugar desierto, sobrecogedor por el espíritu maligno que lo ronda, lugar en el cual se pueden perder para siempre las voces de los hombres. Feroz, la lluvia continúa su sonsonete y la sólida niebla apenas deja adivinar los profundos abismos que culminan en las accidentadas orillas del río Lengupá, donde fueron a dar los restos de las víctimas. Cuando me bajo con las piernas entumecidas, la bestia se pierde en los pliegues de la pesada niebla. Un viento huracanado impide al secretario anotar los datos de la diligencia. Participantes y acompañantes en la reconstrucción de tu crimen tiritábamos bajo las ropas empapadas por la lluvia. La ropa y la piel escurrían agua.

Orlando Quintanilla, fresco, despreocupado, sin inmutarse,

esposado, comenzó por repetir que la orden de matar a los presos la había recibido directamente del suboficial Miguel Arcángel González y después pasó a reconstruir en detalle el cumplimiento de la macabra misión.

Te relato el último itinerario de tu vida, querido Ezequiel: el comandante de guardia del puesto militar de Miraflores le ordenó al cabo Crisanto Garcés, natural de Toguí y apodado precisamente *El Toguí*, y denunciado como un gran criminal por el propio Quintanilla, que viajara con una patrulla de diez soldados para ponerse a órdenes del entonces mayor Cuervo Araoz, comandante del Batallón Tarqui, acantonado en Sogamoso. El cabo y sus hombres salieron de Miraflores la misma noche de haber recibido la orden y llegaron a Sogamoso por la mañana, temprano, al día siguiente. En la División de Policía de Sogamoso, querido Ezequiel, según confesión de la víbora del coronel Manuel Agudelo, te dieron una boleta de libertad, pero en la puerta de la División de la Policía no te esperaba tu liberación sino el cabo Garcés, con diez soldados y la orden en mano de tu fusilamiento: tu salida y la de los otros presos de Sogamoso habían sido registradas por el cabo Carlos Otoniel Gómez Pareja. El cabo Garcés te trasladó detenido hasta Miraflores en compañía de tus cuatro compañeros de infortunio. Llegó a Miraflores a las seis y media de la mañana del día siguiente. En la noche, en la desmotadora, la cárcel del Ejército para los presos rebeldes de los Llanos Orientales, te maltrataron a ti y a tus compañeros. A la mañana siguiente salieron a pie hacia el puesto de Buenavista, adonde llegaron a las doce del día. En el camino, un grupo de arrieros te vio barbado y deprimido. El cabo Garcés entregó los cinco detenidos al comando del puesto de Buenavista.

Orlando Quintanilla hacía parte del puesto de Buenavista y reitera que el suboficial Miguel Arcángel González le dio orden de ejecutar a los cinco detenidos, diciéndole:

—Mire el oficio —al tiempo que me mostraba un papel. Yo no leí el oficio, pero conduje a los cinco detenidos en compañía de un individuo civil de nombre Hipólito Barreto, a un lugar despoblado en las cercanías de la avanzada militar…

Las cinco víctimas fueron: tú, querido Ezequiel; un soldado santandereano de apellido Martínez Porras, y otras tres personas que hasta hoy no han podido ser identificadas. El primer fusilado fue el soldado Martínez Porras, condenado a muerte sin fórmula de juicio por haber ultimado a un compañero de filas. Quintanilla, el verdugo, se llevó a Martínez de Buenavista hacia El Boquerón. Según su confesión:

> Martínez comprendió que había llegado su último instante y, resuelto a jugarse el todo por el todo, se encaró conmigo y preguntó:
> —Qué… ¿Me va a matar?
> Antes de que el hombre se rebelara yo le disparé a quemarropa…

Quintanilla recordaba la escena; insensible ante el personal de la diligencia de reconstrucción, confesó:

«Para botar el muerto allá abajo, yo lo cogí por las mechas y Bucheperra por las patas…».

En aquel tétrico ambiente, bajo la lluvia y el cortante frío, frente al verdugo, en el mismo lugar, más impresionante resultaba la rudeza de las brutales explicaciones de Quintanilla. Para satisfacer la duda en ciertos detalles del juez investigador Lizarazo, Quintanilla agregó con la mayor naturalidad:

«Esto fue aquí no más. Pero, de aquí para abajo… Si estos cerros hablaran…».

Con aquella burda expresión Quintanilla se refería al enigma de cincuenta o más personas que habían perecido a manos de este asesino especializado, atroces crímenes confesados por él, recientemente, en la Cárcel de Bucaramanga.

Quintanilla caminaba pensativo, metido en la concha de sus honduras delictivas. Detrás, yo escuchaba la voz de Chávez, otro de los testigos:

«Enseguida nos bajamos al puesto y nos llevamos al capitán Ezequiel Toro por orden de mi sargento González. Entonces él se dio cuenta de que lo iban a matar…».

Quintanilla, pensativo, no quería hablar, señalaba con las manos esposadas los sitios que caminaron ese miércoles en la tarde. Cuando

indicó una enorme piedra que estaba al borde del precipicio dijo como si fuera la noticia más esperada:

> En esa piedra se sentó el capitán Toro para descansar de su pena: no me mate, por favor…, dijo. Me hizo un ofrecimiento, si lo dejaba con vida, después me recompensaría con dinero… Me mostró el retrato de una niña y reiteró que no lo matara… Estaba en mangas de camisa porque le habían quitado el saco, y como no tenía nada me ofrecía que después me daría algo si no lo mataba.

Quintanilla se volvió un sepulcro de silencio; por un instante dejó de hablar, luego dijo:

«Ande, capitán…, que ya llegamos… El capitán no quería levantarse de la piedra. Yo le di unas palmotadas en la espalda para levantarle los ánimos…».

La niebla venía hacia nosotros en oleadas de vuelo disperso y ocultaba la imagen verde de un paisaje lúgubre. Yo temblaba por el desasosiego, impulsada por deseos inmensos de llorar como nunca. Pero sabía que no podía desfallecer, y menos en este momento, cuando en la voz de uno de tus asesinos estaba reconstruyendo las últimas huellas de tus pisadas, querido Ezequiel.

Quintanilla levanta la mirada en pos de la niebla que huye; entonces comienza a silbar un vals que me parecía conocido; luego, al seguir su ritmo y musicalidad, identifiqué el *Danubio Azul.* Silba con la ansiedad de la tormenta que se avecina. Sostenido silbido, silbido de serpiente venenosa que cuelga de la rama de un árbol, al borde de un camino. Recordé que a Quintanilla lo apodaban *Danubio Azul*, porque siempre que andaba en sus fechorías, como fatal anuncio que debía cumplirse, silbaba el vals. La misma melodía que silbó el día de tu asesinato, querido Ezequiel.

Silbaba sin ataduras en los labios como si estuviera soltando en vuelo su alma maldita, silbaba para continuar por la pesadez del camino, silbaba como forma de escape o para decirnos que estaba llegando al final de su confesión, quizá para decirnos: estoy cumpliendo a cabalidad el ritual de mi confesión, señores y señoras, la fiel reconstrucción de cómo sucedieron los acontecimientos ese día.

No dejó de silbar. Yo siempre imaginé el Danubio Azul como el majestuoso río que atravesaba fronteras de muchos países, pero nunca

un río silbado por los labios de tu asesino. Nunca imaginé que el hermoso río arrastrara en sus aguas tu sangre, tu vida, tu historia, con el ritmo de su música.

De pronto Quintanilla dejó de silbar. La niebla lo perdió como figura de hombre hasta desaparecerlo. Luego regresó, como si volviera de lo profundo de su conciencia, y de nuevo continuó silbando el *Danubio Azul*. Parecía un fantasma hecho figura de hombre. Cuando aquietó la lengua silbadora dijo:

«El capitán Toro continuaba con sus ruegos».

Silbaba como inquieto brujo que no quiere abandonar la flauta, el vals que tú y yo, Ezequiel, bailamos el día de nuestro matrimonio, ¿te acuerdas?

Escuché tus ruegos, querido Ezequiel, en la voz del otro testigo, el exsoldado Chávez, escuché tu llanto como mi llanto nocturno en las noches de cuatro años de ausencia:

«Llorando decía, por Dios, que si lo iban a matar no lo mataran, y cada nada se paraba a suplicar que no lo mataran…».

Escuché la voz de Quintanilla cuando te dijo:

«Siga».

Ya faltaban cuatro o cinco metros para llegar al precipicio conocido como El Boquerón. Apareció fantasmal entre la niebla el civil Hipólito Barreto y, en la voz de Quintanilla que lo recordaba, dijo:

«Yo odio mucho a estos tales por tales porque a mí también me mataron parientes y familiares».

«Pero Hipólito Barreto me gritó», recordaba Quintanilla:

«¿ Lo va a matar o no?».

«Hipólito Barreto hizo como ademán de echar mano al revólver», recuerda Chávez. De una vez Quintanilla le dijo al capitán Toro:

«Siga, adelante…».

Me adelanté un poco para enfrentar la mirada brutal de Quintanilla. Escuché la voz de otro testigo. Dijo Chávez:

> El capitán Ezequiel Toro cambió de semblante y dijo de frente: Si me van a matar, asesinos de mierda, mátenme… Entonces el civil Hipólito se adelantó, soltándole un tiro que se lo pegó en la cintura saliéndole por la vejiga. Dijo el capitán: Asesinos de mierda, y dio así como una media vuelta. Entonces, al

voltear, fue como a enfrentarse a Quintanilla que estaba al lado izquierdo casi a un metro y medio.

Quintanilla, viendo que el capitán quería volverse hacia él, le disparó por la espalda y le salió el tiro por la parte del bolsillo con pedazos de corazón, sacando al aire el retrato de la niña…

Confesó Quintanilla que, al recibir el balazo, tú te recogiste y luego te pusiste por un instante en pie y trataste de avanzar: difícilmente diste paso alguno en desesperada y lentísima fuga, inútil fuga. Quintanilla te hizo un segundo disparo de fusil por la espalda para completar la obra iniciada por Barreto. Tú, querido Ezequiel, caíste hacia adelante sin vida…

Volví a escuchar la voz de Chávez, el otro testigo:

El capitán, ya casi muerto, balbuceó palabras que nadie pudo entender, botaba sangre por la boca y se fue así de para adelante y cayó al suelo. Se fue como a una bajadita y rodó como unos 20 metros. Cuando esto sucedía yo estaba al lado izquierdo de Quintanilla, también Leopoldino Roncancio; enseguida fue cuando Quintanilla me ordenó que lo ayudara a arrastrarlo hacia arriba; entonces lo cogí, pero antes de eso Quintanilla le quitó las botas que eran de plantigoma…

El secretario le preguntó a Quintanilla si Ezequiel había muerto inmediatamente después del segundo disparo y Quintanilla respondió con pasmosa frialdad:

—Claro que murió inmediatamente, porque el balazo le salió por el pecho con un pedazo de corazón.

El lugar señalado por Quintanilla era un plano inclinado, por donde, según él mismo, rodó el cadáver de Ezequiel cerca de la orilla del precipicio. Todos en la comitiva bajamos hasta el punto donde quedó el cadáver, sitio en el cual Quintanilla y sus compañeros lo recogieron para botarlo al fondo del abismo.

Miré los zapatos embarrados de Quintanilla. Esa noche en el puesto de Buenavista, uno de los soldados le dijo en broma:

—Quintanilla, ojalá esta noche las botas no se le escapen caminando…

Miré los ojos de Quintanilla para imaginar tus botas, Ezequiel, caminando con vida en sus pies, entre el lodazal y la oscuridad de su conciencia… Cuando estábamos al borde del Boquerón, dijo Chávez,

el otro testigo:

—Enseguida arrastramos al capitán Ezequiel Toro y lo botamos al precipicio…

Abismo que ahora, con el dolor que desgarra mi piel a pedazos, trato de mirar en su profundidad, por donde rodó tu corpulencia sin vida. Quintanilla, enloquecido, me mira con sus aires de prepotencia y odio y poco faltó para que me tirara a mí también por el barranco. Gritaba, aullaba como lobo herido de muerte:

—Yo recibí la orden del sargento González…

Sus aullidos hicieron tambalear las paredes huyentes de la niebla, que se escaparon en desbandada por el insondable precipicio del Boquerón. Quintanilla se aferró a sus brazos como si estuviera sujeto por una camisa de fuerza; la culpa parecía salir a chorros por sus ojos zarcos encontrados entre sí, blancuzcos. Mentirosa mirada crucificada. Después de un instante, de aquella dramática escena teatral, recuperado en sus ánimos, comenzó a caminar en círculo y volvió a silbar el *Danubio Azul* con la estridencia de chicharras, aferradas a la reseca corteza de un corpulento árbol.

Continuaba el festín de los fusilamientos: a las cinco de la tarde, el sargento Miguel A. González ordenó que fuera conducido al Boquerón el tercer detenido, a quien se acusaba de fabricar bombas para los rebeldes llaneros; se fusiló de espaldas al precipicio. Recuperado de espinas culposas, Quintanilla confesó:

> El sargento Miguel A. González me hizo levantar a las cinco de la mañana del día siguiente, con la misma patrulla, para irle a dar muerte a los otros dos detenidos, el padre y el hijo. El padre pidió que primero lo dejara rezar el rosario antes de matarlo; así fue. Los dejé conversar un rato al padre y al hijo y después al hijo se le hicieron tres disparos de fusil y como no murió con los disparos se botó así herido por El Boquerón y cayó sobre una piedra y dio un grito…
>
> En seguida, yo le dije al papá del muchacho, un tipo como de unos cuarenta y pico de años, venga. Entonces el señor vino hacia mí y dijo rogando:
>
> De por Dios, mi soldado, déjeme rezar un rosario. Le dije: tres padrenuestros no más. Dijo el señor: no, mi soldado, déjeme rezar el rosario. Entonces, lo dejé con sus rezos. Le preguntaba a cada nada, ¿ya? Me decía el detenido: espere un momentico, mi soldado. Volví y le pregunté: ¿ya? Ya había terminado y me dijo el detenido: Si mi Dios lo tiene dispuesto, ya. El detenido estaba sentado en el filo del precipicio y le solté un tiro por la espalda porque el detenido resignado miraba

hacia el precipicio. El tiro le dio en la espalda saliéndole por el pecho. Entonces lo empujé con el pie y rodó como piedra…

Quintanilla refirió con su habitual despreocupación que después por orden superior, con posteridad a la muerte del capitán Toro, él y otros soldados habían descendido al abismo para amontonar los cadáveres, rociarlos de gasolina y prenderles fuego para evitar que el vecindario percibiera el olor de los cuerpos en descomposición. El soldado Ortega había confesado públicamente:

Se recibió una orden, también del Comando, de ponerle fuego a la hondonada en donde yacían los cadáveres en descomposición, a fin de borrar toda huella de los crímenes. La orden en referencia, por ser militar, tuvo exacto cumplimiento, de tal manera que el cadáver del excapitán Toro, con los cuatro infortunados compañeros, debió quedar incinerado…

La orden la recibieron en el cuartel el mismo día que yo estuve en Miraflores. Sintieron que mis pasos llegarían hasta Buenavista. Pero fue imposible hacer ese mismo día el viaje, como también era peligroso aventurarse por esos parajes bajo el dominio del entonces mayor Cuervo Araoz.

La suerte la construye uno con la fe de las decisiones. Al día siguiente, domingo, mientras desayunábamos en el comedor del Hotel Miraflores, el dueño, que por miedo cuatro años atrás me había negado alojamiento, se acercó a nosotros y dijo:

«Si salen a la plaza de mercado, de inmediato escucharán voces para decirles dónde se encuentra Juan de Jesús Barreto, otro de los asesinos de su esposo».

En la plaza, las voces nos dijeron que estaba en el mercado vendiendo panela y yuca. Señalaron el sitio. Mi hijo Gilberto pidió refuerzos a la Policía. El hombre había salido por detrás de la iglesia y, finalmente, lo encontraron en la puerta de una tienda. Cuando lo intimaron, Barreto no hizo resistencia, tampoco protestó, y cuando fue conducido a la Alcaldía exclamó ante los investigadores:

«Ya sé por qué me cogen, pero yo nada tengo que ver con esto. Todos saben que no hicimos sino cumplir órdenes superiores».

¿Quién dio la orden, quién la firmó, quién o quiénes la ejecutaron?

Ya había comprobado quiénes habían ejecutado la orden de tu fusilamiento. En mi conciencia, el destino de la justicia señalaba al hombre que había tomado la decisión: el coronel Daniel Cuervo Araoz.

32. La muchacha del circo

Terrible paradoja vivo hoy, 27 de diciembre de 1957, después de transitar por siete calles empedradas que configuran la zona de tolerancia de Tunja, y en este mismo instante esté tocando la puerta de un burdel de nombre Noches de Acapulco para preguntar detalles sobre el suicidio de Orlando Quintanilla. Digo terrible paradoja, porque supongo que debería estar averiguando por él, recluido en la cárcel de Tunja, adonde había sido trasladado desde la Cárcel Modelo de Bucaramanga, por cuestiones de seguridad. En la mañana había estado en la cárcel para indagar con el señor director la razón por la cual Orlando Quintanilla, asesino de alta peligrosidad, condenado a siete años por delitos comunes, confeso de haber fusilado por órdenes superiores a cincuenta personas y con auto de detención por el asesinato del capitán Ezequiel Toro, hubiera podido obtener permiso para salir el 24 de diciembre, cuando apenas hacía escasas tres semanas había sido trasladado a la penitenciaría de Tunja. El señor director desapareció furtivamente de su despacho pues suponemos que no tendrá argumentos convincentes para aclarar semejante irresponsabilidad administrativa. Por sus declaraciones públicas, por su confesión ante el investigador especial, doctor Agustín Lizarazo Granados, Orlando Quintanilla era pieza decisiva en el esclarecimiento de la autoría material del fusilamiento del capitán Ezequiel Toro, y fundamental para el esclarecimiento de quien, en la estructura interna del Ejército, dio la orden escrita o verbal para su consumación.

Una mujer joven de palidez extenuante, de rostro limpio sin acicalar, vestida de luto, abrió la pesada puerta del establecimiento. Amable pero desconfiada, como si hubiera estado esperando mi visita, preguntó:

—¿Qué se le ofrece al señor?

—Soy periodista. Vengo de Bogotá.

—Usted viene a averiguar lo sucedido a la pobrecita Florinda y también al finado Orlando?

—Sí. Vengo exclusivamente a eso. Si me permite entrar…

—Espere un momento. Voy a llamar a la doña Margarita.

Entrecerró la puerta. Diez minutos después regresó, abrió con ademán amable y dijo:

—La doña Margarita dice que pase usted, señor periodista.

A la izquierda del zaguán de entrada colgaba una penca de sábila, a la derecha un pequeño altar en el cual se veneraba un cuadro de las Ánimas del Purgatorio. Al caminar detrás de la muchacha percibí un fuerte olor a riegos de hierbas aromáticas para la buena suerte. En el primer patio, cubierto por un techo de vidrios de colores, vi mesas y asientos de madera; en las paredes, conocidas vitelas enmarcadas en vidrio: un músico con guitarra en mano, vestido de español, dándole serenata a su dama, sonrojada entre enredaderas florecidas; una Magdalena semidesnuda, escondida en una oscura cueva leyendo un libro sostenido sobre una calavera; hermosas ninfas danzando alrededor de una fuente de agua luminosa, mientras un fauno de barba y malicioso las observa con deleite pecaminoso. En el salón me esperaba la dueña del establecimiento, una mujer de cuarenta años, sentada en un sillón de hule verde, con las piernas cruzadas, de luto y muy afligida. Sonrió con sonrisa forzada por la condolencia:

—Perdone, mi nombre es Margarita. —No me da tiempo para presentarme—. Suceder lo que sucedió en un negocio tan respetable no deja de ser una desgracia y un descrédito para mi reputación.

—¿Podría contarme detalles de lo sucedido? ¿Cuándo llegó Orlando Quintanilla a su establecimiento?

Hizo que contenía con las manos un llanto compulsivo:

—Esos detalles mejor lo cuentan mis muchachas. —Se levantó y llamó a Nubia, la chica que había abierto la puerta de la calle y le ordenó:

—Mija, dígale a las muchachas que vengan al salón.

Llegaron en fila seis jóvenes vestidas de luto, ninguna maquillada, los ojos enrojecidos de llanto, y con cierta timidez se fueron

acomodando en los asientos, compungidas, dispuestas a repetir una historia que ya habían contado el día anterior para las emisoras de la ciudad. Las acompañaba el cantinero de nombre Alfonsina.

—El luto de mis muchachas y el mío usted debe comprenderlo. Hoy en la noche, comenzamos a rezar el novenario y lo vamos a rezar con toda devoción…

Deja la explicación y levanta la mano derecha en ademán autoritario y se dirige a una chica de rostro delgado:

—Usted, mija, era la más amiga de la desgraciada Florinda. Dígale lo que usted sabe al señor periodista.

—Mi nombre, Josefa. Yo era la amiga de confianza de la pobre Florinda. Ella le seguía los pasos al tal Orlando Quintanilla en todas las andanzas. Una mujer tragada de su hombre. Cuando él estuvo preso en la cárcel de Bucaramanga, la pobre Florinda lo que ganaba era para mantenerse y visitar a su hombre cada domingo en la prisión. Yo la conocí en ese negocio de nombre Milancito. Cuando lo trasladaron para acá, yo sabía del negocio de la doña Margarita, le pedí trabajo para mí y para Florinda…

Las mujeres gesticulaban tristeza y llanto, fueron reconstruyendo con detalles precisos lo sucedido el 24 de diciembre, después de las ocho de la noche:

La llegada de Orlando Quintanilla al burdel Noches de Acapulco fue triunfal. Florinda no se imaginaba semejante sorpresa, pues, como siempre, hacía planes durante la semana para visitar a Quintanilla y ya tenía el permiso de la penitenciaría para hacerlo el domingo siguiente. Ella, con su vestido de satín rojo y sus labios pintados de jazmín rojo, conversaba con sus compañeras en el amplio salón iluminado por bombillos de luz roja, mientras Alfonsina, el cantinero, femenino en el caminar y voz ronca de espanto, se encargaba de la música en un viejo tocadiscos; con trapo limpiaba los vasos de cristal sobre el mostrador, organizaba en fila las botellas de aguardiente, tarareaba la canción que sonaba. De pronto, las mujeres y Alfonsina escucharon una voz sonora, estridente:

—Dónde está mi mocita del alma. ¡Llegó muy caliente tu macho!

A la entrada del salón vieron a un hombre de mediana estatura,

bien conformado, tez blanca, ojos zarcos, recién peinado de línea a la izquierda con Glostora, parado con las piernas arqueadas en posición militar y, prepotente de una sola mirada, hizo un recorrido en círculo sin detenerse en el rostro particular de las mujeres, todas expectantes por la curiosidad, hasta encontrarse con la mirada de Florinda: mirada florecida por la lascivia que espera y acumula, explota y se desborda. Cuando los dos se encontraron con los ojos en pleno equilibrio, Florinda, bajita y frágil de cuerpo, silencio escondido y apabullado, se levantó y se abalanzó como en el inicio del baile de un viejo tango, a los brazos de Orlando Quintanilla, quien la recibió y comenzó a dar volantines con ella al girar los zapatos sobre el piso de mosaico. Las mujeres aplaudieron a rabiar; Alfonsina, el cantinero, se puso lloroso por impostada emoción; Margarita, la dueña del establecimiento, recién salida de su habitación, maquillada cuidadosamente en su rostro, de caminar cadencioso, se unió al coro alborozada. Orlando Quintanilla era un personaje de brillo público en el prostíbulo, por las constantes apariciones en la prensa, por su nombre repetido hasta el cansancio en las noticias de la radio. Era héroe de altar en ese pequeño mundo donde los cuerpos abrazados se encuentran, se penetran, gimen, mientras los pensamientos vagan perdidos por antiguas ilusiones.

Las mujeres y Alfonsina rodearon fervorosos la alegría momentánea de Florinda y su hombre, en ese espacio fortuito que brinda la vida en el filo de un albur que notifica la eminencia del azar, colgado como penca de sábila.

Con voz sonora, Orlando Quintanilla pidió una botella de aguardiente. Alfonsina se apresuró a traerla; Quintanilla sirvió las copas alineadas sobre el mostrador, levantó la suya y dijo:

—Brindo por la vida. La vida es una sola para cada hombre y hay que gozarla…

Chocaron los vidrios. La tremenda desconfianza de Quintanilla se había evaporado por los caminos de la niebla. En la noche del 24 de diciembre se volvió el hombre más expresivo, por sus gestos y sus palabras. Pidió música, tocando el culo tieso de Alfonsina, el cantinero, quien daba salticos de rana al caminar. Sonó la música de

Guillermo Buitrago, cadenciosa como viento atrapado en pequeña pecera, se escuchó *La víspera de año nuevo*; Florinda, frágil de cuerpo, hizo movimientos de mariposa sedienta, Quintanilla le daba vueltas al hacerla girar con las señales de la mano, moviendo apenas las piernas al son de los movimientos de simio de sus brazos descolgados; sonó otra vez Guillermo Buitrago, *Dame tu mujer*, *José*, dime cuándo me la darás; Quintanilla sacó a bailar a Margarita, la dueña, quien se dejó llevar por aires triunfales, Quintanilla la mantuvo a distancia y la atraía hacia su cuerpo para apretujarla por la espalda y sentir de cerca el sudor pecaminoso y olor a pachulí Silencio en la noche; sonó el *Ron de vinola* y Quintanilla se aferró a Josefa, la consejera de Florinda, su mocita; no era un ritmo acompasado, apenas las piernas girando, sobándose, y la mano de Quintanilla bajó por la espalda de la muchacha y sus dedos hicieron un interminable sondeo por las piernas, la entrepierna, al levantar la tela de la bata y meterse por entre los calzones; la euforia crecía como un plácido don de la naturaleza humana danzando alrededor del vuelo de la candela; sonó la orquesta del maestro Lucho Bermúdez, *Borrachera*, borrachera, eres la causa de mi pelea, en la voz de Matilde Díaz, y Quintanilla entonces comenzó a trotar en círculo por el salón con las manos en alto como si llevara el peso de un fusil; detenía el trote con el conteo seco de uno, dos, tres, cuatro y alargaba el paso y gritaba: borrachera, borrachera, eres la causa de mi pelea y continuaba trotando y de pronto las mujeres le siguieron el paso, detrás Alfonsina, con alegría desbordada hicieron un tren enloquecido que aceleraba, se detenía de improviso y arreciaba la velocidad como si la estación de espera estuviera a la vuelta del cerro escondido entre la bruma de la niebla.

Quintanilla gritó:

—Alto. Dispersarse, soldaditos de mierda.

Las mujeres y Alfonsina lo hicieron de inmediato. Quintanilla, en la mitad del salón, tomó posesión de guardia, giró el cuerpo con rapidez y se dirigió hacia un rincón con la boquilla del fusil husmeando entre la vegetación: solitario, acezando como implacable cazador, inflando las ventanas de la nariz, dando vuelta con lentitud de exacta pisada: el fuego y la ferocidad de sus ojos zarcos establecían las reglas del juego,

mirada que escruta con rabia de hombre victorioso, rodeado de cientos de resignadas miradas que esperan la muerte, y levantó el fusil para apuntar por la mirilla, sosteniendo la culata sobre el hombro derecho, respiró hondo hasta enflaquecer la boca del estómago y disparó tres veces, disparos acompasados de su voz timbrada, uno, dos, tres, cayeron, les di a los hijueputas… Luego, con la punta de las botas les daba vueltas a los cuerpos.

Las mujeres y Alfonsina, hipnotizadas, no salían del asombro por la solemnidad y fuerza de aquel macabro juego, que con destreza profesional les hacía imaginar cada movimiento el fiero, ágil y dotado cuerpo de Quintanilla. Cuando disparó y acertó, las mujeres y Alfonsina, como público amaestrado, soltaron las amarras de un aplauso acompasado por el sordo eco que se esparcía como astillas disparadas por doquier, en aquel espacio alumbrado por luz roja mortecina.

Bajó el rostro con docilidad mentirosa de hombre vencedor. Enjauló la mirada al cerrar los ojos y concentrarse en sus pensamientos para atraer hacia el sonido de su voz el recuerdo imperturbable de la imagen de la muchacha del circo.

—Puticas mías, no he podido olvidar aquella mirada de la muchacha del Circo Razzore, cuando tocaba el violín y yo escuchaba como si su actuación fuera para mí el vals *Danubio Azul*. De niño jugaba al imaginar su recuerdo como si lo estuviera elevando una cometa con los vientos de agosto. De hombre, veo su triste mirada en los ojos de muchas mujeres que por fortuna han pasado por mi vida. Los recuerdos de la niñez dejan profundas cicatrices en el cuerpo del hombre.

A grandes gritos histriónicos, reconoció su primer robo en casa de sus padres, al romper una alcancía y escapar con el dinero para asistir a las funciones del circo durante una semana. El Circo Razzore levantó carpas y la mirada de la muchacha violinista voló como ave de paso:

—En el año 1948 lloré inconsolablemente cuando escuché por radio la noticia de que el Circo Razzore se hundió en el mar y en el naufragio perecieron cuarenta y cuatro personas, los animales domesticados y, para mi desgracia, la muchacha del circo.

Quintanilla, con las manos en los bolsillos, comenzó a silbar compases del vals *Danubio Azul*. Silbaba con tanta estridencia y pasión que las mujeres hicieron parejas entre ellas, y Alfonsina sacó a la doña Margarita y danzaron acosadas por vientos traicioneros que atraen el aullido de la tormenta oculta en los laberintos de un cielo plomizo.

Florinda se colgó del cuello de Quintanilla con el deseo de que la llevara a bordo en el desvarío que, calenturienta, padecía. Pero él andaba perdido en otros ámbitos, definitivas ataduras en una vida como la suya que navegaba por aguas turbias de la sinrazón y el ocaso. No quería convertirse en carne enferma de prisión, carne descompuesta que cuelga de un garfio ya oxidado por la humedad. Cuando hizo pública su confesión de ejecutor y asesino de tantas víctimas se sintió asediado por voces extrañas que, como clemencia senil, le pedían su propia crucifixión. Le parecía que su alma andaba a pie, agujereada por disparos de fusil. Quería, con la calma de quien se mira al espejo y se está afeitando, imaginarse en sueños caminando por las calles de San Gil como si fuera un vendedor de prensa, voceando por doquier el olor a chamusquina que impregnaba su piel: él, que había incinerado tantos cadáveres al rociarles gasolina y prenderles fuego. Se veía un niño huyendo de las llamas infernales que devoraban la carpa de un desconocido circo. Florinda, enamorada, se balanceaba de su cuello como escapulario maldito. Las mujeres y Alfonsina miraban aquella tierna escena amorosa, digna de una fotografía coloreada a mano, que debía estar colgada en una sala familiar.

Quintanilla se deshizo de Florinda, levantándola en vilo de las manos y dejándola caer bruscamente a tierra. Ella se levantó dócil y rio lánguidamente, reía de dientes para afuera en risa compulsiva. De pronto, Quintanilla salió inerme por las grietas del ostracismo de su pavoroso silencio y, como maestro de ceremonia, levantó la mano derecha y dijo con voz sonora:

—Ahora, puticas mías, comenzamos el juego inocente conocido en el mundo entero como el juego del dragoneante Quintanilla. Es un juego simple. Nadie corre peligro de perder la vida. Juego que me recuerda ciertas noches de hastío cuando estábamos en el puto orden

público.

Momento culminante de sórdida escenificación, de pericia imaginativa. El grupo de mujeres y Alfonsina estaban a punto de exaltación suprema, en aquella noche navideña de regocijo y recogimiento espiritual a su manera. Quintanilla se quita la camisa y da volantines con ella, luego danza torpe un vals y lanza la camisa al aire. La recoge Alfonsina y en gesto amoroso la entrega a Florinda; ella, equilibrada en su risa, se la pone encima de su vestido rojo de satín. Quintanilla desabotona la bragueta y saca su enorme verga y saluda al público que, enardecido, comienza a trotar por impulso enajenado.

—Ustedes, puticas del alma, jugarán con mi verga como les venga en gana. Ese es el juego. Yo resistiré tranquilo los embates del cruel enemigo.

Dando griticos las mujeres se ofrecieron como voluntarias. Alfonsina quería ser la primera. Quintanilla impuso su voz de mando:

—En orden, queridas puticas. Tranquilas y disciplinadas, alinearse una al lado de la otra.

De izquierda a derecha, la doña Margarita estaba de primera, de última Florinda. Expectantes esperaban la orden del asalto final. Contoneándose la doña Margarita, se puso al lado de Quintanilla y levantó las piernas en trote marcial, la mano derecha sobre la sien y con la izquierda friccionaba la verga, mientras daba alaridos victoriosos, como si estuviera a punto de eclosionar por la boca; la reemplazó Nubia, quien levantó la falda y puso el trasero a disposición de Quintanilla, él aferrado de sus hombros para atraerla, mientras ella daba pasos de chachachá para acompasar la supuesta copulación. Quintanilla trotaba; Josefa había prendido un tabaco y en cuclillas, extasiada, fumaba y botaba el humo sobre la verga erguida como faro luminoso: Quintanilla oficiaba de monaguillo santificado al aspirar el humo y luego botarlo por la boca y acariciaba la cabeza de la mujer; Nancy, acelerada, se levantó el vestido y gritó: Allá voy y Quintanilla respondió: Aquí estoy y el encuentro de los cuerpos se hizo fecundo; Alfonsina, por impulso, se deslizó sobre el piso y quedó de rodillas frente a las piernas de Quintanilla, cogió la verga con la derecha y la

puso cerca de sus ojos en indagación de detalles, luego la baboseó con la punta de la lengua y comenzó a chuparla; Quintanilla detuvo el trote aferrándose a las orejas de Alfonsina, atrayéndolo, atragantándola a propósito; Alfonsina, aferrado a las piernas del hombre, diestro en el oficio, mantuvo la respiración, Quintanilla abría la boca para recibir aire y al cerrar los ojos parecía un viajero extraviado por senderos placenteros. Florinda rompe fila ante los aplausos de celebración, iracunda con un zapato de punta aguda como arma, acorrala por la espalda a Alfonsina, quiere golpear su cabeza, lanza gritos lapidarios, vengativos: Guaricha, marica, malparida, te quieres mamar a mi hombre; Alfonsina se protege de la arremetida al pararse, quiere guarecerse detrás de un sillón, su rostro descompuesto, riendo, disculpándose: Nena, sólo estaba jugando con tu hombre. No soy una marica quitahombres… Quintanilla la desarma de un manotazo, la abraza, la mima por inercia con sentimientos de macho ensalzado, putica celosa, putica toda mía, ahora te toca el turno, tengo mi cañón dispuesto, bien aceitado, apertrechado con pólvora, prepara tu hueco, tu vida, mi sepultura; ríe con saña de carnicero, mientras afila un par de cuchillos, la levanta, tararea la letra del tango *La muchacha del circo*, cantada por Agustín Magaldi, cantor del arrabal, imita gangoso a Magaldi:

Yo soy la muchacha del circo
Por esos caminos yo voy
Ceñida en mi malla de seda
Repartiendo a todos flores de ilusión…

Aflautada la voz quejándose como si alguien lo estuviera apuñalando:

Colgada del frágil trapecio
Su cuerpo en el aire parecía saltar…

Levanta las manos como si recitara un poema infantil:

Una paloma blanca hacia el cielo
Con ansias locas quisiera llegar
Mientras la gente emocionada
Contempla inquieta su salto mortal…

Teatral, suspira y se abraza al pecho como atrapando una antigua

pena de amor:

Bajo la lona del viejo circo
Un frío de muerte se siente cruzar
Ahí va la muchacha del circo
No encuentra consuelo ni amor
Regala a los otros la dicha
Y sufre miseria y dolor…

Con el índice de la mano derecha señala el cielo y hace el simulacro de disparar:

Por fin una noche, la mano
cansada el trapecio aflojó
Y pobre muchacha del circo
Buscando un aplauso la muerte encontró.

Sepulcral silencio en el amplio salón; al bajar el rostro Quintanilla hace una reverencia que pide aplausos, las mujeres son un manojo palpitante de explosión de la carne, Quintanilla sostiene la mano de Florinda y gira con ella; ella le indica al oído la puerta de la habitación; él regresa al silbido estridente, monótono, del *Danubio Azul*, silbido quejumbroso, huidizo; entra a la habitación, cierra la puerta con la punta del zapato. Florinda canta con voz aguda, desacompasada, estridente: yo soy la muchacha del circo… Quiero que me monte mi domador. Levanta las manos como pequeñas astas de despedida feliz: Aquí va la muchacha del circo.

—Nosotras, putas tristes, solitarias, nos quedamos celebrando el nacimiento del Niño Jesús. Hasta acá al salón llegaba la risa loca de ellos, pegajosa, el uno quería meterse en el cuerpo del otro, dijo la doña Margarita. Parecían jugando al gato y al ratón, moviendo la cama, la mesa de noche, saltando sobre la cama; ella gritaba, aquí tienes tu hueco; él amenazaba jugando a grandes gritos: te cojo, putica ratón, y no vas a dar un brinco. Para qué escuchar música si teníamos la algarabía de ellos, dijo Nancy. Qué lindo, el divino hombre galopaba encima de la puta de Florinda: ella gemía, daba alaridos de perra caliente en santa petición, no te vengas, aguanta, no me dejes en la mitad del camino, dijo Alfonsina. Por fin se los comió el silencio, quizá querían dormir por el cansancio. Abrazados, desnudos,

sudorosos, pegajosos. Una hora después, la puta de Florinda comenzó de nuevo con sus gemidos lastimeros de gata en cama ajena. Estaba insaciable. No quería dejar dormir a su hombre. Dio un alarido placentero, agudo, luego el alarido se volvió entrecortado, angustioso. Debió quedarse dormida mi amiga Florinda, dijo Josefa. Acezaba el macho encima de su cuerpo sudoroso. Arrechas de alma nos fuimos a dormir. Cada una a su cama sin quitarse la ropa. Se apagaron las luces rojas. El negocio se encerró en un silencio devorador de tantas ilusiones, como siempre sucedía con la llegada de la madrugada, dijo Josefa.

A la una de la tarde del 25 de diciembre Alfonsina había, como todos los días, cumplido con la limpieza de la casa. Con una pañoleta de colores en la cabeza, los pantalones arremangados, un balde de agua, trapeador, acompañado de su voz ronca cantando *Cosas como tú*, barría, trapeaba; echaba agua en la entrada del prostíbulo para desterrar los olores de orines y vómitos; regó, cuestión de agüero, tres baldados de creolina en el zaguán y en el salón; culminando la limpieza regó aguas de yerbas para la buena suerte, y como toque final a su labor tocó con el palo del trapeador en las habitaciones acompañado con su voz de timbre agudo: Muchachas, levantarse, hora del desayuno. Las mujeres semidesnudas terminaban por desperezarse en la mesa del comedor. La doña Margarita, mientras le untaba mantequilla a las arepas, preguntó en tono de cortesana experimentada: Muchachas, ¿qué pasó con la Florinda? ¿Seguirá todavía con el coge coge? Mija, dirigiéndose a Josefa, vaya y golpea la puerta. Esos siguen profundos en su ley. Los he llamado tres veces y no contestan, dijo Alfonsina.

Regresó Josefa, anudándose la levantadora, arrastrando las pantuflas: a ese par no los despierta un terremoto de Dios, dijo riéndose. Al hombre ese no le vamos a dar hotel gratis. Busque la llave de la pieza, entre y llame a su amiga, dijo fastidiada la doña Margarita. Ella se sentó y, apresurada, tomó el chocolate, fue al salón y buscó en el mostrador el llavero, escogió la llave de la habitación y con sumo cuidado dio vuelta al cerrojo, y cuando abrió la puerta vio la imagen de quietud definitiva en la oscuridad, lanzando un alarido

de fiera herida. Corrió desvalida por el zaguán en busca de la puerta de la calle; Alfonsina la alcanzó evitando que saliera en ese estado delirante; observó sus ojos blancuzcos abiertos al designio del azar que acaba destinos, sus labios sangraban, cosidos por aguja de zapatero, los dedos eran garfios aferrados a su piel, sollozaba goterones de sal, estatua gimiente. Cuando trataba de apaciguar a Josefa, Alfonsina se estremeció al escuchar el grito lacerado, eco adolorido multiplicado por el resto de las mujeres. Al regresar, las encontró juntas, arrodilladas, en abrazo compasivo, mirándose unas a otras en una especie de espejo cóncavo: rostros agudos, distorsionados, como si fueran frutas podridas y, en la ovalada ventana del lente cóncavo, la figura de un hombre colgaba. Abrió la puerta de par en par, prendió el bombillo y el sórdido silencio se explayó en telones: de la viga del centro del cuarto, a 30 centímetros del piso de mosaico, colgaba el cuerpo desnudo de Orlando Quintanilla, la cabeza recostada sobre el hombro izquierdo, el nudo diestro hecho de sábanas le apretaba el cuello como enormes manos asesinas; sobre la cama yacía desnuda Florinda, las manos entrelazadas colocadas sobre los senos, los pies parados como guardianes inofensivos; en la pared blanca del fondo pintada con cal, Alfonsina, el cantinero, se persignó y deletreó sobrecogido, como si fuese una tarea escolar de líneas desiguales y apuradas, el mensaje escrito a lápiz por Orlando Quintanilla, estando de pie y luego agachándose hasta completar la suma numerada y definitiva de sus pensamientos:

—Yo cumplí la orden 1. Yo cumplí la orden 2… Yo cumplí la orden 3… Yo cumplí la orden 4… Yo cumplí la orden 5… Yo cumplí la orden 6… Yo cumplí la orden 7… Yo cumplí la orden 8… Yo cumplí la orden 9… Yo cumplí la orden 10… (Aparece la pausa de un angustioso espacio. La escritura conserva el mismo grosor en sus perfiles y mantiene el pulso horizontal). Yo cumplí la orden 11… Yo cumplí la orden 12… Yo cumplí la orden 13. (Las líneas se hacen curvas hacia la derecha. Las palabras parecen caerse en el espacio blanco. Se conserva la puntuación de puntos suspensivos y puntos seguidos). Yo cumplí la orden 14… Yo cumplí la orden 15… Yo cumplí la orden 16. Yo cumplí la orden 17. Yo cumplí la orden 18. Yo

cumplí la orden 19. Yo cumplí la orden 20. (Descanso en la escritura, borrón de lo escrito, quizá con la punta de la sábana: aparece la pared manchada con el gris del lápiz). Yo cumplí la orden 21. Yo cumplí la orden 22. Yo cumplí la orden 23. Yo cumplí la orden 24. Yo cumplí la orden 25. Yo cumplí la orden 26. Yo cumplí la orden 27. Yo cumplí la orden 28. Yo cumplí la orden 29. Yo cumplí la orden 30. (Evidente cansancio en Quintanilla: las líneas escritas siguen cayéndose hacia la derecha. Se desprenden del rigor lineal inicial. Los puntos suspensivos desaparecieron). Yo cumplí la orden 31. Yo cumplí la orden 32. Yo cumplí la orden 33. Yo cumplí la orden 34. Yo cumplí la orden 35. Yo cumplí las órdenes 36, 37, 38, 39, 40… (Quintanilla acelera el conteo, desesperado, quizá por el silencio oprobioso que impera en la habitación. Se notan mayores espacios entre las líneas escritas). Yo cumplí la orden 41. Yo cumplí la orden 42. Yo cumplí la orden 43. Yo cumplí la orden 44. Yo cumplí la orden 45. Yo cumplí las órdenes 46, 47, 48. Yo cumplí la orden 49. Yo cumplí la orden 50… Yo… yo… yo cumplí la orden 51… Yo cumplo la orden 52… Destierro de mi vida el puto olor a muerte… O. Quintanilla… (La línea de escritura se cae definitivamente, al abrirse como un viejo fuelle). Los puntos suspensivos de la orden 51 son gruesos como lágrimas vertidas por un hombre solitario. Quizá, fugaz piedad, culpa fugitiva. La orden 51 se refiere al estrangulamiento de Florinda, su amante. Orlando Quintanilla preservó el tiempo suficiente para escribir su firma a lo ancho de la pared. Junto a ésta, al finalizar la escritura, dejó caer en el piso el vestido rojo de satín de Florinda; encima, en forma de cruz, puso su pantalón caqui de dril.

33. Detuvieron al hombre que ordenó tu fusilamiento

Lo detuvieron, querido Ezequiel. Detuvieron al hombre que ordenó tu fusilamiento. Después de cuatro meses de intensa espera se cumplió la providencia dictada por el juez Augusto Lizarazo Granados de la Brigada de Tunja, en uno de los actos finales de la investigación que

se sigue por tu asesinato. El auto de detención en su contra se dictó con fecha 18 de diciembre del año pasado. El expediente, posiblemente después de oír en indagatoria al coronel Cuervo Araoz, será entregado al Comando de la Brigada, donde se decidirá si se considera perfeccionado el informativo sobre la convocatoria del consejo de guerra.

Para mi descanso, el coronel Cuervo Araoz es hasta hoy el único detenido involucrado en tu asesinato. El civil Barreto, llamado guerrillero de paz, anda huyendo. Al otro, quien disparó a mansalva sobre tu vida, Orlando Quintanilla, asesino confeso públicamente, lo habían trasladado de la cárcel de Bucaramanga al panóptico de Tunja y, a pesar de su peligrosidad, quince días después de su traslado le permitieron salir a la calle; hasta ahora no se ha investigado quién dio la orden, y en un burdel asesinó por celos a su amante y él mismo segó su vida, ahorcándose. Un raro suicidio, por cierto, muy bien planeado y organizado. Gajes de la justicia colombiana que ojalá no enturbie la solución jurídica en el caso de tu asesinato.

El miércoles 4 de marzo de 1958, a las nueve de la mañana, imagínate, el ministro de Guerra, brigadier Sáenz Montoya, personalmente me llamó a la pensión para comunicarme la noticia. Al escuchar la buena nueva, querido Ezequiel, quedé anonadada por la emoción y a la vez la tristeza me invadió como enredadera en crecimiento. La emoción de saber que cinco años no fueron en vano para seguir las huellas de tus asesinos y lograr identificarlos con sus rostros a pleno sol. Claro, no a todos, ahora enfrentaré con rabia contenida en mi corazón al mentado coronel Cuervo Araoz. También tristeza por tu ausencia definitiva, que volvió gris mi mirada de todos los días, y, para nuestros hijos, tu ausencia seguirá presente.

Dos días después de su detención, el tal coronel Cuervo Araoz se volvió personaje público. Especie de rostro petrificado, mandíbula de piedra sonriente, risa de maldad, pelo rapado y aires triunfalistas, concedió su primera entrevista. Dijo la maldad viviente, en conversación telefónica con el periódico *El Independiente*, que en la investigación que se adelanta por «presuntos fusilamientos» —según sus palabras a ti no te fusilaron—, su nombre no apareció «sino hasta

después del 10 de mayo», ya que antes no figuraba en ella «ni como personaje de primera magnitud, sí secundario». Lógico que no figurara como personaje de primera magnitud en el expediente, pues cuando dio la orden de tu fusilamiento era militar de alto rango en el gobierno del señor Laureano Gómez, a quien cinco meses después de tu eliminación física los militares derrocaron. Entonces, quién iba a investigar al coronel Cuervo Araoz, como ficha de primera magnitud de la dictadura de Rojas Pinilla y durante su régimen oprobioso; lo único que yo pude hacer fue deambular a escondidas entre la niebla por el territorio colombiano buscando pruebas de quiénes perpetraron tu asesinato y el de tus cuatro compañeros de cautiverio.

Declaró el coronel Cuervo que a fines del año pasado se hallaba en el exterior, no en calidad de visitador de embajadas en Centroamérica, como se ha venido informando, sino en uso de licencia por enfermedad para someterse a tratamiento por una afección del corazón. Explicó que en México había sido atendido por los profesores Chávez y Aceves, conocidos cardiólogos de ese país.

«Mi viaje no obedeció a un truco —siguió diciendo—. Apenas supe que mi nombre principiaba a ser mencionado en este sumario, me apresuré a pedir la cancelación de la licencia para venir a responder de todo lo que contra mí hubiera».

Y agregó con desfachatez de víctima desconsolada: «Estoy enfermo del corazón, porque después de veinte años de servirle al Ejército, y en los últimos años en las fatigosas misiones de orden público, se me ha afectado el mango».

Lógico, un impávido ordenador y firmante de órdenes de fusilamiento debe, en cualquier circunstancia de su vida, padecer del mango o corazón, no por cuestión de culpa sino por el peso de tantas muertes en su conciencia.

Miraflores, fortín militar del coronel Cuervo Araoz, se volvió para la población civil un infierno de torturas, desalojos y fusilamientos. En los primeros meses de 1950 llegaron en un amanecer doscientos policías al poblado, penetraron violentamente en las casas del centro urbano, sometieron a sus moradores a una insolente requisa, los ultrajaron verbalmente, los concentraron en la plaza principal y luego

vino el infame cateo salvaje a hombres y mujeres para identificarlos y hacerles sentir el peso del nuevo orden que imperaba en el país, bajo el gobierno conservador de Laureano Gómez. La población fue sometida a salvaje persecución y la mitad de los ciudadanos huyó con sus huesos y vidas hacia la capital del país. En el año 1951, ante el temor de un asalto guerrillero organizado desde los Llanos Orientales por los hermanos Bautista, el Batallón Tarqui, acantonado en Miraflores, recrudeció la acción represiva contra quienes eran sospechosos o acusados como auxiliadores de la chusma llanera. En enero de ese mismo año, las autoridades militares dieron la orden y realizaron la evacuación de la población residente en el área urbana de Miraflores, para convertir la población en un gran cuartel. Sólo permitieron la permanencia a tres ciudadanos liberales, por razones explicables y obvias: el juez, el médico y el agente de la cervecería Bavaria. A partir de aquella fecha, Miraflores se convirtió en desolado campo militar, con emboscadas y vigilantes parapetados en todas direcciones, alertas al esperado ataque guerrillero. Se envolvieron en las mantas de su propio miedo. Un hermoso bosque de corpulentos robles y palmeras que adornaban los entornos de la población sufrió la tala inclemente para cercar los alrededores de parapetos y trincheras que los mimetizaran ante los esperados invasores guerrilleros. Y en los primeros meses de 1953, reinado fúnebre del coronel Cuervo Araoz, llegó el momento aciago de sus órdenes y la furia contra los chusmeros; entonces, como escarmiento, se hizo blanco en el busto del general Santos Acosta, insigne patriota, quien por ley de la República se erigía en la plaza principal de Miraflores: decapitaron el busto, dejando solitario el pedestal, y lo arrojaron a las aguas del río Lengupá. El decapitado busto fue cambiado, por insigne imaginación castrense, por una gigantesca cruz negra con la siguiente leyenda: «Los caídos por Dios y por la Patria, presentes. Tte. Cor. Daniel Cuervo Araoz. Miraflores, julio de 1953». Esto, querido Ezequiel, cinco meses después de que el mismo coronel Cuervo Araoz hubiera firmado la orden de tu fusilamiento y la de tus cuatro infortunados compañeros. De estos acontecimientos me enteré, querido Ezequiel, en la segunda visita que hice a Miraflores, cuando asistí a la reconstrucción de tu

asesinato y los pobladores me dieron alientos para seguir en la búsqueda de tus asesinos, al contarme las peripecias por las cuales atravesaron en esos tiempos turbios de la violencia.

El coronel afirma en sus declaraciones con toda desfachatez:

> No puedo hablar, porque los militares no pueden hablar sino con el permiso del Comando General del Ejército o de los comandantes de Brigada fuera de Bogotá. Aunque me muera de las ganas de hablar con los periodistas sobre lo que yo sé con relación a este proceso, me tengo que quedar callado. Cuando tenga el permiso, estaré en capacidad de dar una información con pruebas y documentos que demuestren cómo, para satisfacer pequeños odios, se me ha querido hacer víctima. No quiero aparecer como víctima, aunque se me ha convertido en carne de periódico…

Ahora, querido Ezequiel, quien firmó la orden de tu fusilamiento, por obra y gracia del Espíritu Santo, se volvió carne de periódico. No puede hablar, lógico, porque no está autorizado por instancias superiores. Pero me pregunto, con la inocencia de una mujer perseguida por el dolor, ¿quién le dio la orden para que él firmara la orden de tu fusilamiento? Por lógica castrense, él no puede hablar hoy de lo que sabe de sus propias culpas de ordenador de muertes. Acaso, ¿cinco extenuantes años de buscar pruebas contra quienes participaron en tu asesinato, querido Ezequiel, pueden simplemente catalogarse como expresión de odio de mi parte en relación con su grotesca figura? Más que odio, lo pienso en íntima conversación con mi espíritu ya apaciguado de eternas venganzas, lo que siento por él y por tus asesinos es profunda lástima e imperecedero desprecio, porque creo que se podría vivir en un mundo en el que los hombres no tengan necesidad de ordenar asesinar a otros por cuestiones de ideas. A Ezequiel lo asesinaron porque era un militar que pensaba distinto de los militares que estaban en el poder. Esa es una cuestión tan clara para mí como la mirada de amor, de solidaridad, que día a día percibo en los ojos de mis hijos.

Dice el mentado coronel, con simiente de soberbia en sus palabras que afloran como expresión de desprecio por los demás: «Yo no he querido nombrar defensor, porque yo quiero ser mi propio abogado. Y cuando me vine lo hice para poner las espaldas a lo que estaban

haciendo contra mí…». Seguramente en el consejo de guerra será su propio abogado, quizá porque se siente fortalecido por el apoyo que recibirá de la institución del Ejército. Pero su descaro llega a límites de infamia cuando dice que pondrá su espalda de frente a «lo que están haciendo contra mí…». Pienso en estos instantes en ti, querido Ezequiel, cuando después de recibir dos disparos en tu cuerpo, intentaste huir y diste la espalda para que tus asesinos desgajaran sobre tu vida los últimos disparos certeros.

No sé qué pensar, en qué honduras esconder mis huellas al seguir leyendo sus declaraciones. Dijo en tono sonriente que él podía «escribir una verdadera novela» sobre lo que le ha venido ocurriendo en los últimos meses. «Porque usted comprende —explicó— no es agradable que los hijos de uno tengan que estarse dando puñetazos en el colegio, y la señora recibiendo llamadas insultantes y amenazantes». Te das cuenta, querido Ezequiel, el coronel Cuervo Araoz seguramente dejará las armas para convertirse en escritor. Amenaza con escribir una novela para sacar a luz todos sus inquietantes sentimientos de padre y esposo. Pobrecito. Novela la que he escrito yo, día a día, minuto a minuto, en el acopio de pruebas de quienes ordenaron y cumplieron la orden de tu asesinato. Incluso, lo he pensado, quizá, cuando transcurran los años, un escritor de verdad pueda escribir una novela de lo que han sido nuestras vidas, querido Ezequiel: tú, perdido en la bruma de la ausencia caminando los pasos de la muerte y yo, a tus espaldas, con equilibrio entre el dolor que casi termina por demoler mis huesos y la ansiedad brutal de seguir viviendo para mirar paso a paso el crecimiento de los hijos y afianzar por una eternidad tus recuerdos en mi memoria y en mi corazón.

La ausencia no huye definitivamente con sus pasos, la ausencia deja señales de vida en su devenir inclemente. Querido Ezequiel, aprendí a conocerte tanto en la ausencia como en la misma vida que pasamos juntos durante diecisiete años. En la soledad te reconstruí en tus silencios, en tu inocencia de hombre duro que terminó por entregar la vida a sus propios asesinos. No sé, aún no sé, por qué confiaste tanto en la justicia de los militares, tú que tanto los conociste por dentro de la institución. Si por tu experiencia opinabas que alguien que posee el

poder de las armas se siente poderoso en sus ideas y decisiones. Tú que acostumbrabas decir: del poder de los militares, líbranos, Señor. El poder de las armas determina en ciertas situaciones la voz de mando que ordena darle muerte al hombre que se persigue. El poder de las armas endiosa al hombre que las porta, lo hace pensar que es un ser invencible, poderoso, prepotente. Quien las porta y tiene mando, entonces puede ordenar a viva voz, y no por escrito, el fusilamiento del otro: por odio, para conseguir méritos en la carrera y la ambición de nuevos ascensos. La muerte del otro, como ascenso significativo en la carrera militar.

El poder de las armas enturbia cualquier sentimiento humanitario y hace de la orden que dispara a quemarropa o dispara sobre la sien del hombre sentenciado, física complacencia, porque se enaltece la figura de la propia soberbia: soberbia de saber que se puede matar a quien se persigue con saña.

En estos meses en los cuales se dio orden de captura contra el coronel Cuervo Araoz me he estado preguntando con la insistencia de la gota que cae como castigo, minuto a minuto sobre la cabeza del hombre amarrado, por qué el coronel Cuervo firmó con su puño y letra, una noche cualquiera en su oficina de mando en Sogamoso, la orden de tu fusilamiento. Tembló en sus manos cuando la estaba firmando, afianzó su don de mando cuando la firmaba. Sonrió para sí, se miró en el espejo, caminó alrededor de su sombra dándose palmaditas en la espalda, pensó en su mujer, pensó en sus hijos. Le fluyó su sangre más acelerada por la siniestra emoción. Qué razón penetró como astilla asesina en su cerebro; qué razón o circunstancia enturbió su alma; qué desliz de peligroso orgullo vislumbró en su turbia mirada, pensó en su futuro ascenso, pensó que su hoja de vida sería encumbrada por las felicitaciones de sus superiores. Por qué se ensañó tanto en ti como una miserable bestia de carroña para perseguirte. Cuando supo de tu fusilamiento, qué sintió; quizá un raro aire de nobleza castrense por la tarea cumplida o quizá esa noche pudo dormir sin culpas por el deber cumplido en tiempos de guerra.

Qué significa para el militar la muerte del otro, no precisamente en el campo de batalla sino en estado de indefensión: los brazos a las

espaldas y puesto de rodillas para darle el tiro de gracia en la mitad de su cabeza.

34. Sonriente, escuchaba las acusaciones

En la Estación de La Sábana, antes de abordar el tren que la llevaría a la ciudad de Tunja, doña Tránsito viuda de Toro, siempre solícita, declaró ante los periodistas:

—No estoy dispuesta a perderme ni un solo detalle del consejo de guerra porque sólo descansaré cuando se haga justicia.

—No había signos de retaliación en su rostro. Por el contrario, serena, daba la impresión de plenitud y descanso interior por el objetivo logrado en su vida.

La señora Ruiz de Toro, que compiló todos los documentos que sirvieron como base a la investigación, dijo:

—En el expediente faltan numerosas pruebas que tengo en mi poder, y voy a pedir que sean aceptadas…

A su llegada a Tunja, de inmediato visitó la Catedral, henchida de fe se arrodilló frente al altar, se persignó y concentró sus pensamientos para dialogar consigo misma y luego hablar con Dios misericordioso; con profunda devoción rezó sus oraciones; revivió las instancias más dramáticas que en los últimos cinco años asolaron su existencia y la de sus hijos, volvió a recuperar por última vez la mirada de su esposo, el capitán Ezequiel Toro, cuando lo dejó con vida en la División de Policía en Sogamoso; sollozó como corteza de árbol por dentro y, sigilosa, se levantó y salió de la Catedral. En la puerta la asedió un grupo de periodistas radiales de la ciudad y ella, apaciguada en su espíritu, dijo:

—Recé para que Dios ilumine a los integrantes del Tribunal, para que actúen justicieramente.

Después iría hasta el Batallón Bolívar, en busca de la autorización para estar presente en el consejo de guerra que juzga al coronel Daniel Cuervo Araoz por el presunto fusilamiento del capitán de la Policía Ezequiel Toro y cuatro civiles.

Vestida de negro, cubierta con un abrigo gris y una pañoleta estampada cubriéndole los hombros, de cartera y anteojos oscuros, erguida entró al salón del consejo de guerra minutos antes de que el presidente, brigadier general Turriago, solemne declarara abierta la sesión en uno de los salones del casino de oficiales del Batallón Bolívar, en donde está detenido el coronel Cuervo Araoz. Un profundo y contradictorio silencio se apoderó del recinto ante su llegada: los invitados civiles, de manera espontánea, se levantaron de sus asientos para darle la bienvenida con un tenue movimiento de cabeza; el brigadier general Turriago suspendió momentáneamente sus palabras, el soldado con ametralladora en mano que vigilaba la entrada al recinto también bajó la cabeza en gesto de admiración. El coronel Daniel Cuervo Araoz, vestido de militar, dio media vuelta a su cuerpo y su mirada inquisitiva recibió el aluvión de la presencia indomable de aquella mujer que había logrado con esfuerzo sobrehumano reunir las suficientes pruebas jurídicas para que él, hoy 27 de junio de 1958, estuviera sentado como acusado de un quíntuple homicidio en el consejo de guerra que apenas comenzaba. Imperturbable, el coronel Cuervo Araoz no se dejó amilanar ante la presencia de aquella mujer que, por cierto, apenas conocía por fotografías publicadas en los diarios capitalinos, volvió el cuerpo frente a la mesa en la cual está colocada la grabadora que debe consignar todos los detalles de las audiencias y quedó alelado por el funcionamiento mágico del aparato. Maestro en la impavidez, sumió sus pensamientos en absoluta indiferencia por lo que sucedía a su alrededor: era como cubrir de tierra su estatura de hombre, dejar una grieta al aire para respirar. Doña Tránsito Ruiz de Toro ocupó asiento al lado izquierdo y un poco atrás del coronel Cuervo Araoz: de reojo miraba su perfil de piedra cuarteada y su enorme espalda con la curvatura que dejan los años, que aumentan en suma definitiva.

El consejo de guerra se instaló en la mañana del martes, pero entró en receso mientras tomaba posesión de su cargo el coronel Alberto Rueda Terán, a quien el coronel Cuervo Araoz designó defensor. El coronel Rueda Terán se excusó por enfermedad. El Tribunal procedió entonces a la designación del coronel Villamizar, exgobernador del

departamento del Atlántico, como defensor de oficio del sindicado.

Al iniciarse la sesión de hoy miércoles están presentes el presidente del consejo, brigadier Luis Carlos Turriago; el fiscal Luis Laverde Goubert y los vocales coroneles César Ferro, Alfonso Novoa y Marcos Arámbula Durán; todos ellos y el coronel Cuervo Araoz vestían uniforme militar. El coronel Villamizar, llamado el año anterior a calificar servicios, vestía traje civil.

Además de los miembros del Tribunal, la asistencia del público a las deliberaciones fue limitada a treinta y cuatro personas con autorizaciones especiales, entre ellas, para la viuda del capitán Toro, doña Tránsito Ruiz de Toro, doce profesionales liberales, doce conservadores y tres periodistas de la capital, uno de *El Tiempo,* otro de *El Espectador* y el suscrito, del semanario *Sucesos.*

Como asesor jurídico del Tribunal Militar actuó el abogado Efraín López, auditor de la Primera Brigada de Tunja, y quien participó en la investigación del quíntuple homicidio por el cual se juzga al coronel Cuervo Araoz, y asimismo al sujeto Hipólito Barreto, quien no ha pertenecido a las Fuerzas Armadas, pero que al parecer era de los individuos que portaban armas y colaboraban con el Ejército en campañas de orden público, a sabiendas de algunos funcionarios públicos, según se ha revelado.

El expediente comienza con la denuncia presentada por doña Tránsito ante el juez penal de Santa Rosa de Viterbo, sitio en cuya jurisdicción ella sospechaba se había asesinado a su esposo. Con el aporte de datos y declaraciones de testigos, se comprobó que el capitán Toro y otras cuatro víctimas fueron fusilados en el puesto militar de Buenavista, después de haber sido sacados por la noche del cuartel de la Policía de Sogamoso. La viuda de Toro afirma en su denuncia, presentada en marzo de 1953, que la detención de su esposo en Bogotá y su posterior traslado a Sogamoso obedecieron a órdenes expresas del coronel Manuel Agudelo, comandante de la Brigada de Tunja. En otras piezas del sumario se ratifica la orden de detención impartida por el coronel Agudelo. Dice que al principio se intentó hacerle creer que su esposo había sido puesto en libertad, y entre las personas que ella afirma sostuvieron esa tesis figura el entonces

coronel Alfonso Ahumada, hoy brigadier general y ministro de Comunicaciones.

Las primeras sospechas sobre el destino trágico de su esposo las reafirmó en declaración, según obra en el expediente, del portero del Hotel Europa en Sogamoso, llamado Lucas, encargado de llevar alimentos diariamente al capitán Toro, recluido en la División de Policía. Lucas llevó el desayuno el 17 de febrero de 1953 y el agente de guardia le dijo «con cierta tiraderita y picardía» que el capitán Toro había sido puesto en libertad en las horas de la madrugada.

También se leyó la declaración del propietario del Hotel Europa de Sogamoso, en donde se hospedó la señora de Toro durante el tiempo que estuvo haciendo gestiones infructuosas para obtener la libertad de su esposo. El dueño del Hotel Europa plantea la duda del final trágico del capitán Toro y aporta otros datos de gran interés investigativo. Afirma que hizo gestiones ante el entonces coronel Ahumada para aclarar el misterio que rodeaba la desaparición del capitán Toro y que este pudo informarle que le habían dejado en libertad.

Sonriente y con desparpajo, el coronel Cuervo Araoz, exgobernador de Caldas, embelesado como si estuviera viendo girar un pequeño tren eléctrico, manipulaba la grabadora, mientras el secretario del consejo de guerra, capitán José Jiménez, daba lectura al expediente, con voz ronca y pausada. También el acusado dedicaba su tiempo a fijar la atención en la parte mecánica de la grabación: el coronel posee facilidades para este tipo de menesteres. De vez en cuando hacía anotaciones en una libreta y en algunos momentos, al levantar la mano y pedir la palabra, hizo repetir al secretario del consejo la fecha de una providencia del Tribunal que consta en el expediente. En contadas oportunidades, y cuando el secretario se remitía en su lectura a una disposición del Código Penal Militar, tranquilo, el coronel Cuervo consultaba los códigos que tenía en su mesa de sindicado.

El defensor del coronel Cuervo se ocupó de hacer unas pocas anotaciones, al igual que el defensor de oficio de Hipólito Barreto, teniente de la Policía Obdulio Muñoz Rodríguez.

Doña Tránsito viuda de Toro estaba sumida en una profunda

quietud, abrazándose para darse calor, atenta en la modulación de cada frase pronunciada o leída por el secretario, como si en su ritmo verbal se fuese reconstruyendo en el tiempo huidizo una historia que ella conocía a profundidad; por una simple razón, ella la había escrito con sus huellas.

La sesión matinal terminó a las doce del día, cuando los miembros del Tribunal se retiraron a almorzar. Doña Tránsito se levantó, pasó a un lado del coronel Cuervo Araoz y no le regaló ni una sola mirada de desprecio. El coronel sostuvo su cuerpo en el asiento, aterrorizado momentáneamente por la presencia de aquella mujer; esperó con prudencia que ella traspasara la puerta del salón del casino para levantarse y volver a su sitio de reclusión en compañía del soldado que portaba la ametralladora.

El consejo de guerra volvió a sesionar en la tarde para continuar con la lectura del extenso expediente. En pieza fundamental de la acusación se convirtió el relato del sargento Crisanto Garcés:

Afirma que el comandante de guardia del puesto de Miraflores le ordenó que viajara con una patrulla de diez soldados, para ponerse a órdenes del coronel Cuervo Araoz (entonces mayor), comandante del Batallón Tarqui, acantonado en Sogamoso. Declara el sargento Garcés que él y sus hombres salieron en camión de Miraflores, esa misma noche después de recibir la orden, y llegaron en la mañana temprano a Sogamoso.

Dice el sargento Garcés que le dio salida a la patrulla, pidiéndole que se reunieran a las ocho de la noche, y que luego conversó con el coronel Cuervo Araoz. Afirma que el coronel Cuervo Araoz le dio instrucciones de «carpar muy bien el camión» y salir esa noche con los cinco detenidos, evitando que alguien los viera. Agrega el sargento que el coronel Cuervo Araoz le siguió diciendo que podía ajusticiarlos en el sitio de Vijagual, o bien que los llevara a Buenavista.

Cuando el coronel Cuervo Araoz escuchó su nombre por primera vez y salieron a relucir datos relacionados con sus acciones, displicente, tomó notas pero siempre con la sonrisa de desenfado que lo ha caracterizado y, lógico, sin descuidar la grabadora, que maneja con gran habilidad.

Dice el sargento Garcés en su declaración que su patrulla con los detenidos salió de Sogamoso a las once de la noche, no se detuvo en el sitio de Vijagual y llegó a Miraflores a las seis y media de la mañana. De allí siguieron a Buenavista a donde llegaron a las doce del día. Agregó que a los detenidos los tuvieron allí un rato y «los hicieron disfrazar», y de cuatro y media o cinco de la tarde los sacaron a los alrededores de Buenavista, en donde fueron fusilados. La ejecución fue el 17 de febrero de 1953.

El sargento Garcés agrega en su declaración que su intervención en los hechos «llegó hasta la entrega de los cinco detenidos al comando de Buenavista».

El rostro del coronel Cuervo Araoz cambió del color sonrosado chapeado de la altiplanicie al cenizo de soberbia ante el prolijo relato que hizo el sargento Crisanto Garcés. Doña Tránsito viuda de Toro siguió imperturbable en su mutismo, soliloquio de pensamientos en cruce de diversas orillas.

Continuaba la lectura el secretario del consejo de guerra del expediente, con su monótona y ronca voz. Otra declaración que obra en el expediente es la del soldado Orlando Quintanilla, quien confiesa haber participado en el fusilamiento. Quintanilla formaba parte del puesto de Buenavista y dice que el suboficial Miguel Arcángel González le dio la orden de ejecutar a los cinco detenidos, diciéndole: «Mire el oficio», al tiempo que le mostraba un papel. Quintanilla, obediente, no leyó el oficio, pero condujo a los cinco detenidos, en compañía de un civil de nombre Barreto, hasta un lugar despoblado en las cercanías de Buenavista, conocido como El Boquerón. Allí remataron a los cinco presos.

Barreto fue detenido pero escapó y actualmente está siendo juzgado en ausencia por el mismo consejo de guerra. El soldado Quintanilla, preso por otro delito, hizo su confesión el año pasado, pero murió extrañamente en un prostíbulo y se anunció por parte de las autoridades carcelarias que se había suicidado.

De la orden de fusilamiento en el puesto de Buenavista han surgido declaraciones contradictorias, porque el sargento Arcángel González afirma que en la fecha en que los detenidos llegaron al puesto de

Buenavista él se hallaba cumpliendo en la periferia una comisión y lo reemplazó otro suboficial de apellido Ortega. Dice que por lo tanto no dio la orden a Quintanilla.

El suboficial Ortega, por su parte, insiste que era él quien estaba cumpliendo una comisión y para ratificar su aseveración manifiesta que a las once de la mañana, cuando los detenidos eran conducidos de Miraflores a Buenavista, alcanzó a verlos desde su puesto situado en Cascajal.

Figura también una declaración del dragoneante de la Policía Murcia León, quien afirma que el año pasado, cuando el soldado Quintanilla era llevado de la cárcel al lugar donde debía rendir indagatoria, conversó con el suboficial Arcángel González. Este último, aseguró el declarante, le manifestó a Quintanilla que «no se preocupara» porque a cada instante le preguntaba angustiado: «En dónde está el oficio». Quintanilla veía en la orden escrita su salvación, pues esta sustentaba su papel de soldado que debía obedecer órdenes superiores.

Los testimonios del fusilamiento contienen detalles macabros sobre la manera como la orden fue ejecutada. Dicen que Barreto, sin atender las súplicas y los ofrecimientos de dinero que les hacía el capitán Toro para que no lo mataran, le hizo el primer disparo por la espalda. Herido, el capitán avanzó hacia Quintanilla implorándole que no lo dejara matar, pero cuando estaba a dos metros, recibió de Quintanilla un disparo que le destrozó el corazón.

Muerto el capitán Toro, Quintanilla requisó el cadáver pero no halló ningún objeto de valor en los bolsillos y viendo que los zapatos estaban nuevos se los quitó y se los llevó consigo a Buenavista para venderlos, pero nadie los quiso comprar. Al día siguiente los cambió por una botella de aguardiente.

Cuando nadie lo esperaba, y minutos después de que fuera declarado abierto el consejo de guerra a las dos y media de la tarde, apareció en la sala el reo ausente Hipólito Barreto, a quien se sindica de haber disparado en primer término contra el capitán Ezequiel Toro. Barreto se hallaba en la población de Miraflores y fue capturado por el alcalde ante orden especial del señor brigadier general Turriago, quien

al saber de su paradero procedió a disponer inmediatamente la remisión del acusado a Tunja.

En esos momentos, el acusado Barreto pidió al Tribunal que juzga la causa se le aplicara el beneficio de amnistía; ante su propuesta, el consejo de guerra entró en nuevo receso. Se hizo la consulta a Bogotá y la sesión se reanudó a las cinco de la tarde, una vez conocido el resultado de tal consulta que, al parecer, fue adversa al acusado Barreto. Barreto, un individuo de facciones afiladas, representa unos cuarenta y cinco años de edad; viste pobremente, usa ruana y calza burdas alpargatas campesinas.

Minutos después de las cinco de la tarde inició su intervención el fiscal, coronel Luis Laverde Goubert. Pulcro en sus maneras, disciplinado en el ritmo argumental de su discurso, hizo en primer término un alto elogio del Ejército colombiano y puso de presente la tremenda responsabilidad que cae sobre sus hombros como fiscal de este proceso; recordó cómo el Ejército hasta 1948 fue siempre digno de sus mejores tradiciones, pero a partir de esa fecha el delito logró insinuarse en sus filas y aun manchar a algunos oficiales que llegaron a adquirir ilícitamente sus bienes de fortuna.

Luego se refirió al 10 de mayo de 1957, cuando la Junta Militar inició la restauración del Ejército y volvió por sus tradiciones a las que se había intentado manchar.

Al entrar directamente en materia, el coronel Laverde Goubert señaló algunas tremendas deficiencias en el informativo de la causa, pues, según él, «se abandonaron los cauces por donde debió haber continuado la investigación, para lanzarse hacia el vacío».

También dijo el fiscal, coronel Laverde, algo concluyente:

> Así vemos cómo algunos individuos, para deshonor del Ejército, asesinan a las personas que les confían para obtener el beneficio del dinero, o se aprovechan de las situaciones de violencia para adquirir propiedades que sólo sirven para atormentar sus conciencias. Continúa la violencia y con ella se van despertando los más bajos y «primitivos» instintos de los hombres. Amparados en el decir de que hay que responder con la misma moneda con que atacan a las Fuerzas Armadas, se empiezan a cometer depredaciones que no tienen nombre. Vemos el caso de reunir en un lugar del llano mujeres, niños y hombres y autorizar a los soldados voluntarios con el fin de que maten a cada uno con el único propósito de

robarles fajas o cinturones, reservándose algunos para escarmentar a la población.

Y agregaba en su relato acusatorio:

> Si leemos y meditamos con cuidado el expediente, sólo encontramos a lo largo de sus páginas y de sus documentos patrullas que se mueven en la zona de operaciones, órdenes que no se cumplen, suboficiales que amparados por el Código Militar tratan de salvar su responsabilidad y para ello se limitan a dar respuestas vagas cuando no a negar o a tratar de rehuir cualquier clase de sospecha; oficiales que dentro de su radio de acción no saben lo que sucede sino al leer la prensa; y, por último, una cuadrilla de desalmados capaces de los mayores crímenes a quienes se entregan unos detenidos indefensos, de muchos de los cuales ni siquiera se conocen sus nombres.

Tras un pormenorizado recuento en las diversas diligencias, anunció que en su concepto el coronel Cuervo Araoz es culpable, y doblemente culpable: en primer término, «por haber dado las órdenes que condujeron al capitán Ezequiel Toro y a otras personas a su trágico final»; y en segundo término, por falta de responsabilidad militar, pues como comandante de la unidad en la cual sucedieron los hechos afirma no haber sabido nada de ellos, lo cual es tanto como confesar que carecía de «control» de mando sobre sus tropas. Con base en tales consideraciones, pidió para el coronel Cuervo Araoz la condena, sin atenuantes, por parte del Tribunal Militar.

En cuanto a Hipólito Barreto, el fiscal en pocos minutos consideró las pruebas referentes y terminó pidiendo la absolución por no estar demostrado que fuera él quien disparó en primer término contra el capitán Toro.

Al escuchar las conclusiones del fiscal, Cuervo Araoz se levantó del asiento, se aferró de la mesa donde estaba funcionando la grabadora, levantó la mano derecha en un gesto demoledor, quiso abrir los labios para contradecir con frases irónicas el concepto del fiscal, pero se contuvo, se sentó y su rostro volvió a encenderse de un rojizo chapeado de la altiplanicie; regresó a la calma y, casi riéndose, comenzó a aplaudir la intervención del señor fiscal, al final juntó las manos en señal de rezo y regresó su mirada perdida hacia la grabadora que continuaba grabando el eco de sus aplausos. Y en casual acuerdo tácito, el resto de los presentes en el consejo de guerra

silenció los susurros, calmó sus notas en las libretas; las miradas se reconcentraron consigo mismas y un silencio perturbador se apoderó del recinto, como si se hubiese desplomado el tiempo. Doña Tránsito Ruiz viuda de Toro fijó la mirada en el blanco óvalo del cielo raso, no en plan de huida, cuanto a manera de conservación de una emoción perdurable que embargaba su existencia.

35. ¿Por qué mataron tu vida?

El coronel Cuervo Araoz se convirtió en sabueso de tu vida, querido Ezequiel. Sabueso profesional porque siempre anduvo detrás de ti oliendo tus olores. ¿Desde cuándo? es la pregunta que fluye del azar como circunstancia maldita, en estos instantes en que se juega el esclarecimiento de tu asesinato y, por fortuna, quien escribió la orden está siendo juzgado. Sólo preguntas giran en el mundo de mis pensamientos, pero certezas en el alma y una racionalidad que impide ver una luz de optimismo en los resultados del consejo de guerra. Soy una mujer partida en dos en tantas divagaciones. ¿Por qué mataron tu vida? Trato de acumular los recuerdos en uno solo para responderme la pregunta.

Los papeles escritos están regados sobre la cama. Leo uno por casualidad y su lectura me remonta a los días sombríos después de los aciagos acontecimientos del 9 de abril de 1948. Lo sucedido en la Quinta División de Policía es el origen. Los hechos se los cobraron a destajo a cientos de policías, suboficiales y oficiales, como escarnio público, y les montaron una endemoniada persecución política. No les dieron sosiego un solo instante.

El 11 de abril estábamos manos abajo, humillados, recordaba Ezequiel con los ojos hundidos en recuerdos fúnebres. Ezequiel en funciones de comandante de la División había sido citado al Ministerio de Guerra a una reunión con el ministro de Gobierno, Darío Echandía. A su regreso reunió al personal en el patio de formación y les dijo con toda franqueza:

—Viene una comisión de generales a la División para convencerse,

porque yo ya los tengo advertidos, de que el personal acantonado aquí no ofrece ningún peligro para el Gobierno…

Agregó con aires de tristeza que fecunda la derrota en el corazón de los hombres:

—El Gobierno acaba de nombrar director de la Policía Nacional al coronel Régulo Gaitán. El ministro de Gobierno, doctor Darío Echandía, acompañado por el teniente general Germán Ocampo y el general Vanegas, viene a hablar con ustedes. El señor ministro y los generales están intercediendo ante el presidente Ospina Pérez para que no se tomen represalias contra ustedes. Es la promesa que me dieron en la reunión que tuve con ellos en la mañana en el Ministerio de Guerra. Yo les dije que todo el personal está dispuesto con ánimo patriótico a continuar en la Policía…

Habló Ezequiel y el personal en silencio, conforme con sus promesas. Eso sí, algunos compañeros de más antigüedad le dijeron con angustia ya sembrada en sus ánimos:

—Mi capitán, es mejor que nos maten y que no nos saquen de aquí para la cárcel… —Los policías, como ave de mal agüero, presentían la cárcel. Ya se anunciaban en voz pública los llamados consejos de guerra contra la policía insubordinada.

Ezequiel, de buena fe, que aún creía en la institución de la Policía, dijo a sus hombres:

—No les va a suceder nada, incluso prometieron que no los van a licenciar, ni van a tomar represalias contra ustedes…

Puntuales, a las once de la mañana, llegaron Darío Echandía, el general Ocampo y el coronel Régulo Gaitán. Entraron a la División tranquilamente, sin armas, sin tonos de arenga, muy formales, en alarde de darle confianza al personal acantonado. Ezequiel formó al personal y le dio parte al general Régulo Gaitán, y luego este transmitió el mando al doctor Echandía. El primero que habló fue el ministro Echandía. Dijo en palabras textuales que siempre masticaba Ezequiel cuando recordaba aquella reunión:

—Señores agentes de la Policía Nacional, yo recorrí toda Europa pasada la Segunda Guerra Mundial y nunca vi destrozos tan graves y tristes como los que acabamos de presenciar en Bogotá, en los

recientes desórdenes. Por lo tanto, viendo este desorden y esta calamidad, me he visto obligado a aceptar el Ministerio de Gobierno para lograr que la calma regrese a la patria adolorida.

Luego continuó su expresiva disertación:

—Les prometo, señores agentes de la Policía Nacional, que mientras yo esté al frente del Ministerio de Gobierno no permitiré que se cometan represalias contra ustedes. Serán respetados y conservarán sus puestos.

Luego habló el general Vanegas con voz persuasiva para levantar expresiones de solidaridad de cuerpo y dijo:

—Soldados, yo soy un soldado compañero de ustedes y les pido calma, les pido que atiendan al coronel Régulo Gaitán quien les va a dirigir a continuación la palabra y les tomará el juramento…

El coronel Régulo Gaitán dijo palabras que iban directamente al grano del asunto:

—Señores, para probar que ustedes son leales al Gobierno voy a tomarles el juramento: ¿Juran fielmente en nombre de Dios y Nuestro Señor Jesucristo reconocer al presidente legítimamente constituido, doctor Mariano Ospina Pérez?

Pero esta fue la condena del personal de la Policía en la mayoría de las guarniciones: la respuesta fue un rotundo silencio que petrificó a todos los presentes y los metió en una sinsalida en el futuro inmediato.

Ezequiel permanecía sereno, callado, sin poder interferir en la voz de mando del coronel Régulo Gaitán. En lo profundo de su ser se sentía solidario con el silencio amarrado de sus hombres.

El coronel Régulo Gaitán repitió la frase anterior tres veces, luego, con la habilidad de sus inquietudes de hombre experimentado en el orden público, dijo en sentido profundamente lapidario:

—Señores, ¿prometéis a Dios y a la patria cumplir con vuestros deberes?

Se oyó entonces en el patio de formación un sí rotundo como exclamación de multitudes. Después del juramento, el coronel Régulo Gaitán alisándose con la mano el uniforme cargó la cabeza sobre el hombro, hizo una mueca de desagrado y dijo:

—Les dejo de comandante de la División al mayor Polanía Puyo y

ustedes quedarán bajo sus órdenes.

A paso lento y cabizbajos salieron de la Quinta División el ministro de Gobierno, Darío Echandía, y sus acompañantes. Dejaron tras de sí la estela de un inquietante desencanto con aquellos hombres que por razón de sus querencias personales desde lo más bajo de la sociedad, en una decisión cómplice con la multitud adolorida y golpeada en lo más hondo de su ser por el asesinato de su Jefe, obedecieron la orden de Ezequiel de no salir a la calle a ultimar vidas a diestra y siniestra.

Ezequiel, tenso en posición firme y el personal encerrado en la fatal incertidumbre a la espera de nuevas órdenes en el patio de formación. Entonces entró en escena el coronel Polanía Puyo con voz encantadora de culebrero, obrando en forma mentirosa y aun diplomática, porque como rozando el rostro al viento con la mano, dijo:

—Señores agentes, ustedes son mis compañeros de armas y soy ahora el comandante inmediato. Como superior, mi deber es tratar de solucionarle a cada uno sus problemas personales. Yo los comprendo, muchos tienen sus padres vivos, esposas e hijos; sus familiares no saben si ustedes están vivos o muertos después de los turbios acontecimientos que enlutaron al país. Entonces vamos a hacer lo siguiente: les voy a establecer un permiso por 24 horas o el tiempo que quieran, dejen las armas y las prendas en sus catres y salgan de civil para que nadie los moleste en la calle.

Los agentes rasos se tragaron el anzuelo de la emoción cuando les nombraron la posibilidad de salir a la calle y dirigirse a visitar a sus familiares. Entonces, ellos escribieron con lápiz, humedecida la punta, con saliva, sus permisos individuales. Cada quien lo hizo con el afán de quitarse la pesadilla de encima de los últimos días en la Quinta División, tan amenazada y asediada por las fuerzas del Gobierno. El permiso terminó siendo el mismo para todos, redactado con escritura insegura, incertidumbre de inciertas situaciones los próximos días y noches:

«Señor comandante de la Quinta División de Policía. Respetuosamente le pido que me dé permiso por 24 horas», otros por sesenta…, etc., y se firmaba. Al recibirlos, el mayor Polanía sin alzar cabeza, sentado frente a un pequeño escritorio, le agregaba con su

puño y letra: «Permiso indefinido». Recibido el permiso, cada quien se dirigía al segundo piso, en un santiamén se quitaba el uniforme militar, se vestía de civil y salía a grandes pasos al bajar la escalera, dirigiéndose a la puerta de salida de la carrera 5.ª.

No se cumplieron las promesas hechas por el ministro Echandía y los generales de la República. A Ezequiel lo mismo que a la mayoría de oficiales de la Policía no los destituyeron formalmente, los colocaron en el escarnio público, los acosaron y persiguieron, no les dieron tregua ni descanso en su afán de aniquilarlos socialmente. Contra ellos no utilizaron los vaivenes de los papeles y la burocracia. La hoja de vida de cada uno terminó en el basurero del olvido. Los destituyeron en un acto simple y público: los notificaron por medio de los decretos de reorganización de la Policía, lo cual en carta blanca significaba la destitución de todo el personal uniformado. El Ejército se hizo cargo de la seguridad de la ciudad e incluso del tráfico. A los promotores de la llamada revolución del 9 de abril, a Jorge Zalamea, Adán Arriaga Andrade y Gerardo Molina, los llamaron a un supuesto consejo de guerra, estos hicieron sus declaraciones y luego salieron libres de cualquier culpa contra el orden público. En cambio, a la Policía se la puso en la picota pública: el personal de Bogotá, en todos los niveles hasta capitanes, fue destituido. Los permisos se volvieron un acto execrable. Cada quien había firmado su acta de defunción; en tiempo muy próximo dejaron de ser lo que eran para convertirse en parias salvajemente denigrados.

En el mes de junio, una mañana, antes del desayuno, Ezequiel bajó y se sentó a la mesa del comedor con una palidez irradiada en su rostro, metido en un atroz silencio: yo le serví el desayuno, después de un instante le pregunté con todo mi cariño:

—¿Adónde vas con tu uniforme de capitán de Policía?

—Voy al Palacio de la Policía —respondió lejano de pensamientos.

—Pero, Ezequiel, mi amor, tú ya no eres oficial de Policía —lo dije sin rencor, sin venganza, lo dije porque ya era una realidad.

Volvió a subir al cuarto y se puso uno de sus vestidos Everfit de paño, color gris, de rayas. Cuando bajó, lo hizo con inmensa tristeza que ahogaba su alma. Entonces me preguntó:

—¿Cómo me veo de civil? —preguntó como si alguien a traición lo hubiera desollado de su propia piel.

Esa mañana hizo una larga cola en el edificio del Palacio de la Policía, al lado de sus inferiores y compañeros de rango, para recibir el último estipendio a nombre de la Policía Nacional. Sobre su espalda comenzó a cargar una especie de aviso fatal: Policía nueveabrileño. Ese estigma cambió totalmente la vida para nosotros en familia.

Un año después, en 1949, a Ezequiel comenzó a rondarle con saña la idea de hacer política liberal. No había escarmentado con su dramática experiencia en la Quinta División. Carlos Lleras Restrepo, a nombre de la Dirección Liberal, los embarcó en la idea de un golpe militar contra el gobierno de Ospina Pérez. En aquella loca aventura estaban oficiales de la aviación, oficiales del Ejército, lo mismo que oficiales de la Policía destituidos después del 9 de abril. Ezequiel estaba muy comprometido en el hecho, organizando sus comandos por diversas partes de la ciudad.

Recuerdo con incertidumbre esa madrugada de noviembre de 1949, a las cuatro de la mañana, pegada a la radio rezando el rosario: la señal era el vuelo rasante de un avión por determinados sectores estratégicos de la ciudad y, lógico, cada quien a sus puestos de combate. Ezequiel llevaba alrededor de diez noches que no iba a dormir a la casa, y esa noche llegó a las nueve de la noche, se dio un baño, luego salió y dijo:

—Bueno, mijita, encomiéndeme a Dios…

A las cuatro de la mañana no escuché el vuelo rasante del avión, en cambio percibí una sórdida carrera de hombres en la calle; con sigilo hice a un lado las cortinas de las ventanas, y frente a la casa fue desplegándose una patrulla de diez soldados a tiro de fusil en dirección a ventanas y puertas; de inmediato sacaron a todas esas gentes, frente a la Escuela Militar.

A las cinco de la mañana llegó hecho un cadáver mi hombre, de una palidez amarillenta que daba espanto, y me dijo:

—Mijita, ¿usted no sabe lo que nos pasó?

—¿Qué les pasó?

—Nos sapearon, se dañó el golpe…

Durmió un rato y salió a buscar ayuda para los detenidos. En la tarde llamó por teléfono y dijo:

—¡Mi amor, me llevan detenido para la División de Policía en la 3.ª con doce… —Lo acusaban de estar organizando un movimiento sedicioso contra el gobierno de Ospina Pérez tal día a tales horas.

Lleras Restrepo, promotor del golpe, como siempre, se hizo el desentendido, dio la espalda a quienes había involucrado en la aventura, hizo silencio, se escondió en la trinchera de su casa. Yo pienso qué hacer: tengo que ir a visitarlo. Me dije a mí misma: Debo encontrar a una persona que sirva de coartada y echar por tierra las acusaciones. Alguien en quien pueda confiar la situación de Ezequiel y a la vez se arriesgue a servir de testigo falso. Los amigos cercanos, especialmente los expolicías, se negaron a asumir semejante decisión por simple amistad; un físico temor demudaba sus rostros, eran hombres de caminar cansino. Apelé, incluso, a algunos familiares y respondieron con una profunda mudez en sus labios: yo era la esposa de un oficial nueveabrileño y ese señalamiento significaba peligro de muerte. Los conocidos me respondieron con un silencio de orgullosa negación. Entonces recordé, no sé por qué, a uno de los tres gaitanistas que acompañaron a Ezequiel en las noches del 9 y 10 de abril en la Quinta División.

Ezequiel me había referido con profundo dolor que uno de ellos, de profesión maromero, había terminado su vida como el último de los francotiradores el 16 de abril de 1948, disparando desde la torre de la iglesia de Santa Bárbara; el otro, el ferroviario, quizá terminó enrolado en las guerrillas de los Llanos Orientales. Sólo uno de ellos, el zapatero, aún vivía en Bogotá, en el barrio La Perseverancia. Ezequiel me había dicho que tenía su negocio cerca de la Quinta División. Cuando me vio parada frente a su negocio sólo dijo:

—Señora, ¿en qué puedo servirle?

—Soy la esposa del capitán Ezequiel Toro. —Me hizo entrar, me ofreció un tinto que calentaba en un reverbero de alcohol, yo me senté en una pequeña silla de cuero. Le conté sinceramente la situación de Ezequiel, mientras él clavaba las suelas de un par de zapatos para hombre. Con las puntillas entre los labios, preguntó de la manera más

simple:

—Mi señora, ¿en qué puedo servirle?

Yo fui directa al grano y le pedí que me sirviera con una declaración de coartada para que Ezequiel pudiera salir libre de la acusación de golpista contra el Gobierno. Demoró minutos la respuesta, mientras se acariciaba la calva con la paciencia de alguien que piensa lo que debe decir, pues sus palabras son, ante todo, una decisión delicada, riesgosa.

—Claro que sí, mi señora. Con todo gusto serviré de coartada para que salga libre su esposo. Pero debe darme todos los detalles para que yo pueda armar la historia de mi declaración.

—La cosa es que usted diga que el día tal, a tales horas, usted vio al capitán Ezequiel Toro cerca de la Estación de La Sabana.

A Ezequiel lo acusaba un tal Félix Camargo, al afirmar que él lo había visto participando en una reunión, en una oficina del centro de la ciudad, en la cual se estaba organizando el golpe militar contra el presidente Ospina. Le dije:

—Usted tiene que decir que ese día a la misma hora se encontró a Ezequiel en el bus que iba para Chapinero. Usted venía de la Estación de La Sábana. El juez le preguntará, ¿por qué lo recuerda? Entonces tendrá que inventarse alguna excusa. Por ejemplo, fue a recibir a una persona a la Estación de La Sábana. Le preguntarán: ¿dónde recogió el bus al capitán Toro? Lo recogió en la Avenida Jiménez con Caracas. —Por casualidad el hombre había ido a recibir a una sobrina por esos mismos días, a la Estación de La Sabana…—. Para que las fechas coincidan —le dije al zapatero—, se debe redactar una carta en la que le avisan a usted que debe ir a la estación a recibir a su sobrina. Ella viaja a Bogotá desde Anolaima.

El investigador hizo el mismo recorrido que el zapatero había referido en su declaración. Reconstruyó todo el viaje. ¿Por qué se bajó aquí? Me bajé en Chapinero porque debía saludar a una hermana que trabaja en Chapinero. Fueron a la residencia. Fueron a constatar si era la hermana. Con el zapatero habíamos confrontado todos los elementos en detalle, con minucia, en un careo verdadero. Porque le dije, a usted le van a confrontar paso a paso sus declaraciones. Le

advertí que no sacara la carta de inmediato. Haga que la carta esté como perdida y en un momento oportuno saca la carta, como última evidencia, de que lo dicho por usted era pura verdad. Debe aparecer de pronto debajo del colchón o en cualquier sitio de su casa.

Una larga historia para poder echar por el piso las acusaciones del tal Félix Camargo. Así le reconstruyeron la declaración del zapatero. Le preguntaron: ¿Por qué conoce al capitán Ezequiel Toro? El zapatero dijo muy convencido, claro que lo conozco: él era capitán de la Policía en la Quinta División, de la cual yo soy vecino, pues cerca tengo mi negocio de zapatería. Después dijeron que había que hacer un careo a Ezequiel con el zapatero. A Ezequiel ya lo iban a trasladar para la Cárcel Modelo. Querían sacarlo del SIC para llevarlo a la Modelo. La secretaria del SIC era amiga nuestra, Matilde; la llamé y le dije: Necesito que le ayude a Ezequiel y le den sitio en una de las Divisiones de Policía. Tenemos que evitar que lo lleven para la Cárcel Modelo. Sácale al director ese favor. Ni de riesgos lo llevan para la Modelo. De esta manera, logró sacarle un oficio al comandante de la Policía para el juez. Logramos que lo dejaran en los calabozos del SIC. Ezequiel estaba a oscuras de su situación.

Sentí un escalofrío que me puso a sudar las manos, cuando tú, querido Ezequiel, devolviste el comiso. Cerca de las celdas que quedaban contra la calle 12, por una de esas ventanas, te grité muy fuerte:

—Ezequiel, amor, ¿por qué no te comiste el queso? Tienes que alimentarte.

En un maletín llevaba una piyama y cosas que él necesitaba, que pañuelos, ropa limpia y un queso de pera. Abrí el queso y saqué un cuadrito y le metí un papelito bien delgado, le escribí todo lo que tenía que decir para su defensa ante el zapatero, testigo de su coartada. Yo le dije en el papelito: «Es el zapatero, tu amigo de la Quinta División…». Eso lo hice de acuerdo con el abogado. Es cuando le grito a Ezequiel, con todo el corazón, por la ventana de la calle 12:

—¿Amor, por qué no te comiste el queso? —En el tono dicho, él comprendió mi angustia, me respondió con su voz conocida:

—Bueno, mijita, vuélvame a mandar el comiso. Sacó el queso y se

dio cuenta de todo lo que le decía para enfrentarse en el careo con su amigo el zapatero de La Perseverancia. Esa tarde salió libre.

Pero no pude salvarte, cuatro años después, de las garras de un fanático sabueso, de los pasos de tu vida. Ahora está sonriente, sigue sonriente en el consejo de guerra. Nada lo inmuta, nada lo inquieta. Mi mirada se nubla ante la corpulencia de su espalda.

36. Defensa de Cuervo Araoz

Antes de iniciar su defensa, el coronel Cuervo Araoz abrió un maletín negro de mano, sacó un manojo de papeles y, minucioso, los distribuyó sobre la mesa como si fuese a sustentar una conferencia magistral. Luego, frotándose las manos con cierta lentitud teatral, pidió una jarra de agua. Sonriente, con la desfachatez que lo caracteriza, levantó la jarra a la altura de su rostro y paciente miró caer el líquido para escuchar el ruido, quizá, de un pequeño riachuelo lejano. Bebió con avidez tres vasos de agua y de inmediato dijo con ligera sorna:

—Señores, es tanto lo que tengo que decir que mi garganta va a resecarse por el esfuerzo oratorio al que los someteré a ustedes, si me lo permiten, con su generosa anuencia. Hablaré diez o quizá quince horas de seguido. Voy a llevarlos por el camino que utilizó el instructor en el proceso. Voy trayendo a cuento y criticando.

En una de sus anteriores declaraciones ante la prensa, el coronel Cuervo Araoz había dicho en relación con su defensa:

«Yo no he querido nombrar abogado porque yo quiero ser mi propio defensor. Y cuando me vine (de Centroamérica) lo hice para poner la espalda a lo que se estaba haciendo contra mí». En otras declaraciones había afirmado con pleno desparpajo que pondría como defensor al peor de los estudiantes de sexto semestre de derecho para que lo defendiera…

La indagatoria del coronel Cuervo Araoz es una pieza de grande interés, que contiene afirmaciones sobre el mal concepto que a él le merecía la sindicación. Después de dar los generales de ley, y al ser

preguntado por el nombre de dos personas que lo conocieran —dato ritual en las indagatorias—, declaró que a él lo conocían «muchas personalidades», «entre otras, por ejemplo», tres miembros de la Junta Militar de Gobierno, «el general París, Fonseca y Navas Pardo».

Interrogado específicamente sobre el capitán Ezequiel Toro, el coronel Cuervo Araoz aseguró que no lo conocía personalmente, ni recordaba haberlo visto nunca, pero «quién no iba a recordar» ese personaje que tuvo tantas acciones criminales, inclusive en los hechos del 9 de abril. Pasó a hacer graves acusaciones contra el capitán Toro de haber sido coordinador de guerrilleros llaneros e instigador de la violencia.

En partes sustanciales de su indagatoria, el coronel Cuervo Araoz insistió una y otra vez en la forma como una parte de la opinión pública ha tratado de ensalzar a los hombres alzados en armas. Para citar un ejemplo, afirmó que cuando murió Guadalupe Salcedo, en un tiroteo con la policía en las calles del sur de la ciudad, en su tumba hubo «flores y discursos» y agregó con sorna que ahora no sería raro que en la tumba del capitán Toro se colocara una lápida y un panegírico «al estilo de Uribe Uribe». En la indagatoria había trazado las líneas esenciales de lo que sería la intervención en su defensa.

El coronel Cuervo Araoz aferró las manos a los bordes de la mesa, hizo un corto silencio premeditado, comenzó su intervención con un mesurado elogio de los integrantes del consejo de guerra, a quienes colocó entre «los más distinguidos oficiales del Ejército de Colombia».

Dijo sin arandelas que eran oficiales «que pueden juzgar no al coronel Cuervo Araoz, sino al Ejército de Colombia, que muchas veces tuvo que actuar para librar a la patria de sus malos hijos». Por lo tanto, se manifestó satisfecho de que fueran ellos quienes lo juzgaran.

Insistió en su tesis de que el proceso al cual estaba siendo sometido era estrictamente político; que con él se buscaba enjuiciar «al Ejército y no al coronel Cuervo Araoz»; que los jueces investigadores no obraron en forma imparcial, y que la prensa ha tenido injerencias muy notables en el asunto, pues lo ha convertido en carne de papel. Agregó que este consejo de guerra redundará «en provecho del Ejército de Colombia».

Dijo que a su llegada de México le ofrecieron la amnistía, pero que no quiso aceptarla «por salvar el honor del Ejército» compareciendo ante un consejo de guerra.

Inmediatamente inició Cuervo Araoz un pormenorizado recuento de su vida, de la niñez, época de inolvidables momentos de felicidad cuando estudiaba en el seminario de Bogotá, juventud, amalgama de dudas existenciales y referencias hacia el futuro; habló de los tiempos cuando pasó por la Escuela Militar, formación de hombre en los principios cristianos y honor en la defensa de la patria, y sus primeros destinos como oficial, hasta llegar al traslado de Cúcuta a Boyacá. Hizo diversas consideraciones sobre el supuesto ambiente de calma que existía en Boyacá entonces, e insistió en que el doctor Plinio Mendoza Neira suministraba «informes falsos de la situación política en ese departamento a la Dirección Liberal» y esta comenzó a promover una cruzada anticonservadora.

Cuando hablaba de las guerrillas liberales en los Llanos Orientales, explosión de odio de clases y de la «peligrosa personalidad» del poeta y periodista Juan Lozano y Lozano, intelectual veleidoso de izquierda liberal, se suspendió la sesión y se citó para el día martes en las horas de la mañana. El acusado anunció que hablaría por espacio de diez horas en total.

Brioso y entusiasta en la mañana, el coronel Cuervo Araoz, moviendo las manos como astas y girando sus palabras alrededor de una mariposa prisionera en una especie de molino de viento, manifestó:

—Este, señores, es un proceso político, inspirado en maniobras políticas. El proceso Toro es un proceso político y todo el mundo lo sabe. Aquí se busca algo más que al modesto Cuervo Araoz.

Él se siente el corazón sangrante; su latir, el reclamo airado de alguien que está siendo pisoteado en sus principios y derechos: víctima crucificada, vilipendiada.

—En su campaña de difamación, la prensa del país ha apostado carreras para vituperarme. Pero me siento honrado porque aquí se pretende procesar al Ejército de Colombia en este humilde servidor de la patria.

Después de estas palabras, el coronel Cuervo Araoz hizo oír una grabación del discurso pronunciado por el general Navas Pardo el 12 de agosto de 1957, haciendo elogio de todas las Fuerzas Armadas. «Bastaría —dijo al finalizar la grabación— para que yo no viniera a comparecer a este consejo de guerra, pues tengo la seguridad de que al pronunciar su discurso, uno de los oficiales que precisamente estaba en el corazón del general Navas Pardo era el coronel Cuervo Araoz».

Dejó el movimiento aprisionado de las manos en el aire, alisó con suavidad el paño verde de su uniforme, volvió a tomar tres vasos de agua, humedeció los labios resecos. Después de una larga pausa leyó el discurso pronunciado por el doctor Alberto Lleras Camargo en Medellín, recalcando una frase: «Se sabe cuántos son los muertos civiles, pero no se sabe cuántos son los muertos militares para los cuales no ha habido ni siquiera un responso». También puso énfasis en la promesa que en ese mismo discurso hizo el presidente electo de defender a las Fuerzas Armadas durante su administración.

Dentro de la serie interminable de actos y episodios políticos y de orden público en que actuó como protagonista de primera magnitud y que relató con regocijo a lo largo de su disertación, uno de los principales fue el del 9 de abril de 1948. Dijo que había sido llamado a la Dirección de la Policía «para limpiar los rezagos del 9 de abril». Y agregó: «Me satisface haber dado a esa institución oficiales y soldados que son el orgullo de la patria».

Recordó que fue él quien descubrió una emisora clandestina «que funcionaba en la sala de un personaje» en pleno centro de la ciudad, y que había detenido a los que la operaban, entre ellos al periodista Jaime Soto. Y señaló «extrañarse» de que Jaime Soto hubiera estado «muy benigno» con él en esta ocasión del consejo de guerra, después de haber sido uno de sus «más grandes detractores».

Otro de los episodios que relató de esa época fue el de la «huelga general ordenada por Lleras Restrepo en noviembre de 1949». Dijo:

> Fracasó el paro y entonces el doctor Lleras se fue a la residencia del doctor Echandía y a la fuerza, casi a rastras, lo sacó de su casa para encabezar una manifestación. Pero yendo frente a Bavaria, ellos atacaron una pequeña guardia que había como protección a la entrada de la fábrica, y esta respondió y resultó muerto el hermano del doctor Echandía. Mas no fue un tiro de fusil el que causó

su muerte, sino de revólver disparado por uno de los mismos guardaespaldas de este político.

Dijo que en el segundo semestre de 1952, cuando asumió el Comando del Batallón Tarqui acantonado en Sogamoso, «comencé a recibir mi bautismo de violencia». Declaró que la actitud de la tropa era defensiva hasta cuando el Comando de la Brigada estaba en manos del coronel Achury, pero que con el coronel Manuel Agudelo «comenzaron a prepararse las ofensivas» contra los bandoleros y sediciosos que actuaban en los Llanos Orientales.

Dijo que había recibido ayuda militar efectiva «por conducto del entonces coronel Luis E. Ordóñez, en ese tiempo jefe de la Casa Militar de Palacio».

Afirmó considerarse una de las personas mejor enteradas del país. Y explicó:

> Conocí de cerca la moral triste y deprimente de los políticos, que luchaban y propugnaban por que se tomaran medidas que luego ellos mismos criticaban. Hoy todos emulan en criticar los regalos que se le hacían al presidente (Rojas Pinilla), pero se olvidan del regalo que le hizo el expresidente Alfonso López para su hato en los Llanos, y que él (Rojas Pinilla) tuvo la buena idea de traspasarle a Sendas.

Explicó su misión a España (en junio de 1954), comisionado para traer equipos y contratar becas para el personal de la Policía y del SIC, y luego el encargo que le hizo el gobierno de Rojas Pinilla de «botar 5.000 empleados de Paz del Río». «Y me encuentro —dice— nada menos con que en Paz del Río estaba el cuartel de los guerrilleros. Así de fácil la misión, cuando incurrí en las iras de mi amigo Calibán, por el pecadito de haber empezado por los bandoleros. Logré hacerlo todo con tino y prudencia. Pero eso no me lo perdona nunca».

Dijo que en Manizales, siendo ya gobernador, supo que el doctor Silvio Villegas (a quien llama el pequeño Silvi) iba a pronunciar un discurso para coronar a la reina del Café, pero en realidad era «para ponerle las peras a cuarto del general Rojas Pinilla». Dice que no lo dejó hablar, y que así incurrió en el odio de los periódicos *La República* y *La Patria* de Manizales.

«Sin embargo —siguió diciendo—, el 10 de mayo Fenalco me tenía preparado un banquete» y mostró un periódico con la invitación. «Y

hoy no soy gobernador de Caldas —añadió—, porque el precio que se me pidió fue muy alto. Un comisionado, a quien yo había distinguido siempre con favores personales, me pidió que para que yo pudiera continuar en la Gobernación tenía que hacer una cosa: el 11 de mayo cuando estuviera reunida la manifestación, arrojara el retrato del general Rojas Pinilla a la multitud. Cosa que era imposible».

Se refiere en seguida a la muerte de Guadalupe Salcedo, diciendo que ordenó su captura cuando supo que estaba sembrando el desorden dentro de la ciudad. Y censura a «la vieja Emilia», por haber escrito un artículo titulado «Impunidad y violencia», en el cual «se rasga las vestiduras ante la tumba de Guadalupe y levanta su voz de protesta porque los policías que le dieron muerte no están presos».

«¿Y nosotros qué? Ni siquiera quieren dejar la humilde cruz que yo hice levantar en la plaza de Miraflores. Y van 17 memoriales que piden que se quite ese monumento a los soldados caídos».

Levantó al aire y mostró un manojo de hojas en las que dijo había el registro de 2.219 soldados y 66 oficiales muertos, «¿y qué se nos ha dado»?, preguntó perplejo.

Mostró una caricatura de Chapete, publicada en *El Tiempo*, en la cual aparece un cuervo volando sobre la tumba del capitán Toro, con la leyenda «La justicia cojea, pero va a llegar». Dice que es «ofensiva y atroz».

Presenta otra caricatura de Chapete, en que aparece él con la leyenda «Mango tal vez, porque corazón no tiene». (En días anteriores, el coronel Cuervo había dicho que estaba enfermo del «mango».) Dice que esa caricatura lo pone en ridículo; además, «cómo es posible decir que no tiene buen corazón el hombre que recogió a numerosos niños desamparados».

La intervención del coronel Cuervo Araoz terminó a las tres de la madrugada y hoy solamente a las nueve y veinte de la mañana se pudo instalar nuevamente el consejo de guerra. Cuervo Araoz siguió en el uso de la palabra.

Lo primero que trajo a cuento fue el hecho de que no le habían tomado sus datos personales al comienzo del consejo de guerra, y entonces dijo:

«Vengo de un hogar bogotano que hace honor a nuestra sociedad capitalina; mi padre logró amasar una considerable fortuna y levantarnos como muchachos adinerados. Me distinguí siempre en el Instituto Técnico como el mejor alumno. Mi madre fue una santa y por rara coincidencia, hoy, primero de julio de 1958, hace treinta y tres años que murió en Bogotá».

Luego comenzó su ataque contra el investigador Agustín Lizarazo Granados y el fiscal, mayor Valencia, diciendo que «han buscado el camino de las alcantarillas, puesto que todas las pruebas que hay contra mí no pasan de ser pobres declaraciones de carne de presidio», refiriéndose a la confesión de Orlando Quintanilla.

Dijo que «por fuerzas misteriosas e impenetrables» el mayor Valencia Hurtado había sido escogido fiscal (entre tres nombres) y que era muy indicativo que fuese de Manizales, «puesto que siendo de Caldas —explicó— le cupo miel en las hojuelas».

Dijo que en esta forma se constituyó «el eje Tunja-Bogotá-Manizales», en el cual el mayor Valencia Hurtado es cabeza de turco en la conspiración montada contra el coronel Cuervo Araoz.

Acusó en forma virulenta a doña Tránsito viuda de Toro de haber pagado a los testigos. Desdeñoso, no dirigió su mirada hacia donde estaba ella sentada, tampoco la enfrentó con sus palabras, simplemente entrecruzó las manos, cerró los ojos y dijo como hablándole al viento:

«Se deja ver que cuando ella los preparaba para las declaraciones no oyeron por dónde cantaba el gallo». No explicó, claro está, el sitio donde cantaba el gallo, es decir, quién había dado la orden de fusilamiento, porque cinco hombres indefensos habían sido fusilados en los predios de su comando.

Luego puso en duda la existencia de la orden de fusilamiento, así como la cordura de Orlando Quintanilla, quien confesó haber ejecutado el fusilamiento del capitán Ezequiel Toro. Al abrir las manos preguntó en tono filosófico:

—¿Dónde está la orden por escrito? En la imaginación perversa de algunos dementes, carne de presidio —se respondió energúmeno. Hizo movimientos con las manos como pidiéndole explicación a quienes lo

escuchaban.

También afirmó que había muchas contradicciones entre los testigos, porque no se precisó con certeza quiénes fueron fusilados el 17 de febrero y quiénes el 18 del mismo mes. Pero reconoció que los fusilamientos habían sido ejecutados por sus hombres.

Cuando culminaba su exaltada defensa bajó el tono de la voz, la fue apagando hasta hacerla inaudible. Pensativo, meticuloso, organizó los papeles que tenía regados sobre la mesa, los guardó en el maletín negro de mano, levantó la cabeza y miró hacia el frente como buscando un punto fijo: giró la cabeza a la izquierda y luego a la derecha, se aquietó y esperó una salva de frenéticos aplausos de quienes estaban a la expectativa de sus palabras en el amplio salón. Ante aquel silencio sepulcral, decidió sentarse y escaparse con sus pensamientos.

El general Marco A. Villamizar, defensor del coronel Cuervo Araoz, inició su intervención con un recuento de las guerras civiles y de los cambios políticos en nuestro país, con anécdotas y recuerdos de crímenes. Pasó luego a referirse a la situación actual del país; finalmente, cuando se acercaba a las dos horas de intervención, se refirió al caso del coronel Cuervo Araoz, pidió al consejo de guerra que si lo hallaba culpable lo condenara sin vacilación, pero que si surgía alguna duda al respecto debía absolverlo. Entonces, leyó tres artículos del Código de Procedimiento Penal y solicitó la absolución por falta de pruebas.

Al dársele la palabra inmediatamente después, el otro acusado, Hipólito Barreto, se levantó y pidió la amnistía. Luego le fue otorgada la palabra al defensor de Barreto, un teniente de la Policía, quien manifestó que pese a tener preparado su alegato se abstenía de presentarlo por la solicitud de su defendido. El general Turriago, sin embargo, resolvió continuar el consejo hasta el veredicto y solicitó la deliberación respectiva.

Inmediatamente después, se inició la deliberación del consejo de guerra. Por escrito y separadamente, después de media hora, el presidente y los vocales del tribunal de conciencia entregaron las respuestas al cuestionario planteado. El consejo de guerra se hizo

presente de nuevo en la sala y respondió unánimemente, con un «No es culpable», a los cinco cuestionarios, uno por cada víctima, propuestos, en cuanto al coronel Cuervo Araoz. Igualmente fue absuelto el otro sindicado, Hipólito Barreto, también por unanimidad.

El coronel Cuervo Araoz, después de terminar el consejo, dijo que los militares no podían hacer declaraciones, ni abundar en detalles, por razón de la disciplina que les impedía hacerlo sin permiso. Se manifestó muy descontento con el tratamiento que ha recibido de la prensa, y dijo: «El que menos me ha calumniado es *El Tiempo* y el que más *La República*, sin contar, claro está, esa cloaca de *Contrapunto*». Agregó que no hacía declaraciones para la prensa, «porque la prensa pone en boca mía lo que le viene en gana, y entonces no necesito decir nada…».

Interrogado sobre los otros procesos que tiene pendientes, el coronel Cuervo Araoz declaró: «¡Pues, por lo que sé, sigo punteando! Me parece que tengo un proceso más que el señor general Rojas Pinilla».

Debo confesar, para no defraudar a mi conciencia, que el fallo absolutorio del coronel Cuervo Araoz confirma mis presentimientos. El veredicto fue unánime: Cuervo Araoz «no es responsable», y uno de los vocales del jurado agregó: «porque no hay pruebas legales». Tigre no come tigre, militar no condena a militar. Lógica criminalística, pues quien va a juzgar a cualquier criminal se mira a sí mismo como paradigma y luego juzga al otro según sus propios principios. Y los principios del militar que juzga son los principios del militar que está enjuiciando. Es cuestión de cuerpo y mentalidad de institución. El militar incriminado habla en nombre y defensa de la institución; el militar que juzga, simplemente, determina la culpabilidad del acusado a partir de los mismos principios enunciados y defendidos por el inculpado.

Todo este embrollo en mi cabeza se lo debo a lo dicho por el poeta Jorge Gaitán Durán, director de la revista *Mito*, en un sesudo ensayo aparecido en el semanario *La Calle*, sobre el Ejército y la violencia, artículo que provocó de inmediato una carta aclaratoria del vicealmirante Piedrahíta. Decía el poeta:

—La absolución del coronel Cuervo Araoz confirma mis tesis. En

efecto yo había escrito: «A partir del 10 de mayo de 1957 cualquier investigación sobre militares hecha por militares es un imposible; las Fuerzas Armadas no la consideran un acto de justicia o una reivindicación del honor del guerrero, sino una traición».

Tanto un miembro de la Junta Militar de Gobierno como el editorialista de algún diario de la mañana me respondieron asegurando que eran confusas, jurídicamente o conceptualmente, mis ideas de que, debido a la historia de la dictadura de Rojas Pinilla, el fuero militar y la justicia castrense habían sufrido deformaciones que conducen a la impunidad. ¿Hay algo más claro que la absolución de Cuervo Araoz?

Repito lo que he dicho otras veces: «Nada de esto es ataque apasionado al Ejército Colombiano sino examen crítico y objetivo de su situación en medio de la nación. En mi artículo afirmé claramente, sin reticencias, que debe existir un verdadero ejército nacional, fuerte, moderno y demócrata».

Mis pálpitos de dudas cruciales los consulté con doña Tránsito viuda del capitán Ezequiel Toro, a quien acompañé en varias de las sesiones del consejo de guerra, para escribir la crónica sobre el publicitado proceso. Hablé con ella por teléfono; ella contestó desde su pensión.

—Estimado Felipe, como usted bien sabe, no estuve presente en el veredicto porque ya sabía de antemano que el fallo sería absolutorio y no quería que vieran allí mi cara, no de frustración sino de furia.

—¿Pero le sorprende la decisión?

—No me sorprende la decisión, ya que los rumores que escuché en la última parte del juicio así me lo hacían prever. Los militares que integraban el consejo de guerra era lógico que no podían condenar a un compañero.

La voz de doña Tránsito se oía en el teléfono angustiada y enérgica, a punto de estallar en un ataque de cólera.

—¿Por qué no esperó el veredicto?

—Cuando el coronel Cuervo Araoz estaba diciendo tantas inexactitudes, en señal de protesta, me salí del salón: dejé que continuara indigestándose con sus propias mentiras. Al llegar a Bogotá me informé del absurdo fallo. Quiero expresar que hice todo lo que

estuvo a mi alcance para que se hiciera justicia. Si no la conseguí, la culpa es de los que manejaron la balanza. Con este fallo el país sabe a qué atenerse.

—¿Seguirá luchando?

—Es cierto que se produjo un fallo absolutorio pero confío en que este fallo no será la última palabra. Apelaremos y puede que más tarde encontremos funcionarios imparciales que hagan honor a la justicia y que entiendan algo de estas cosas. Estos señores que intervinieron en el consejo de guerra en Tunja no saben nada de derecho. Así nos lo advirtió, por ejemplo, el fiscal. Como dije antes, querido amigo, el fallo no me sorprendió puesto que esos eran los rumores.

Lo cierto es que mi tierna y querida conciencia profesional se encuentra alborotada por las dudas que la tienen cercada y al borde del precipicio de una agonía imperturbable. Y es lo que me ha sucedido con el caso del capitán Ezequiel Toro. No se condena a los criminales y, lo más grave, su cadáver aún sigue escuchando las letanías de la perdición de su cuerpo y de sus huesos: desapareció el cadáver, y su historia es el comienzo en el país de la desaparición de cientos de restos, muchos de ellos descompuestos en la montaña, muchos de ellos arrojados a los ríos y comidos por oleadas de hambrientos peces, muchos de ellos devorados por ratas en alcantarillas de las ciudades, muchos de ellos vueltos añicos por las dentelladas de hormigas legionarias, muchos de ellos escondidos en las mazmorras de oscuras cárceles. El cadáver del capitán Ezequiel Toro será mortaja, ojos y restos del inmenso cadáver insepulto que rondará los próximos años la extensa geografía de un país que vislumbra como futuro la sombra gris de su propia mirada.

37. El abismo de la muerte

Después de la parafernalia del consejo de guerra contra el coronel Cuervo Araoz, querido Ezequiel, yo debía cumplir hasta el final la promesa que te había hecho, en el mismo momento en que te desaparecieron y tuve el pálpito y la certeza de tu muerte definitiva.

Me dije, despacio, debo encontrar a tus asesinos, debo entregarlos a la justicia, debo presenciar su juzgamiento. Por lo tanto, seguiré palmo a palmo las últimas huellas que dejaste en vida; seguiré hasta el final los pasos que dejaste en la muerte, entonces recuperaré tu cadáver y le daré sepultura a tus huesos como signo de descanso definitivo. Entonces, querido Ezequiel, después tú serás la más hermosa de las ausencias en el resto de mi existencia.

Armé maleta para cuatro días, le pedí a Gilberto, el hijo mayor, que me acompañara; los dos madrugamos para partir de la Estación de La Sábana; le dije a Gilberto, nos montaremos en el tren de la ausencia forzada; le dije a Gilberto, busquemos el vagón número cinco y quiero que nos sentemos en la mitad, en el asiento en que me senté frente a tu padre, en el viaje camino a su desaparición definitiva. Le dije a Gilberto, haremos el mismo itinerario hasta Sogamoso, buscaremos el Hotel Europa, yo dormiré en la misma habitación en la que dormí con él en la noche de la fatal despedida; le dije a Gilberto, nos levantaremos a las seis de la mañana y desayunaremos en la mesa en que lo hice con su padre y sus dos guardianes; le pido que me acompañe hasta las puertas de la División de la Policía donde dejé a su padre; le dije a Gilberto, volveremos al Hotel Europa y al finalizar el día le contaré los pensamientos de esperanza que tuve esa noche, pues nunca imaginé que esa mañana lo había dejado en las garras de la muerte. Le dije, mañana caminaremos por las calles de Sogamoso, población carcomida por el silencio y el miedo. Le dije a Gilberto, estaremos de mañana en Tunja y volveremos a realizar el viaje que hicimos los dos hasta Miraflores: el viaje para la reconstrucción del asesinato de su padre.

Con Gilberto nos dirigimos por segunda vez al puesto de Buenavista, camino que de Miraflores conduce a Campohermoso y Páez, ruta hacia los Llanos Orientales. Camino sembrado de niebla, paredes volátiles, movedizas, esquivas, gigantesco cuaderno deshojándose; murmullos de voces huyentes, quejumbrosas y dispersas; espejos colocados en quebradas para que nadie se viera en ellos: para que los transeúntes se perdieran y fueran golpeados en sus aciagos delirios; adelante veía a pedazos la figura de Ambrosio, el baquiano montado en la bestia que

andaba con un dejo de sonsonete cansado, subiendo y bajando y furtivo perdiéndose al ritmo de Gilberto y mío. No quería abandonarnos en la lejanía.

Tres horas de camino y allí estaba el retén de Buenavista: rudimentaria construcción en escuadra y un quiosco vacío de la presencia de hombres carceleros y prisioneros, retén abandonado a su triste historia de ignominia, tortura y fusilamientos. Allí sigue como constancia de lo que hicieron soldados y suboficiales, por razones de cumplimiento de órdenes de guerra.

Le dije al baquiano:

—Quiero bajarme aquí.

—Como guste, la señora —respondió con voz apaciguada. Me ayudó solícito a bajarme de la bestia. Desentumí el alma de malos presentimientos y entré: penetrante olor a desecho humano, como si el drama vivido en sus espacios aún se estuviera descomponiendo en una fatal humedad, habitada por gusanos y babosas y el musgo como blando cojín de espumas color verde. La tristeza aquietaba el corazón por físico frío. Daba náuseas, recibía azotes en la espalda, sobrecogía el espíritu, tenía ganas de lanzar un mar de llanto contenido por los duros años de búsqueda. Por el techo de zinc entraban vetas delgadas de niebla. Busqué en la imaginación el rincón donde, quizá, estuvo sentado Ezequiel, como último aliento para continuar el camino que, iluso, pensaba que lo llevaría a una colonia carcelaria.

Cuando salí de aquel tétrico lugar corrí para abrazarme entre las paredes huidizas de la niebla. Gilberto me dio un abrazo de consuelo.

Seguimos hacia El Boquerón. Trescientos metros adelante reconocí la piedra en que por última vez Ezequiel descansó su vida. Le pedí a Gilberto que se sentara allí, sobre ella, por un instante. Él lo hizo. Lo vi como el retrato vivo de su padre. Los dos nos dimos nuevos alientos. Ambrosio, el baquiano, simplemente nos miraba en nuestra congoja de rabia y dolor.

—Mi señora y mi doctor, ya pronto llegaremos al final del camino al que ustedes tanto quieren llegar.

Me acerqué al Boquerón, el precipicio por donde arrojaron tu cuerpo sin vida: despeñadero de lajas tajantes. Un pequeño sendero

como delineado a navaja por donde bajaba el criminal de Quintanilla para despojar los cadáveres de sus prendas y luego rociarlos de gasolina y prenderles candela, para evitar que el olor a cuerpos en descomposición llegara al olfato de los moradores cercanos.

—Ambrosio, ¿podemos bajar?

—Tiene sus riesgos. Puede resbalar la vida y quedarse sin respiración —lo dijo en suave tono lacónico.

—Quiero bajar.

—Si es una orden de su persona, pues yo la llevaré hasta el fondo y en el fondo del precipicio usted escuchará el vozarrón del río Lengupá.

Comenzamos el descenso. El baquiano, sosteniéndose al hundir los tacones de los zapatos, me daba la mano izquierda y yo me sostenía también en la fuerza de la derecha de Gilberto. La respiración, acortándose como si estuviera respondiendo al llamado fúnebre de la voz del vacío: abrazo fatídico, golpeteo en el estómago, las piernas tembleques, el corazón agitado. Los tres bajando en caracol, manteniendo el equilibrio con la fuerza de las manos, apuntalando de lado el cuerpo, pisando cuidadosos. En el fondo, todo gris de neblina como arena movediza, bocaza en exhalación perturbadora de flor carnívora, en llamado hacia lo más profundo del corazón de su precipicio. Cuidado, mi señora, aquiete los movimientos y aconseje la calma a su respiración. Gilberto, la palidez de su piel, viéndome la transparencia de la palidez total de mi rostro y sintiendo hasta la saciedad el sudor de mi mano que inundaba sin compasión también mi vestido: piel llorosa. El caracol de nuestros cuerpos uniéndose en el fino y traicionero paso resbaladizo. Las lajas de piedras afiladas, las piedras cubiertas de barro, el abismo gris de muerte en su vientre. La mirada de Ambrosio, experimentada pero temerosa, la mirada de Gilberto, de niño asustado, la mía, atragantada como garfio de anzuelo de pescar. Descanse, mi señora. O la señora prefiere que regresemos al cielo o desea continuar hasta el fondo para escuchar muy de cerca la voz del río Lengupá. Descansamos, los tres muy juntos, con el frío alejado de nuestros cuerpos por el calor que produce el esfuerzo físico. Y Ambrosio, con sus consejos de hombre curtido en estas honduras: No mire el abismo, porque el abismo tiene

sus agallas y la puede empujar a una caída de muerte. Tranquilo, Ambrosio, yo quiero mucho la vida. Gilberto, ensimismado, acostumbrado a no dar alaridos de emoción. Parco en sus actitudes, pero hombre de seguridad absoluta. Miré hacia arriba: el cielo era un profundo hoyo gris. Seguimos bajando agarrados de las enredaderas, lisas por el sudor de las manos. Ya casi llegamos, en un abrir y cerrar de ojos le tocamos el bozo a la bocaza del precipicio. En fila india, con la espalda muy apegada a las piedras. La niebla, especie de columpio, sube con la magia del silencio y baja como si estuviera agitada en sus adentros. Lo oye, lo oye, mi señora. Ya se escucha a pocos pasos el vozarrón del río Lengupá. Tronaba muy cerca de nosotros. Y la parte final empinada para bajarla con los zapatos unidos, en una fila sostenida por la espalda pegada a las rocas afiladas. De pronto, Ambrosio grita con júbilo, mi señora, mi doctor, pueden caminar por tierra firme. Sentí que mi corazón descansaba en la palma de mis manos. Quise correr pero estuve a punto de tambalear y caer de frente: un mal aire envolvió mis pensamientos, la cabeza daba vueltas. Ambrosio y Gilberto me sostuvieron. Mami, descanse un poco, la voz de Gilberto. Tomé aire como si hubiese tomado un vaso de agua cristalina. Impulsé mis fuerzas y abrí los ojos: la orilla del río Lengupá, desolada cascada de piedras afiladas, arena y grama, troncos pudriéndose y el ruido tronador, delirante, apabullante, del río.

—El diablo del río corre como a cien metros, mi señora. Ahora, mientras descansa, haremos un poco de tiempo y beberemos de sus aguas intranquilas.

Me senté sobre un tronco, antes había respirado tan hondo y profundo que debí sacar el pañuelo para detener las lágrimas. Volteé con ansiedad la mirada alrededor de aquella orilla del río que tanto había perturbado mis insomnios: sepulcro al aire libre para el cuerpo de Ezequiel. Ambrosio se percató de mis angustias balbuceantes. Se sentó a mi lado y me soltó un secreto grande de la vida:

—Aquí, mi señora, donde estamos sentados, aquí ese asesino de Quintanilla le rociaba candela a los cadáveres. Dicen que el hombre quedaba como alelado frente a la llamarada mientras alzaba su vuelo. No mosqueaba los ojos. Entonces, subía a grandes zancadas con el

diablo metido en las grietas de su alma hasta el filo. Y desde el filo miraba y miraba el fondo del abismo: mirada desbocada por la pasión del asesino. Luego, como aquietado, regresaba al puesto de Buenavista. Es que, mi señora, yo presté servicio militar en el mismo puesto, despuesito de tanta mortandad en la región.

Miré a Gilberto sentado sobre otro tronco, acongojado. Le dije de manera muy tranquila:

—Hijo, saque la caja de madera. —En una talega de tela él había traído la cajita de cedro que en Bogotá yo le había encargado a un carpintero, vecino de la pensión.

Gilberto se levantó con la caja abierta en las manos. Yo le dije, con la expectativa de la emoción:

—Busquemos, hijo, la arena y la tierra más parecida a los restos de su padre.

Mientras nos observaba inquieto Ambrosio, los dos, de acuerdo en la mirada, fuimos caminando alrededor de la orilla del río y casi por un impulso mutuo nos agachamos y recogimos arena y luego tierra y llenamos la caja de cedro.

—¿Mi señora y mi doctor, no quieren ver de cerca el gran río Lengupá?

Lo acompañamos. Un río de inmensa fuerza en sus aguas, corriente estremecedora que golpeaba brutalmente viejos y dramáticos recuerdos. Brutal corriente que hipnotiza el espíritu: vuela con su angustia amarrada en la voz, recorre mundos ciegos y mudos empollados en lo hondo de la añoranza.

—Mi señora y mi doctor, pues deben tomar agua del Lengupá. Es río que da alientos a quienes beben de sus aguas.

En el cuenco de las manos, bebimos ávidamente los tres. Y subimos los tres a paso lento por el camino ya trajinado por nuestras pisadas. En el filo, conocido como el terrible Boquerón, le comuniqué a Gilberto algo que había pensado como la decisión más hermosa y dolorosa que en tantos años de ausencia te había ofrecido, querido Ezequiel:

—Hijo, por fin enterraremos el cuerpo de su padre.

Gilberto abrió la caja, yo saqué una manotada de arena y tierra. Él

hizo lo mismo. Ambrosio estaba pensativo. Yo dije con todas mis fuerzas, exclamé como salvación de mi vida, de mi espíritu y de la vida de mis hijos:

—Ezequiel, mi amor. Hoy le damos sepultura a tus huesos. Te negaron el derecho a la tierra para tu cuerpo. Hoy te damos sepultura en el aire para que los vientos lleven para siempre tus restos y los depositen en las aguas del río Lengupá… Hoy, Ezequiel, mi amor, eres hombre libre, en esta vida y en la otra vida.

Con Gilberto lanzamos los restos al viento. Ambrosio pidió a ruegos que él quería hacer lo mismo. El último puñado de tierra y arena lo lanzamos los tres con una definitiva exclamación:

—Adiós, querido Ezequiel.

Ah, querido Ezequiel, quería contarte la paradoja final: después de la tragicomedia del consejo de guerra contra el criminal Cuervo Araoz, al salir libre de culpa por haber dado la orden de tu fusilamiento, lo encontré sudoroso en uno de los pasillos del cuartel. Yo lo enfrenté con el temple que tú me enseñaste durante nuestros largos años de matrimonio. Le clavé mis ojos como puñal en su turbia mirada. El infame bajó la vista como fiera cansada. Antes de que huyera, le pregunté con la calma que acumula el odio: ¿Por qué dio la orden de fusilar a mi marido? ¿Quién le ordenó que lo hiciera? ¡Ojalá un día le dé cáncer en la lengua! Ezequiel, mi amor, cuatro años después de mi exclamación vengativa, le dio cáncer en el colon: lo mató la vida. Nadie supo nunca quién dio la orden.

Sobre la novela

El cadáver insepulto se origina como saga literaria en mi obra *El Bogotazo: memorias del olvido*, escrita en el exilio y en el autoexilio. Con Felipe González Toledo, formidable cronista policíaco de los años cuarenta y agudo narrador de los acontecimientos del 9 de abril de 1948, sostuve dos largas entrevistas en enero 25 y mayo 10 de 1976. Conversaciones que dejaron profunda huella en mi ser como investigador social y narrador. En la primera hablamos sobre su testimonio y escritos sobre el Bogotazo, y en la segunda me habló de la historia de doña Edelmira viuda de Orozco; tajante como era él, recalcó: «Tú, mi querido Arturo, debes escribir la novela sobre la historia de aquella valerosa mujer. Yo, desde las páginas del semanario *Sucesos*, hice la denuncia sobre el monstruoso asesinato de su esposo, el capitán Tito Orozco». En el mismo año hablé con doña Edelmira; al escuchar su memoriosa voz, reflexiva y pausada, adentrarme en la profundidad de su mirada, entendí que Felipe González Toledo tenía plena razón: su historia debía escribirse como ficción. Desde entonces, su voz fue sombra y compañía y, a la vez, compromiso ineludible como escritura. En el año 1998 me encontré con Eduardo Orozco, hijo de doña Edelmira, quien me brindó generosa ayuda para emprender la escritura de la historia de su señora madre.

En el 2000 fui invitado por la Hamburger Stiftung für politisch Verfolgte, dirigida por una extraordinaria y hermosa mujer, Martina Bäurle, para que viviera con mi familia: Katia, Paloma y Nicolás, en la ciudad de Hamburgo, durante un año. Esta fundación concede becas a perseguidos políticos. Entonces emprendí mi segundo viaje forzado al exterior, por razones de seguridad de mi vida. Me impuse una

extenuante condición personal: el exilio tendría que aprovecharlo al máximo para la escritura de mi nueva novela; prohibida la nostalgia por el regreso inmediato al país. En mi primer exilio en La Habana, 1987-1991, viví atrapado por la nostalgia de la inmensa montaña y el río de los sueños, conmovido por la noticia diaria del asesinato de tantos amigos en el transcurrir diabólico del exterminio de la Unión Patriótica. En ese año, del segundo viaje forzado, en un acogedor apartamento situado en Kleiner Schäferkamp 35C, escribí el primer original de *El cadáver insepulto*.

Al regreso, en el año 2002, me impuse otra feroz atadura en el cerebro: no hablaría públicamente de cuestiones políticas, por lo tanto ejercitaría el papel de autista social, así evitaría un tercer viaje forzado al exterior.

Volví a examinar los documentos publicados en la prensa entre los años 1948 y 1958 sobre el asesinato del capitán Tito Orozco; revisé documentos oficiales, hice nuevas entrevistas, escuché otros testimonios, lamentablemente no pude acceder a los archivos del consejo de guerra que se le siguió al coronel Daniel Cuervo Araoz: los archivos desaparecieron.

En la escritura del segundo original, sentí la imperiosa necesidad de volver a las raíces históricas que daban a la ficción que estaba narrando un fidedigno entorno social. Fue el momento de antiguas y nuevas lecturas: *La violencia en Colombia*, de Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna; *Colombia. Un estudio de política contemporánea*, de John D. Martz, y un testimonio excepcional de la violencia partidista en los Llanos Orientales: *Vivencias de un ideal. Relatos que pueden ser historia*, del general Gabriel Puyana García. Revisé lecturas juveniles: dos textos de Curzio Malaparte, *Kaputt*, desolación humana de la guerra; *La piel*, el drama moral del continente europeo en posguerra.

Para entender la mentalidad del criminal creado por un régimen de terror leí *El proceso de Nuremberg*, de Joe J. Heydecker y Johannes Leeb.

Sobre la capital pos-Bogotazo, le seguí las huellas a Felipe González Toledo en sus formidables crónicas policíaco-políticas y sus crónicas

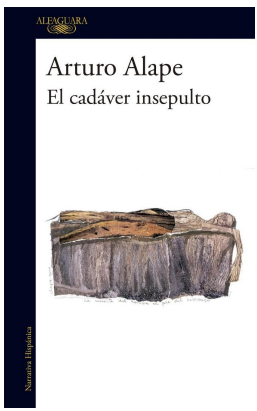
sobre barrios y personajes populares. Para reconstruir los avatares del viaje en tren y carretera del personaje femenino al eje Tunja-Sogamoso-Miraflores escuché testimonios de viajeros de la época y leí el libro del historiador Gustavo Humberto Rodríguez R., *Lengupá en la historia*.

Paré el proceso de escritura y busqué a conciencia lecturas de escritores que me dieran luces en la construcción de la estructura narrativa que estaba dilucidando: *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, intensa y dramática búsqueda de quien se busca y se debe encontrar por ineludible razón del destino; *El honor perdido de Katharina Blum*, de Heinrich Böll, un montaje y una técnica novelísticos excepcionalmente depurados; *El largo adiós*, de Raymond Chandler, indudable obra maestra de la novela negra norteamericana, de inaudita precisión en los entornos sociales de los altos y bajos mundos de Chicago y la descripción de los personajes; *El revés de la trama*, de Graham Greene, el protagonista, Scobie, jefe de la policía acorralado por sí mismo: no ha podido ni podrá descifrar su conflicto existencial; *Agosto*, de Rubén Fonseca, extraordinaria trama político-policíaca; *Plata quemada*, de Ricardo Piglia, impecable reconstrucción de una historia policial que tuvo como escenarios a Buenos Aires y Montevideo, conmovedora narración de traiciones, amor y ternura.

El último original lo puse a disposición y confrontación de mis lectores cómplices en la aventura de la escritura: el poeta y crítico literario Carlos Vásquez-Zawadzki; el poeta Elías Mejía; el insaciable lector Álvaro Castillo; Florence Thomas; la periodista Mariluz Vallejo; profesores universitarios, William Fernando Torres y Ricardo Sánchez; mis amigos Carlos Montalvo y Luis Alberto Díaz. A todos ellos les agradezco profundamente sus reflexiones críticas.

La novela la terminé de escribir en Semana Santa del año 2005, en la finca Cielo Alto, propiedad de la familia del escritor Jairo Mercado, fallecido hace dos años en Bogotá.

Arturo Alape, 2005



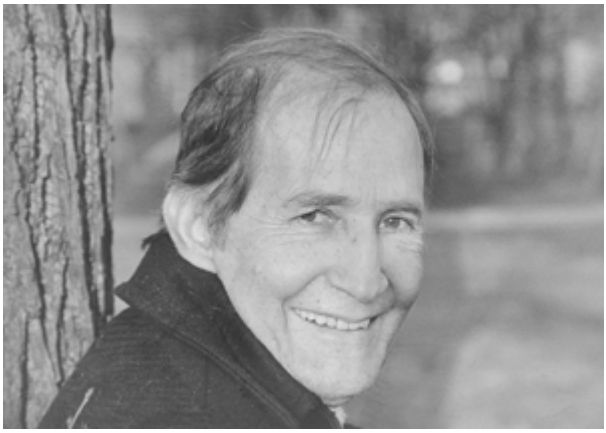
«Guardaban los pañuelos en el bolsillo del corazón, como amuleto futuro, memoria de una cicatriz difícil de olvidar».

«¡Mataron a Gaitán!», grita la multitud en las calles de Bogotá aquel imborrable 9 de abril. Y el capitán Ezequiel Toro —un policía progresista para la época y afecto a las ideas del caudillo liberal— se pregunta si su deber es disparar en contra del pueblo que se ha levantado y protesta sin consuelo. Cinco años después, la desaparición del capitán Toro a manos de las fuerzas del Estado dará pie a la búsqueda incansable de Tránsito, su aguerrida esposa, y de uno de los cronistas judiciales más conocidos de la época, Felipe González Toledo.

Basada en hechos y personajes reales, y concebida en las entrañas de uno de sus libros más emblemáticos —*El Bogotazo*—, esta novela de Arturo Alape es muestra de su talento único como narrador y de su excepcional virtud como retratista de nuestra historia.

«*El cadáver insepulto* repite el milagro que Alape sabe hacer: a través de la palabra y de la reconstrucción de los hechos, nos devuelve la razón de ser».

LAURA RESTREPO



ARTURO ALAPE

(Cali, 1938 - Bogotá, 2006). Fue escritor, periodista, historiador, pintor y guionista. Recibió el título *honoris causa* en Literatura en la Universidad del Valle y la Beca Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2003. Estudió pintura, y sus obras han sido exhibidas en La Habana, Hamburgo, Cali y Bogotá. Textos suyos han sido traducidos al alemán, francés, ruso y japonés. Entre sus obras se destacan *El Bogotazo: memorias del olvido* (1983), *Las vidas de Pedro Antonio Marín Tirofijo* (1989), *Sueños y montañas* (1994) y *La hoguera de las ilusiones* (1995).

© Mohamed Badache

Título: *El cadáver insepulto*
Primera edición en Alfaguara: abril de 2024

© 2005, Arturo Alape
© 2024, Herederos de Carlos Arturo Ruiz: Paloma Ruiz y Manuel Ruiz
© 2024, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: Lorena Calderón Suárez
Imagen de cubierta: © Arturo Alape

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-628-7659-41-4

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

El cadáver insepulto
Dedicatorias
Epígrafes
Capítulo 1
1. Multitud silenciosa
2. Manos abiertas como navajas
3. La proeza del acróbata
4. La crucifixión
5. La espera de la Voz
6. El cadáver ilustre
7. Decidir por mano propia
8. Seis Juanes
Capítulo 2
9. Febrero 11 de 1953
10. Señales voraces de los incendios
11. En los trenes desaparecen los hombres
12. Fugaces figuras de los francotiradores
13. La Junta Revolucionaria
14. Fétido olor
15. Final del viaje
16. Diario de una agonía
17. Niebla que desaparece
18. Confesión de oficio
19. La ciudad cuerpo dormido
20. Cortadores de orejas

21. Ausencia en la mirada
22. Lápiz Rojo
23. La espalda alejándose
24. Invasión de ratas y cucarachas

Capítulo 3

25. Los anónimos
26. La denuncia pública
27. Acabó para siempre la mudez
28. Danubio Azul
29. ¿Te miró su mirada…?
30. Me siento en la taza del sanitario
31. La reconstrucción del crimen
32. La muchacha del circo
33. Detuvieron al hombre que ordenó tu fusilamiento
34. Sonriente, escuchaba las acusaciones
35. ¿Por qué mataron tu vida?
36. Defensa de Cuervo Araoz
37. El abismo de la muerte

Sobre la novela
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos